TRAGEDIAS

SÓFOCLES

TRAGEDIAS
ÁYAX • ANTÍGONA
EDIPO REY • ELECTRA
EDIPO EN COLONO

INTRODUCCIONES DE
JORGE BERGUA CAVERO

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ASSELA ALAMILLO

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

© EDITORIAL GREDOS, 5. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución mediante alquiler o préstamo público sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Diseño: Brugalla

ISBN 84-249-2464-9.
Depósito Legal: B. 135 19-2000.

Impresión y encuadernación:
CAYFOSA-QUEBECOR, Industria Gráfica
Santa Perpétua de la Mogoda (Barcelona).

Impreso en España — Printed in Spain.

INTRODUCCIÓN GENERAL

VIDA

Sófocles debió de nacer hacia el 497/96 antes de Cristo, en una muy distinguida familia ateniense; su padre, Sófilo, era fabricante de armas, un negocio siempre lucrativo. Sófocles recibió una esmerada educación gimnástica y musical, y, aparte de su actividad teatral, tuvo — a diferencia de Esquilo y Eurípides — un papel relevante en la vida pública de su ciudad.

Entre los cargos que sabemos con seguridad que desempeñó mencionáremos el de estratego («general») junto a Pendes en la guerra librada por Atenas contra la isla de Samos en 441/40; según una tradición antigua no descartable por completo, se le concedió tan importante cargo como recompensa por su tragedia Antígona, presentada seguramente el año anterior en los concursos trágicos. También fue helenotamia o encargado de la comisión principal de finanzas del Estado ateniense, quizá en calidad de presidente, durante un lapso de tiempo difícil de precisar (en 443-42, en todo caso); es posible que desempeñara por segunda vez el cargo de estratego en el año 428; finalmente, en 413, siendo ya un venerable anciano, se le eligió miembro del Consejo Supremo de los diez Probulos, que fue el responsable de un giro en la dirección de las aspiraciones oligárquicas, culminadas en el golpe de Estado del año 411.

SÓFOCLES

También sabemos de su estrecha relación con el culto público ateniense, especialmente el consagrado a Asclepio, el dios médico de Epidauro, en cuyo honor compuso un peán que todavía se cantaba en el siglo it de nuestra era; fundó y formó parte de un tíaso o congregación dedicada al culto de las Musas, en la que también se discutía de temas artísticos. De toda esta actividad más o menos sacerdotal, por otra parte, han quedado huellas visibles en el vocabulario del poeta (nociones recurrentes como «miasma» o «mancha», «purificar», etc.).

La fecha de su muerte se puede fijar con bastante precisión, pues todavía vivia en la primavera del 406 — en que, según se cuenta, honró noblemente a su rival Eurí-

pides, recientemente fallecido, presentando al coro y a los actores en escena vestidos de luto—, mientras que en las fiestas Leneas (enero-febrero) del 405 ya estaba muerto, como atestigua la comedia de Aristófanes Las ranas, presentada en dicha ocasión.

De todos modos, y para terminar con el aspecto biográfico, seria equivocado ver en toda esta actividad pública y política algo que pueda iluminar de algún modo directo el sentido de su obra dramática: no parece que Sófocles demostrara un interés particular ni unas dotes especiales para la política, sino que seguramente se limitó a cumplir honradamente con sus obligaciones de ciudadano como lo hicieron muchos otros de menos nombradía (recuérdese que el régimen ateniense era básicamente una democracia directa, muy distinta de nuestras democracias representativas, que en gran medida desembocan en un olímpico desinterés de la ciudadanía por los negocios públicos, dejados en manos de la clase política profesional tras la ceremonia cuatrianual de las elecciones). Por eso mismo, hay que estar en guardia contra interpretaciones demasiado alicortas de su obra dramática, que pretenden ver en cada una de las tragedias un reflejo más o menos velado de la anécdota política del momento.

Las fuentes antiguas concuerdan en presentarlo como un hombre sereno y equilibrado — y su obra, a pesar de toda su profundidad trágica, da también fe de esta serenidad—, quizá algo más aficionado que la media a los efebos hermosos; también se nos habla de sus limitaciones vocales, que debieron de influir en que dejase pronto de intervenir como actor en sus propias obras, como había sido costumbre durante mucho tiempo.

AcTIvIDAD TEATRAL; OBRAS PERDIDAS Y CONSERVADAS

La vida de Sófocles abarca prácticamente todo el siglo y, que fue aquel en el que la tragedia, como espejo en el que hallaron expresión artística los grandes problemas y aspiraciones del hombre griego y especialmente ateniense, alcanzó su mayoría de edad como género literario, experimentó un vertiginoso desarrollo y empezó a languidecer en la misma medida en que lo hacía la vieja ciudad-Estado que la había hecho surgir, como flor si no de un día, sí de unas pocas generaciones. Recordaremos brevemente al lector los rasgos más destacados de esta actividad teatral durante el siglo y, tan distinta en muchos aspectos del teatro moderno, o lo que queda de él.

De forma congruente con sus orígenes en la fiesta y el culto, la representación de tragedias en Atenas tenía lugar con ocasión de fiestas públicas en honor del dios Dioniso; las más importantes eran con mucho las Grandes Dionisias, que se celebraban a comienzos de la primavera, y dentro de ellas había tres días reservados específicamente

a la presentación pública — en el teatro de Dioniso, al aire libre, en las faldas de la Acrópolis — de tragedias, que competían entre si por el primer, segundo y tercer puesto; cada autor presentaba una tetralogía, compuesta por tres tragedias y un más ligero drama satírico. Otra fiesta

importante era la de las Leneas, en invierno (enero/febrero), dedicada en un principio a la comedia, aunque a partir del 432 se introdujo también en ella el concurso trágico.

Así que, a diferencia del teatro moderno, en el que predomina la iniciativa privada y hay, o había, una temporada que se extiende a lo largo de casi todo el año, se trataba en Atenas de un teatro circunscrito a fiestas muy concretas y organizado y financiado por el Estado ateniense (aunque fuese frecuente que ciudadanos acaudalados costeasen, a modo de impuesto o servicio público, los gastos que acarreaban las representaciones). Los personajes de las obras, por otra parte, eran casi siempre los héroes y dioses de la riquísima mitología griega, apareciendo sólo excepcionalmente personajes históricos; pero nunca personajes de ficción propiamente dichos. En este aspecto, la tragedia era por definición un género de interés público, aunque las obras o los autores singulares no

siempre despertaran el interés del público ateniense.

Otro aspecto digno de destacarse es el hecho de que los actores fueran siempre varones, interpretasen más de un papel en la misma pieza y además fuesen provistos de una máscara; si a esto añadimos el uso de un decorado elemental, se advierte hasta qué punto el público ateniense estaba dispuesto a aceptar un grado de convención dramática mucho mayor que el público en el teatro moderno, por no hablar del espectador de la era del cine y de los efectos especiales. Sobre la estructura de las obras diremos algo más adelante.

Como autor dramático, Sófocles disfrutó durante toda su vida del favor de sus conciudadanos atenienses, sin altibajos apreciables. Resultó ya vencedor en su primer concurso trágico, en las fiestas Dionisias del año 468, compitiendo con el propio Esquilo; después de esto, concursó otras veintinueve veces hasta el año de su muerte, consiguió el primer premio en dieciocho ocasiones, y nunca quedó en tercer lugar.

De su extensa producción trágica sólo conservamos siete obras, pero tenemos amplia información sobre Sus obras perdidas. Así, sabemos que los sabios alejandrinos (siglos íií-í a. e.) conservaban todavía ciento treinta obras a su nombre, aunque unas pocas eran sin duda espurias; entre todas esas obras hoy perdidas encontramos una gran variedad de asuntos y ciclos míticos: Atamante, Egisto, Alcestis, Dánae, Erífila, Tiestes, Inaco, Laocoonte, Télefo, Tereo, Fedra y un largo etcétera (el lector interesado podrá ver todos los fragmentos conservados en la traducción de J. M. Lucas, Gredos, 1983).

Mención especial merecen, dentro de estos restos, los

versos conservados de un drama satírico titulado Los rastreadores (o Los sabuesos), en el que se narraba el episodio mítico del robo de las vacas de Apolo por Hermes niño; resultan de gran interés por su gracia y ligereza, además de por arrojar algo más de luz acerca de un género tan mal conocido como es el drama satírico, cuyo único ejemplo íntegro para nosotros es el Ciclope de Eurípides. De toda esta abultada producción dramática se hizo — lo mismo que con otros autores — una selección hacia el siglo íí o tít de nuestra era, y el resultado son las siete obras que conservamos.

Entre las obras perdidas de Sófocles habría que mencionar también, aparte de algunas composiciones poéticas (peanes, odas, elegías), una de carácter teórico-técnico, Sobre el coro, donde entre otras cuestiones se debía de abordar la relativa al número de coreutas o integrantes del coro trágico.

ESTRUcTURA DE LAS OBRAS

El teatro griego era en su integridad poesía dramática, es decir, teatro en verso. En el desarrollo de una tra-

gedia alternan básicamente dos tipos de ejecución del verso dramático: el recitado y el canto. Las partes recitadas — que no habladas — son las que corresponden a los personajes propiamente dichos, y se denominan prólogo (escena inicial), episodios (generalmente cuatro) y éxodo (escena final); en ellas se concentra la acción teatral, y el verso de que se sirven es normalmente el trímetro yámbico (no muy diferente del pentámetro yámbico característico del drama de Shakespeare), a veces también el tetrámetro trocaico cataléctico; en ambos casos son tiradas de versos iguales, sin ningún tipo de combinación estrófica.

Frente al verso recitado están las partes corales, es decir, aquellas en las que el coro — una especie de personaje colectivo integrado en tiempos de Sófocles por quince personas, con un «portavoz» al que se denomina corifeo— canta y al mismo tiemp9 baila una serie de composiciones poéticas, en lenguaje muy elevado y con una compleja y muy variada estructura métrico-musical, además de con un modesto acompañamiento instrumental (generalmente de aulós, un instrumento de viento parecido al oboe); estas intervenciones del coro, que comentan la acción de los episodios, amonestan o aconsejan al héroe trágico, anuncian lo por venir, etc., se denominan párodo (entrada del coro en escena) y estásimos (cantos entre dos episodios). A ello habría que añadir, ocasionalmente, los diálogos líricos que de vez en cuando se intercalan en un episodio o sustituyen a un estásimo, y en los que uno o varios personajes dialogan con el coro o el corifeo, pero lo hacen cantando, pues la tensión dramática así

lo requiere.

Junto a estos dos tipos de ejecución, canto y recitado, puede aparecer otro, intermedio entre ambos, que se suele denominar — con un término operístico moderno — «recitativo»: una especie de recitación solemne o salmodia, con acompañamiento musical, que se utiliza sobre todo en las entradas del coro en escena y en algunas intervenciones del corifeo (por ejemplo en los siete últimos versos del Edipo rey).

Con estos elementos puede el lector hacerse una idea de hasta qué punto una tragedia del siglo y era un espectáculo en el que se daban cita elementos de nuestro ballet, nuestra ópera y nuestro teatro hablado, aunque desde luego la palabra —recitada o cantada— ocupaba el centro de gravedad de este arte. Y mientras que hemos conservado, en mejor o peor estado, el texto de las obras teatrales, es muy poco lo que sabemos sobre su coreografia y sobre su música.

Esto último quizá requiera una breve explicación, por ser además un aspecto desatendido con demasiada frecuencia. Lo primero que hay que aclarar es que lo que hemos perdido de las partes corales de las tragedias (y de la poesía griega cantada en general) no es la «música», sino solamente la melodía, pues el ritmo propiamente dicho está inscrito en la métrica del texto mismo, y tenemos buenas razones para suponer que ritmo métrico y ritmo musical se correspondían casi siempre.

En cualquier caso, los responsables principales de la pérdida de las melodías fueron los sabios alejandrinos, que al ocuparse de fijar los textos canónicos de los poetas trágicos (y de otros poetas) se desentendieron por completo de aquéllas, ya que su interés principal radicaba en el lenguaje y la trama de las obras, consideradas ya más como «literatura para leer» que como lo que fueron en su origen, algo destinado exclusivamente a su representación en escena. A ello hay que añadir que, por más que los griegos tuviesen un sistema de notación musical notablemente desarrollado ya en el siglo ííí a. C. (época de fundación de la biblioteca de Alejandría), las melodías muy rara vez se ponían por escrito, confiándose casi siempre en la memoria y en la tradición oral; la confección por escrito de auténticas partituras completas de. tragedias debió de ser algo excepcional, si es que se dio el

caso. Así se explica que, de toda la producción dramática de Esquilo, Sófocles y Eurípides, los únicos textos que conservamos con melodía sean siete versos del Orestes (338-344) y unos pocos de la Ifigenia en Áulide, ambas obras de Eurípides; estos textos musicales se descubrieron en papiros exhumados de las arenas de Egipto, y sin duda proceden de antologías para uso de músicos profesionales y no de ediciones/partituras completas de las obras en cuestión.

Valga todo este excurso para poner en guardia al lector, acostumbrado a nuestra forma moderna de leer el tea-

tro antiguo, sin que las traducciones en prosa (en este volumen, se utiliza la letra cursiva para las partes cantadas) ayuden mucho en este sentido. Así lo comentaba Nietzsche en un libro tan genial como excesivo, El nacimiento de la tragedia:

El significado antes expuesto del mito trágico nunca llegó a serles transparente, con claridad conceptual, a los poetas griegos, y menos aún a los filósofos griegos; sus héroes hablan, en cierto modo, más superficialmente de como actúan; el mito no encuentra de ninguna manera en la palabra hablada su objetivación adecuada. Tanto la articulación de las escenas como las imágenes intuitivas revelan una sabiduria más profunda que la que el poeta

mismo puede encerrar en palabras y conceptos [...] En lo que se refiere a la tragedia griega, la cual se nos presenta, ciertamente, sólo como drama hablado, yo he sugerido incluso que esa incongruencia entre mito y palabra podria inducimos con facilidad a tenerla por más superficial e insignificante de lo que es, y en consecuencia a presuponer también que producía un efecto más superficial que el que, según los testimonios de los antiguos, tuvo que producir: pues ¡qué fácilmente se olvida que lo que el poeta de las palabras no había conseguido, es decir, alcanzar la idealidad y espiritualización supremas del mito, podía conseguirlo en todo instante como músico creador! (cap. 17, trad. de A. Sánchez Pascual).

.jj

INNOVACIONES TEATRALES. LENGUA Y ESTILO

Si nos fijamos ahora en las aportaciones de Sófocles a la técnica dramática, hay que mencionar en primer lugar que aumentó el número de coreutas (integrantes del coro) de doce a quince; también tenemos noticias acerca de innovaciones en la escenografía, sin que se pueda decir exactamente en qué consistieron. Más importante todavía fue la introducción del tercer actor, con el consiguiente desarrollo de auténticos diálogos triangulares, de gran efecto y movimiento; hasta entonces sólo podían aparecer dos actores hablando en escena, como podemos ver en las primeras obras de Esquilo.

Finalmente, otro cambio sustancial fue el relativo a la estructura de las trilogías: Sófocles renunció — con alguna excepción — a la trilogía instaurada por Esquilo (es decir, tres tragedias que eran la una continuación argumental de la otra, formando un todo de dimensiones grandiosas, como la Orestea) y devolvió la autonomía temática y argumental a cada una de las obras. De esta forma, las piezas ganan mucho en concentración dramática y en rigor constructivo, mientras por su parte el héroe trágico, más aislado e individualizado, cobra un relieve desconocido hasta entonces; esta innovación, por otra parte, relega a un segundo plano motivos arcaicos como era el de la maldición que persigue a una familia a lo largo de varias generaciones, un motivo, importante en Es-

quilo, que hunde sus raíces en una concepción tribal de la existencia y que poco a poco quedó arrumbado ante el empuje del individualismo y de los aires ilustrados del siglo y, de los que Sófocles no pudo dejar de hacerse eco en su obra.

Respecto a las partes corales, es de notar que su extensión experimenta una reducción considerable con respecto a Esquilo, aunque no su calidad ni su importancia dramática. Así, a título ilustrativo, si en Los Persas las partes cantadas suponen prácticamente la mitad de la obra, en el Edipo rey ese porcentaje no llega al 25%.

Mucho se ha discutido, por otra parte, sobre la función del coro en las tragedias de Sófocles, desde quienes ven en él un personaje (colectivo) dramático como tal, con sus propias acciones y palabras, hasta quienes lo consideran más bien como un portavoz de las ideas del propio autor, y en ese sentido algo hasta cierto punto exterior a la acción dramática en cuanto tal. Pero «ni Sófocles se da todo en sus coros, ni se esfuma totalmente de sus dramas» (J. Lasso de la Vega). Lo que está fuera de duda es la aportación de extraordinario lirismo — también de profundo pensamiento religioso — de las partes corales, por más que la traducción en prosa y la pérdida de las melodías no ayuden al lector moderno a hacerse una idea cabal de su efecto en el público ateniense contemporáneo de Sófocles, como ya se ha comentado antes.

Respecto a la acción dramática propiamente dicha, se ha señalado repetidamente la importancia decisiva que tiene en Sófocles el dibujo de los caracteres (aunque hablar de «psicología» en el sentido moderno del término parece fuera de lugar); la elección de la trama argumental, las situaciones concretas, la música, todo parece encaminado a poner de relieve el carácter de sus protagonistas, y especialmente por medio del diálogo y contraste con otros personajes: Antígona frente a Ismene, Electra frente a Crisótemis, Creonte frente a Hemón, Edipo frente a Yocasta, Ulises frente a Neoptólemo, etc. Sobre la «ironía trágica» hemos dicho algo en la breve introducción al Edipo rey.

Respecto a la lengua y el estilo de Sófocles, podemos decir que es una mezcla prodigiosa de naturalidad y dig-

nidad literaria, un registro, sencillo en apariencia, que parece dar siempre con la nota justa; todo ello ha hecho siempre de Sófocles la encarnación misma del ideal clásico de equilibrio y perfección formal. Si lo comparamos con su antecesor, Esquilo, resulta mucho menos grandilocuente y mucho más morigerado en el uso y abuso del epíteto ornamental y del adjetivo en general; frente a las audacias y el artificio de Eurípides, nunca baja la guardia en lo que se refiere a la dignidad y majestad que requiere el género trágico. Otra característica sobresaliente de su lengua literaria es la habilidad para expresar matices y medias tintas; una especie de tono en sordina, siempre al servicio de la situación dramática.

EL HÉROE TRÁGICO

La obra de Sófocles, especialmente Antígona y Edipo rey, se ha convertido en el curso del tiempo en el paradigma de la tragedia griega, y sobre ella descansa en gran medida nuestra comprensión de este género y de sus implicaciones religiosas y filosóficas. Goethe lo resumió así: «Todo lo trágico estriba en una oposición irreconciliable. Tan pronto como se presenta o se hace posible una conciliación desaparece lo trágico». Desde luego, es problemático armonizar la obra de Esquilo con esta concepción, pues sus trilogías, y especialmente la Orestea, descansan en una vigorosa afirmación de la justicia divina (de Zeus) y sus protagonistas alcanzan al final una conciliación con el orden divino, una aquiescencia y un consuelo que da sentido y justificación a los sufrimientos padecidos. Igualmente problemático es el caso de algunos dramas de Eurípides, más cercanos al concepto de «melodrama'> que al de tragedia; aparte de que en este autor

la esfera de lo divino aparece ya puesta abiertamente en entredicho y el hombre poco menos que abandonado a su suerte.

En Sófocles la relación es más compleja, y refleja o responde en gran medida a la crisis espiritual de su tiempo. Por un lado, el convencimiento de la solidez del orden divino es tan firme como en Esquilo; una y otra vez se pone de relieve que «nada hay en esto que no sea Zeus» (como dice el último verso de las Traquinias). Por otra parte, el hombre es íntimamente consciente de su «excentricidad» y desarraigo con respecto al mundo de lo divino, y esta conciencia, que casi se podría calificar de «existencial», es siempre dolorosa.

Por ello, no tiene sentido hablar de expiación o de redención por el dolor en la tragedia sofoclea; Sófocles no es Esquilo, ni tampoco un autor cristiano o un dramaturgo «comprometido». El héroe sofocleo, al que su intransigencia lleva al aislamiento, a la soledad más radical, no conoce el consuelo ni la redención, pues el conflicto al que se enfrenta es, por definición, irreparable (un crítico lo ha expresado gráficamente: el conflicto de Antígona no se soluciona promulgando leyes o reformas sobre enterramientos). En este sentido, lo que la tragedia «enseña» y afirma es en verdad la lección del dios Dioniso: que la esfera de la razón, de la prudencia, de la justicia y las leyes humanas es terriblemente limitada; el personaje trágico es aniquilado por fuerzas que lo trascienden, fuerzas cuya comprensión cabal no está a su alcance, ni mucho menos pueden ser vencidas por la prudencia racional.

Y, sin embargo, esta visión del hombre, este asomarse al abismo que es la tragedia sofoclea no desemboca en el pesimismo o el nihilismo, sino que, precisamente porque presupone la existencia de un orden y un equilibrio superiores, parece provocar en el espectador un sentimiento de sosiego o incluso de alegría (el propio Sófocles era, según se nos dice, un hombre feliz y sereno). El poeta alemán Holderlin lo dijo en pocas palabras: «Más de uno intentó en vano decir lo más alegre con alegría; aquí lo encuentro expresado por fin en el

dolor». Y en esta dirección, o parecida, apuntaba también Aristóteles cuando, en el capítulo VI de su Poética, aludía al efecto de purificación (kátharsis) que, por medio de la piedad y el terror, producía la tragedia en los espectadores; observación esta de Aristóteles que ha hecho correr ríos de tinta y que tampoco ha dejado de tener sus críticos y detractores (últimamente H. Bloom, en su polémico El canon occidental, catalogaba la «medicina social aristotélica» entre «las tradiciones que siempre han huido de la estética», poniéndola al lado del moralismo platónico).

Sea de ello lo que fuere, creo que es notable el paralelo entre la «lección» del teatro trágico sofocleo y la que se derivaba de los misterios de Eleusis, que marcaron profundamente el horizonte espiritual de los griegos durante muchos siglos (el propio Sófocles se inició en ellos). En las ceremonias secretas que tenían lugar en dicho santuario, en los límites septentrionales del Ática, los iniciados asistían con toda probabilidad a un ritual de muerte y renacimiento — quizá inducido por fármacos visionarios — y experimentaban una «iluminación» que, a tenor de los numerosos testimonios, marcaba profunda y duraderamente su vida espiritual; desde este punto de vista, los padecimientos y muerte del héroe trágico en escena, asumidos como parte de un orden divino inescrutable, también constituían, aunque en un ambiente y con medios muy distintos, una gran ceremonia cuyo sentido último era la aceptación jubilosa de la mortalidad del hombre y la superación del miedo a la muerte.

PERVIVENCIA DE SÓFOCLES, O LA MUERTE DE LA TRAGEDIA’

La pervivencia del teatro sofocleo en las literaturas europeas — ediciones y traducciones, versiones libres, interpretaciones y estudios eruditos — es asunto de tanta amplitud y complejidad que sería temerario intentar siquiera resumirlo en una introducción sumaría como ésta; aunque poco es, en todo caso, lo que se podría decir de España, país en el que hay que esperar hasta ¡1921! para ver salir de las prensas la primera traducción castellana completa del dramaturgo ateniense (el lector podrá encontrar bastante información al respecto en el libro de J. M. Díaz-Regañón, Los trágicos griegos en España, Valencia, 1955)..

En realidad, es muy difícil deslindar la influencia sofoclea dentro de la corriente general del teatro europeo moderno, a partir de su «resurrección» en el siglo xVI. Es bien sabido cómo, en el transcurso de dicho siglo, la teorización de algunos eruditos (Escalígero, Castelvetro y otros) a partir de la Poética de Aristóteles y el Arte poética de Horacio acabó por plasmarse en una preceptiva teatral sumamante rígida, con sus unidades de lugar, tiempo y acción, sus preceptos sobre los personajes, la separación de lo cómico y lo trágico, etc., todo ello con la vista puesta en la siempre discutible tarea de emular a los antiguos. Esta actitud teórica, calificada cabalmente como neoclasicismo, tuvo su reflejo escénico en varios países europeos, España incluida, pero de toda esa producción teatral hoy en día apenas queda más recuerdo — fuera de

círculos eruditos — que el teatro francés del siglo XVII, con

Es de justicia reconocer la deuda de estas líneas con el libro de G. Stemer, La muerte de la tragedia, trad. esp., Caracas, 1991. Racine a la cabeza; y aún en este caso cabe sospechar que, fuera de las fronteras francesas o incluso de los muros de la Cornédie fran~aise, sus obras no dejan de verse como venerables piezas de museo.

Afortunadamente, hubo otros países en que las normas neoclásicas se ignoraron o se violaron alegremente, dejando más espacio al libre desenvolvimiento de unas formas teatrales más irregulares y provisionales, pero sin duda más vivas. Tal fue el caso de España, donde es bien conocida la actitud al respecto de Lope de Vega, expuesta en su programático y desvergonzado Arte nuevo de hacer comedias (1609). Tal fue también el caso de una parte del teatro isabelino, y especialmente de Shakespeare, cuyo drama «funde en un mismo hálito lo grotesco y lo sublime, lo terrible y lo jocoso, la tragedia y la comedia», en palabras de Victor Hugo. En todo este teatro, por lo demás, será en vano buscar rastros de influjo sofocleo directo, pues la influencia clásica principal, aparte de Plauto y Terencio, fue la de las tragedias de Séneca, al que Shakespeare debe mucho (usos retóricos, fatalismo pesimista truculencias, afición a fantasmas y hechicerías, etc.).

Pero el final del siglo xvíí constituye, para muchos, una especie de divisoria en la historia de la tragedia; a partir de entonces este género entra en una lenta pero al parecer irreversible agonía, y no estará de más preguntarse el porqué. Claro que no hay que olvidar lo raro, casi diríamos lo milagroso del gran arte trágico, circunscrito a unos pocos lugares y fechas: la Atenas del siglo y, la Inglaterra isabelina (1580-1640), la España del XVII (aunque muy pocas obras de aquel teatro puedan llamarse cabalmente tragedias), la corte francesa entre 1630 y 1690, la Alemania de finales del XVIII y principios del ~ux (Goethe, Schiller, Kleist) y poco más. Es dificil dar una explicación convincente de este fenómeno, aunque parece claro que esos momentos de esplendor trágico coinciden en buena medida con fases de gran iniciativa y energía política.

Vr
1

XXIV
SÓFOCLES

Desde este punto de vista, es sintomático el tremendo vacío del siglo XVIII en lo que a la tragedia se refiere. Son muchos los factores que pueden explicar este declive, entre ellos los profundos cambios que se producen en el público; y no olvidemos que el teatro es la más social de las formas literarias, aquella que sólo cobra existencia real en su representación ante el espectador. Pues bien, el aburguesamiento progresivo del público llevó indefectiblemente a convertir el teatro en un pasatiempo entre otros — no ya una celebración semi-ritual ni una gran ceremonia.

Pero todavía más importantes fueron los cambios radicales que trajo la Ilustración al pensamiento europeo, y muy especialmente las ideas de Rousseau: su tesis de que la injusticia y la miseria humanas no son el resultado inevitable de un pecado original ni piezas de un orden querido por Dios desde la eternidad, sino que obedecen a causas humanas, históricas, y como tales solucionables por el hombre, sea con reformas o con revoluciones, todo ello suponía instaurar un optimismo y un sueño de pro-

greso — aún vigente, cabe suponer, en nuestros días — que es la antítesis misma de lo trágico; al postular un origen social, no metafísico, del mal, Rousseau estaba «cerrando las puertas del infierno» y abriendo las de la redención del hombre en la tierra. Este optimismo tendrá pronto su reflejo en las formas artísticas, empezando por el final feliz o redentor: sintomáticamente, hasta el Fausto de Goethe — un autor del que se ha destacado repetidamente su confianza en el mundo, su apego al decoro ilustrado de las clases medias — acaba por salvarse, convirtiendo la obra no en una tragedia, sino en un melodrama sublime.

En este orden de cosas, el siglo XVIII supone también el triunfo del racionalismo, de la metafísica secular, de la ciencia; si hasta entonces los hábitos imaginativos del hombre occidental habían sido fundamentalmente sim-

bólicos y alegóricos, y el poeta su portavoz privilegiado, ahora quienes marcan decididamente el nímbo del espíritu son Descartes, Newton, Voltaire —autor también, por cierto, de polvorientas tragedias neoclásicas.

Los románticos eran muy conscientes de este vacío teatral dieciochesco y de sus implicaciones sociales, y trataron de remediarlo; pero el resultado fue un sonoro y prolongado fracaso del teatro poético a lo largo del siglo XIX. Se ha señalado, entre otras cosas, que el descubrimiento del «yo» y de la intimidad, que fue muy favorable para la lírica, no podía serlo para el teatro: los personajes dramáticos están vivos en la medida en que no son meras imágenes o sombras de su autor; en este sentido, si todo arte «clásico» (y la tragedia lo es) aspira a un ideal de impersonalidad, de separación entre la obra y la contingencia personal del autor (Sófocles es un buen ejemplo), el romanticismo, movido por aspiraciones contrarias, no podía sino fracasar en el ámbito de lo trágico.

Además, los cambios políticos conspiraban también en contra de este género. La democracia y el capitalismo modernos conllevan el triunfo arrollador de lo privado, erigido en centro de la imaginación artística. Así, si la tragedia griega escenificaba conflictos que tenían lugar en las cortes palaciegas y comprometían la suerte del Estado, el género ahora hegemónico, la novela, entroniza los conflictos privados, la tragedia se hace íntima (pensemos en el Werther de Goethe); si los personajes trágicos viven en un mundo en el que el dinero — lo prosaico por antonomasia — parece no contar para nada (es imposible imaginar a Edipo, por ejemplo, dictando su testamento), la novela moderna, exagerando un poco, apenas habla de otra cosa.

En íntima conexión con estas mutaciones está el abandono del verso. La tragedia se escribía en verso porque sus protagonistas, instalados en una esfera superior, debían hablar un lenguaje muy por encima del ha-

bla corriente; la poesía era además la forma natural de expresar las verdades simbólicas, no racionales, de la mitología o de la religión, que constituyen el núcleo mismo de la tragedia. En este sentido, el abandono del verso supone un cambio decisivo en la historia del teatro occidental (y no sólo del teatro); aunque cuenta con antecedentes varios — empezando por muchas de las obras de Shakespeare, en las que alternan prosa y ver-

so—, el hito más importante probablemente es Georg Buchner y su Woyzeck (1836-37), la primera «tragedia» de las vidas humildes, una obra que supone una ruptura radical con las convenciones linguisticas y sociales del teatro trágico escrito hasta entonces. Sus sucesores naturales serán Ibsen y Chéjov, pero ellos serán ya plenamente conscientes de estar cultivando un teatro que, salvo excepciones, no puede llamarse «trágico»; Casa de mu~~ecas, por ejemplo, es ante todo una denuncia del matrimonio y un alegato a favor de la igualdad entre los esposos, un drama que no escenifica conflictos irresolubles sino que invita a reformas y cambios radicales en las costumbres (en buena medida cumplidos desde entonces).

Es cierto que el ejemplo de Ibsen, Chéjov y Strindberg no impidió que se escribiese durante el siglo xx una gran cantidad de teatro, en verso o prosa, con ropaje mitológico griego (pensemos en Yeats, Cocteau, Gide, Eliot, Claudel, Galdós, Buero Vallejo y muchísimos más), pero cabe sospechar que toda esta producción no pasa de ser «ejercicios arqueológicos e intentos por infundir fuego a cenizas frías» (G. Steiner), aparte de que en muchas de esas obras los mitos griegos sólo sobreviven a costa de su degradación o banalización (léase, por ejemplo, La máquina infernal de Cocteau).

Y aquí radica, seguramente, la clave del asunto: el teatro trágico exigía un contexto de creencias compartidas, una mitología viva; es muy posible que la ciencia, como ex-

presión privilegiada de la imaginación contemporánea, sea en gran medida un mito, pero no es menos cierto que no resulta muy apropiada para utilizarla con fines artísticos. Los intentos modernos de crear una mitología se han visto abocados al fracaso, por la sencilla razón de que los mitos son, por definición, una obra colectiva, que se forja tan lenta e inconscientemente como la propia lengua, y que por tanto es muy difícil que una personalidad individual, por genial que sea, consiga imponerlos duraderamente a la sociedad (el caso paradigmático sería Waguer, que lo consiguió durante algunas décadas).

Y silos mitos griegos son cosa del pasado, la mitología cristiana —que además es radicalmente antitrágica— es un campo de hermosas ruinas; y la mitología marxista, deudora en gran medida de aquélla e igualmente optimista y antitrágica (Stalin reclamaba finales felices en las obras de literatura...), va a entrar muy pronto, si no lo ha hecho ya, en la categoría de fósil viviente. Así que, sin dioses y sin mitos dramatizables, cabe preguntarse qué futuro le espera al teatro trágico; es posible, sencillamente, que sea un género del pasado, tan irrecuperable como la novela de caballerías o la égloga pastoril.

También es posible que aquello que transmitía la tragedia clásica haya sobrevivido — transformado por la persistente ausencia de Dios — en otras formas de teatro — en la Madre Coraje de Brecht, en los balbuceos de Fin de partida de Beckett, en los exabruptos de los personajes de Thomas Bernhard—, o en la ficción cinematográfica menos banal y complaciente; aunque uno tiene la sensación de que, en la era del periodismo y del documental, ningún personaje de ficción puede despertar en nosotros el terror y la piedad (Aristóteles dixit) que causan, por poner un ejemplo reciente, los hijos de desaparecidos de la dictadura argentina, auténticos Edipos modernos a la búsqueda de un pasado robado.

JORGE BERGUA CAVERO

LINAJE Y VIDA DE SÓFOCLES *

Sófocles era de linaje ateniense, hijo de Sofilo, el cual no te- 1
nia el oficio de carpintero o herrero, como dice Aristóxeno, ni de fabricante de sables, como dice Istro, sino que, precisamente, era el dueño de esclavos herreros o carpinteros. Pues no seria natural que, de haber nacido de alguien de tal clase, hubiera sido considerado digno del cargo de estratego, juntamente con Pendes y Tucídides, los más importantes de la ciudad; tampoco se hubiera librado del ataque de los cómicos, que no perdonaron ni a Temístocles.

Tampoco hay que creer a Istro cuando dice que no era ateniense sino de Fliunte. Si por sus orígenes era fliasio, en ningún otro autor, excepto en Istro, es posible documentarlo. Así pues, Sófocles fue de linaje ateniense, del demo de Colono, famoso por su vida y por su obra; recibió esmerada educación y fue criado en el bienestar, y no sólo fue destacado en política, sino también en embajadas.

Dicen que nació en el segundo año de la Olimpíada 71, bajo 2
el arcontado de Filipo en Atenas. Era siete años más joven que Esquilo y veinticuatro mayor que Eurípides. En su niñez fue 3
adiestrado en la palestra y en la música, y en ambas disciplinas recibió honores, según afirma Istro. Lampro fue su maestro de música y, después de la batalla naval de Salamina, estando los atenienses celebrando la victoria, equipado sólo con una lira, dirigió a los que entonaban el peán en los cantos triunfales.

Aprendió la tragedia en Esquilo. Llevó a cabo muchas inno- 4

* Recogemos la antigua biografía anónima del trágico que acompaña, tradicionalmente, la edición de sus obras.

vaciones en las obras; abandonó tempranamente las representa-
clones por la debilidad de su voz —en efecto, al principio era el propio poeta el que recitaba—, aumentó los coreutas de doce a quince e introdujo el tercer actor.

5 Dicen que también en una ocasión, en Támiris 1, tocó la cita-
ra, por lo cual fue representado con una cítara en el Pórtico

6 Pecile 2~ Sátiro cuenta que también él ideó la cachava ~. Istro afirma que fue el inventor de los blancos zapatos que calzan los actores y los coreutas; que escribía los dramas atendiendo al natural de ellos y que había formado con hombres instruidos un tíaso dedicado a las Musas.

7 Y para decirlo de una vez: el agrado de su carácter fue tan grande que en todas partes y por todos fue querido 4.

8 Obtuvo veinte victorias, según Caristio dice; muchas veces el segundo puesto y nunca el tercero.

9 Los atenienses lo eligieron estratego a los sesenta y nueve años, siete años antes de las Guerras del Peloponeso, en la gue-
rra contra los Aneos.

10 Era tan amante de Atenas que, aunque muchos reyes le in-
vitaban, él no quiso abandonar la ciudad.

Desempeñá el sacerdocio de Alcón, héroe que acompañó a

Asclepio junto a Quirón. . -, fue consagrado5 por su hijo Yofonte
después de su muerte.
12 Liegó también a ser Sófocles querido a los dioses cual ningún otro, a juzgar por lo que nos cuenta Jerónimo acerca de una corona de oro. En efecto, habiendo sido ésta robada de la Acró-
1 Conocemos el argumento de esta tragedia y conservamos algún fragmento. Támiris, rey de los tracios por su belleza y por el arte en tañer la lira, desafló a las musas en dicho arte y fue vencido por ellas perdiendo la vista, la razón y el arte musical.

2 La Estoa Pintada, galería cubierta, en el ágora ateniense, cuyas paredes se adornaban con famosas pinturas.

~ Bastón curvo que utilizaban, sobre todo, en la comedia los ancianos de humilde rango.

4 El carácter afable y la magnanimidad de Sófocles eran proverbiales entre los antiguos.

~ Laguna en el texto, que hace pensar en la falta de una palabra como <templo, recinto o monumento recordatorio..

polis 6, Heracles se le apareció en sueños a Sófocles diciendo que la buscara en una casa no habitada en el lado derecho según se entraba, en donde estaba oculta. fil la mostró al pueblo y recibió un talento, pues esto era lo convenido. Tras recibir el talento, consagró el templo de Heracles Menito ~.

Ante muchos tuvo lugar el juicio entre él y su hijo Yofonte. 13 Teniendo a Yofonte de Nicóstrata y a Aristón de Teoris de Sición, sin embargo amaba más al hijo nacido de este último, de nombre Sófocles. En una obra ~ denuncia que Yofonte le odiaba y que ante los miembros de su fratría habla acusado a su propio padre de haber perdido el juicio por su avanzada edad. fistos censuraron a Yofonte. Sátiro dice que él replicó: <si soy Sófocles no estoy loco y si desvarío no soy Sófocles., y, a continuación, leyó en voz alta el Edipo.

Istro y Neante cuentan que Sófocles murió de la siguiente 14 manera: que el actor Calípides, al volver de una actuación desde Opunte, llegando por la fiesta de las Libaciones, envió un racimo de uvas a Sófocles, quien, tras llevarse a la boca un grano aún verde, murió asfixiado a causa de su mucha vejez.

Sátiro nos refiere que estaba leyendo la Ant fgona y, al llegar al final de un largo parlamento que no tenía pausa ni comas para hacer algún descanso, como habla alzado demasiado la voz, se le fue la vida al tiempo que la voz. Otros cuentan que después de la lectura pública de la obra, cuando fue proclamada su victoria, murió de alegría.

Fue depositado en el sepulcro familiar, situado en el camino 15 que lleva a Decelia, a once estadios delante de la muralla. Unos dicen que colocaron encima para su recuerdo una sirena y otros que una hechicera en bronce. Como los lacedemonios hablan sitiado este lugar frente a los at~nienses, Dioniso se apareció en sueños a Lisandro y le ordenó que permitiera dar sepultura a este hombre. Como Lisandro no le hizo caso, por segunda vez se presentó Dioniso ordenándole lo mismo. Informado Lisandro

6 En Cíc., De Div. 1 54, se encuentra también esta anécdota. <El declarador., que le declaró (em~n~se) dónde estaba la corona.

8 Se ha querido ver aquí una alusión a la escena de Polinices en Edipo en Colono, pero es una referencia poco clara.

por los refugiados de quién era el que habla muerto y enterado de que se trataba de Sófocles, tras enviar un heraldo, permitió enterrarle.

16 Lobón dice que sobre su tumba están escritas las siguientes palabras:

En esta tumba cubro a Sófocles, el que consiguió los prsme-
ros puestos en el arte de la tragedia, la mds noble figura.

17 Istro cuenta que los atenienses, a causa de la virtud de tan
gran hombre, decretaron incluso ofrecerle un sacrificio anual.
18 Escribió ciento treinta dramas, según afirma Aristófanes, de
19 ellos diecisiete apócrifos. Disputó con Esquilo. Euripides, Qué-
rilo, Aristias y otros muchos, incluso con su hijo Yofonte.
20 En todo emplea las palabras de Homero. Trata los mitos si-
guiendo la huella del poeta y, en muchos dramas, recibe influen- ÁYAX
cia de la Odisea ~, hace derivar el nombre de Odiseo como Ho-
mero

Con razón soy Odiseo, llamado así por mis desgracias. Pues

son muchos los que se han enojado, infames, contra mí.
Crea los caracteres, los adorna y utiliza con maestría sus
invenciones, influenciado al tiempo por el encanto de Homero.
De ahí que se pueda decir que Sófocles es el único discipulo
jónico de Homero. Muchos de los otros imitaron a alguno de
sus antecesores o de sus contemporáneos, pero sólo Sófocles
toma lo mejor de cada uno, al igual que la abeja. fil logró reunir
oportunidad, dulzura, arrojo y variedad.
21 Ha sabido también calibrar oportunamente las acciones, has-
ta el punto de retratar totalmente a una persona en un peque-
ño hemistiquio o en un solo parlamento. Esto es lo más impor-
tante en el arte poético: mostrar carácter o sentimiento.
22 Afirma Aristófanes que <se apoyaba en el corazón> y, en otro
lugar, <Sófocles tenía untada la boca de miel>.
23 Aristóxeno nos dice que fue el primero de los poetas de Ate-
nas que utilizó canciones frigias para sus propios cantos y los
mezcló con el estilo del ditirambo.

Fr. 965.
U

INTRODUCCIÓN

La primera tragedia conservada de Sófocles, datable
en los años cincuenta, pertenece por su tema al ciclo tro-
yano. Muerto Aquiles en vísperas de la caída de Troya,
contienden por sus armas Áyax y Odiseo, ganándose es-
te último el favor de los griegos. Áyax, afrentado, decide
asesinar a Odiseo y a los Atridas, pero la diosa Atenea le
ciega el entendimiento y en su pasajera locura el héroe da
muerte a unas reses indefensas; cuando vuelve en sí de su
desvarío, comprende que la única salida para un hombre
de honor como él es la muerte.
La obra comienza con un diálogo entre Atenea y Odi-
seo, donde se nos cuentan los desvaríos de Áyax; éste sale
un momento a escena, todavía convencido de haber dado
muerte a sus enemigos. El coro se hace eco de los rumo-
res que corren acerca de Áyax. Después aparece Tecmesa,
la mujer de Áyax, que narra el deguello nocturno ejecuta-
do por su marido, y poco después el propio Áyax expone
su decisión de morir. Su mujer y el coro tratan de disau-
dirle, le traen a su hijito Eurisaces, pero él no ceja; poco
después se despide veladamente de sus fieles marineros y

entona un patético soliloquio antes de lanzarse sobre su espada clavada en tierra. Tecmesa descubre el cadáver y prorrumpe en gemidos y lamentos; aparece también Teucro, hermanastro de Áyax, que se opone firmemente ante

la pretensión de Menelao de dejar insepulto el cadáver del héroe; más adelante hará lo propio ante Agamenón. Odiseo intercede noblemente por el muerto, y la obra termina con los preparativos para su funeral, a cargo de Teucro.

Destacan como aspectos singulares de esta obra la aparición de una diosa en escena, que no volveremos a encontrar en las demás tragedias conservadas; la construcción a modo de díptico, con una primera parte que culmina en la muerte del héroe y una segunda, en cierto modo anticlimática, en que se trata de su sepultura y por tanto de su honra póstuma (anunciando en gran medida el conflicto central de Antígona); el relieve otorgado a la humanidad y magnanimidad de Odiseo, que anticipa otras figuras sofocleas posteriores; y el gran papel que tienen en la primera parte los discursos de Áyax: el primero (430-480), en que reconoce su desvario y comprende que está perdido, el segundo (642-692), de gran ambiguedad y difícil interpretación, y el tercero (815-865), de patética despedida del mundo.

r

ARGUMENTO

La acción es de tema troyano, como Antenóridas, Cautivos, Rapto de Helena y Memnón. Después de que Aquiles cayó en la batalla, Áyax y Odiseo creyeron, cada uno por su lado, que habían sobresalido más en la recuperación del cuerpo. Haciendo un juicio en torno a las armas, es Odiseo el que resulta vencedor. A partir de esto, Áyax, que no ganó el juicio, se trastorna y pierde la razón, de suerte que, agarrando unos corderos, creía estar matando a los helenos. De los animales, a unos los mató, y a otros se los llevó atados a la tienda. Entre éstos hay un carnero, de tamaño superior, al que toma por Odiseo y al que, habiéndolo atado, le daba latigazos, de donde el subtitulo de la obra: El que lleva el látigo, para distinguirlo del Locrio. Dicearco la titula Muerte de Aya.x, pero en los catálogos está reseñada como Áyax solamente.

Esto hace Ayax. Atenea, por su parte, sorprende delante de la tienda a Odiseo espiando qué puede estar haciendo Ayax, y le aclara los hechos. Llama al exterior a Áyax que aún está en su arrebato de locura y se vanagloria de haber matado a sus enemigos. Aparece éste en la actitud de estar azotando a Odiseo. Acude el coro de marineros salaminios conocedor de lo sucedido: que los rebaños helenos habían sido sacrificados, pero sin saber quién lo había hecho. Sale también Tecmesa, concubina esclava de Ayax, que sabe que el asesino de los corderos es Áyax, pero ignora de quién son los rebaños. Así pues, aprendiendo cada uno del otro lo que desconoce —el Coro, de Tecmesa, que el autor era Áyax, y Tecmesa, del Coro, que los rebaños sacrificados eran helenos— se lamentan, sobre todo el Coro. Entonces Ayax, entrando ya con el juicio recuperado, llora por si mismo. Tecmesa le pide que ponga fin a su irritación.

Él, respondiendo que había ya cesado, sale con la excusa de unas purificaciones y lleva a cabo su propia muerte. Hay también, al final de la obra, unas palabras de Teucro a Menelao que no permite enterrar el cadáver. Por último, Teucro, tras darle sepultura, se lamenta.

La lección de la tragedia destaca que, a partir de la ira y del gusto por las disputas, los hombres pueden llegar a situaciones tan malas como Áyax que, esperando ser dueño de las armas, al no obtenerlas, resolvió quitarse la vida a si mismo. Tales pendencias no son provechosas ni siquiera para los que creen haber vencido. En efecto, considera lo que, con pocas palabras y muy expresivamente, se encuentra en Homero acerca de la derrota de Áyax:

<Sola el alma de Ayax Telamonio lejos está, llena de cólera por causa de las armas» (Odisea Xl 543 ss.).

Y luego oye al que ha quedado vencedor:

'lOjalá que no hubiera vencido con semejante premio! » (Odisea XI 548).

Efectivamente no le aprovechó la victoria, al haber muerto un hombre como aquél a causa de la derrota.

La escena de la obra tiene lugar en el fondeadero de junto a la tienda de Áyax. Extrañamente se presen-

ta a Atenea para que recite el prólogo, pues nos resultaría poco convincente que Áyax se presentara para hablarnos acerca de sus propias acciones como acusándose a sí mismo. Nadie conocía esos hechos, ya que Ayax lo hizo en secreto y durante la noche. A una divinidad, pues, tocaba esclarecer el asunto y por ser Atenea la que protegía a Odiseo es por lo que dice:

'e... desde hace rato me puse en tu camino como resuelto guardián de tu persecución» (vv. 36 ss.).

En cuanto a la muerte de Áyax, se tienen diversas noticias. Unos dicen que, herido por Paris, llegó a las naves desangrándose, y otros, que el oráculo respondió a los troyanos que arrojaran barro sobre él, pues no era vulnerable con la espada, y así murió. Otros, que él mismo fue su propio asesino, entre los que también está Sófocles. En cuanto al costado, puesto que era lo único que tenía vulnerable, cuenta Píndaro, que la parte del cuerpo que había cubierto la piel del león era invulnerable, mientras que la que no había sido cubierta permanecía vulnerable.

1
PERSONAJES

ATENEA.
ODIsEo.
ÁYAX.
CoRo de marineros salaminios.
TEc~sA.
MENs~um~o.
TEUCRO.
MENELAO.
AGAMEN~N.

PERSONAJES MUDOS

EURISACES.
PEDAGOGO.
MENSAJERO del ejército.

(La acción tiene lugar en el campamento de los griegos. Odisea está ante la tienda de Áyax examinando unas huellas en la arena. Arenea aparece y le habla.)

ATENEA. — Siempre te veo, hijo de Laertes, a la caza de alguna treta para apoderarte de tus enemigos'. También ahora te veo junto a la marina tienda de Ayas en la playa —que ocupa el puesto extremo 2, siguiendo 5 desde hace un rato la pista y midiendo las huellas recién impresas de aquél, para conocer si está dentro o no lo está. Tu paso bien te lleva, por tu buen olfato, propio de una perra laconia ~. En efecto, dentro se encuentra el hombre desde hace un instante, bañadas io en sudor su cabeza y sus manos asesinas con la espada. Y no te tomes ya ningún trabajo en escudriñar al otro

1 Odiseo, calificado en la epopeya griega como <rico en ardides., ilustra las palabras de Atenea mediante sus acciones anteriores. La trampa contra Palamedes, en Janoro~T1s, Memorables IV 233; la captura de Heleno, que se cuenta en Filoctetes 606 ss.; la propia estratagema para capturar a Filoctetes, y la expedición nocturna con Diomedes, en Ilíada X, son ejemplos característicos de su astucia.

2 Los puestos extremos del campamento, al E. y al 0.—y, por tanto, los más peligrosos—, estaban ocupados por las tiendas de Aquiles y de Ayax, respectivamente. (Cf. ¡liada II 8, 55.)

~ Los perros laconios, según nos cuenta ARX5T6TELES (Hist. Anim. 8,28 a 3), resultaban de un cruce con zorros. Físicamente eran de pequeño tamaño, anchos hocicos y penetrante olfato. Eran los mejores perros de caza (PíNDARo, frag. 106). El propio Aiusrúrm.as hace una alusión especial a las hembras de esta raza y dice que son de fina inteligencia (Hist. Anim. 8,28 a 27).

lado de esta puerta, y sí en decirme por qué tienes ese
afán, para que puedas aprenderlo de la que lo sabe.
ODIsEo. — ¡Oh voz de Atenea, la más querida para
15 mi de los dioses! ¡Qué claramente, aunque estés fuera

de mi vista, escucho tu voz y la capta mi corazón, como
el sonido de tirrénica trompeta de abertura broncí-
nea! “. También en esta ocasión me descubres mero-
deando al acecho de un enemigo, de Ayax, el del gran
20 escudo’. De él, que de ningún otro, sigo el rastro des-
de hace rato. Pues ha cometido contra nosotros duran-
te esta noche una increíble acción, si es que él es el
autor. Nada sabemos con exactitud sino que estamos
faltos de datos y yo me he sometido gustoso a esta
tarea.
25 Hemos descubierto, hace poco, destrozadas y muer-
tas todas las reses del botín por obra de mano huma-
na, junto con los guardianes mismos del majadal. Todo
el mundo echa la culpa de esto a aquél. Un testigo pre-
30 sencial que lo vio a él solo, dando saltos por la llanura
con la espada aún chorreante, me lo cuenta y me lo
muestra. Yo, al punto, me lanzo sobre sus huellas y por
algunas lo confirmo, pero estoy desconcertado por otras
y no puedo saber de quién son. Te has presentado en
el momento oportuno; pues en todo, tanto en el pasado
35 como en el futuro, tu mano es la que me guía.
ATENEA. — Yo ya lo sabia, Odiseo, y desde hace rato

‘ Esta trompeta es frecuentemente aludida en la literatura
griega (EsQUILO, Euménjdes 567; EURÍPIDEs, Fenicias 1377). La for-
ma que tenía era recta, ampliándose gradualmente su diámetro
hasta terminar en una abertura acampanada. Los tirrenos, se-
gún una tradición de la que HERÓDOTO es el primero en hacerse
eco (1 94), eran de origen lidio, por tanto puede haber sido de
invención lidia.
‘ Remito a ¡liada VII 219, donde se da la descripción del
espectacular escudo de Áyax.
me puse en tu camino como resuelto guardián de tu

persecución.
ODísEo. — Y bien, soberana querida, ¿me afano con
algún provecho?
ATENEA. — Sí, pues esas acciones son obra de este
hombre.
ODIsEO. — ¿ Por qué descargó así su mano tan insen- 40
satarnente?
ATENEA. — Vejado por el resentimiento a causa de
las armas de Aquiles.
ODIsEa. — ¿Y por qué arremetió contra los rebaños?
ATENEA. — Creyendo que manchaba sus manos en
vuestra sangre.
OnísEo. — ¿Conque ésta era su decisión, la de ir
contra los Argivos?
ATENEA. — Y, de haberme yo descuidado, hubiera 45
sido llevada a cabo.
ODIsEa. — ¿Qué clase de audacia era ésta y qué osa-
día de ánimo?
ATENEA. — Se lanza contra vosotros solo, durante la
noche y con engaños.
OnIsEo. — ¿Es que ya estuvo cerca y llegó a su meta? so
ATENEA. — Si, ya estaba junto a las puertas de los

dos jefes 6~
ODIsEa. — ¿Y cómo retuvo a su ávida mano del ase-
sinato?
ATENEA. — Yo se lo impedí infundiéndole en sus ojos
falsas creencias, de una alegría fatal ~, y le dirigí contra
los rebaños y el botín que, mezclado y sin repartir, guar-
dan los boyeros. Cayendo allí, causó la muerte a hacha- 35
zas de muchos animales cornudos rompiendo espinazos
a su alrededor. Unas veces creía tener a los dos Atridas
Agamenón y Menelao.
~ Es decir, su imaginación le proporciona la alegría de un
supuesto triunfo que le va a ser fatal.

y que los mataba con su propia mano, otras, que caía
contra cualquier otro de los generales. Y cuando nues-
~o tro hombre iba y venía preso de furiosa locura, yo le
incitaba, le empujaba a la trampa funesta.
Y luego, después que se tomó un descanso en esta
faena, habiendo atado a los bueyes que quedaban vivos
y a todas las reses, los lleva a la tienda como quien lleva
65 a hombres y no un botín de hermosos cuernos. Y aho-
ra, atados, en su morada los está maltratando.
Te mostraré esta manifiesta locura para que, tras
verlo, se lo cuentes a todos los Argivos. Resiste con va-
lor y no recibas a nuestro hombre como una calamidad.
70 Yo haré que las miradas de sus ojos se vuelven a otra
parte e impediré que vean tu rostro.

(Dirigiéndose a la entrada de la tienda grita.) ¡Eh,
tú, que atas con lazos las manos de los prisioneros a la
espalda, te invito a venir aquí! A Áyax estoy llamando.
Ven delante de la puerta.
ODIsEa. — ¿Qué haces, Atenea? De ningún modo le
llames afuera.
75 ATENEA. — ¿No vas a mantenerte en silencio y dejar
de dar muestras de cobardía?
ODISEO. — No, por los dioses, pero es suficiente con
que se quede en el interior.
ATENEA. — ¿Qué temes que ocurra? ¿Acaso antes no
era éste un hombre?
ODIsEa. — Y enemigo del hombre aquí presente por
cierto, y ahora aún más.
ATENEA. — Reírse de los enemigos, ¿acaso no es la
risa más grata?
so Oriís~o. — A mi me basta que él se quede en la
tienda.
ATENEA. — ¿Temes ver cara a cara a un hombre que
está loco?
ODísEo. — No le evitaría por miedo, si estuviera
cuerdo.
ATENEA. — Pero es que ahora, ni aunque estés cerca,
te verá.
ODIsEa. — ¿Cómo, si aún ve con los mismos ojos? ~.
ATENEA. — Yo haré que sus ojos queden oscurecidos, 85
aun cuando esté mirando.
ODIsEa. — Ciertamente, todo puede suceder si lo ma-
quina un dios.
ATENEA. — Permanece callado y quédate como estás.
ODIsEo. — Me quedo, pero hubiera querido encon-
trarme en otro lugar.

ATENEA. — ¡Eh tú, Ayax!, por segunda vez te llamo.
¡Qué poco caso haces, pues, de tu aliada! ~. 90

(Áyax sale de la tienda llevando en la mano el látigo
ensangrentado del que se está sirviendo.)

ÁYAX. — Te saludo, Atenea, te saludo, hija de Zeus.
¡Cuán propicia me asististe! Por este botín te honraré
con áureos despojos.
ATENEA. — Bien has hablado. Pero dime una cosa,
¿has hundido bien la espada en el ejército argivo? 95
ÁYAX. — Me cabe ese orgullo y no voy a negarlo.
ATENEA. — ¿También contra los Atridas has blandi-
do tu armado brazo?
ÁYAX. — De tal modo que no deshonrarán nunca
más a Áyax.
ATENEA. — Muertos están, por lo que puedo entender
de tus palabras.
AYAX. — Estando muertos ya, ¡que me vengan a arre- loo
batar mis armas! 10

8 Ha olvidado lo prometido por la diosa en el y. 69.
~ Palabras dichas con ironía. Áyax rechazó la ayuda de la
diosa, de ahi el resentimiento de ella. Ver, más adelante, los
vv. 770 ss.
10 Las armas de Aquiles que, habiendo muerto, pertenecían

ATENEA. — Sea. ¿Qué hay, pues, del hijo de Laertes?
¿Qué destino le has deparado? ¿O es que se te ha esca-
pado?
A~x. — ¿ Me preguntas acaso dónde se encuentra
ese astuto zorro?

ATENEA. — Si, hablo de Odiseo, tu adversario.
105 ÁYAX. — Mi más dulce presa, oh señora, dentro es-
~ ‘Y No quiero que muera todavía...
ATENEA. — ¿ Qué le quieres hacer antes o qué mayor
provecho quieres sacar?
AYAX. — ... antes de que atado en el poste de la
tienda...
ATENEA. — ¿Qué daño le infligirás al infeliz?
no ÁYAX. — ... enrojecidas, previamente, sus espaldas
por los latigazos, muera.
ATENEA. — No maltrates así al desgraciado.
Áyp.x. — En todo lo demás deseo agradarte, Atenea,
pero ése expiará con este castigo y no con otro.
ATENEA. — Ya que tu gusto es el hacerlo, sirvete tú,
115 pues, de tu brazo y por nada dejes de hacer lo que
piensas.
AYAX. — Me voy a hacerlo. Una cosa deseo de ti, que
me asistas siempre como la aliada que eres.
(Entra Áyax de nuevo en la tienda.)
ATENEA. — ¿Ves, Odiseo, cuánto es el poder de los
dioses? ¿A quién te podrías haber encontrado más pre-
120 visor que este hombre o que actuara con más oportu-
nidad?
ODísEo. — Yo, por lo menos, no conozco a nadie. No
obstante, aunque sea un enemigo, le compadezco, infor-
por derecho a Ayax y que, al negárselas los Atridas, dan lugar a
la venganza del héroe, objeto de esta tragedia.

11 Se observa en griego una clara aliteración en silbante que, creo, confirma las indicaciones de Dionisio de Halicarnaso sobre este sonido. En efecto, la frase rezuma un profundo odio por tratarse del aborrecido Odiseo.

tunado, porque está amarrado a un destino fatal. Y no pienso en el de éste más que en el mio, pues veo que 125 cuantos vivimos nada somos sino fantasmas o sombra yana 12

ATENEA. — Por eso precisamente, viendo tales cosas, nunca digas tú mismo una palabra arrogante contra los dioses, ni te vanaglories si estás por encima de alguien o por la fuerza de tu brazo o por la importancia de tus 120 riquezas. Que un solo día abate y, otra vez, eleva todas las cosas de los hombres í~. Los dioses aman a los prudentes y aborrecen a los malvados.

(Atenea desaparece. Odiseo sale de escena y entra el Coro de marineros.)

CoRo.

Hijo de Telamón, que tienes por trono a Salamina, la que, situada en el cercano mar 14, está rodeada por 135 él, me alegro de tu bienestar. Pero cuando una aflicción de parte de Zeus o el vehemente y malsonante lenguaje de los Dánaos te atacan, gran temor siento y espantado estoy como la mirada de una alada paloma. 140

Así también en la noche que ahora termina, incesantes murmullos nos envuelven, referentes a tu deshonor, de que, irrumpiendo en el prado, gratisimo a los caballíos, has dado muerte a las reses y acabado con el botín 145 que, capturado por nuestras lanzas, aún quedaba, matándolo con el reluciente hierro.

Tales maledicientes palabras ha inventado Odiseo y las dice en los oídos de todos y los persuade completa-

12 Un lugar común de la poesía griega. (Ver, en esta misma tragedia, y. 131; Filoctetes 947; PíNDARO, VIII 95, etc.)

13 Esta imagen de la balanza la encontramos también, repetidas veces, en Sói~ocies (Antígona 1158, Filoctetes 866).

14 Sófocles habla desde su perspectiva local, la de Atenas, frente a la cual se encuentra, realmente, Salamina. Estas inconexiones no extrañaban al público ateniense.

150 mente. Anda murmurando de ti cosas que convencen fácilmente, y todo el que le escucha, más que el que lo ha contado, se complace en injuriarte en tus desgracias. 155 Apuntando a los espíritus grandes 11 no puedes errar. Pero si tales cosas se dijeran contra mí no convencerían. La envidia se desliza contra el poderoso. Sin embargo, los pequeños sin los poderosos son débil protec- 160 ción de la torre. Porque, junto a los grandes, el pequeño perfectamente se acopla y el grande se endereza con ayuda de los pequeños 16~ Pero no es posible instruir a tiempo a los insensatos en estas máximas. Tal clase de 165 hombres son los que alborotan y nosotros, contra esto, no tenemos fuerzas para defendernos sin ti, señor.

Cuando ahora han esquivado tu mirada, meten ru:-do cual bandadas de aves, pero ante el gran buitre, si 170 tú aparecieras de repente, tal vez por espanto, en silencio, se agazaparían sin voz 17~

Estrofa.

¿Acaso la guardadora de toros, Artemis la hija de
Zeus —¡oh tremendo rumor, oh causa de mi deshonra!—,
175 le impulsó contra los bueyes, propiedad de todos, de la
majada? ¿Fue por causa de alguna infructuosa victoria,
o por estar decepcionada ante los gloriosos despojos 18,

15 Los aqueos importantes, como Ayax, eran calificados, según el ideal homérico, de megdthymoi, es decir: por encima del común de los hombres.

16 Estas palabras deben de estar inspiradas en un proverbio, conocido en el mundo de la albañilería y del que nos habla en Leyes 902 c; según dicho proverbio, las piedras grandes sin las pequeñas no forman nada sólido.

17 La comparación con el mundo de las aves, en el que la gran rapaz: águila, buitre, etc., se opone a las indefensas, es imagen dilecta en la literatura griega. (Cf. Ilíada XIII 64, 65; HESÍODo, Trabalos 203; EsQuiLo, Suplicantes 62; EuRlPuws, Andrómaca 1140, 1141, entre otros.)

18 Los que se le tenían que ofrendar a Artemis después de la cacería.

o por haber hecho cacerías de ciervos sin ofrendas?
¿O pudo ser Enialio 19 el de broncínea coraza que de su isa
lanza aliada tiene queja y venga el ultraje con ardides
nocturnos? 20

Antistrofa.

Nunca, por propio impulso, hijo de Telamón, te has
apartado de tu razón como para arrojarte entre rebaños. Un mal divino debe haberte llegado. Que Zeus 21 185
y Febo quieran alejar este funesto rumor de los argivos.

Y si los grandes reyes inventan calumnias y las divulgan, o proceden de la corrompida raza de los hijos
de Sísifo 22 no mantengas por más tiempo, oh señor, tu 190
rostro así 23, en la tienda a la orilla del mar, aumentando el nefasto rumor.

Epodo.

Antes bien, álzate de la morada donde te has instalado en esta inactividad respecto al combate que ya
dura largo tiempo, inflamando tu desgracia hasta el cie- 195

19 Enialio es considerado, en la Ilíada, o bien como un dios de la guerra, deidad aparentemente idéntica a Ares (II 651), o bien como un epíteto de Ares (XVII 211). Aquí debe ser mendonado como una deidad independiente, al existir en Salamina, patria del héroe, un templo de Enialio, fundado por Solón para conmemorar la victoria por la que Atenas obtuvo la isla. Aquí se da a entender que Enialio había ayudado a Ayax, mientras que Ares favorecía a los troyanos.

20 Obsérvese que no se nombra a la verdadera causante, a la diosa Atenea.

21 Zeus er~ invocado, especialmente, por ser fuente de voces y rumores misteriosos. (Cf. Ilíada VIII 250.)

22 Sísifo era el más astuto y menos escrupuloso de los mortales. Fue fundador de Corinto. Según una tradición, sedujo a la joven Anticlea la víspera misma de su boda con Laertes y así ella concibió a Odiseo. Este innoble origen es el que se le reprocha cuando se habla de él con desprecio. (Cf. Filoctetes 417, 625, 1311; Euali’mas, Ciclope 104.)

23 Oculto.

Ji

lo. La insolencia de tus enemigos se lanza sin miedo a
través de valles bien expuestos a los vientos, carca jeán-
200 dose todos en sus lenguas con dichos que nos causan
vivo dolor.
(Sale Tecmesa, esposa de Áyax.)
TECMESA. — Ayudantes de la nave de Áyax, el de la
raza de los Erecteidas que proceden de la propia tie-
rra 24, tenemos motivos para gemir los que nos preocu-
205 pamos por la casa de Telamón lejos de ella, porque
ahora el fiero, el grande, el robusto Áyax yace afectado
por turbulenta agitación.
CORIFEO. — ¿ Cuál es la pesadumbre que esta noche
210 nos ha traído en lugar de la tranquilidad? Habla, hija
del frigio Teleutante, porque tras conquistarte con su
espada y hacerte su esposa, en su amor por ti es cons-
tante el impetuoso Áyax. Por eso, no nos darías una
explicación sin conocer los hechos.
TEcMESA. — ¿ Cómo, pues, puedo contar un relato
285 que es inenarrable? Te vas a informar de un suceso
que equivale a una muerte: preso de un ataque de lo-
cura, nuestro ilustre Ayax ha quedado en esta noche
deshonrado. Dentro de la tienda puedes ver victimas
~o bañadas en sangre, degolladas por su mano, sacrificio
de ese hombre.

CoRo.
Estrofa.
¡Qué noticia de este fiero varón, insu-frible y sin es-
~s capatoria me confirmas, divulgada por los poderosos
ddnaos y a la que un insistente rumor acrecienta!

24 Erecteo es el héroe ateniense que representa la preten-
sión de los atenienses de ser autóctonos. Aquí los habitantes de
Salamina, aunque politicamente fuera una isla independiente, se
consideran descendientes del mismo fundador y, por tanto, de
la misma estirpe que los atenienses, y reverencian a la sagrada
Atenas como la metrópoli de su raza.

Ji
¡Ay! ¡Siento temor ante lo que se avecina! Este hom-
bre a la vista de todos morirá tras haber dado muerte uo
por frenética mano al ganado, a la vez que a los pasto-
res que apacientan las yeguadas.

TECMESA. — ¡Ay de mí! De allí, de allí nos vino con
cautivo rebaño, de los que a unos degollaba dentro, 235
sobre la tierra, y a otros, rompiéndoles las costillas, los
abría en dos partes. Después cogió dos carneros de
blancas patas: a uno le cortó la cabeza y el extremo de

la lengua, y los tira lejos, y al otro, erguido, lo ata a un 240
pilar y, con una gran correa de atar caballos, le golpea
con un sonoro látigo doble, denostándole con insultos
que un dios, no un hombre, le enseñó.

CoRo.
Antistrofa.
Es momento ya de que cada uno, cubierto el rostro 245
con velos, emprenda en secreto la huida o, sentado en
banco de remeros con rápido movimiento, se vaya en la
nave que surca el alta mar. ¡Qué amenazas agitan con- 250
fra nosotros los dos poderosos Atridas! Temo que,
golpeado, una muerte por lapidación 25 comparta yo 255
con éste, de quien un terrible destino se apodera.
TEcMESA. — Ya no. Pues tras un fulgente relámpago
se calma, después de irrumpir violentamente, como el
viento del Sur. Ahora, consciente, experimenta un nue-
vo dolor. En efecto, el contemplar las desgracias pro- ~o
pias, en las que nadie más ha intervenido, causa enor-
mes dolores.
CORxl~o. — Si ya está calmado, creo que podrá irle
bien. La importancia del mal que ya se ha ido es menor.
TECMESA. — Si alguien te permitiera elegir, ¿ qué pre- 25s

25 En el texto griego encontramos la palabra Ares, pero
la hemos traducido aquí por <muerte>, porque éste es su sentido.

ferinas: ser feliz tú afligiendo a los tuyos, o estar con
ellos compartiendo las penas?
CORIFEO. — La que es doble, oh mujer, es mayor des-
gracia.
TEcMESA. — Nosotros, sin estar enfermos, sufrimos
más ahora.
270 CoRIFEo. — ¿Cómo dices eso? No comprendo tus pa-
labras.
TECMESA. — Nuestro hombre 26 cuando se encontra-
ba en pleno ataque disfrutaba con las atrocidades en
las que estaba inmerso, aunque a nosotros, que a su
lado estábamos en nuestro juicio, nos afligiera. Pero
ahora, una vez que ha cesado y ha vuelto en sí de su
275 locura, él mismo está hundido por completo en un fatal
abatimiento, mientras que nosotros en nada sufrimos
menos que antes. ¿Acaso, entonces, no son dobles los
males a partir de uno solo?
CORIFEO. — Te comprendo y temo que algún golpe
procedente de la divinidad llegue. Poroue, ¿cómo no, si
~o cuando está calmado no está mejor que cuando estaba
enfermo?
TEcMESA. — Debes conocer que la situación es ésta.
CORIFEO. — ¿Qué principio de locura se le presentó
súbitamente? Háznoslo saber a los que compartimos
sus sufrimientos.
TECMESA. — Vas a conocer todos los hechos, puesto
28s que eres partícipe. Aquél, en las altas horas de la no-
che cuando las hogueras vespertinas ya no ardían 27,
tomó la espada de doble filo y trataba de marcharse en
una injustificada salida. Yo le increpo y le digo: ¿Qué
haces, Áyax, por qué sin ser llamado ni convocado por

26 Áyax.

27 Eran hogueras que se encendían, en sitios fijos, con ma-
deras de pino y que servían para alumbrar y para dar calor.
mensajeros ni por trompeta alguna te lanzas a este ata- 290
que? Ahora todo el ejército duerme.

~l me dirigió pocas palabras, de las siempre repeti-
das: «Mujer, el silencio es un adorno en las mujeres» 26
Cuando lo oí, yo no proseguí y él salió solo. No puedo 295
contar lo que allí sucedió. Lo cierto es que entró tra-
yendo atados juntamente toros, perros pastores y una
presa de hermosa lana. A unos los desnucaba, a otros,
haciéndoles levantar sus cabezas, los degollaba y abría
en canal. A otros, atados, los maltrataba como si de 300
hombres se tratara, precipitándose sobre el ganado. Por
último, saliendo fuera a través de la puerta, a una som-
bra 29 dirige sus palabras, en contra unas veces de los
Atridas, otras hablando de Odiseo, añadiendo a grandes
carcajadas, con cuánta arrogancia se había vengado de
ellos en su ataque.

Y después de eso, irrumpiendo otra vez en su tien- 305
da con dificultad y a medida que pasa el tiempo, va
volviéndose a su juicio. Y cuando observa su tienda
llena de estragos, golpeándose la cabeza se pone a gri-
tar y, hundido entre los despojos de los cadáveres de
la matanza de corderos, se sentó y se arrancaba con 310
fuerza los cabellos con la mano y con las uñas.

Durante mucho tiempo se mantuvo sin hablar; lue-
go me amenazó con terribles palabras, si no le mani-
festaba todo lo que había sucedido, y me preguntaba en
qué aprieto se encontraba metido. Y yo, amigos, teme- 315
rosa, le dije todo cuanto había hecho que yo supiera.
Al punto, él prorrumpió en penosos lamentos como
nunca antes le había yo escuchado —pues siempre con-
sideraba que tales lamentos eran propios de un hombre 320

26 Expresión proverbial. (Cf. EuRfrmas, Heracles 476.>

29 Era Atenea, que, como el lector recuerda, era visible para el héroe, pero no para Tecmesa, que interpreta este hecho como una prueba más de la locura de Áyax.

cobarde y pusilánime—. Se quejaba sordamente, sin
proferir agudos gritos, como cuando un toro muge.
Y ahora, expuesto ese hombre a tan infausta suerte,
325 sin comer, sin beber, postrado entre los rebaños muer-
tos por su espada, está sentado inmóvil. Es evidente
que algo aciago maquina, pues eso da a entender en
sus palabras y lamentos. Mas, ¡ea, amigos!, que por
este motivo me llegué aquí, venid en mi ayuda entran-
330 do, si es que algún poder tenéis, que los que son de
este modo, con l~s consejos de los amigos se doblegan.

CORIFEO. — Tecmesa, hija de Teleutante, nos dices
cosas terribles: que nuestro héroe se ha enloquecido
por sus males.

(Se oye dentro la voz de Ayas.)

A.YAX. — ¡Ay de mí!

TEcMESA. — Pronto, según parece, estará peor. ¿O es
335 que no habéis escuchado a A.yax qué grito ha lanzado?

AY~x. — ¡Ay, aay de mi!

CORIFEO. — Parece que el hombre está enfermo o

que sufre al encontrarse con pasados motivos de des-
gracias.
ÁYAX. — ¡Ay, hijo, hijo! 30
~o TECMESA. — ¡Ay de mi, infortunada! Eurlsaces, por
ti dama. ¿Qué está tramando? ¿Dónde estás? ¡Desdi-
chada de mí!
A.YAX. — A Teucro llamo, ¿dónde está Teucro? 31~ ¿Es
que constantemente va a estar saqueando, mientras yo
me estoy muriendo?
CouFEo. — El hombre parece que razona. Ea, abrid.

30 El primer pensamiento antes de morir, porque ya está
decidido a ello —y ésta es una prueba—, es para su hijo. No po-
drá descansar hasta que lo vea, hasta ver al heredero de su
fama. El siguiente será pára Teucro.
31 Teucro, hermano de padre de Áyax. De su genealogía nos
habla él mismo (y. 1308). A él quiere encomendarle el cuidado
del hijo.
Tal vez adquiera un cierto respeto cuando me haya 345
visto.
TEcMESA. — Mira, abro. Te es posible ver sus accio-
nes y cómo está él mismo.
(Abre la puerta 32 y aparece Ayas sentado en medio
de las reses muertas 33.)

Estrofa 1.'
ÁYAX. — ¡Ah, mis marineros, los únicos de mis ami-
gos, los únicos que permanecéis fieles a una recta ley! ~.
Ved qué ola desde ha poco me envuelve, rodeándome 350
bajo los efectos de la sangrienta tempestad.
CORIFEO. — ¡Ah, cuán fidedignamente pareces pro-
barIo! Se demuestra que su acción procedió de la lo- 355
cura.

Antistrofa 1.'
ÁYAX. — ¡Ah raza protectora del arte naval! Tú te ~
embarcaste haciendo girar el marino remo. A ti, a ti
sólo veo que puedas apartar mi desgracia. ¡Ea, de go- ~¿o
lladme!
CORIFEO. — Di palabras de buen aguero, no vayas a
acrecentar el sufrimiento de tu destino ofreciendo un
mal remedio a la desgracia.

Estrofa 2.'
ÁYAX. — ¿Ves al intrépido, al animoso, al que en des- ~s

32 El recurso escénico era el ekkykl~ma que se abría en la
puerta central. Era un escenario más pequello, que permitía mos-
trar a Ayax rodeado por algunos de los animales degollados.
Este mismo recurso está usado en Antígona 1294, y Electra 1464.
3~ Esta imagen de Ayax meditando su propia destrucción
entre las reses muertas fue el tema de un famoso cuadro de
Timómaco de Bizancio.
3~ La de lealtad a la amistad, lo que no han hecho los
aqueos.
~ Aunque lo hace en singular, sigue dirigiéndose al Coro
en su conjunto.

tructores combates no tembló jamás? A mí, terrible por

mis manos, entre animales que no producen temor ~
¡Ay de mí, motivo de irrisión! ¡Cómo he sido ultrajado!
TECMESA. — Ayax, dueño mío, te lo suplico, no digas eso.
AYAX. — ¿No te irás fuera? ¿No te volverás sobre tus
370 pasos? ¡Ay, ay!
TEcMESA. — ¡Oh, por los dioses, cede y sé sensato!
AYAX. — ¡Ay infortunado de mí, que con mi mano
solté los genios vengadores y, cayendo sobre cornudos
~s bueyes y lustrosas cabras, derramé negra sangre!
CORIFEO. — ¿Por qué te afliges, si es por hechos ya pasados? No' podría suceder que estas cosas no fueran así.

Antistrofa 2.'
~& ÁYAX. — ¡Ah el que todo lo observas, constante instrumento de todos los males, hijo de Laertes, el más
sucio truhán del ejército! ~ Ciertamente, para tu contento llevas gran motivo de risa.
CORIFEO. — Con la intervención de un dios, cualquiera ríe o se lamenta.
385 Á~x. — ¡Ojalá lo viera, aun estando así de afligido,
ay de mí!
CORIFEO. — Nada hables orgullosamente. ¿No ves en qué punto de desgracia estás?
ÁYAX. — ¡Oh Zeus, padre de mis antepasados! ~
¿Cómo, tras destruir al muy astuto, odioso truhán, y a

36 Mazon da otra sugestiva interpretación cuando traduce: <aquel cuyo brazo hacia temblar a las fieras que no temen...', aunque me parece menos justificable en este contexto.
~ Literalmente dice «harina>, que he traducido por <truhán>. Podemos relacionar esta expresión con la nuestra: <trigo limpio>.
38 El parentesco que invoca Ayax es el de fundador de su estirpe. Zeus, con la ninfa Egina, tuvo un hijo, Éaco, que fue el abuelo de Ayax.

los dos poderosos reyes, podría finalmente morir tam- 390
bién yo?
TEcMESA. — Cuando esto pidas, pide también mi
muerte a la vez. Pues, ¿por qué tengo que vivir yo, si
tú estás muerto?

Estrofa 3.'
AyAx. — ¡Ah oscuridad que eres luz para mí! ¡Oh 395
Érebo, que me resultas muy luminoso! Recibidme, recí-
bidme como habitante, recibidme. Ni a la estirpe de los
dioses ni a la de los efímeros hombres soy ya digno de 400
mirar esperando ayuda alguna. La poderosa diosa 29
hija de Zeus, a mí, desdichado, me atormenta. ¿Adónde
puede uno huir? ¿Adónde iré a quedarme, si nuestras
cosas se consumen, amigos, y el castigo está cerca de 405
mi 40 y estoy dedicado a una loca cacería? El ejército
entero podría venir a matarme a mandobles.
TEcMESA. — ¡Oh desdichada! ¡Que un hombre cabal 410
diga cosas semejantes, que nunca antes él mismo hubie-
ra osado!

Antistrofa 3.'
ÁYAX. — ¡Ah, pasos que resuenan con el ruido del
mar ~ cuevas marítimas y prado costero, mucho, mu-
cho, largo tiempo ya me retenéis en torno a Troya! Pero 415
ya no más, ya no conservaré el aliento. ¡Sépalo esto
todo el que entienda! ¡Oh vecinas corrientes del Es-
camandro, favorables a los argivos! 42 Ya no veréis a 420

este hombre —voy a hacer una orgullosa afirmación—,

~ Atenea.
40 Pasaje sometido a múltiples interpretaciones. Acepto la lección de Lobeck introduciendo el término tisis porque entiendo que los rebaños que tiene a su alrededor son su castigo.
41 Seguramente está pensando aqul en los estrechos marinos franqueados a su paso para Troya en aguas del Helesponto.
42 Es el río más veces nombrado en la Ilíada. Es el más importante de la Tróade. Nace en el monte Ida.

a un hombre cual Troya no ha visto ningún otro en el
425 ejército que vino de la tierra helénica; y ahora, en cambio, deshonrado, yace aquí.
CORIFEo. — Yo no puedo impedirtelo y no sé cómo permitirte hablar, caído como estás en tales desgracias.
430 Ayp.x. — ¡Ay, ay! ¿Quién hubiera pensado nunca que mi nombre se iba a adecuar tan significativamente a mis males? ~ Ahora me es posible dar ayes dos y tres veces ya que en tales infortunios me encuentro. Mi pa-
435 dre, después de obtener como premio los primeros galardones del ejército ~ desde esta tierra del Ida regresó a su patria con gran gloria. Yo, sin embargo, hijo de aquél, habiendo llegado más tarde a esta misma tierra troyana con un arrojo no inferior y habiendo rendido
4<0 no menores servicios con mi propia mano, muero así deshonrado por los argivos.
No obstante, creo estar seguro de una cosa: que si Aquiles viviera y fuera a adjudicar a alguien con sus armas el premio del heroísmo, ningún otro que no fue-
445 ra yo se lo hubiera llevado. Pero ahora los Atridas actuaron en esto de acuerdo con un hombre malvado, con desprecio de las hazañas de mi persona.
Y si estos ojos y la mente extraviada no se hubieran desviado de mi intención, nunca hubieran vuelto a sen-
450 tenciar así contra otro hombre. Ahora la indómita diosa hija de Zeus, la de aterradora mirada, cuando dirigía

~ El nombre de Ayax queda relacionado así por Sófocles con la interjección de dolor, recurso que agradaba al pueblo y que resalta expresivamente la situación de miseria y dolor en que está inmerso nuestro héroe. Otros ejemplos de esta etimologia popular son Odiseo con el verbo odÑssomai (Odisea 1 62), Penteo con pénthos (Eualprnes, Bacantes 507), Polinices con polyn~áikos (Esouíi.o, Siete contra Tebas 577).
~ Telamón acompañó a Heracles en la primera guerra contra Troya y fue recompensado con la mano de Hesione (P1an~uto, ístmicas V 27), hija de Laomedonte y hermana de Priamo.
ya mi brazo contra ellos, me hizo fracasar, infundiéndome un rapto de locura, de suerte que en estos animales he ensangrentado mis manos. Y aquéllos se ríen porque se han librado contra mi voluntad. Pero, cuando 455 es un dios el que inflige el daño, incluso el débil podría esquivar al poderoso.
Y ahora, ¿qué debo hacer? Yo que soy claramente aborrecible a los dioses, al que el ejército de los helenos odia, y Troya entera, así como estas llanuras, detestan... ¿Acaso atravesaré el mar Egeo en dirección a 460 mi casa abandonando estos lugares que nos sirven de

puertos y dejando solos a los Atridas? ¿Y qué rostro
mostraré cuando me presente ante mi padre Telamón?
¿Cómo va a soportar yerme, si aparezco sin galardones,
de los que él obtuvo una gran corona de gloria? No es 465
cosa soportable.

Entonces, pues, ¿iré hacia la fortificación de los tro-
yanos y combatiré yo solo contra ellos sin nadie más,
para hacer alguna proeza y, por último, morir? Pero
de esta manera yo daría gusto a los Atridas. No es po 470
sible esto. Tengo que buscar un proyecto de unas ca-
racterísticas tales que evidencien a mi anciano padre,
de algún modo, que no he nacido de él para ser un co-
barde. Porque vergonzoso es que un hombre desee vivir
largamente sin experimentar ningún cambio en sus des-
gracias. ¿Cómo puede alegrarnos añadir un día a otro 475
y apartarnos de morir? ~ No compraría por ningún
valor al hombre que se anima con esperanzas vanas;
el noble debe vivir con honor o con honor morir. Mi 480
discurso por entero has escuchado.

CORIFEO. — Ninguno dirá nunca que has hablado pa-
labras fraudulentas, Áyax, sino de tu propio sentir. De-
siste, sin embargo, y permite a los amigos que preva-

~ Interpreto que lo que desea expresar es que al final siem-
pre está la muerte, aunque ésta se retrase.

lezcan sobre tu determinación y echa en olvido estas
consideraciones.
485 TECMESA. — ¡Oh Áyax, dueño mío!, ningún mal hay
mayor para los hombres que el destino que se nos ha
impuesto. Yo nací de un padre libre y poderoso y rico
cual ninguno entre los frigios. Ahora soy una esclava
490 porque así les plugo a los dioses y, sobre todo, a tu
brazo. Por tanto, una vez que compartí tu lecho, bien
miro por lo tuyo y te imploro, por Zeus protector de
nuestro hogar y por tu tálamo en el que conmigo te
uniste, que no me hagas merecedora de alcanzar dolo-
495 rosa fama entre tus enemigos, si me dejas sometida a
otro.

Porque si tú mueres y, con ello, me dejas abando-
nada, piensa que en ese día también yo, arrebatada a la
fuerza por alguno de los argivos, juntamente con tu
soo hijo, tendré el régimen de vida de una esclava. Y algu-
no de mis amos 46, hiriéndome con sus palabras, me
lanzará mordaz saludo: «Ved a la esposa de Áyax, el
que fue el más poderoso del ejército, qué servidumbre
soporta, en vez de ser objeto de envidia.» Así hablará
505 alguien y, mientras un dios a mí me maltratará, para ti
y para tu linaje estas palabras serán motivo de oprobio.

Ea, averguénzate de abandonar a tu padre en la pe-
nosa vejez, siente respeto por tu madre, de edad avan-
zada, que muchas veces implora a los dioses que vuel-
510 vas a casa sano y salvo. Apiádate, señor, de tu hijo, si,
privado del cuidado que requiere su niñez, separado de
ti, va a pasar su vida bajo tutores que no le quieran.
Piensa qué gran infortunio nos dejas a él y a mi con
ello, en el caso de que mueras. Para mi no hay ya a qué

46 En todo este pasaje (Vv. 495-515) y más adelante en las
palabras de Ayax (vv. 560-565> notamos la influencia y el recuerdo

de la ¡liada (VI 459 y ss.) en el momento de la despedida de
Héctor y Azídrómaca.
dirigir la mirada si no estás tú. Porque tú aniquilaste 515
mi patria con tu espada y otro sino arrebató a mi
madre y al que me engendró para que, muertos, fueran
habitantes del Hades. ¿Qué patria podría tener yo que
no fueras tú? ¿Qué riqueza? En ti estoy yo completa-
mente a salvo. Así pues, tenme también a mí en el re- 520
cuerdo: pues es preciso que el hombre recuerde, si es

que algún contento ha sentido. Un favor otro favor
siempre engendra. Aquel para quien el recuerdo de un
beneficio se pierde, no podrá llegar a ser un hombre de
noble linaje.
CORIFEO. — Ayax, quisiera que tú sintieras en tu áni- 525
mo la compasión que yo siento. En ese caso aprobarías
las palabras de ésta.
ÁYAX. — Y, ciertamente, obtendrá alabanza por mi
parte, si sólo lo que yo ordene se resigna a cumplir ~~.
TECMESA. — Sea, querido Áyax, yo te obedeceré en
todo.
ÁYAX. — Tráeme, pues, a mi hijo para que lo vea. 530
TEcMESA. — En verdad que por causa de mis temo-
res lo saqué de aquí.
ÁYAx. — ¿Mientras estaba en estos males, o qué me
dices?
TEcMESA. — No fuera a ser que al toparse contigo el
infeliz encontrara la muerte.
ÁYAX. — ¡Esto hubiera sido digno de mi destino!
TEcMESA. — En cualquier caso yo vigilé para evitarlo. 535

‘>~ Con esta expresión Sófocles moraliza la situación. Áyax
fue quien asoló el país de Tecmesa y el que ocasionó en última
instancia la muerte de los padres de ella. Pero el poeta no quie-
re presentarnos a Tecmesa viviendo con el asesino de sus padres
e inventa este recurso.
48 En griego notamos una clara aliteración en dental sorda
que creo tiene por objeto un refuerzo estilístico de la orden. Otra

aliteración semejante encontramos en Edipo Rey 371.

ÁYAX. — Alabo tu acción y la previsión que has te-
nido.
TEcMESA. — Según esto, ¿en qué podría serte útil?
AYAX. — Permíteme hablarle y verle cara a cara.
TEc~sA. — Está cerca de aquí, vigilado por los ser-
vidores.
540 AYAX. — ¿Por qué, pues, se retarda su presencia?
TEcMESA. — Hijo mío, tu padre te llama. Tráelo aquí,
tú, siervo, que lo guias con tu mano.
AYAX. — ¿Se lo dices a uno que viene a rastras o a
quien es tardo en obedecer?
TEcMESA. — Aquí cerca viene ya el servidor.
(Entra un esclavo con Eurísaces. Tecmesa lo coge
y lo acerca a Áyax.)

545 ÁYAX. — Levántalo, levántalo aquí, que no se asusta-
rá ~ por mirar esta carnicería recién cometida, si es
que en verdad es hijo mío. Antes bien, hay que adies-
trarlo en seguida en las duras costumbres de su padre
y asemejarle en su naturaleza.
550 ¡Oh hijo, ojalá alcances a ser más feliz que tu pa-
dre y semejante a él en las demás cosas, y no serías un
cobarde! Sin embargo, ahora, por esto te envidio, por

no ser consciente de ninguna de estas desgracias. La
sss vida más grata está en la inconsciencia hasta que llegas
a conocer las alegrías y las penas ~ Y cuando llegues
a esto, deberás mostrar entre los enemigos de tu padre
quién eres y por quién has sido formado. Mientras tan-
to, aliméntate de brisas vanas, robusteciendo tu joven
sóo vida para contento de tu madre. Que ninguno de los
Aqueos, lo sé, te humillará con hostiles ultrajes, ni aun-

~ Recurso humano y tierno. Indudablemente estaría en la
mente de Sófocles el pasaje de la Ilíada VI 466-470.
50 Es otro tema típico en la literatura griega, el de la in-
consciencia de la infancia. (Cf. EualPsDes, Medea 1041; Ilíada VI
400, etc.)

que estés separado de mí: tal será el protector que
como guardián tuyo dejaré, Teucro, que no descuidará
tu crianza, a pesar de que ahora lejos se ha ido a la
caza de enemigos.
Pero, guerreros amigos, tropa marina, a vosotros os 565
suplico este favor común, que a aquél ~‘ comuniquéis
mi encargo de llevar a este hijo mío a mi casa y mos-
trárselo a Telamón y a mi madre, a Eribea me refiero,
para que llegue a ser para ellos un constante sustento 570
de su ancianidad hasta que alcancen los abismos del
dios de los infiernos 52~ En cuanto a mis armas, que ni
unos jueces de certámenes ni el que es mi ruina ~ las
expongan entre los aqueos, sino que tú mismo, hijo,
Eurísaces, tomando lo que te ha dado el nombre ~ su- 575
jétalo por la correa fuertemente unida haciendo girar
el indestructible escudo de siete capas. Las demás ar-
mas juntamente conmigo serán enterradas ~‘.
(Devolviendo el niño a Tecmesa.) Pero cuanto antes
recibe ya a este niño, cierra el cuarto y no te lamentes
llorando delante de la tienda. La mujer es muy amiga sso
de gimotear. No es de médico sabio entonar palabras
de conjuros ante un mal que hay que sajar.
CORIFEO. — Siento miedo al escuchar esta decisión.
No me gusta tu tajante modo de hablar.
TEcMESA. — ¡Oh Áyax, mi señor! ¿Qué maquinas en sss
tu corazón?
ÁYAX. — No me interrogues, no me preguntes. Bue-
no es ser prudente.

51 Teucro.
52 De Hades, o sea, hasta que muera.
~ Odiseo.
5~ El nombre significa ade ancho escudo’.
55 La práctica de enterrar a los guerreros con sus armas es
muy primitiva. Los enterramientos de Micenas dan prueba de
ello. Sófocles sigue la leyenda de que el cuerpo de Áyax fue en-
terrado, no incinerado según era costumbre en la época heroica.

TECMESA. — ¡Ay, qué angustiada estoy! En nombre
de tu hijo y de los dioses te suplico, no nos traiciones.
ÁYAX. — Mucho me importunas. ¿No comprendes
s90 que yo no estoy ya obligado por gratitud a contentar

en nada a los dioses?
TECMESA. — Di palabras respetuosas.
AYAX. — Dilo a los que quieran oir.
TECMESA. — ¿No nos harás caso?
AYAX. — Estás diciendo ya demasiadas cosas.
TEcMESA. — Es que estoy asustada, señor.
ÁYAX. — (A los criados.) ¿No vais a cerrar cuanto antes?
TEcMESA. — ¡Ablándate, por los dioses!
s~s ÁYAX. — Me parece que discurres como una necia, si precisamente ahora esperas educar mi carácter 56
(Áy¿~x entra en la tienda. Tecmesa y su hijo se van.)

CoRo.
Estrofa 1.'
¡Oh ilustre Salamina!, allí donde estás eres feliz, ba-
tida por el mar, famosa desde siempre para todos ~
600 Yo, infortunado, desde largo tiempo aguardando en el
Ida, durante incontable número de meses estoy tendido
605 siempre en la pradera cubierta de hierba, consumido
por el tiempo, con el funesto presentimiento de que
cualquier día recorreré el horrible y oscuro camino del
Hades.

56 Conocido era el carácter testarudo del héroe, al que se le compara con un asno al que los niños se esfuerzan en vano por sacar del sembrado. (IZíada XI 558 ss.)
~ Salamina es famosa, sobre todo, por la batalla de su nombre en las Guerras Médicas, que supuso la victoria naval
contra los persas. Anacronismo con relación a la época en la que
se desarrolla la acción. Ya hemos hablado de ello en nota 14.
La referencia sería, sin duda, muy grata a los atenienses del s. y.
Antistrofa 1 a
Y sentado se encuentra cerca de mí Áyax, difícil de 610
cuidar, ¡ay de mí!, poseído de divina locura, a quien tú
en tiempos pasados enviaste poderoso en el violento
Ares ~. Ahora, en cambio, apacentando en la soledad
sus pensamientos, manifiesta ser una gran aflicción para 615
los suyos. Las antiguas acciones de enorme valor de sus
manos han caído, han caído hostiles a juicio de los hos- 620
tiles y miserables Atridas.

Estrofa 2.'
Ciertamente que su madre, cargada de años y com-
pañera de blanca ancianidad, cuando oiga que él ha per- 625
dido la razón lanzará, desdichada, un grito de dolor, un
canto de dolor y no el lamento del quejumbroso pájaro,
del ruiseñor ~. Más bien entonará agudos cantos y en 630
su pecho caerán sordos golpes producidos con sus ma-
nos y se arrancará los cabellos de la blanca melena £0

Antistrofa 2.'
Mejor es que se oculte en el Hades el que sufre este 635
delirio, el que por linaje paterno vino a ser el mejor de
los Aqueos que arrostran muchos trabajos. Y ya no es
constante en sus habituales impulsos, sino que se man- 640
tiene alejado. ¡Oh infortunado padre!, ¡qué penosa lo-
cura de tu hijo te resta por conocer: nunca destino 645
alguno de los Eácidas la alimentó antes que éste! ~
(Ayas se presenta con una espada en la mano. Por la derecha de los espectadores entra Tecmesa con el hijo.)
ÁYAX. — El tiempo largo y sin medida saca a la luz

58 Sinónimo de ‘guerra’. Véase la nota 25.
~ Alusión al mito de Procne, que explico con detalle en Electra, nota 9.
60 Gestos de duelo en las mujeres.
61 Ver nota 38 de esta misma tragedia.

todo lo que era invisible, así como oculta lo que estaba
claro. Nada hay que no se pueda esperar, sino que son
doblegados, incluso, el terrible juramento y las mentes
650 obstinadas. Yo, que hace un momento resistía tan vio-
lentamente, cual el hierro al temple, me he sentido
ablandado en mi afilado lenguaje a causa de esta mujer.
Siento compasión de dejarla viuda entre mis enemigos,
y huérfano a mi hijo.
655 Ea, iré a bañarme y a las praderas junto al mar para
que, purificando mis manchas 62, pueda evitar la terri-
ble cólera de la diosa y, llegando allí donde encuentre
un lugar sin pisar, tras excavar la tierra, ocultaré esta
espada mía, la más odiosa de las armas, donde no sea
660 posible que nadie la vea. ¡Que la noche y el Hades la
guarden allá abajo! Pues yo desde que la recibí en mis
manos como ofrenda de Héctor, mi peor enemigo, nun-
ca recibí un beneficio de parte de los Aqueos. Cierto
665 es el dicho de los hombres: «los dones de los enemigos
no son tales y no aprovechan».
Así pues, de aquí en adelante sabré ceder ante los
dioses y aprenderé a respetar a los Atridas; jefes son,
por tanto hay que obedecerles, ¿por qué no? Las más
670 terribles y resistentes cosas ceden ante mayores prerro-
gativas £5~ Y así, los inviernos con sus pasos de nieve
dejan paso al verano de buenos frutos. Y el círculo
sombrío de la noche se aparta ante el día de blancos
corceles 64 para que brille su luz. Y el soplo de terribles

£2 Acto de purificación para él mismo, que va a llevar a cabo su propia muerte cruenta. Al lavarse las manos en agua del mar, cree que arrojará sobre él las manchas que, de otra manera, irían a recaer sobre sí mismo por derse muerte.
63 Término, de amplio significado, que aquí podría también haber traducido por «dignidades» o «jerarquias» aplicables a las fuerzas más elementales de la naturaleza.
64 Es una constante en la mitología adscribir caballos blancos a los dioses o héroes. (Electra 706; Esoust~o, Los Persas 386.)
vientos calma el ruidoso mar; el omnipotente sueño 675
libera tras haber encadenado y no te tiene por siempre
aunque te haya apresado. Y nosotros, ¿no vamos a
aprender a ser sensatos? Yo, al menos, acabo de apren-
der que el enemigo deberá ser odiado por nosotros
hasta un punto tal que también pueda ser amado en 680
otra ocasión, y que voy a desear ayudar al amigo pres-
tándole servicios en tanto que no va a durar siempre 65~
Pues para la mayor parte de los hombres no es de fiar
el puerto de la amistad. Y por ello, en relación con
esto, todo saldrá bien. Tú, mujer, entra y suplica a los 685
dioses que se cumplan enteramente los deseos de mi
corazón. Y vosotros, compañeros, dadme honra en las
mismas cosas que ella y comunicadle a Teucro, cuando
llegue, que se ocupe de mí, al tiempo que se porte bien
con vosotros. Yo voy allí donde debo encaminarme. 690
Vosotros haced lo que os digo y, tal vez pronto, os en-

teréis de que estoy salvado, aunque ahora sufra el in-
fortunio 66

CoRo.
Estrofa.
Me estremezco de gozo y, de alegría, me echo a vo-
lar £7~ ¡16, ió, Pan, Pan! ¡Oh Pan, Pan 68, que vagas por ~s
la orilla del mar, muéstrate desde la cumbre del monte

£5 No va a durar siempre la amistad y, por tanto, las ma-
nifestaciones de ella.
£6 Ironía clara en estas palabras
£7 Volveremos a encontrar un canto de alegría del Coro,
precediendo a noticias de desgracias, en más tragedias de Sófo-
cles. (Edipo Rey 1086-1109.)
68 Pan, invocado aquí por los marinos salaminios, dios de
los rebaños y pastores, es también una deidad doméstica para
los habitantes de la isla, porque uno de sus lugares de residencia
conocidos era el islote de Psitalia, al E. de Salamina. (EsQUILO,
Persas 448 ss.)

Cileno £9, batida por la nieve, oh señor organizador de
los coros de los dioses, para que en mi compañía im-
700 pulses las danzas que se aprenden solas de Nisa y de
Cnoso! 70~ Ahora me interesa danzar y que Apolo De-
lío 71, viniendo por encima de los mares de Icaro ~
705 fácilmente reconocible, me asista en todo propicio.

Antrístofa.
Ares nos quitó la terrible aflicción de los ojos. ¡ló,
ió! Ahora de nuevo, ahora, oh Zeus, es posible que la
reluciente luz, anuncio de días felices, se acerque a las
710 veloces naves que se deslizan rápidas por el mar. Cuan-
do Áya.x se ha vuelto a olvidar de sus males y, otra vez,
cumple los ritos con toda clase de sacrificios a los dio-
ses ~, honrándoles con el mayor sometimiento.
715 Todo lo marchita el tiempo poderoso y nada diría
yo que no pueda decirse cuando, contra lo que podría
esperarse, Ayax ha desistido de su cólera contra los Atrí-
das y de sus grandes querellas.
(Llega corriendo un mensajero procedente del cam-
pamento de los griegos.)
MENSAJERO. — Amigos, quiero en primer lugar anun-
720 ciaros que Teucro está entre nosotros, que acaba de

£8 Monte de Arcadia, donde, según una tradición, nacieron
tanto Hermes como su hijo Pan.
70 Danzas en honor de Dioniso. Nisa es el legendario esce-
nario de la infancia del dios, que se sitúa en diferentes regiones
desde la India hasta Tracia. Los coribantes de Cnosos, que dan-
zaban en honor de Zeus y Apolo, eran famosos.
71 Apolo, nacido en la isla de Delos, era, como Pan, dios de
la danza, pero aquí parece ser invocado como el dios sanador
que ha contribuido a la recuperación de Áyax.
72 El mar de Icaro estaba situado entre Samos y Mikonos.
Recibió este nombre de Icaro, hijo de Dédalo, que cayó en sus
aguas.
~ El coro supone que Ayax, después de purificarse, ofrece-
rá a los dioses —a Atenea y a Artemis, a las que había ofendi-
do— los sacrificios debidos. Ironía trágica.

llegar de los barrancos de Misia y”. Al llegar junto a la tienda de los generales ~ fue insultado por todos los argivos al tiempo. Pues cuando supieron que se acerca-
ba, le empezaron a rodear desde lejos para después, to-
dos sin excepción, imprecarle con insultos desde ambos 725
lados. Le llaman hermano del loco, del que es enemigo solapado del ejército, diciendo que no conseguirá evitar el morir destrozado por completo a pedradas. A tal punto han llegado, que, incluso, blanden al aire en sus 730
manos las espadas ya desenvainadas.

La pendencia que había ido muy lejos, cesó por la mediación de las palabras de los ancianos. Pero, ¿dón-
de está Áyax para que le diga esto? Es a los de mayor autoridad a quienes debo comunicarles todo.

CORIFEO. — No está dentro. Hace poco que se ha ido, 735
después de haber adecuado sus nuevos planes a sus nuevas disposiciones de ánimo.

MENSAJERO. — ¡Ay, ay! El que me envió con esta misiva lo hizo demasiado tarde o, acaso, yo me mostré calmoso.

CORIFEO. — ¿En qué se ha dejado de cumplir este 740
cometido?

MENSAJERO. — Teucro prohibió que nuestro hon~bre saliera del interior de la morada antes de que él, en persona, se encontrara presente.

CORIFEO. — Pues ya se ha ido 7£, orientado a lo más

~ Durante los años que duró el asedio a la ciudad de ¶~roya, los jefes de los griegos organizaban expediciones de castigo de las que volvían con abundante botín. Teucro sobresalía en ello. Los montes Misios estaban al NO. de Asia Menor. Una de las elevaciones de esta cordillera se llamaba también Olimpo. Los misios eran aliados de los troyanos.

~ Agamenón y Menelao.

7£ Eufemismo que, en griego como en español, significa muerte, resaltando así la ironía trágica de la situación presente.

provechoso de su plan, para reconciliarse con los dio-
ses por su ira.

745 MENSAJERO. — Estas palabras están llenas de gran in-
sensatez, si Calcas profetiza con clarividencia.

CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Qué sabes tú acerca de este asunto?

MENSAJERO. — Esto sé, pues me encontraba presen-
750 te. Del círculo de los consejeros reales, sólo Calcas” se levantó, lejos de los Atridas, y, colocando su mano afa-
blemente sobre el brazo derecho de Teucro, le dice y le encomienda que por todos los medios, mientras dure el día que está aún luciendo, encierre a Áyax bajo el techo
755 de la tienda y que no le permita salir, si quiere ver a aquél vivo. Según sus palabras, la cólera de la divina Atenea sólo le alcanzará durante este día. Porque los mortales orgullosos y vanos caen —seguía diciendo el adivino— bajo el peso de las desgracias que envían los
760 dioses, como aquél que, naciendo de naturaleza mortal, no razona después como hombre. Ése 78, por su parte, nada más abandonar su casa, se mostró un inconscien-
te, a pesar de los buenos consejos de su padre, que le

765 decía: <Hijo, desea la victoria con la lanza, pero siem-
pre con la ayuda de la divinidad.»
Pero él, de forma jactanciosa e insensata, respondía:
<Padre, con los dioses, incluso el que nada es, podría
obtener una victoria. Yo, sin ellos estoy seguro de con-
770 seguir esa fama.» Con palabras tales alardeaba.
En otra segunda ocasión, a la divina Atenea, cuando
le decía, animándole, que dirigiera la mano homicida
contra los enemigos, le contestó, enfrentándosele, con
terribles e inusitadas palabras: <Señora, asiste a otros

“ Calcas, hijo de Téstor, adivino de los aqueos, se aparta
de los demás y le dice a Teucro lo que por su inspiración cono-
ce. El mensajero estaría cerca y lo ha oído.
78
argivos, que por mi lado nunca flaqueará la lucha» ~ ns
Con estas palabras, se ganó la cólera hostil de la diosa,
por no razonar como un hombre.
Pero, si vive en este día, tal vez podríamos ser sus
salvadores con la ayuda de un dios. Esto dijo el adivino 780
y, apartándose al punto del sitio, me envía a ti con es-
tas órdenes para que sean cumplidas. Y si hemos llega-
do tarde, no vive ya aquel hombre —si Calcas es sabio.
CORIFEO. — ¡Oh desventurada Tecmesa, ser desdi-
chado! Ven a ver qué palabras dice éste, pues hieren 785
en lo vivo y no pueden alegrar a nadie.

(Sale Tecmesa de la tienda.)
TEcMESA. — ¿Por qué, desventurada de mí, cuando
acabo de descansar de mis incesantes desgracias, de
nuevo me levantas de mi puesto?
CORIFEO. — Escucha a este hombre, porque ha veni-
do trayéndonos una noticia acerca de la suerte de Ayax 790
que me ha apesadumbrado.
TEcMESA. — ¡Ay de mí! ¿Qué dices, hombre? ¿Es que
estamos perdidos?
MENSAJERO. — No conozco tu suerte, pero acerca de
la de Áyax, si es que está fuera, no estoy confiado.
TECMESA. — Sí está fuera, de modo que estoy angus-
tiada ante lo que dices.
MENSAJERO. — Teucro manda que retengamos a aquél 795
dentro de la tienda y que no salga solo.
TEcMESA. — ¿Dónde está Teucro y por qué razón
dice esto?
MENSAJERO. — Él está aquí desde hace muy poco.
Piensa que esta salida de Áyax es funesta.
TEcMESA. — ¡Ay de mí, desdichada! ¿De qué hombre sao
lo ha sabido?
MENSAJERO. — Del adivino hijo de Téstor. En este

~ La batalla se ganaba, siempre que la línea de guerreros
fuese rota. El término ekrréxeí es lo que significa: «romper..

día de hoy le ocurrirá lo que le vaya a traer muerte o
vida.
TEcMESA. — ¡Ay de mí, amigos!, protegedme contra
un destino ineluctable. Apresuraos vosotros 80 para que
805 Teucro venga cuanto antes. Vosotros, yendo unos hacia
los recodos de occidente y otros, a los del levante, tra-
tad de hallar la fatal salida del héroe. Me doy cuenta

de que he sido engañada por este hombre y despojada
del favor de antaño. ¡Ah! ¿Qué haré, hijo? No debo
sin quedarme sentada. Ea, iré también yo allá hasta donde
resista. Partamos, apresurémonos. No es momento de
sentarse cuando queremos salvar a un hombre que se
afana por morir.

CORIFEO. — Estoy dispuesto a salir y no lo demostra-
ré sólo de palabra. La prontitud de la acción se acomo-
dará, a la vez, a la de mis pasos.

(Salen de la escena el Coro «', Tecmesa y el mensaje-
ro. Ahora estamos en un paraje solitario a orillas del
mar. Se distinguen unos arbustos. Áyax entra en escena
y clava la espada en tierra con la punta hacia arriba.)
815 ÁYAX. — La que me ha de matar está clavada por
donde más cortante podrá ser, si alguno tiene, incluso,
la calma de calcularlo. Es un regalo de Héctor, el que
me es el más aborrecible de mis huéspedes, y el más
odioso a mi vista. Está hundida en tierra enemiga, en
820 la Tróade, recién afilada con la piedra que roe el hierro.
Yo la he fijado con buen cuidado, de modo que, muy
complaciente para este hombre, cuanto antes le haga
morir. Y así bien equipados vamos a estar.

Después de estos preparativos, tú el primero, ¡oh
825 Zeus!, como es justo, socórreme. No te pido alcanzar

80 A los servidores de Ayax.

81 El Coro abandona la escena en dos semicoros. En otras
piezas también ocurre así. (Cf. EsQUILo, Euménides, y EuRlPmEs,
Alcestis y Helena.)

un gran privilegio: que envíes un mensajero que lleve
la noticia fatal a Teucro, a fin de que él, el primero, me
levante, cuando haya caído en esta espada, con la san-
gre aún reciente, y no suceda que, reconocido antes por
alguno de mis enemigos, me dejen expuesto, presa y 830
botín de perros y aves de rapiña 82~ Esto es lo que te
suplico, oh Zeus, y a la vez invoco a Hermes, el que
conduce al mundo subterráneo, que bien me haga dor-
mir 83, después que, sin convulsiones y en rápido salto,
me haya traspasado el costado con esta espada.

Invoco también en mi ayuda a las siempre vírgeneS, 835
que sin cesar contemplan los sufrimientos de los mor-
tales, a las augustas Erinis, de largos pasos, para que
sepan cómo yo perezco, desdichado, por culpa de los
Atridas. ¡Ojalá los arrebaten a ellos, malvados, del peor
modo, destruidos por completo, igual que ven que yo 840
caigo muerto por mi propia mano! ¡Así perezcan aniqui-
lados por sus más queridos familiares! 84~ Venid, rápi-
das y vengadoras Erinis, hartaros, no tengáis clemencia
con ninguno del ejército.

Y tú también, oh Sol, que el inaccesible cielo reco- 845
rres en tu carro, cuando veas mi tierra patria, sujeta la
rienda dorada y anuncia mi desgracia y mi destino a
mi anciano padre y a mi desgraciada madre. De seguro 850
que la infeliz, cuando oiga esta noticia, un gran gemido
lanzará por toda la ciudad 83• Pero no es provechoso la-
mentarse en vano de estas cosas, sino que hay que po-
ner manos a la obra cuanto antes.

82 Acción terrible para la mentalidad religiosa griega. Eso,
en el caso de Polinices, da origen a la tragedia de Antígona. Elec-
tra amenaza a Egisto con hacer lo mismo con su cuerpo (ct. Elec-
tra 1487-88).

83 Eufemismo.

84 No olvidar que Agamenón muere a manos de su esposa.

85 Ecos homéricos. Recuérdese el anuncio de la muerte de

Héctor y el grito de Casandra (cf. Ilíada XXIV 703 ss.).

555 ¡Oh Muerte, Muerte!, ven ahora a visitarme. Pero a
ti también allí 86 te hablaré cuando viva contigo, en
cambio a ti, oh resplandor actual del brillante día, y a
ti, el auriga Sol, os saludo por última vez y nunca más
lo haré de nuevo. ¡Oh luz, oh suelo sagrado de mi tie-
560 rra de Salamina!, ¡oh sede paterna de mi hogar, ilustre
Atenas y raza familiar! 87, ¡oh fuentes y ríos de aquí,
llanura Troyana!, a vosotros os hablo y os digo adiós,
¡oh vosotros que habéis sido alimento para mí! Esta
565 palabra es la última que os dirijo, las demás se las diré
a los de abajo en el Hades.

(Áyax se lanza sobre la espada y muere. Queda oculto entre la maleza. Entra el Coro buscando a Áyax. Viene dividido en dos semicoros.)

PRIMER SEMIcoRo.

La angustia arrastra angustia sobre angustia. Pues
¿por dónde, por dónde, por dónde no he pasado yo?
870 Ningún lugar sabe socorre rme. Atención, atención, de
nuevo oigo un ruido.

SEGUNDO SEMIcoRo.

De nosotros, tus compañeros de la nave.

PRIMER SEMIcoRo.
¿Y qué, pues?

SEGUNDO SEMIcoRo.

Está explorado todo el lado occidental de las naves.

PRIMER SEMícoRo.
875 ¿Has obtenido...?

86 En el Hades. La Muerte y el Sueño, según HEsIoIo (Teogonía 758 ss.), son hijos de la Noche y viven cerca del Hades.

87 La presencia de Atenas es constante en la tragedia griega.

SEGUNDO S~¿IcoRo.

Enorme fatiga y nada nuevo a la vista.

PRIMER S~<IcoRo.

Pero tampoco el hombre se ha aparecido por parte
alguna en la rufa del Oriente.

CoRo.
Estrofa.

¿Quién, quién entre los afanados pescadores que sin sso
descanso hacen su pesca, o cuál de las diosas del Olim-
PO 88, o de los ríos que corren al Bósforo, si en alguna sss
parte ha visto errante al de fiero corazón, podría de-
círmelo a voces? Es terrible que yo, que ando errante
con grandes fatigas, no pueda llegar junto a él en un
recorrido favorable y no pueda ver dónde está ese hom- 890
bre de descarriada mente.

(Se oyen lamentos detrás de los matorrales.)

TEcMESA. — ¡Ay de mi, ay!
CORIFEO. — ¿ De quién es ese grito cercano que ha partido del bosque?
TECMESA. — ¡Ah, desdichada!
CORIFEO. — Reconozco a la infeliz mujer conquistada por la lanza, a Tecmesa, profundamente afectada, a 895 juzgar por este lamento.
(Aparece Tecm esa.)
TEcMESA. — ¡ Estoy perdida, estoy muerta, destrozada, amigos!

CoRo.
¿Qué sucede?
TECMESA. — Ayax yace aquí, se nos acaba de sacrificar atravesado por la espada que está oculta.

88 El Olimpo de los montes Misios, cercano a la Tróade. Véase nota 74 de esta misma tragedia.

CoRo.
900 ¡Ay de mi regreso! ¡Ay, has matado a la vez, oh señor, a este compañero de travesía, oh desgraciado de mí! ¡Oh desdichada mujer!
TEcMESA. — Estando éste como está, hay motivo para dar ayes.
905 CoRIFEO. — ¿Y por mano de quién el desdichado lo llevó a cabo?
TEcMESA. — Él mismo por sí mismo. Es evidente: la espada sobre la que ha caído, clavada por él en tierra, lo manifiesta.

CoRo.
¡Ay, qué desgracia la mía! Por lo visto tú solo te has
910 dado muerte, sin protección de amigos. Y yo, sordo a todo, sin enterarme de nada, me despreocupé. ¿Dónde, dónde yace el obstinado Áyax, de funesto nombre?
915 TEcMESA. — No está para ser visto. Yo lo cubriré con este manto que le abarca por completo 89, ya que nadie, ni siquiera un amigo, podría soportar verle expulsando negra sangre por las narices y de su mortal herida por
920 su propio suicidio. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Quién de tus amigos te levantará? ¿Dónde está Teucro? ¡Qué a punto vendría, si llegara, para ayudarme a enterrar a su hermano! Aquí yaces muerto, ¡oh infortunado Áyax!, siendo cual eres. ¡ En qué estado te encuentras, que te hace merecedor de alcanzar lamentos, incluso, de tus enemigos!

88 El actor que desempeñaba el papel de Áyax, ahora hace el de Teucro. Este túmulo era una efigie tapada casi por completo, visible en la escena. Lo mismo encontramos en Antígona (y. 1258) representando a Hemón y en Electra con el cuerpo de Clitemestra (y. 1466).
CoRo.
Antistrofa.
¡Desventurado! Al final ibas, ibas a cumplir, por tu 925

obstinado corazón, tu fatal destino de inmensos males.
¡Qué odiosas quejas exhalabas, corazón cruel, contra los 930
Atridas de día y de noche, con funesto sentimiento!
¡Grande en desgracias fue aquel día desde el principio,
cuando tuvo lugar un certamen de valor por las armas! 935

TEcMESA.— ¡Ay de mí!

CORIFEO. — Llega a tus entrañas una auténtica aflic-
ción.

TEcMESA. — ¡Ay, ay de mí!

CORIFEO. — Nada me asombra que doblemente te la- 940
mentes, mujer, cuando acabas de perder tal ser que-
rido.

TECMESA. — A ti te es posible imaginarlo, pero en mi
hay un desmesurado sentimiento.

CoRo.
Lo confirmo.

TECMESA. — ¡Ay de mí, hijo! ¡Hacia qué yugos de
esclavitud nos encaminamos, qué clase de protectores 945
nos vigilan!

CoRo.
¡Ah! En tu aflicción has nombrado inenarrables he-
chos de los dos implacables Atridas. Pero, ¡ojalá lo im-
pida la divinidad!

TECMESA. — No se habría llegado a esta situación sin 950
la colaboración de los dioses!

CoRIFEo. — Pesada, por encima de nuestras fuerzas,
es la carga que nos han impuesto.

TEcMESA. — Palas, la terrible diosa hija de Zeus, ha
causado, sin embargo, tal dolor para agrado de Odiseo.

CORO.
955 Sin duda que el muy osado varón 90 se ensoberbece
en su sombrío corazón y ríe por estos frenéticos males
~o con estentórea carcajada, ¡ay, ay!, y juntamente los dos
soberanos Atridas al escucharlo.

TEcMESA. — Pues bien, ¡que ellos se rían y se rego-
cijen con las desgracias de éste! Que, tal vez, aunque
no le echaban de menos mientras vivía, le lamenten
muerto por la necesidad de su lanza ~ Los torpes no
965 conocen lo valioso, aun teniéndolo en sus manos, hasta
que se lo arrebatan.

Su muerte me es amarga, en la medida que es dulce
para aquéllos y, para él mismo, es agradable. Lo que
deseaba obtener lo ha conseguido para si: la muerte
que quería. ¿Por qué, en ese caso, podrían reírse de él?
~o A los dioses concierne su muerte, no a aquéllos, no.
Según eso, que se jacte Odiseo con argumentos vanos.
Áyax no existe ya para ellos, se ha ido dejándome pe-
nas y lamentos.

(Tecmesa sale. Se oyen los lamentos de Teucro an-
tes de que aparezca en escena.)

TEUCRO. — ¡Ay de mi, ay!
975 Coitir~o. — Silencio. Me parece estar oyendo la voz
de Teucro, que deja oír un canto acorde con esta des-
gracia.

(Aparece Teucro.)

TEUCRO. — ¡Oh muy querido Áyax! ¡Oh rostro fra-
terno para mi! ¿Es verdad que has sucumbido como

el rumor asegura?
CORIFEO. — El héroe ha perecido, Teucro, entérate.
980 TEUCRO. — ¡Ay de mí! ¡Cruel es, pues, mi suerte!
CORIFEO. — Como que estando así las cosas...
TEUCRO. — ¡Ah, desgraciado de mi, desgraciado!

90

91 En los combates contra los troyanos.
CORIFEO. — ... hay razón para gemir.
TEUCRO. — ¡Oh impetuoso sufrimiento!
CORIFEO. — Excesivo, en verdad, Teucro.
TEUCRO. — ¡Ah, infortunado! ¿Qué es de su hijo?
¿Dónde se encuentra en la tierra de Troya?
CORIFEO. — Está solo junto a las tiendas. 985
TEUCRO. — ¿No lo traerás cuanto antes aquí, no sea
que alguno con malas intenciones lo arrebate como a
un cachorro de leona sin protección? Ve, apresúrate,
socórrele 9~. Todos suelen reírse de los muertos tan
pronto como están caídos.
CORIFEO. — Ciertamente que cuando aquel varón aún 990
vivía, Teucro, encargó que te cuidaras de él ~ como lo
estás haciendo.
TEUCRO. — ¡Oh el más doloroso, para mi, de cuan-
tos espectáculos he contemplado con mis ojos, y cami-
no, de todos los caminos, el que más ha afligido mi 995
alma, el que ahora he hecho, oh queridísimo Áyax, lan-
zándome a seguir tu rastro, una vez que me enteré de
tu muerte! La noticia acerca de ti rápidamente, como
si fuera de una divinidad, corrió a través de todos los
Aqueos: que habías muerto. Yo, desdichado, al oírlo, í~
mientras estaba ausente, gemía y ahora, al verte, me
muero. ¡Ay!
(A un esclavo.) Ea, descúbrelo para que vea la des-
gracia en todo su alcance. ¡Oh rostro terrible de con-
templar y de cruel audacia ~ cuántas amarguras siem- 1005
bras en mi con tu muerte! ¿Adónde me es posible ir,
a qué mortales, ya que no te serví de ayuda en tus do-
lores? ¡ Sí que me va a recibir con buena cara y propi-
cio Telamón, tu padre a la vez que mio, cuando llegue ioío

92 No está claro si esta orden va dirigida al Corifeo o a
Tecmesa.
~ El hijo de Áyax, Eurlsaces.
~ Rostro que refleja la audacia del suicida.

sin ti! Y ¿cómo no?, si a él ni en la prosperidad le es
natural una agradable sonrisa. ¿Qué guardará, qué in-
sulto no dirá al bastardo nacido de una cautiva enemi-
ga ~ al que te ha traicionado por temor y por cobardía,
1015 a ti, muy querido Áyax, acaso con engaños, para obte-
ner tus privilegios y tu palacio, una vez muerto? Tales
cosas dirá ese hombre iracundo, pesaroso en su vejez,
que por nada se encoleriza y llega hasta la disputa.
Y, finalmente, seré desterrado, echado del país, mos-
1020 trándome en habladurías como un esclavo, en lugar de

como un hombre libre. Tales cosas me aguardan en mi
patria. Y en Troya tengo muchos enemigos y pocas ayu-

das, y todo esto lo he encontrado con tu muerte, ¡ay de
mi! ¿Qué haré? ¿Cómo te arrancaré de esta cortante
1o25 espada de resplandeciente filo, desdichado, por la cual
has perecido? ¿Has visto cómo al cabo del tiempo iba
Héctor, incluso muerto, a matarte?

Considerad, por los dioses, la suerte de estos dos
hombres: Héctor, sujeto al barandal del carro por el
íoso cinturón con el que precisamente fue obsequiado por
éste 96, fue desgarrándose hasta que expiró ~ Y éste,
que poseía este don de aquél, ha perecido en mortal
caída por causa de la espada. ¿No es Erinis, acaso, la
1035 que forjó esta espada y Hades, fiero artesano, lo otro?
Yo, ciertamente, diría que éstas, así como todas las
cosas, las traman siempre los dioses para los hombres.
Y para quien estos pensamientos no sean aceptables en

~ Se refiere a él mismo, hijo de Telamón y de una mujer
tomada en campaña como botín de guerra, Hesione.
96 Por Áyax.
87 Versión extraña para nosotros en relación con el final
que, en la Ilíada, se relata del héroe, muerto por Aquiles y arras-
trado su cuerpo (Ilíada XXII 395 ss.). No sabemos de dónde ha
tomado Sófocles esta versión. Tal vez de uno de los poemas del
ciclo épico, de la Etiópida o de la Pequeña Ilíada.
A
su creencia, que él se conforme con los suyos y yo con
éstos.
CORIFEO. — No te extiendas demasiado, antes bien, 1040
piensa en seguida cómo enterrarás al hombre y qué vas
a decir. Pues veo un enemigo, y tal vez venga a reírse
de nuestras desgracias, cual haría un malvado.
TEUCRO. — ¿Quién es el guerrero del ejército que
ves?
CORIFEO. — Menelao, en cuyo provecho emprendimos í~s
esta travesía.
TEUCRO. — Ya veo, pues de cerca no es difícil reco-
nocerlo.
(Entra Menelao con su séquito.)
MENELAO. — ¡ Eh, tú, te ordeno que no entierres ese
cadáver con tus manos, sino que lo dejes como está!
TEUCRO. — ¿Con qué objeto has malgastado tantas
palabras?
MENELAO. — Porque así nos parece bien a ml y al íoso
que manda el ejército.
TEUCRO. — ¿Y no podrías decir qué razón invocáis?
MENELAO. — Que, habiendo creído traernos de la pa-
tria con él a un aliado y amigo de los aqueos, nos he-
mos encontrado, tras una prueba, a alguien peor que
los frigios ~ un hombre que, tras maquinar la destruc- 1055
ción para todo el ejército, salió por la noche a sembrar
la muerte con su espada. Y, si uno de los dioses no
hubiera amortiguado este intento, seríamos nosotros
los que yaceríamos muertos de la peor de las muertes,
cual el destino que ése ha obtenido, mientras que él í~o
estaría vivo. Pero un dios cambió el rumbo de su inso-
lencia para hacerla recaer en cameros y rebaños.
Por ello, ningún hombre existe con tanto poder
como para enterrar en la sepultura su cuerpo, sino que,

99 Frigios es aquí sinónimo de troyanos. En la Ilíada eran
distintos, aunque aliados.

ío6s abandonado en la parda arena, será pasto para las ma-
rinas aves. Y, ante esto, no te exaltes en cólera terrible;
pues, si estando vivo no fuimos capaces de dominarle,
lo haremos por completo ahora que está muerto, aun-
que tú no quieras, controlándole en nuestras manos.
ío7o Nunca quiso escuchar mis palabras cuando vivía.
Y en verdad que es propio de un malvado el que, como
hombre del pueblo, no tenga en nada el obedecer a los
que están al frente. En efecto, en una ciudad donde no
reinase el temor, nunca se llevarían las leyes a buen
1075 cumplimiento, ni podría ser ya prudentemente guiado
un ejército, si no hubiera una defensa del miedo y del
respeto ~ Y es preciso que el hombre, aunque sea cor-
pulento, crea que puede caer, incluso por un pequeño
contratiempo. Quien tiene temor y, a la vez, vergiienza
1080 sabe bien que tiene salvación. Y donde se permite la
insolencia y hacer lo que se quiera, piensa que una ciu-
dad tal, con el tiempo caeria al fondo, aunque corrieran
vientos favorables. Que tenga yo también un oportuno
1085 temor, y no creamos que, si hacemos lo que nos viene
en gana, no lo pagaremos a nuestra vez con cosas que
nos aflijan.

Alternativamente llegan las situaciones. Antes era
éste el fiero insolente, y ahora soy yo, a mi vez, el que
estoy engreído y te mando que no des sepultura a éste
logo para que no caigas tú mismo en la tumba, si lo haces.
CORIFEO. — Menelao, después de haber dado sabias
sentencias, no seas luego tú el insolente con los muer-
tos ~

~ Recuérdense las palabras de Creonte (Antígona 666 ss.),
que, en términos semejantes, pide la obediencia a las normas es-
tablecidas. Ya en Hor~sao aparecen argumentos en pro del orden
y la obediencia (Ilíada II 204).

100 Menelao ha condenado la conducta de Áyax, porque de-
safió las leyes humanas. Ahora, los marineros le advierten de si
no estará él desañando las leyes de los dioses con sus palabras.

TEUCRO. — Nunca, varones, me podré extrañar de
que un hombre que no haya sido nada en sus orígenes
después cometa faltas, cuando los que parecen haber 1095
nacido nobles yerran con tales razones en sus discur-
sos. ¡Ea, dilo otra vez desde el principio! ¿Es que afir-
mas tú que trajiste a este hombre aquí por haberlo
elegido como aliado de los aqueos? ¿No se embarcó es-
pontáneamente, siendo como era dueño de sí mismo?
¿Con qué razón eres tú el jefe de éste? ¿Con qué razón 1100
te permites mandar sobre unas tropas que él trajo de
su patria?

Has llegado como rey de Esparta, no como sobera-
no nuestro. Nunca ha sido establecida una norma de
autoridad, según la cual dispusieras tú sobre él más que
él sobre ti. Has navegado aquí en calidad de lugarte- 1105
niente de los demás, no de general de todos como para
mandar alguna vez sobre Áyax. Así que da órdenes a
los que gobiernas y repréndeles a ellos con las altivas
palabras; que a éste, ya ordenes tú que no, ya lo haga
otro general, yo lo pondré en una tumba con todo de- 1110
recho sin temor a tu lengua. Porque él no entró en cam-
paña por causa de tu mujer, como los que están llenos
de agobio por doquier ~ sino por los juramentos a
los que estaba ligado 102~ Y para nada lo hizo por ti,
pues no tenía en cuenta a los don nadies.

Para refutar esto, ven aquí con más heraldos y con 1115
el general en jefe. Mo me volvería yo por el ruido que
hagas, mientras seas cual precisamente eres.
CORIFEO. — No me gusta tampoco un lenguaje así
en las desgracias. Las palabras duras, aunque estén car-
gadas de razón, muerden.

101 Otro ejemplo del anacronismo. Parece estar pensando Sófo-
cles en los periecos e hilotas, clases sociales inferiores en el Pelopo-
neso, que servían en las armadas de los nobles espartanos.
102 Juramentos hechos a Tindáreo, padre de Helena.

1120 MENELAO. — El arquero parece no razonar con hu-
mildad 102
TEUCRO. — No he adquirido un arte mezquino.
MENELAO. — Grande sería tu jactancia, si tomaras un
escudo.
TEUCRO. — Incluso desarmado me defendería de ti,
aunque tú tuvieras armas.
MENELAO. — ¡A qué terrible valor da aliento tu len-
gua!
112s TEUCRO. — Con la razón de mi parte, es posible mos-
trarse orgulloso.
MENELAO. — ¿Es que es justo portarse bien con el
hombre que me ha matado?
TEUCRO. — ¿Que te ha matado? Extraño es, en ver-
dad, lo que dices, si vives después de muerto.
MENELAO. — Un dios me puso a salvo, pues por éste
estaría muerto.
TEUCRO. — No deshonres,, pues, a los dioses, si has
sido salvado por ellos.
inc MENELAO. — ¿Es que yo estoy reprobando las leyes
de los dioses?
TEUCRO. — Si, si impides enterrar a los muertos con
tu presencia.
MENELAO. — Yo mismo lo impido a los que son mis
propios enemigos. Pues no es decoroso.
TEUCRO. — ¿ Es que Áyax se colocó frente a ti como
tu enemigo? 104•
MENELAO. — Nuestro odio era mutuo y tú lo sabias.

~ El término «arquero» había adquirido en Atenas una
connotación peyorativa, ya que muchos de los arqueros eran
bárbaros escitas. En la Ilíada, no obstante, se reconoce la habili-
dad y el valor de Teucro como arquero. Los mejores arqueros
entre los aqueos eran Filoctetes, Odiseo y Teucro.
104 Teucro quiere probar que Menelao tenía algo personal
contra Ayax y que éste no era un enemigo común.
TEUCRO. — Porque fuiste descubierto como un ladrón 1135
amañador de votos contra él 105
MENELAO. — Por los jueces, que no por mí, se vio en
eso frustrado.
TEUCRO. — Tú podías a escondidas haber hecho há-

bilmente muchas acciones perversas.
MENELAO. — Esta acusación va contra algún otro para
su tormento.
TEUCRO. — No mayor, a lo que parece, que el que
causaremos nosotros.

MENELAO. — Sólo una cosa te diré: a éste no se le 1140
va a enterrar.
TEUCRO. — Tú, a tu vez, escucha: a éste se le ente-
rrara.
MENELAO. — En una ocasión, ya conocí yo a un hom-
bre osado en sus palabras que animaba a los marine-
ros a navegar en medio del mal tiempo. Su voz, en cam-
bio, no la hubieras encontrado cuando estaba en lo
peor de la tempestad, sino que, oculto por su manto, 1145
se dejaba pisotear por cualquiera de los marineros. Así
también, respecto a ti y a tu fiera boca, tal vez un gran
huracán que sople desde una pequeña nube podría aho-
gar tu incesante griterío.
TEUCRO. — Yo también he visto a un hombre lleno uso
de insensatez que se comportaba insolentemente con
ocasión de las desgracias de los que le rodeaban. En-
tonces, observándolo alguien parecido a mí y semejante
en su carácter, le dijo lo siguiente: «¡Oh hombre, no te
comportes mal con los muertos. Si lo haces sabe que 1155
te dolerás! » Así amonestaba, a la cara, al malhadado
varón. Le estoy viendo y me parece que no es otro que
tú. ¿Acaso he hablado enigmáticamente?
MENELAO. — Me voy. Sería una verguenza que alguien

105 Alusión al juicio por las armas de Aquiles.

1160 se enterara de que castigo con palabras a quien es po-
sible someter por la fuerza.
TEUCRO. — Vete, entonces. También para mí sería
muy vergonzoso escuchar a un hombre necio que dice
palabras desagradables.
(Sale Menelao.)

CoRo.
Habrá una contienda de gran porfía. Ea, Teucro,
1165 apresurándote cuanto puedas, lánzate a buscar una
oquedad profunda para éste, y allí ocupard su sombría
tumba de eterno recuerdo para los hombres.
(Entra Tecmesa acompañada de su hijo.)
TEUCRO. — Ciertamente en el momento oportuno se
presentan aquí el hijo y la mujer de este hombre para
1170 cuidar de la sepultura de este desventurado cadáver 1O6~
¡Oh hijo, acércate aquí, colócate a su lado y, como su-
plicante, toca al padre que te engendró! 107~ Siéntate
implorante, teniendo entretanto en tus manos cabellos
1175 míos, de éste y, en tercer lugar, tuyos 108, tesoro del su-
plicante. Y, si algún guerrero te apartara por la fuerza
de este cadáver, que, como criminal, sea arrojado por
las malas de esta tierra, insepulto, extinguido todo su

106 Frase, de amplio significado, que incluye los ritos fune-
rarios debidos a un cadáver: lavarlo y vestir el cuerpo (Antígona
901), que correrán a cargo de Tecmesa, y derramar libaciones,
en lo que Eurísaces también puede participar.
107 Teucro va a marcharse a buscar un lugar para la sepul-
tura de Áyax; pero antes msiste en que el niño ponga la mano
en el cuerpo de su padre en actitud de suplicante estando de
rodillas, porque sabe que mientras está en tal actitud nadie po-
drá tocar el cuerpo sin una ofensa a Zeus, dios de los supli-
cantes.

108 Para ofrecérselos al muerto. Así también Electra se lo propone a Crisótemis (Electra 449). El simbolismo de esta acción es que la persona de la que se ha cortado el rizo se inmola al muerto y le acompaña a la región de las sombras.

linaje desde la raíz, así como yo corto este rizo 109~
Tenlo, oh niño y cuidalo, y que nadie te mueva, antes luso
bien, arrodillándote, sujétate a él. Y vosotros ~ no es-
téis parados a su lado como mujeres, en lugar de como
hombres, y socorredle hasta que yo vuelva de ocupar-
me de la sepultura para éste, aunque nadie me lo per-
mita.

CoRo.

Estrofa 1.»

¿Cuál será el último? ¿Para cuándo se terminará el 1185
número de los errantes años que me trae, constante-
mente, la desgracia sin fin de las fatigas marciales en
la espaciosa Troya, af renta infortunada de los helenos? i190

Antistrofa 1.»

¡Ojalá antes se hubiera sumergido en el amplio cielo
o en el Hades, común a todos, aquel hombre que mos- 1195
tró a los helenos la guerra de odiosas armas ~“ que a
todos afecta! ¡Oh infortunios creadores de infortunios
nuevos! Ella fue la que empezó a destruir a los hom-
bres.

Estrofa 2.»

Aquélla no me concedió que me acompañara la sa- uoo
tisf acción de las coronas ni de las profundas copas, ni
el dulce sonido de las flautas, desdichado, ni pasar la
noche en suave reposo. De los amores, de los amores 1205
me apartó, ¡ay de mí! Y yazco así, desamparado, em-
papados mis cabellos siempre por abundantes rocíos,
recuerdos de la funesta Troya. 1210

108 Acompañaba las palabras con la acción.

110 Al Coro.

111 Se refiere al supuesto inventor de la guerra, no a un personaje concreto.

J

Antistrofa 2.«

Antes yo tenía en el aguerrido Áyax una defensa del
incesante temor nocturno. Pero ahora él estó entregado
nís a un odioso destino. ¿Qué goce, qué goce aún me que-
da? ¡Ojalá estuviera allí donde me protegiera el pro-
montorio cubierto de bosque y bañado por el mar, al
1220 pie de la alta meseta de Sunion, para saludar a la sa-
grada Atenas!

(Teucro entra en escena.)

TEUCRO. — Me he dado prisa al ver venir hacia aquí
um al jefe Agamenón. Es evidente que contra mi va a des-
atar su infausta lengua.

(Entra Agamenón.)

AGAMENÓN. — ¿ Eres tú el que te atreves a proferir
impunemente —según me dicen— terribles palabras
contra mi? A ti me dirijo, al hijo de la esclava. En ver-
1230 dad que te jactarías con mucho orgullo y andarías muy
estirado 112, si de una madre noble hubieras nacido, ya
que, no siendo nada, nos has hecho frente defendiendo
a quien nada era y has afirmado solemnemente que
nosotros no hemos venido como generales ni como al-
mirantes de los aqueos ni de ti, sino que, según tú di-
ces, Áyax se embarcó mandando sobre sí mismo.
1235 ¿ No son grandes afrentas para escuchar de escla-
vos? ¿ Por qué clase de hombre has dado esos arrogan-
tes gritos? ¿Adónde ha ido él o en dónde ha estado que
yo no estuviera? ¿Es queno tienen los aqueos más gue-
1240 rrero que éste? Cruel fue el concurso, al parecer, que
proclamamos eñtonces entre los argivos por las armas
de Aquiles, si por doquier vamos a aparecer como mal-
vados según Teucro, y si no va a bastar ni el que que-
déis vencidos para que os sometáis a lo que a la mayo-
ría de los jueces pareció bien, sino que siempre los que

112 Literalmente: «sobre la punta de ios pies..

habéis perdido nos vais a asaetear con insultos o a agre- 1245
dir con traición.

Como resultado de esta conducta, sin embargo, nun-
ca se podría llegar a establecer ninguna ley, si rechaza-
mos a los que con justicia han vencido y llevamos ade-
lante a los que están atrás. ¡Hay que impedir eso! No 1250
son los más seguros los hombres grandes y de anchas
espaldas, sino que en todas partes vencen los que razo-
nan prudentemente. A un buey de anchos costados con
un pequeño látigo, sin embargo, se le conduce derecho
en su camino. Y yo veo que este remedio a no tardar 1255
te convendrá a ti, si no adquieres algo de juicio. Por-
que, no existiendo ya ese hombre, sino que es ya una
sombra, te insolentas con arrojo y te expresas audaz-
mente. ¿ No te harás razonable? Y si te das cuenta de
quién eres por tu Origen, ¿no traerás aquí a algún otro 1260
hombre, a uno libre, para que ante nosotros defienda
tu causa en tu lugar? ~ Yo no te comprendería cuan-
do hablases, pues no conozco la lengua bárbara 114~

CORIFEO. — ¡Ojalá tuvierais vosotros dos la inteli-
gencia de ser sensatos! Nada mejor que esto puedo 1265
deciros.

TEUCRO. — ¡Ay! ¡Cuán rápidamente se pierde para
los mortales el agradecimiento al que ha muerto! ¿ Pue-
de ser considerado una traición el que este hombre ya
no guarde de ti ni un pequeño recuerdo en sus pala-
bras, Ayax, por quien tantas veces tú te has esforzado 1270
exponiendo tu vida con la lanza? ¡Todas estas cosas
dejadas de lado se han desvanecido! ¡Oh tú, que aca-
bas de decir muchas e insensatas palabras!, ¿no te
acuerdas ya cuando, en cierta ocasión en que vosotros

112 El derecho ático contemporáneo de Sófocles no daba
validez al testimonio de un esclavo que no fuera avalado por su
amo. Teucro reacciona agriamente ante este insulto.

114 Sigue el tono ofensivo. Heslone era troyana.

1275 estabais encerrados dentro de vuestros muros, reduci-
dos ya a la nada en la fuga del ejército, éste, yendo él
solo, os salvó, a pesar de estar ardiendo ya el fuego en
torno a las cubiertas extremas de los barcos y de que
Héctor estaba a punto de saltar desde arriba por enci-
1280 ma de los fosos a las naves? 115• ¿Quién lo impidió?
¿No fue éste el que lo hizo, de quien tú dices que nun-
ca puso el pie donde tú no estuvieras? 116~ ¿Es que para
vosotros no lo hizo según debía?

¿ Y cuando otra vez él, en persona, porque le tocó
en suerte "~ y no por haber sido mandado, se enfrentó
1285 solo a Héctor, también solo, echando ante todos no la
bola que desertara, un grumo de húmeda tierra ~ sino
la que iba a saltar en primer lugar del yelmo de her-
moso penacho? Él era quien hacía estas hazañas y yo a
su lado, el esclavo, el nacido de madre bárbara.
1290 ¡Desdichado! ¿Adónde podrías mirar al pronun-
ciar tus palabras? ¿ Es que no sabes que el legendario
Pélope, el que fue padre de tu padre, era bárbaro, un
frigio; que Atreo, el que, a su vez, te engendró, ofreció
a su hermano "~ el más impío banquete, el de sus pro-
1295 píos hijos; que tú mismo has nacido de una madre
cretense 120, y que, sorprendiendo en brazos de ella a

115 Combate narrado en Ilíada VII 38-312.

116 Técnica, propia de la sofística, en que a un discurso, como tesis, se le opone otro que lo refuta, contratesis o antítesis. Sófocles no puede sustraerse a la influencia ambiental.

117 Las situaciones que nos describe no se corresponden exactamente con las que la Ilíada.

118 Alude a la estratagema de Cresfonte, uno de los Heraclidas, quien, al repartirse el Peloponeso, echó en la urna un terrón de tierra húmeda que se deshizo y, así, consiguió el último lote, que era el que deseaba. Aquí se utilizó un casco como recipiente para los guijarros del sorteo, a modo de improvisada urna de guerra.

11~

120 Aérope, mcta de Minos e bija de Catreo. Según esta ver-
un hombre extranjero, su propio padre la hizo arrojar
a los mudos peces como pasto? Y siendo de tal clase,
¿me haces reproches sobre mi origen, a mí que he na-
cido de mi padre Telamón, aquel que, por sobresalir 1300
en el ejército por su valor, obtuvo a mi madre como
esposa, la que era por su nacimiento princesa, hija de
Laomedonte? Se la ofreció como escogido regalo el hijo
de Alcmena 121

Si he nacido así noble, de padre y madre nobles, 1305
¿podría acaso deshonrar al que es de mi sangre, al que
en tan gran miseria yace y a quien tú ahora quieres
arrojar insepulto? ¿Y no te averguenzas de decirlo?
Pues bien, entérate de esto: si echáis a éste a alguna
parte tendréis que echarnos a la vez a nosotros tres,
muertos, a su lado 122• Porque es evidente que es más 1310
honroso para mí morir esforzándome en defensa de
Áyax, que por tu mujer, o ¿por la de tu hermano he
de decir? Ante esto, atiende no a mi interés, sino al
tuyo, puesto que, si me ofendes en algo, preferirás al-
gún día haber sido, incluso, cobarde conmigo a valiente. 1315

(Entra Odiseo.)

CORIFEO. — Soberano Odiseo, sabe que has llegado
muy oportunamente, si te presentas no para complicar

las cosas, sino para resolverlas.
ODISEO. — ¿Qué ocurre, guerreros? Desde lejos ol el griterío de los Atridas sobre el cadáver de este valiente.
AGAMENÓN. — ¿Acaso no estábamos escuchando hace 1320

sión, su padre la entregó a Nauplio para que la arrojara al mar por haberse entregado a un esclavo. fiste, sin embargo, la casó con Atreo.
121 Heracles, que la había salvado del monstruo a quien estaba ofrecida en sacrificio y al que había enviado Posidón por haber sido defraudado en las promesas que le había hecho Laomedonte.
122 Teucro, Tecmesa y Eurisaces.

muy poco, rey Odiseo, palabras muy ultrajantes en boca de este hombre?
ODIsEO. — ¿Cuáles? Porque yo soy indulgente con el hombre que lanza palabras injuriosas cuando también él las oye.
AGAMENÓN. — Oyó afrentas, porque él hacia lo mismo contra mí.
1325 ODIsEo. — ¿Y qué hizo contra ti como para que lo tengas por una ofensa?
AGAMENÓN. — Dijo que no permitiría que este cadáver quedara privado de sepultura, sino que lo enterrará contra mi voluntad.
ODIsEo. — ¿Le es posible a un amigo decirte la verdad y seguir siendo tan amigo como antes?
1330 AGAMENóN. — Dímela. Si no fuera así, estaría loco, ya que te considero el mejor amigo entre los argivos.
ODísEo. — Escucha, pues. No te atrevas, por los dioses, a exponer así cruelmente a este hombre insepulto,
1335 y que la violencia no se apodere de ti para odiarle hasta el punto de pisotear la justicia. También para mi era el peor enemigo del ejército desde que me hice con las armas de Aquiles, pero yo no le respondería con inju-
1340 rias hasta negar que he visto en él al más valiente de cuantos argivos llegamos a Troya, después de Aquiles. De modo que en justicia no podría ser deshonrado
por ti, pues no destruirías a éste sino las leyes de los
1345 dioses. Y no es justo dañar a un hombre valiente si muere, ni aunque le odies.
AGAMENÓN. — ¿Tú, Odiseo, tomas en este asunto la defensa de éste contra mí?
ODIsEO. — Sí, le odiaba cuando hacerlo era decoroso.
AGAMENÓN. — ¿No debías tú también pisotear al muerto?
ODIsEo. — No te alegres, Atrida, de provechos que no son honestos.
1
AGAMENÓN. — No es fácil que un tirano sea piadoso. 1350
ODísEo. — Pero sí que honre a los amigos que le dan buenos consejos.
AGAMENÓN. — Es preciso que el hombre noble obedezca a los que tienen el poder.
ODísEo. — Desiste. Seguirás mandando aunque seas vencido por un amigo.
AGAMENÓN. — Recuerda a qué clase de hombre le estás concediendo el favor.
ODísEo. — Este hombre era un enemigo, pero de no 1355

ble raza.
AGAMENÓN. — ¿Qué harás, entonces?, ¿así respetas un cadáver enemigo?
ODIsEo. — El valor puede en mí más que su enemistad.
AGAMENÓN. — ¿Así de volubles son entre los mortales algunos hombres?
ODIsEo. — Ciertamente, muchos son amigos en un momento y después son enemigos.
• AGAMENÓN. — ¿Son ésos los amigos que tú aconse- 1360 jas que tengamos?
ODísEo. — Yo no suelo aconsejar tener un alma inflexible.
AGAMENÓN. — Nos harás aparecer cobardes en el día de hoy.
ODISEO. — No, sino hombres justos a los ojos de todos los helenos.
AGAMENÓN. — ¿Me ordenas que permita sepultar al cadáver?
ODISEO. — Sí, pues yo mismo también llegaré a esa 1365 situación.
AGAMENÓN. — ¡Todo es igual! Cada cual se afana por sí mismo.
ODísEo. — ¿Para quién es más natural que me afane que para mí mismo?

AGAMENÓN. — Tuya será considerada esta acción, que no mía.
ODísEo. — De cualquier modo que obres serás honrado.
1370 AGAMENÓN. — Pero al menos sabe bien esto: que yo te concedería un favor incluso mayor que éste; pero
- 12
que ese , aquí y allí, será para mí siempre el más odioso. Tú puedes hacer lo que quieras.

(Sale Agamenón.)
CORIFEO. — Aquel que diga que tú, Odiseo, siendo de 1375 esta manera, no eres en tus decisiones un sabio, es un hombre necio.
ODIsEO. — Y ahora, a partir de este momento, comunico a Teucro que, en la medida en que era antes enemigo, es ahora amigo y que estoy dispuesto a ayudarle a sepultar este cadáver y a hacer con él los preparati- 1380 vos sin omitir ninguna de cuantas cosas deben los hombres preparar a los varones excelentes.
TEUCRO. — Muy noble Odiseo, todos los motivos tengo para alabarte por tus palabras. Mucho me has engañado en mi presentimiento, pues siendo el mayor enemigo de entre los argivos para éste, sólo tú has acu- 1385 dido a su defensa con actos y no has osado, estando tú vivo, hacer ultrajes desmesurados en presencia del muerto, como ha hecho el jefe, ese loco, que, habiéndose presentado él en persona y su hermano, quiso arrojarle ignominiosamente sin sepultura.
1390 Por ello, que el Padre que domina en el Olimpo, la implacable Erinis y la Justicia que castiga les hagan perecer de mala manera a los malvados, al igual que indignamente querían echar ellos a nuestro héroe con afrentas.

En cuanto a ti, oh vástago del anciano Laertes, no
me atrevo a permitirte que intervengas en este enterra-
121
miento, no sea que haga, con ello, algo enojoso para el 1395
muerto. Pero en todo lo demás participa también y, si
quieres traerte a alguien del ejército, no tendremos in-
conveniente. Yo prepararé lo que me corresponde y tú
sabe que eres para nosotros un hombre noble.

ODísEo. — Hubiera sido mi deseo, pero si no te es 1400
grato que haga esto, dándote la razón me voy.

(Sale Odiseo.)

TEUCRO. — Basta, pues ya ha pasado mucho tiempo.
Así que apresuraos los unos a hacer con vuestros bra-
zos una fosa profunda, otros disponed un elevado trí- 1405
pode rodeado de fuego, propio para lavatorios rituales.
Que un grupo de hombres traiga de la tienda su arma-
dura y su escudo. Hijo, tú coge tiernamente a tu padre
con todas tus fuerzas y ayúdame a levantarle por los 1410
costados. Las venas aún calientes exhalan una negra
sangre. Pero vamos, que todo hombre que diga ser su
amigo se apresure, que venga, afanándose por este hom- 1415
bre que fue noble en todo, y ninguno fue mejor entre
los mortales; hablo de Áyax, cuando estaba vivo.

CORIFEO. — Ciertamente que a los mortales les es
posible conocer muchas cosas al verlas. Pero antes na-
die es adivino de cómo serán las cosas futuras. 1420
0
z

INTRODUCCIÓN

Se representó probablemente el año 442 a. C. Estamos en el ciclo tebano, en un momento posterior al que narran Edipo rey y Edipo en Colono. Tras la muerte de Edipo, sus hijos varones, Eteocles y Polinices, se disputan el dominio de Tebas, quedando el primero al mando de la ciudad; a raíz de ello se entabla una guerra fratricida (escenificada por Esquilo en Los Siete contra Tebas) que termina con la muerte de ambos hermanos, el uno a manos del otro. Creonte, tío de Edipo, se hace con las riendas de la ciudad, manda celebrar honras funebres por Eteocles y prohíbe que se dé sepultura a Polinices como castigo por haber atacado la ciudad (el que un cadáver quedase sin enterrar se consideraba una afrenta de extraordinaria gravedad).

La obra de Sófocles empieza en este momento. Antígona, hermana de Polinices, considera que enterrar a su hermano es un deber suyo ante los dioses y por lo tanto

está por encima de cualquier ley o decreto humanos, que está dispuesta a desafiar sin importarle las consecuencias. Los guardias de Creonte la sorprenden en el intento y se la confina en una cueva a las afueras de la ciudad para que perezca. Hemón, hijo de Creonte y prometido de Antígona, trata de convencer a su padre de que cambie, de actitud, pero es inútil; finalmente decide presentarse en la cueva, donde encuentra a su

amada ahorcada con sus propias ropas; enloquecido de dolor, se quita la vida con su espada.

Las noticias llegan al palacio de Tebas, lo que provoca a su vez el suicidio de la madre de Hemón, Eurídice. Creonte acaba por reconocer, demasiado tarde, las funestas consecuencias de su desvarío y su jactancia. El corifeo le recuerda que «no hay que cometer impiedades en las relaciones con los dioses» y que la arrogancia se acaba pagando amargamente.

Esta tragedia es, junto con el Edipo rey, la que más ha cautivado la imaginación occidental a lo largo de los siglos, aunque en cuanto a perfección formal esté algo por debajo de aquélla. Se trata en realidad de una tragedia de dos personajes, Creonte y Antígona, aunque mientras es patente la arrogancia y desmesura del primero, parece claro que está fuera de lugar atribuir a la heroína algo parecido a una culpabilidad que justifique su triste final; ella, en realidad, se limita a defender valientemente leyes trascendentes que escapan a la esfera del Estado y al ámbito de lo humano o profano, y parece que Sófocles está con ella, dibujando un carácter que lejos de parecer sobrehumano se muestra noblemente humano y compasivo: «mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor», como dice ella misma en el verso 523. Como decíamos, la obra ha suscitado un sinfín de interpretaciones y de versiones (Hegel, Holderlin, Anouilh y muchos otros); a este asunto está dedicado un excelente libro de G. Steiner, Antígonas. Una poética y una filoso fta de la lectura, trad. esp., Barcelona, 1987.

1

ARGUMENTO DEL GRAMÁTICO ARISTÓFANES SOBRE ANTÍGONA

Antígona fue sorprendida enterrando a Polinices en contra de la prohibición de la ciudad, y, colocándola en una tumba subterránea, fue condenada a muerte por orden de Creonte. En consecuencia, también Hemón, que sufría por su amor, se dio muerte a sí mismo con una espada. De resultas de la muerte de éste, también su madre, Eurídice, se dio muerte a si misma.

El mito está también en la Antígona de Eurípides, salvo que allí, siendo sorprendida con Hemón, es entregada a él en matrimonio y le da un hijo.

La escena de la obra transcurre en la Tebas beocia. El Coro está compuesto de ancianos del lugar. El prólogo corre a cargo de Antígona y la acción transcurre en el palacio de Creonte. El tema principal es el ente-

rramiento de Polinices, la muerte de Antígona, la muerte de Hemón y el destino funesto de Eurídice, la madre de Hemón. Dicen que Sófocles fue considerado digno de ostentar el mando del ejército en Samos, al haber sido premiado en la representación de la Antígona. Esta obra está catalogada con el número treinta y dos.

II

ARGUMENTO DE SALUSTIO SOBRE ANTÍGONA

La obra es de las más bellas de Sófocles. Es objeto de controversia lo que se cuenta acerca de la heroína y de su hermana Ismene. En efecto, lón en sus ditirambos dice que ambas fueron quemadas en el templo de Hera por Laodamante, hijo de Eteocles. Mimnermo [fr. 21] dice que Ismene, manteniendo relaciones con Teoclímeno, murió a manos de Tideo por indicación de Atenea. Asi—~que esas cosas son las que se cuentan acerca de las heroluas. No obstante, la opinión común ha tenido a éstas por honradas y buenas hermanas por encima de lo corriente, opinión que comparten los poetas trágicos y según la cual exponen lo relativo a ellas. La obra recibió el nombre de Antígona, al ser ella la que proporcionaba el argumento. El cuerpo de Polinices yace insepulto, y Antígona, que intenta darle sepultura, es impedida por Creonte y, al ser sorprendida mientras lo sepultaba ella misma, es destruida. Hemón, el hijo de Creonte, enamorado de ella y siéndole insoportable semejante desgracia, se mata él mismo. Por lo cual, también su madre, Eurídice, pone fin a su vida con el lazo.

III

A Polinices, que habla muerto en lucha cuerpo a cuerpo contra su hermano, Creonte, habiéndolo dejado fuera de la ciudad, insepulto, ordena públicamente que nadie lo entierre, bajo amenaza de pena de muerte. Antígona, su hermana, intenta enterrarlo y levanta un túmulo, ocultándose de los guardias; a éstos Creonte los amenaza con la muerte si no encuentran al autor de aquello. Ellos, tras quitar la tierra arrojada encima, intensifican la guardia. Al llegar Antígona y encontrar el cadáver descubierto, prorrumpiendo en gemidos se descubrió a si misma. Y a ella, entregada por los guardias, Creonte la condena y la encierra viva en una tumba. Tras esto, Hemón, hijo de Creonte, que la pretendía, enfurecido se mata a sí mismo junto a la muchacha, que se había quitado la vida con una soga, habiendo Tiresias predicho estas cosas por anticipado. A consecuencia de esto, dolorida, Eurídice, esposa de Creonte, se mata ella misma. Creonte, finalmente, entona un lamento por la muerte de su hijo y su esposa.

L

PERSONAJES

ANTÍGONA.
ISMENE.
CORO de ancianos tebanos.
CREONTE.

GUARDL1IN.
HEMÓN.
TIRESIAs.
MENSAJERO.
EURÍDIcE.
Otro MENSAJERO.

(La escena tiene lugar delante del palacio real de Tebas. Primeras luces de madrugada. Salen de palacio Antígona y su hermana Ismen e.)

ANTÍGONA. — ¡Oh Ismene, mi propia hermana, de mi misma sangre!, ¿ acaso sabes cuál de las desdichas que nos vienen de Edipo va a dejar de cumplir Zeus en nosotras mientras aún estemos vivas? Nada doloroso ni sin desgracia, vergonzoso ni deshonroso existe 5 que yo no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué edicto es éste que dicen que acaba de publicar el general' para la ciudad entera? ¿Has oído tú algo y sabes de qué trata? ¿O es que no te das cuenta de que contra nuestros seres queridos se acercan des- lo gracias propias de enemigos?

ISMENE. — A mí, Antígona, ninguna noticia de los nuest\ros, ni agradable ni penosa, me ha llegado desde que ambas hemos sido privadas de nuestros dos hermanos, muertos los dos en un solo día por una acción recíproca. Desde que se ha ido el ejército de los Argi. 15 vos, en la noche que ha pasado, nada nuevo sé que pueda hacerme ni más afortunada ni más desgraciada.

ANTÍGONA. — Bien lo sabia. Y, por ello, te he sacado fuera de las puertas de palacio para que sólo tú me oigas.

1 Se refiere a Creante y señala una de las más importantes actividades del jefe del estado, la de general del ejército. Por otra parte, en poesía se utiliza, a veces, el término stratds significando démos (EsQuiLo, Luménides 566).

20 ISMENE. — ¿Qué ocurre? Es evidente que estás me-
ditando alguna resolución.

ANTÍGONA. — Pues, ¿no ha considerado Creonte a
nuestros hermanos, al uno digno de enterramiento y
al otro indigno? A Eteocles, según dicen, por conside-
rarle merecedor de ser tratado con justicia y según la
25 costumbre, lo sepultó bajo tierra a fin de que resultara
honrado por los muertos de allí abajo. En cuanto al
cadáver de Polinices, muerto miserablemente, dicen
que, en un edicto a los ciudadanos, ha hecho publicar
que nadie le dé sepultura ni le llore, y que le dejen sin
lamentos, sin enterramiento, como grato tesoro para
30 las aves rapaces que avizoran por la satisfacción de
cebarse.

Dicen que con tales decretos nos obliga el buen
Creonte a ti y a mí —sí, también a mí— y que viene
hacia aquí para anunciarlo claramente a quienes no lo
35 sepan. Que el asunto no lo considera de poca impor-
tancia; antes bien, que está prescrito que quien haga
algo de esto reciba muerte por lapidación pública en
la ciudad. Así están las cosas, y podrás mostrar pronto
si eres por naturaleza bien nacida, o si, aunque de no-
ble linaje, eres cobarde.

ISMENE. — ¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdi-
40 chada, haga lo que haga 2, si las cosas están así?

ANTÍGONA. — Piensa si quieres colaborar y trabajar
conmigo.

IsMENE. — ¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué es-
tás tramando?

ANTÍGONA. — (Levantando su mano.) Si, junto con
esta mano, quieres levantar el cadáver.

2 En griego, literalmente se dice <atando o desatando». Es
una expresión hecha en la que se contienen los dos términos de
una oposición para indicar la imposibilidad de algo. Es un giro
frecuente.

ISMENE. — ¿ Es que proyectas enterrarlo, siendo algo
prohibido para la ciudad?

ANTÍGONA. — Pero es mi hermano y el tuyo, aunque 45
tú no quieras. Y, ciertamente, no voy a ser cogida en
delito de traición.

ISMENE. — ¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha
prohibido Creonte?

ANTÍGONA. — No le es posible separarme de los míos.

ISMENE. — ¡Ay de mí! Acuérdate, hermana, cómo
se nos perdió nuestro padre, odiado y deshonrado, tras so
herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos,

ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continua-
ción, acuérdate de su madre y esposa —las dos apela-
ciones le eran debidas—, que puso fin a su vida de
afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En ter- 55
cer lugar, de nuestros hermanos, que, habiéndose dado
muerte los dos mutuamente en un solo día, cumplieron
recíprocamente un destino común con sus propias
manos.

Y ahora piensa con cuánto mayor infortunio pere-
ceremos nosotras dos, solas como hemos quedado, si,
forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del 60
tirano. Es preciso que consideremos, primero, que so-
mos mujeres, no hechas para luchar contra los hom-
bres, y, después, que nos mandan los que tienen más
poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y
en cosas aún más dolorosas que éstas.

Yo por mi parte, pidiendo a los de abajo que ten- 65
gan indulgencia, obedeceré porque me siento coaccio-
nada a ello. Pues el obrar por encima de nuestras posi-
bilidades no tiene ningún sentido.

ANTÍGONA. — Ni te lo puedo ordenar ni, aunque qui-
sieras hacerlo, colaborarías ya conmigo dándome gus- 70
to. Sé tú como te parezca. Yo le enterraré. Hermoso
será morir haciéndolo. Yaceré con él al que amo y me

ama, tras cometer un piadoso crimen ~, ya que es ma-
is yor el tiempo que debo agradar a los de abajo que a
los de aquí. Allí reposaré para siempre. Tú, si te parece
bien, desdeña los honores a los dioses.

ISMENE. — Yo no les deshonro, pero me es imposi-
ble obrar en contra de los ciudadanos.
ao ANTÍGONA. — Tú puedes poner pretextos. Yo me iré
a levantar un túmulo al hermano muy querido.

ISMENE. ¡Ah, cómo temo por ti, desdichada!

ANTÍGONA. — No padezcas por mí y endereza tu pro-
pio destino.

ISMENE. — Pero no delates este propósito a nadie;
as mantenlo a escondidas, que yo también lo haré.

ANTÍGONA. — ¡Ah, grítalo! Mucho más odiosa me se-
rás si callas, si no lo pregonas ante todos.

IsMENE. — Tienes un corazón ardiente para fríos
asuntos ~.

ANTÍGONA. — Pero sé agradar a quienes más debo
complacer.
90 ISMENE. — En el caso de que puedas, sí, pero deseas
cosas imposibles.

ANTÍGONA. — En cuanto me fallen las fuerzas, desis-
tiré.

ISMENE. — No es conveniente perseguir desde el prin-
cipio lo imposible.

ANTÍGONA. — Si así hablas, serás aborrecida por mi
y te harás odiosa con razón para el que está muerto.

Figura definida en retórica como un oximoron. Es un ic-
curso estilístico que resalta la idea por cl fuerte contraste. Quie-
re expresar que irá en contra de las leyes humanas, pero agra-
dando con ello a los dioses. Doble plano patente en la proble-
mática de toda la obra.

~ Eufemismo que oculta la idea de la muerte, la amenaza
decretada para quien lleva a cabo esta acción. Esto permite al
autor un bello recurso estilístico para poner de relieve las dos
ideas calificadas con estos adjetivos.
Así que deja que yo y la locura, que es sólo mía, co- 9S
rramos este peligro. No sufriré nada tan grave que no
me permita morir con honor.

ISMENE. — Bien, vete, si te parece, y sabe que tu con-
ducta al irte es insensata, pero grata con razón para
los seres queridos.

(Antígona sale. Ismene entra en palacio. El Coro se
presenta llamado por Creonte.)

CoRo.
Estrofa 1.

Rayo de sol, la más bella luz vista en Tebas, la de íoo
las siete puertas, te has mostrado ya, ¡oh ojo del dora-
do día!, viniendo sobre la corriente del Dirce ~, tú, que 105

al guerrero de blanco escudo 6 que vino de Argos con
su equipo, has acosado como a un presuroso fugitivo
en rápida carrera, y al que Polinices condujo contra ito
nuestra tierra, excitado por equívocas discordias ~. Lan-
zando agudos gritos, voló sobre nuestra tierra como un
águila cubierta con plumas de blanca nieve, con abun- 115
dante armamento, con yelmos guarnecidos con crines
de caballos.

5 Dirce es el río que discurre por el O. de Tebas, mientras que el Ismeno lo hace por el E. (cf. Edipo Rey, nota 5). Aquí deberla haber sido nombrado el Ismeno, sobre cuya corriente brilla primero el sol al salir, pero, sin embargo, se nombra el Dirce, tal vez por ser el más representativo. También se llama así un importante manantial (ver el y. 844 de esta obra).

6 El blanco escudo del ejército argivo es, en el terreno de la metáfora, el plumaje, blanco como la nieve, del águila con la que es comparado. Las imágenes se entremezclan en los dos campos. El color blanco propio del ejército argivo podría haber sido elegido por la asociación del nombre propio con argós, adjetivo que significa blanco.

La lucha que mantenía con Eteocles por los derechos al trono de Tebas.

1

Antistrofa 2.'

De tenido sobre nuestros tejados, y habiendo abierto
sus fauces en torno a los accesos de las siete puertas

120 con lanzas ansiosas de muertes, se marchó antes de
saciar su garganta con nuestra sangre y de que el fue-
go de las antorchas de pino se apoderara del círculo
que forman las torres. Tal fue el estrépito de Ares que
125 se extendió en torno a nuestras espaldas, difícil prueba
para el dragón adversario ~.

Zeus odia sobremanera las jactancias pronunciadas
por boca arrogante y, viendo que ellos avanzan en gran
130 afluencia, orgullosos del dorado estrépito, rechaza con
su rayo a quien se disponía a gritar victoria desde las
altas almenas 10

Estrofa 2.'

135 Sobre la dura tierra cayó, como un Tántalo 11 por-
tador de fuego, el que, dominado' por maniaco impulso,
resoplaba con los ímpetus de odiosos vientos.

Pero las cosas salieron de otro modo, y el gran Ares
140 impetuoso fue distribuyendo a cada cual lo suyo sacu-
diendo fuertes golpes.

Pues siete capitanes, dispuestos ante las siete puer-
tas frente a igual número, dejaron a Zeus, el que aleja

S En griego aparece el nombre propio Hefesto, dios del fuego. El mismo caso que cuando traducimos por «guerra. el nombre de Ares (cf. nota 25 de Áyax).

~ El dragón simboliza a Tebas. Los tebanos, según el mito, nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo, el fundador. Por otra parte, la lucha entre el águila y la serpiente es un viejo y conocido tema en la literatura griega <Ilíada XII

200 y sigs.).

10 Se refiere a Capaneo, principe argivo, impetuoso y arrogante, que intenta escalar las torres de la ciudad de Tebas para incendiarla. Un rayo enviado por Zeus le da muerte. A él se refiere también la segunda estrofa.

11 Hijo de Zeus que sufrió un castigo por su arrogancia.

los males, todo su armamento como tributo, excepto
los dos desgraciados que, nacidos de un solo padre y de
una sola madre, tras colocar en posición sus lanzas 145
—ambas poderosas—, obtuvieron los dos su lote de
muerte común.

AntIstrofa 2.'

Llegó la Victoria, de glorioso nombre, y se regocijó
con Tebas, la rica en carros. De los combates que aca- 150
ban de tener lugar, que se haga el olvido. Vayamos a
todos los templos de los dioses en coros 12 durante la
noche, y Baco, el que hace temblar la tierra de Tebas,
sea nuestro guía.

Pero aquí se presenta el rey del país, Creonte, el 155
hijo de Meneceo, nuevo jefe a la vista de los recientes
sucesos enviados por los dioses. ¿A qué proyecto está
dándole vueltas, siendo así que ha convocado especial-
mente esta asamblea de ancianos y nos ha hecho venir íw
por una orden pregonada a todos?

(Sale Creonte del palacio, rodeado de su escolta,
y se dirige solemne al Coro.)

CRBONTE. — Ciudadanos, de nuevo los dioses han en-
derezado los asuntos de la ciudad que la habían sacudi-
do con fuerte conmoción. Por medio de mensajeros os
he hecho venir a vosotros, por separado de los demás,
porque bien sé que siempre tuvisteis respeto a la reale- 163
za del trono de Layo, y que, de nuevo, cuando Edipo
hizo próspera a la ciudad, y después de que él murió,
permanecisteis con leales pensamientos junto a los hi-
jos de aquél.

Puesto que aquéllos, a causa de un doble destino, ¡70
en un solo día perecieron, golpeando y golpeados en
crimen parricida, yo ahora poseo todos los poderes y

12 Con las danzas dedicadas al dios. Otra alusión a los coros en honor de Dioniso la hemos visto en Áyax, verso 669.

L

dignidades por mi cercano parentesco con la familia de
los muertos.
175 Pero es imposible conocer el alma, los sentimientos
y las intenciones de un hombre hasta que se muestre
experimentado en cargos y en leyes. Y el que al gober-
nar una ciudad entera no obra de acuerdo con las me-
180 jores decisiones, sino que mantiene la boca cerrada
por el miedo, ése me parece —y desde siempre me ha
parecido— que es el peor. Y al que tiene en mayor
estima a un amigo que a su propia patria no lo consi-
dero digno de nada. Pues yo — ¡sépalo Zeus que todo
185 lo ve siempre! — no podría silenciar la desgracia que
viera acercarse a los ciudadanos en vez del bienestar,
ni nunca mantendría como amigo mío a una persona
que fuera hostil al país, sabiendo que es éste el que

190 nos salva y que, navegando sobre él, es como felizmen-
te haremos los amigos 13~ Con estas normas pretendo
yo engrandecer la ciudad.

Y ahora, de acuerdo con ellas, he hecho proclamar
un edicto a los ciudadanos acerca de los hijos de Edi-
195 pO. A Eteocles, que murió luchando por la ciudad tras
sobresalir en gran manera con la lanza, que se le se-
pulte en su tumba y que se le cumplan todos los ritos
sagrados que acompañan abajo a los cadáveres de los
héroes. Pero a su hermano —me refiero a Polinices—,
200 que en su vuelta como desterrado quiso incendiar com-
pletamente su tierra patria y a las deidades de su raza,
además de alimentarse de la sangre de los suyos, y qui-
so llevárselos en cautiverio, respecto a éste ha sido or-
denado por un heraldo a esta ciudad que ninguno le
tribute los honores postreros con un enterramiento, ni
205 le llore. Que se le deje sin sepultura y que su cuerpo

'~ Alusión, muy repetida, al símil de la nave del estado, que encontramos desde ARQUILOCO (fr. 163), en los líricos, trágicos, en la comedia, historia y oratoria.

sea pasto de las aves de rapiña y de los perros, y ul-
traje para la vista. Tal es mi propósito, y nunca por
mi parte los malvados estarán por delante de los jus-
tos en lo que a honra se refiere. Antes bien, quien sea
benefactor para esta ciudad recibirá honores míos en 210
vida igual que muerto.

CoIUFEo. — Eso has decidido hacer, hijo de Mene-
ceo, con respecto al que fue hostil y al que fue favora-
ble a esta ciudad. A ti te es posible valerte de todo tipo
de leyes, tanto respecto a los muertos como a cuantos
estamos vivos.

CREONTE. — Ahora, para que seáis vigilantes de lo 215
que se ha dicho...

CoRIFEo. — Ordena a otro más joven que sobrelleve
esto 14

CREONTE. — Pero ya están dispuestos guardianes del
cadáver.

CORIFEO. — Conque, ¿qué otra cosa nos encargas,
además de lo dicho?

CREONTE. — Que no os ablandéis ante los que des-
obedezcan esta orden.

CORIFEO. — Nadie es tan necio que desee morir. 220

CREONTE. — Éste, en efecto, será el pago. Pero bajo
la esperanza de provecho muchas veces se pierden los
hombres.

(Entra un guardián de los que vigilan el cadáver de
Polín ices.)

GUARDIÁN. — Señor, no puedo decir que por el apre-
suramiento en mover rápido el pie llego jadeante, pues ~s
hice muchos altos a causa de mis cavilaciones, dándo-
me la vuelta en medio del camino. Mi ánimo me habla-
ba muchas veces de esta manera: <¡Desventurado! ¿Por
qué vas adonde recibirás un castigo cuando hayas líe-

14 El Coro no disimula la mala acogida que en él tienen las órdenes de Creonte acerca de Polinices.

L

gado? ¡Infortunado! ¿Te detienes de nuevo? Y si Crean-
250 te se entera de esto por otro hombre, ¿cómo es posible
que no lo sientas?» Dándole vueltas a tales pensaniien-
tos venía lenta y perezosamente, y así un camino corto
se hace largo. Por último, sin embargo, se impuso el
llegarme junto a ti, y, aunque no descubriré nada, ha-
~s blaré. Me presento, pues, aferrado a la esperanza de
no sufrir otra cosa que lo decretado por el azar.

CREONTE. — ¿Por qué tienes este desánimo?

GuAanIÁN. — Quiero hablarte primeramente de lo
que a mí respecta. El hecho ni lo hice yo, ni vi quién
~eo lo hizo, y no sería justo que me viera abocado a alguna
desgracia.

CREaNTE. — Bien calculas y ocultas el asunto con un
rodeo. Está claro que algo malo vas a anunciar.

GUARDIÁN. — Las palabras terribles producen gran
vacilación.

CREONTE. — ¿Y no hablarás de una vez y después te
irás lejos de aquí?

245 GUARDIÁN. — Te lo digo ya: alguien, después de dar
sepultura al cadáver, se ha ido, cuando hubo esparcido
seco polvo sobre el cuerpo y cumplido los ritos que
debía.

CREONTE. — ¿ Qué dices? ¿ Qué hombre es el que se
ha atrevido?

GUARDIÁN. — No lo sé, pues ni habla golpe de pala
250 ni restos de tierra cavada por el azadón. La tierra está
dura y seca, sin hendir, y no atravesada por ruedas de
carro. No había señal de que alguien fuera el artífice.
Cuando el primer centinela nos lo mostró, un embara-
~ss zoso asombro cundió entre todos, pues él 15 habla des-
aparecido, no enterrado, sino que le cubría un fino pol-
vo, corno obra de alguien que quisiera evitar la impu-
15 El cadáver.
reza. Aun sin haberlo arrastrado, no aparecían señales
de fiera ni de perro alguno que hubiese venido.

Resonaban los insultos de unos contra otros, acu- 260
sándonos entre nosotros mismos, y se habría produci-
do al final un enfrentamiento sin que estuviera presen-
te quien lo impidiera. Pues cada uno era el culpable,
pero nadie lo era manifiestamente, sino que negaban
saber nada. Estábamos dispuestos a levantar metales
al rojo vivo con las manos, a saltar a través del fuego 16
y a jurar por los dioses no haberlo hecho, ni conocer al
que habla tramado la acción ni al que la había llevado
a la práctica.

Finalmente, puesto que en la investigación no sa-
cábamos nada nuevo, habla uno que nos movió a todos
a inclinar la cabeza al suelo por el temor. Y no sabía- 270
mos replicarle, ni cómo actuaríamos para que nos sa-
liera bien. La propuesta era que habla de serte comu-
nicado este hecho y que no lo ocultaríamos. Esto fue lo
que se impuso y la suerte me condenó a mí, desafor-
tunado, a cargar con esta «buena» misión. Estoy aquí 275

en contra de mi voluntad y de la tuya, bien lo sé. Pues
nadie quiere un mensajero de malas noticias.
CORIFEO. — Señor, mis pensamientos están, desde
hace un rato, deliberando si esto es obra de los dioses.
CREONTE. — No sigas antes de llenarme de ira con 280
tus palabras, no vayas a ser calificado de insensato a
la vez que de viejo. Dices algo intolerable cuando ma-
nifiestas que los dioses sienten preocupación por este
cuerpo. ¿Acaso dándole honores especiales como a un
bienhechor iban a enterrar al que vino a prender fuego 285
a los templos rodeados de columnas y a las ofrendas,
así como a devastar su tierra y las leyes? ¿Es que ves
que los dioses den honra a los malvados? No es posible.

16 Sin entrar en suposiciones hago constar que esto es lo
que en la Edad Media se llamaban ordalías o juicios de Dios.
L

290 Algunos hombres de la ciudad, por el contrario, vienen
soportando de mala gana el edicto y murmuraban con-
tra mí a escondidas, sacudiendo la cabeza, y no man-
tenían la cerviz bajo el yugo, como es debido, en señal
de acatamiento. Sé bien que ésos, inducidos por las
recompensas de aquéllos 17, son los que lo han hecho.
295 Ninguna institución ha surgido peor para los hom-
bres que el dinero. Él saquea las ciudades y hace salir
a los hombres de sus hogares. Él instruye y trastoca
los pensamientos nobles de los hombres para conver-
30o tirlos en vergonzosas acciones. Él enseñó a los hombres
a cometer felonías y a conocer la impiedad de toda
acción. Pero cuantos por una recompensa llevaron a
cabo cosas tales concluyeron, tarde o temprano, pagan-
do un castigo.
Ahora bien, si Zeus aún tiene alguna veneración por
3o5 mi parte, sabed bien esto —y te hablo comprometido
por un juramento—: que, si no os presentáis ante mis
ojos habiendo descubierto al autor de este sepelio, no
os bastará sólo la muerte. Antes, colgados vivos, evi-
310 denciaréis esta insolencia, a fin de que, sabiendo de
dónde se debe adquirir ganancia, la obtengáis en el fu-
turo y aprendáis, de una vez para siempre, que no de-
béis desear el provecho en cualquier acción. Pues, a
causa de ingresos deshonrosos, se pueden ver más des-
carriados que salvados.
315 GUARDIÁN. — ¿Me permitirás decir algo, o me voy
así, dándome la vuelta?
CREONTE. — ¿ No te das cuenta de que también aho-
ra me resultas molesto con tus palabras?
GUARDIÁN. — ¿En tus oídos te hieren o en tu alma?
CREONTE. — ¿Por qué precisas dónde se sitúa mi
aflicción?

17 De los que murmuran a escondidas.
g

GUARDIÁN. — El culpable te aflige el alma, yo los 320
oídos.
CREONTE. — ¡Ah, está claro que eres por naturaleza
un charlatán!

GUARDIÁN. — Pero esa acción no la he cometido nunca.

CREONTE. — SI, y encima traicionando tu alma por dinero.

GUARDIÁN. — ¡Ay! Es terrible, ciertamente, para quien tiene una sospecha, que le resulte falsa.

CREONTE. — Dátelas de gracioso ahora con mi sospecha. Que, si no mostráis a los que han cometido estos 325 hechos, diréis abiertamente que las ganancias alevosas producen penas.

(Entra Creante en palacio.)

GUARDIÁN. — ¡Que sea descubierto, sobre todo! Pero, si es capturado como si no lo es —es el azar el que lo resuelve—, de ningún modo me verás volver aquí.
Y ahora, sano y salvo en contra de mi esperanza y de 330 mi convicción, debo a los dioses una gran merced.

CORO.

Estrofa l.

Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre. ~l se dirige al otro lado del blanco 16 mar con la ayuda del tempestuoso viento Sur, bajo las rugientes olas avanzando, y a la más ~O- 335 derosa de las diosas, a la imperecedera e infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados 340 año tras año, al ararla con mulos.

Antistrofa 1.'

El hombre que es hábil da caza, envolviéndolas con los lazos de sus redes, a la especie de los aturdidos pá-

16 Epíteto que alude al color de la espuma de las olas del mar al romper en la superficie.

345 jaros, y a los rebaños de agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se apodera del
350 animal del campo que va a través de los montes ~ y unce al yugo que rodea la cerviz al caballa de espesas crines, así como al incansable toro montaraz.

Estrofa 2.'

Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensa-
355 miento, así como las civilizadas n-lane ras de com portar-se, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los desapacibles hielos y los ~o de las lluvias 2<> Nada de lo por venir le encuentra falto de recursos. Sólo del Hades no tendrá escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha discurrido posibles evasiones.

AntIstrofa 2.'

Pose yendo una habilidad superior a lo que se puede
365 uno imaginar, la destreza para ingeniar recursos, la en-camina unas veces al mal, otras veces al bien. Será un alto cargo en la ciudad, respetando las leyes de la tie-rra y la justicia de los dioses que obliga por juramento.
370 Desterrado sea aquel que, debido a su osadía, se da a lo que no está bien. ¡Que no llegue a sentarse junto
375 a mi hogar ni participe de mis pensamientos el que

haga esto!

(Entra el Guardián arrastrando a Antigona4

CORIFEO. — Atónito quedo ante un prodigio que procede de los dioses. ¿Cómo, si yo la conozco, podré negar que ésta es la joven Antígona? ¡Ay desventurada, 38o hija de tu desdichado padre Edipo! ¿Qué pasa? ¿No

19 Debe tratarse de la cabra, nombrada por Ho?mto (Odisea IX 155; HmloDo, Escudo 407; Filoctetes 955).

20 p~ Mazon expone, aquí, la teoría de que estas palabras aluden a la construcción de sus cuevas y moradas para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

será que te llevan porque has desobedecido las normas del rey y ellos te han sorprendido en un momento de locura?

GUARDIÁN. — Ésta es la que ha cometido el hecho. La cogimos cuando estaba dándole sepultura. Pero, 385 ¿dónde está Creonte?

CORu<~o. — Oportunamente sale de nuevo del palacio.

CREaNTE. — ¿ Qué pasa? ¿ Por qué motivo llego a tiempo?

GUARDIÁN. — Señor, nada existe para los mortales que pueda ser negado con juramento. Pues la reflexión posterior desmiente los propósitos. Yo estaba comple- 390 tamente creído de que difícilmente me llegaría aquí, después de las amenazas de las que antes fui objeto. Pero la alegría que viene de fuera y en contra de toda esperanza a ningún otro goce en intensidad se asemeja. He venido, aunque había jurado que no lo haría, Ira- 395 yendo a esta muchacha, que fue apresada cuando preparaba al muerto 21• Y en este caso no se echó a suertes, sino que fue mio el hallazgo y de ningún otro. Y ahora, rey, tomando tú mismo a la muchacha, júzgala y hazía confesar como deseas. Que justo es que yo me 40o vea libre de esta carga.

CREONTE. — A ésta que traes, ¿ de qué manera y dónde la has cogido?

GUARDIÁN. — Ella en persona daba sepultura al cuerpo. De todo quedas enterado.

CREONTE. — ¿ En verdad piensas lo que dices y no me mientes?

GUARDIÁN. — La he visto enterrar al cadáver que tú habían prohibido enterrar. ¿Es que no hablo clara y 4o5 manifiestamente?

21 Para los ritos del sepelio: esto es, cubrirle de tierra y derramar libaciones.

L

CREONTE. — ¿Y cómo fue vista y sorprendida?

GUARDIÁN. — La cosa fue de esta manera: cuando

hubimos llegado, amenazados de aquel terrible modo
410 por ti, después de barrer toda la tierra que cubría el
cadáver y de dejar bien descubierto el cuerpo, que ya
se estaba pudriendo, nos sentamos en lo alto de la coli-
na, protegidos del viento, para evitar que nos alcanzara
el olor que aquél desprendía, incitándonos el uno al
otro vivamente con denuestos, por si alguno descuidaba
415 su tarea. Durante un tiempo estuvimos así, hasta que
en medio del cielo se situó el brillante círculo del sol.
El calor ardiente abrasaba. Entonces, repentinamente,
un torbellino de aire levantó del suelo un huracán —ca-
lamidad celeste— que llenó la meseta, destrozando todo
420 el follaje de los árboles del llano, y el vasto cielo se
cubrió. Con los ojos cerrados sufríamos el azote divino.

Cuando cesó, un largo rato después, se pudo ver a
la muchacha. Lanzaba gritos penetrantes como un pá-
425 jaro desconsolado cuando distingue el lecho vacío del
nido huérfano de sus crías. Así ésta, cuando divisó el
cadáver descubierto, prorrumpió en sollozos y tremen-
das maldiciones para los que habían sido autores de
esta acción. En seguida transporta en sus manos seco
430 polvo y, de un vaso de bronce bien forjado, desde arri-
ba cubre el cadáver con triple libación 22~

Nosotros, al verlo, nos lanzamos, y al punto le di-
mos caza, sin que en nada se mmutara. La interrogá-
bamos sobre los hechos de antes y los de entonces,
435 y nada negaba. Para mi es, en parte, grato y, en parte,
doloroso. Porque es agradable librarse uno mismo de
desgracias, pero es triste conducir hacia ellas a los deu-
22 La triple libación era ritual. La primera era con leche y
miel, la segunda con vino dulce y la tercera con agua.
dos 23~ Ahora bien, obtener todas las demás cosas es 440
para mi menos importante que ponerme a mí mismo
a salvo.

CREONTE. — (Dirigiéndose a Antígona.) Eh, tú, la que
inclina la cabeza hacia el suelo, ¿confirmas o niegas
haberlo hecho?

ANTÍGONA. — Digo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE. — (Al guardián.) Tú puedes marcharte
adonde quieras, libre, fuera de la gravosa culpa. (A An- ~s
tígona de nuevo.) Y tú dime sin extenderte, sino breve-
mente, ¿ sabías que había sido decretado por un edicto
que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA. — Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era
manifiesto.

CREONTE. — ¿Y, a pesar de ello, te atreviste a trans-
gredir estos decretos?

ANTÍGONA. — No fue Zeus el que los ha mandado
publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo 450
la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba
que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que
un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e in-
quebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de 455
ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron.
No iba yo a obtener castigo por ellas 24 de parte de los
dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú ‘i¿o
no lo hubieras hecho pregonar. Y si muero antes de
tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque quien, como yo,
viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va a obte-
ner provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar 465
alcanzar este destino. Por el contrario, si hubiera con-
sentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre

22 También podrÍa traducirse por .amigo>. El guarda for-

maba parte como esclavo de la familia real.

24 Por transgredirías, se entiende.

L

estuviera insepulto, entonces si sentirla pesar. Ahora,
en cambio, no me affijo. Y si te parezco estar haciendo
470 locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable
de una locura.

Coirn~o. — Se muestra la voluntad fiera de la mu-
chacha que tiene su origen en su fiero padre. No sabe
ceder ante las desgracias.

CREaNTE. — SI, pero sábete que las voluntades en
exceso obstinadas son las que primero caen, y que es
475 el más fuerte hierro, templado al fuego y muy duro, el
que más veces podrás ver que se rompe y se hace añi-
cos. Sé que los caballos indómitos se vuelven dóciles
con un pequeño freno. No es licito tener orgullosos
pensamientos a quien es esclavo de los que le rodean.
.0 Ésta conocía perfectamente que entonces estaba obran-
do con insolencia, al transgredir las leyes establecidas,
y aquí, después de haberlo hecho, da muestras de una
segunda insolencia: ufanarse de ello y burlarse, una vez
que ya lo ha llevado a efecto.

Pero verdaderamente en esta situación no seda yo
4as el hombre —ella lo seda—, si este triunfo hubiera de
quedar impune. Así, sea hija de mi hermana, sea más
de mi propia sangre que todos los que están conmigo
bajo la protección de Zeus del Hogar 25, ella y su her-
mana no se librarán del destino supremo. Inculpo a
.0 aquélla de haber tenido parte igual en este enterra-
miento. Llamadía. Acabo de verla adentro fuera de si
y no dueña de su mente. Suele ser sorprendido antes
el espíritu traidor de los que han maquinado en la os-
¿,9~ curidad algo que no está bien. Sin embargo, yo, al me-

25 Creante conoce que incurre en una falta contra los dio-
ses en la persona de Zeus protector del hogar —al que se tenÍa
consagrado un altar en el patio del palacio—, juzgando y casti-
gando a un miembro de ese hogar, pero cree estar obligado a
ello en su condición de guardián de las leyes de la ciudad.

nos, detesto que, cuando uno es cogido en fechorías,
quiera después hermosearlas.

ANTÍGONA. — ¿Pretendes algo más que darme muer-
te, una vez que me has apresado?

CREONTE. — Yo nada. Con esto lo tengo todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué te hace vacilar en ese caso? Por-
que a mí de tus palabras nada me es grato — ¡que nun- 500
ca me lo sea!—, del mismo modo que a ti te desagra-
dan las mías. Sin embargo, ¿ dónde hubiera podido
obtener yo más gloriosa fama que depositando a mi
propio hermano en una sepultura? Se podría decir que
esto complace a todos los presentes, si el temor no les 505
tuviera paralizada la lengua. En efecto, a la tiranía le

va bien en otras muchas cosas, y sobre todo le es posible obrar y decir lo que quiere 26•

CREONTE. — Tú eres la única de los Cadmeos que piensa tal cosa.

ANTÍGONA. — Éstos también lo ven, pero cierran la boca ante ti.

CREONTE. — ¿Y tú no te averguenzas de pensar de sio distinta manera que ellos?

ANTÍGONA. — No considero nada vergonzoso honrar a los hermanos.

CREONTE. — ¿ No era también hermano el que murió del otro lado?

ANTÍGONA. — Hermano de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE. — ¿Y cómo es que honras a éste con im-Pío agradecimiento para aquél? 27•

ANTÍGONA. — No confirmará eso el que ha muerto. 515

CREONTE. — Sí, si le das honra por igual que al impío.

26 Frase solemne de aguda crÍtica al aborrecido régimen de la tiranía. No es una referencia aislada en la época clásica (Eual-~iass, lón 621-632).
27 Eteocles.

ANTÍGONA. — No era un siervo, sino su hermano, el que murió.

CREONTE. — Por querer asolar esta tierra. El otro, enfrente, la defendía.

ANTÍGONA. — Hades, sin embargo, desea leyes iguales.

520 CREONTE. — Pero no que el bueno obtenga lo mismo que el malvado.

ANTÍGONA. — ¿Quién sabe si allá abajo estas cosas son las piadosas?

CREONTE. — El enemigo nunca es amigo, ni cuando muera.

ANTÍGONA. — Mi persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE. — Vete, pues, allá abajo para amarlos, si 525 tienes que amar, que, mientras yo viva, no mandará una mujer.

(Sale Ismene entre dos esclavos.)

CORIFEO. — He aquí a Ismene, ante la puerta, derramando fraternas lágrimas. Una nube sobre sus cejas 53o afea su enrojecido rostro, empapando sus hermosas mejillas.

CREONTE. — Tú, la que te deslizaste en mi casa como una víbora, y me bebías la sangre sin yo advertirlo. No sabía que alimentaba dos plagas que iban a derrumbar mi trono. Ea, dime, ¿vas a afirmar haber participado 535 también tú en este enterramiento, o negarás con un juramento que lo sabes?

IsMENE. — He cometido la acción, si ésta consiente; tomo parte en la acusación y la afronto.

ANTÍGONA. — Pero no te lo permitirá la justicia, ya que ni tú quisiste ni yo me asocié contigo.

540 ISMENE. — En estas desgracias tuyas, no me ayergiienzo de hacer yo misma contigo la travesía de esta prueba.

ANTÍGONA. — De quién es la acción, Hades y los dio-

ses de abajo son testigos. Yo no amo a uno de los míos, si sólo de palabra ama.

ISMENE. — ¡Hermana, no me prives del derecho a 545 morir contigo y de honrar debidamente al muerto!

ANTÍGONA. — No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera.

ISMENE. — ¿Y qué vida me va a ser grata, si me veo privada de ti?

ANTÍGONA. — Pregunta a Creonte, ya que te eriges en defensora suya.

ISMENE. — ¿ Por qué me mortificas así, cuando en 550 nada te aprovecha?

ANTÍGONA. — Con dolor me río de ti, si es que lo hago.

ISMENE. — Pero, ¿en qué puedo aún serte útil ahora?

ANTÍGONA. — Sálvate tú. No veo con malos ojos que te libres.

ISMENE. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

ANTÍGONA. — Tú has elegido vivir y yo morir. 555

ISMENE. — Pero no sin que yo te diera mis consejos.

ANTÍGONA. — A unos les pareces tú sensata, yo a otros 28

IsMENE. — Las dos, en verdad, tenemos igual falta.

ANTÍGONA. — Tranquilízate: tú vives, mientras que mi alma hace rato que ha muerto por prestar ayuda 560 a los muertos.

CREONTE. — Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació.

ISMENE. — Nunca, señor, perdura la sensatez en los

28 Ismene se lo parecía a Creonte, Antígona a Polinices y a los que ya estaban en el Hades.

que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

565 CREONTE. — En ti por lo menos, cuando has preferido obrar iniquidades junto a malvados.

IsMENE. — ¿Y qué vida es soportable para ml sola, separada de ella?

CREONTE. — No digas <ella>: no existe ya.

ISMENE. — ¿Y vas a dar muerte a la prometida de tu propio hijo?

CREONTE. — También los campos de otras se pueden arar 29

570 Is¿n~. — No con la armonía que reinaba entre ellos dos.

CREONTE. — Odio a las mujeres perversas para mis hijos.

ANTÍGONA. — ¡Oh queridisimo Hemón! ¡Cómo te deshonra tu padre!

CREONTE. — Demasiadas molestias me producís tú y tu matrimonio.

ColuFEo. — ¿Vas a privar, en verdad, a tu hijo de ésta?

575 CREONTE. — Hades será quien haga cesar estas bo-

das por ml.
CORIFEO. — Está decidido, a lo que parece, que muera.
— Tanto en tu opinión como en la mía. No más dilaciones. Ea, esclavas, llevadías dentro. Preciso es que estas mujeres estén encerradas y no sueltas. seo Pues incluso los más animosos intentan huir cuando ven a Hades cerca ya de su vida.
(Entran en palado todos.)

29 Ésta es una imagen usual que encontramos repetida en el mismo autor (Traquinias 33; Edipo Rey 1211, 1497) y en otros (EuaÍpines, lón 49; MENANDRO, Díscolo. 842).

CORO.

Estrofa 1.'
¡Felices aquellos cuya vida no ha probado las desgracias! Porque, para quienes su casa ha sido estremecida por los dioses, ningún infortunio deja de venir sobre toda la raza, del mismo modo que las olas marinas, 585 cuando se lanzan sobre el abismo submarino impulsadas por los desfavorables vientos tracios, arrastran fan- s~ go desde el fondo del negro mar, y resuenan los acantilados azotados por el viento con el ruido que producen al ser golpeados.

AntIstrofa 1
Veo que desde antiguo las desgracias de la casa de los Labdácidas se precipitan sobre las desgracias de los 595 que han muerto 30, y ninguna generación libera a la raza, sino que alguna deidad las aniquila y no les deja tregua. Ahora se había difundido una luz en el palacio de Edipo sobre las últimas ramificaciones. Pero de nue- ~ yo el polvo sangriento de los dioses infernales lo siega, la necedad de las palabras y la Venganza de una resolución ~'.

Estrofa 2.'
¿Qué conducta de los hombres podría reprimir tu 605 poder, Zeus? Ni el sueño, el que amansa todas las cosas, lo domina nunca, ni los meses incansables de los dioses, y tú, que no envejeces con el tiempo, dominas poderoso el centelleante resplandor del Olimpo. Para 610 lo que sucede ahora y lo que suceda en el futuro, lo mismo que para lo que sucedió anteriormente, esta ley

30 Layo, Edipo, Eteocles y Polinices.
31 Pasaje lleno de simbologia difícil. Parece que la <luz> era la esperanza en el proyectado matrimonio de Antígona con Hemón. Antígona forma parte de las <últimas ramificaciones>. La <necedad de las palabras> de Creonte y la <Venganza> o Erinis que surgirá de las <resoluciones> de Antígona.

prevalecerá: nada extraordinario llega a la vida de los mortales separado de la desgracia.

Antistrofa 2.'
615 La esperanza errante trae dicha a numerosos hom-

bres, mientras que a otros trae la añagaza de sus tor-
riadizos deseos. Se desliza en quien nada sabe hasta que
~o se quema el pie con ardiente fuego. Sabiamente fue
dada a conocer por alguien la famosa sentencia: lo malo
llega a parecer bueno a aquel cuya mente conduce una
625 divinidad hacia el infortunio, y durante muy poco tiem-
po actúa fuera de la desgracia.

Pero he aquí a Hemón, el más joven vástago de tus
hijos. ¿Acaso llega disgustado por el destino de su pro-.
630 metida Antígona, afligiéndose en exceso por la frustra..
ción de sus bodas?

(Hemón entra en escena.)

CREONTE. — Pronto lo sabremos mejor que lo saben
los adivinos. (Dirigiéndose a Hemón.) ¡Oh hijo! ¿No te
presentarás irritado contra tu padre, al oír el decreto
irrevocable que se refiere a la que va a ser tu esposa?
¿O sigo siéndote querido de todas maneras, haga lo
que haga?

635 HEMÓN. — Padre, tuyo soy y tú me guías rectamen-
te con excelentes consejos que yo seguiré. Ningunas
bodas son para mí más importantes de obtener que tu
recta dirección.

CREONTE. — Así, hijo mio, debes razonar en tu inte-
640 rior: posponer todo a las resoluciones paternas. Por
este motivo piden los hombres tener en sus hogares
hijos sumisos tras haberlos engendrado, para que ven-
guen al enemigo con males y honren al amigo igual que
645 a su padre. En cambio, el que trae a la vida hijos que
no sirven para nada, ¿qué otra cosa podrías decir de
él sino que ha hecho nacer una fuente de sufrimientos
para sí mismo y un motivo de burla para sus enemí-
gos? Por tanto, hijo, tú nunca eches a perder tu sensa-
tez por causa del placer motivado por una mujer, sa-
biendo que una mala esposa en la casa como compa- 65o
flera se convierte en eso, en un frío abrazo 32~ ¿Qué
mayor desgracia podría haber que un pariente malva-
do? Así que, despreciándola como a un enemigo, deja
que esta muchacha despose a quien quiera en el Hades,
puesto que sólo a ella de toda la ciudad he sorprendi- &ss
do abiertamente en actitud de desobediencia. Y no voy
a presentarme a mí mismo ante la ciudad como un
embustero, sino que le haré dar muerte.

¡ Que invoque por ello a Zeus protector de la fami-
lia! Pues si voy a tolerar que los que por su nacimien-
to son mis parientes alteren el orden, ¡cuánto más lo ~o
haré con los que no son de mi familia! Quien con los
asuntos de la casa es persona intachable también se
mostrará justo en la ciudad. Y quien ~ habiendo trans-
gredido las leyes, las rechaza o piensa dar órdenes a
los que tienen el poder, no es posible que alcance mi ~s
aprobación.

Al que la ciudad designa se le debe obedecer en lo
pequeño, en lo justo y en lo contrario ~ Yo tendría
confianza en que este hombre gobernara rectamente
en tanto en cuanto quisiera ser justamente gobernado
y permanecer en el fragor de la batalla en su puesto, 670
como un leal y valiente soldado. No existe un mal ma-

32 Es frecuente el juicio negativo acerca de la mujer en la
literatura griega. Podemos comparar los consejos de Hasiom
acerca de la elección de mujer (Trabajos 373). El mismo tono
encontramos en los líricos (SIMóNIDES, 8; Esounn, Siete contra
Tebas 187-188; Euitlpmes, Hipólito 616 y sigs.).

“ Sigo el orden de los manuscritos y no el que sigue la
edición de PEARSON.

~ Eufemismo, por no citar la palabra <injusto>, pudor explicable en boca de un tirano en un parlamento ante sus súbcutos.

yor que la anarquía. Ella destruye las ciudades, deja
los hogares desolados. Ella es la que rompe las líneas
675 y provoca la fuga de la lanza aliada. La obediencia, en
cambio, salva gran número de vidas entre los que
triunfan.

Y, así, hay que ayudar a los que dan las órdenes
y en modo alguno dejarse vencer por una mujer. Mejor
68~ sería, si fuera necesario, caer ante un hombre, y no se-
ríamos considerados inferiores a una mujer.

CORIFEO. — A nosotros, si no estamos engañados a
causa de nuestra edad, nos parece que hablas con sen-
satez en lo que estás diciendo.

HEMóN. — Padre, los dioses han hecho engendrar la
razón en los hombres como el mayor de todos los bie-
685 nes que existen. Que no hablas tú estas palabras con
razón ni sería yo capaz de decirlo ni sabría. Sin embar-
go, podría suceder que también en otro aspecto tuviera
yo razón. A ti no te corresponde cuidar de todo cuanto
690 alguien dice, hace o puede censurar 3~. Tu rostro resul-
ta terrible al hombre de la calle, y ello en conversacio-
nes tales que no te complacerías en escucharlas. Pero
a mí, en la sombra, me es posible oir cómo la ciudad
se lamenta por esta joven, diciendo que, siendo la que
695 menos lo merece de todas las mujeres, va a morir de
indigna manera por unos actos que son los más dignos
de alabanza: por no permitir que su propio hermano,
caído en sangrienta refriega, fuera exterminado, inse-
pulto, por carniceros perros o por algún ave rapaz.
« ¿ Es que no es digna de obtener una estimable recom-
700 pensa?» Tal oscuro rumor se difunde con sigilo.

Para mí, sin embargo, no existe ningún bien más
preciado que tu felicidad. Pues, ¿qué honor es para los

~ La versión que acepta P. Mazon: soa d'o~2n péphyka, nos daría otra interpretación: «Yo he nacido de ti para cuidar por ti en todo cuanto alguien dice, etc.».

hijos mayor que la buena fama de un padre cuando
está en plenitud de bienestar, o qué es más importante
para un padre que lo que viene de los hijos? No man-
tengas en ti mismo sólo un punto de vista: el de que 705
lo que tú dices y nada más es lo que está bien. Pues
los que creen que únicamente ellos son sensatos o que
poseen una lengua o una inteligencia cual ningún otro,
éstos, cuando quedan al descubierto, se muestran vacíos.

Pero nada tiene de vergonzoso que un hombre, aun-
que sea sabio, aprenda mucho y no se obstine en dema- 710
sia. Puedes ver a lo largo del lecho de las torrenteras
que, cuantos árboles ceden, conservan sus ramas, mien-
tras que los que ofrecen resistencia son destrozados
desde las raíces. De la misma manera el que tensa fuer- 715
temente las escotas de una nave sin aflojar nada, des-
pués de hacerla volcar, navega el resto del tiempo con
la cubierta invertida.

Así que haz ceder tu cólera y consiente en cambiar.
Y si tengo algo de razón —aunque sea más joven—,
afirmo que es preferible con mucho que el hombre esté 720

por naturaleza completamente lleno de sabiduría. Pero, si no lo está —pues no suele inclinarse la balanza a este lado—, es bueno también que aprenda de los que hablan con moderación.

CORIFEO. — Señor, es natural que tú aprendas lo que diga de conveniente, y tú, por tu parte, lo hagas de 725 él. Razonablemente se ha hablado por ambas partes.

CREONTE. — ¿Es que entonces los que somos de mi edad vamos a aprender a ser razonables de jóvenes de la edad de éste?

HEMóN. — Nada hay que no sea justo en ello. Y, si yo soy joven, no se debe atender tanto a la edad como a los hechos.

CREONTE. — ¿ Te refieres al hecho de dar honra a los 730 que han actuado en contra de la ley?

HEMóN. — No sería yo quien te exhortara a tener consideraciones con los malvados 36~

CREONTE. — ¿Y es que ella no está afectada por semejante mal?

HItt¿ÓN. — Todo el pueblo de Tebas afirma que no.

CREONTE. — ¿Y la ciudad va a decirme lo que debo hacer?

735 Hm~ói.¿. — ¿Te das cuenta de que has hablado como si fueras un joven?

CREONTE. — ¿ Según el criterio de otro, o según el mío, debo yo regir esta tierra?

HEMÓN. — No existe ciudad que sea de un solo hombre.

CREONTE. — ¿No se considera que la ciudad es de quien gobierna?

HEMÓN. — Tú gobernarlas bien, en solitário, un país desierto.

740 CREONTE. — este, a lo que parece, se ha aliado con la mujer.

— SI, si es que tú eres una mujer. Pues me estoy interesando por ti.

CREONTE. — ¡Oh malvado! ¿A tu padre vas con pleitos?

HEMÓN. — Es que veo que estás equivocando lo que es justo.

CREONTE. — ¿Yerro cuando hago respetar mx autoridad?

745 Hm~ótt. — No la haces respetar, al menos despreciando honras debidas a los dioses.

CREaNTE. — ¡Oh temperamento infame sometido a una mujer!

HEMÓN. — No podrías sorprenderme dominado por acciones vergonzosas.

36 En veladas palabras notamos la diferente consideración que merece Antígona a Creonte y a Hemón.

CREONTE. — Todo lo que estás diciendo, en verdad, es en favor de aquélla.

HEMóN. — Y de ti, y de mi, y de los dioses de abajo.

CREONTE. — A ésa no es posible que, aun viva, la 750 desposes.

HEMóN. — Va a morir, ciertamente, y en su muerte

arrastrará a alguien.
CREONTE. — ¿ Es que con amenazas me haces frente, osado? ~.
HEMÓN. — ¿Qué amenaza es hablar contra razones sin fundamento?
CREONTE. — Llorando vas a seguir dándome lecciones de sensatez, cuando a ti mismo te falta.
HEMóN. — Si no fueras mi padre, diría que no estás 755

en tu sano juicio.
CREONTE. — No me canses con tu charla, tú, el esclavo de una mujer.
HEMóN. — ¿Pretendes decir algo y, diciéndolo, no escuchar nada?
CREONTE. — ¿De veras? Pero, ¡por el Olimpo!, entérate bien, no me ofenderás impunemente con tus reproches. (Dirigiéndose a los servidores.) Traed a ese odio- 760 so ser para que, a su vista, cerca de su prometido, al punto muera.
HEMóN. — No, por cierto, no lo esperes. Ella no morirá cerca de mí, y tú jamás verás mi rostro con tus ojos. ¡Muestra tu locura relacionándote con los amigos 765 que lo consientan!
(Sale precipitadamente.)
CORIFEO. — Se ha marchado, rey, presuroso a causa de la cólera. Un corazón que a esa edad sufre es terrible.

~ Creonte interpreta que Hemón se refiere a él al utilizar el indefinido “alguien~, cuando, en realidad, tras el pronombre se encuentra el propio Hemón, como el espectador sabe.

CREONTE. — ¡Que actúe! ¡Que se vaya haciendo proyectos por encima de lo que es humano! Pero a estas dos muchachas no las liberará de su destino.
770 CORIFEO. — ¿Piensas, pues, dar muerte a las dos?
CREONTE. — No a la que no ha intervenido. En eso hablas con razon.
CORIFEO. — ¿ Y con qué clase de muerte has decidido matarla?
CREONTE. — La llevaré allí donde la huella de los hombres esté ausente y la ocultaré viva en una pétrea 775 caverna ~», ofreciéndole el alimento justo, para que sirva de expiación sin que la ciudad entera quede contaminada “. Así, si suplica a Hades —único de los dioses a quien venera—, alcanzará el no morir, o se dará cuen- 780 ta, por lo menos en ese momento, que es trabajo inútil ser respetuoso con los asuntos del Hades. (Entra en palacio.)

CORO.
Estrofa.
Eros, invencible en batallas, Eros que te abalanzas sobre nuestros animales 40, que estas apostado en las

~ El tipo de cámara sepulcral, supuesto por Sófocles al hacerle decir a Creonte estas palabras, es el de unas tumbas artificiales excavadas en las rocas que bordean la llanura tebana. Este tipo está, tal vez, mejor representado en las tumbas de

piedra descubiertas en Nauplia y en alguna zona del Ática, que consistían en cámaras dispuestas horizontalmente en la roca a las que se llegaba por un corredor que puede responder al que Creonte y sus hombres tienen que atravesar antes de acceder a la abertura de la tumba (cf. y. 1216).

~ Creonte había anunciado que el que transgrediera la ley sería lapidado (y. 36). Ahora vemos que ha cambiado la decisión por la de dejarla morir de inanición, para evitar la violencia física y hacer que la muerte tuviera el aspecto de algo natural y no obra de un hombre.

40 He traducido <animales» y no <posesiones», como sería más común, para dar crédito al comentario de P. Mazon a este

delicadas mejillas de las doncellas. Frecuentas los ca- 785
minos del mar y habitas en las agrestes moradas, y na-
die, ni entre los inmortales ni entre los perecederos
hombres, es capaz de rehuirte, y el que te posee esta 790
fuera de sí.

Antistrofa.

Tú arrastras las mentes de los justos al camino de
la injusticia para su ruina. Tú has levantado en los
hombres esta disputa entre los de la misma sangre.
Es clara la victoria del deseo que emana de los ojos de 795
la joven desposada 41, del deseo que tiene su puesto en
los fundamentos de las grandes instituciones. Pues la
divina Afrodita de todo se burla invencible. 800
(Entra Antígona conducida por esclavos.)
También yo ahora me veo impelido a alejarme ya
de las leyes 42 al ver esto, y ya no puedo retener los
torrentes de lagrimas cuando veo que aquí llega Antí-
gona para dirigirse al lecho, que debía ser nupcial, don- 805
de todos duermen.

Estrofa 1.»

ANTÍGONA. — Vedme, ¡oh ciudadanos de la tierra pa-
tria!, recorrer el postrer camino y dirigir la última mi-
rada a la claridad del sol. Nunca habrá otra vez. Pues 810

pasaje. Afirma que la palabra ktémata puede designar también ~‘rebaño», según el lenguaje popular, y que este uso aún se conserva en algunas regiones campesinas de la actual Grecia. De ahí pudo haberlo tomado Sófocles. Así se favorece la antítesis del comportamiento del amor en las bestias y del amor delicado que brota entre los humanos ante la belleza del rostro de las doncellas.

41 PIxróN, en Fedro 251 b, describe el amor como el deseo infundido en el alma por una emanación de la belleza que procede del ser querido y que se recibe a través de los ojos del amante. También está recogido en SórocLas, frs. 161, 733 y 430, y en EsQuILo, Agamenón 742, y Suplicantes 1004.

42 Las leyes que ha dictado Creonte.

Hades, el que a todos acoge, me lleva viva a la orilla
815 del Aqueronte ~ sin participar del himeneo y sin que
ningún himno me haya sido cantado delantc de la cá-
mara nupcial, sino que con Aqueronte celebraré mis
nupcias.

Colrn~O. — Famosa, en verdad, y con alabanza te di-

riges hacia el antro de los muertos, no por estar afec-
820 tada de mortal enfermedad, ni por haber obtenido el
salario de las espadas, sino que tú, sola entre los mor-
tales, desciendes al Hades viva y por tu propia voluntad.

Antistrofa 1.»

ANTÍGONA. — Oí que de la manera más lamentable
825 pereció la extranjera frigia, hija de Tántalo ~ junto a
la cima del Sí pilo: la mató un crecimiento de las rocas
a modo de tenaz hiedra. Y a ella, a medida que se va
consumiendo, ni las lluvias ni la nieve la abandonan,
830 según cuentan los hombres. Y se empapan las mejillas
bajo sus ojos que no dejan de llorar ~ El destino me
adormece de modo muy semejante a ella.

CORIFEO. — Pero era una diosa y del linaje de los
835 dioses, mientras que nosotros somos mortales y de li-
naje mortal. Sin embargo, aun muriendo es glorioso
oír decir que has alcanzado un destino compartido con
los dioses en vida y, después, en la muerte.

~ Rio que han de atravesar las almas de los muertos en el mundo subterráneo antes de llegar al Hades.

~ Antígona trae a su recuerdo la historía de Niobe (cf. Elec-
fra, nota 10), con la que quiere identificarse: la roca en la que
Niobe fue convertida la compara a su propia tumba en la roca;
las dos están en el esplendor de su vitalidad cuando van al en-
cuentro de su trágico destino. En ello encuentra el Coro un
argumento de consolación, haciéndole concebir la esperanza de
alcanzar fama después de la muerte.

~ Una roca de formas semejantes a las humanas hace que
se utilicen términos de la anatomia del rostro, favorecido por-
que la palabra deirádas significa tanto <laderas>, como <me-
jillas».

Estrofa 2.»

ANTÍGONA. — ¡Ay de mi! Me tomas a risa. ¿Por qué,
por los dioses paternos, no me ultrajas cuando me haya 840
marchado, sino que lo haces en mi presencia? ¡Oh ciu-
dad! ¡Oh varones opulentos de la ciudad! ¡Ah fuentes
Dirceas y bosque sagrado de Tebas, la de los bellos 845
carros! A vosotros os tomo por testigos de cómo, sin
lamentos de los míos y por qué clase de leyes, me dirijo
hacia un encierro que es un túmulo excavado de una
imprevista tumba. ¡Ay de mí, desdichada, que no per- 850
tenezco a los mortales ni soy una más entre los dif un-
tos, que ni estoy con los vivos ni con los muertos!

CORO. — Llegando a las últimas consecuencias de tu
arrojo, has chocado con fuerza contra el elevado altar
de la Justicia, oh hija. Estás vengando alguna prueba 855
paterna.

Antistrofa 2.»

ANTÍGONA. — Has nombrado las preocupaciones que
me son más dolorosas, el lamento tres veces renovado
por mi padre y por todo nuestro destino de ilustres 860
Labdácidas. ¡Ah, infortunios que vienen del lecho ma-
terno y unión incestuosa de mi desventurada madre 865
con mi padre, de la cual, desgraciada de mí, un día nací
yo! Junto a ellos voy a habitar, maldita, sin casar. ¡Ah,
hermano, qué desgraciadas bodas 46 encontraste, ya que, 870
muerto, me matas a mi, aún con vida!

CoRo. — Ser piadoso es una cierta forma de respeto,
pero de ninguna manera se puede transgredir la auto-
ridad de quien regenta el poder. Y, en tu caso, una pa- 875
sión impulsiva te ha perdido.

46 El matrimonio de Polinices con Argia, hija de Adrasto, rey de Argos, supuso la alianza con los argivos y, por tanto, la invasión de Tebas.

Epodo.

ANTÍGONA. — Sin lamentos, sin amigos, sin cantos de himeneo soy conducida, desventurada, por la senda dispuesta. Ya no me será permitido, desdichada, con tem-
880 plar la visión del sagrado resplandor, y ninguno de los míos deplora mi destino, un destino no llorado.

(Creonte sale del palacio.)

CREONTE. — ¿ Es que no sabéis que, si fuera menester, nadie cesaría de cantar o de gemir ante la muerte?
885 Llevadía cuanto antes y, tras encerrarla en el abovedado túmulo —como yo tengo ordenado—, dejadía sola, bien para que muera, bien para que quede enterrada viva en semejante morada. Nosotros estamos sin man-
890 cilla en lo que a esta muchacha se refiere. En verdad que será privada de residencia a la luz del sol.

ANTÍGONA. — ¡Oh tumba, oh cámara nupcial, oh habitáculo bajo tierra que me guardará para siempre, adonde me dirijo al encuentro con los míos, a un gran número de los cuales, muertos, ha recibido ya Persé-
895 fone! ~ De ellos yo desciendo la última y de la peor manera con mucho, sin que se haya cumplido mi destino en la vida.

Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar querida para mi padre y querida también para
900 ti, madre, y para ti, hermano, porque, cuando vosotros estabais muertos, yo con mis manos os lavé y os dispuse todo y os ofrecí las libaciones sobre la tumba. Y ahora, Polinices, por ocultar tu cuerpo, consigo semejante trato. Pero yo te honré debidamente en opi-
905 nión de los sensatos. Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mi esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos.

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre 910 si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades no podría jamás nacer un hermano. Y así, según este principio, te he distinguido yo entre todos con mis honras, que parecieron a Creonte una falta y un terrible atrevimiento, oh hermano. 915

Y ahora me lleva, tras cogerme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz, me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos. ¿Qué 920 derecho de los dioses he transgredido? ¿ Por qué tengo yo, desventurada, que dirigir mi mirada ya hacia los dioses? ¿A quién de los aliados me es posible apelar? Porque con mi piedad he adquirido fama de impía. Pues bien, si esto es lo que está bien entre los dioses, 92~

después de sufrir, reconoceré que estoy equivocada. Pero si son éstos los que están errados, ¡que no padez-

can sufrimientos peores que los que ellos me infligen
injustamente a mí!
CORIFEO. — Aún dominan su alma las mismas ráfa- 930
gas de idénticos vientos.
CREONTE. — Precisamente por eso habrá llanto para
los que la conducen, a causa de su lentitud.
CORIFEO. — ¡Ay! Estas palabras llegan muy cerca-
nas a la muerte.
CREONTE. — No te puedo animar a que confíes en 935
que esto no se va a cumplir para ella.
ANTÍGONA. — ¡Oh ciudad paterna del país de Tebas!
¡Oh dioses creadores de nuestro linaje! Soy arrastrada
y ya no puedo aplazarlo. Mirad vosotros, príncipes de 94~
Tebas, a la única que queda de las hijas de los reyes ~,
cómo sufro y a manos de quiénes por guardar el debi-
do respeto a la piedad.
‘~ Mujer de Hades y, por tanto, diosa de los muertos.Evita hablar de Ismene.

(Sale Antígona de la escena conducida por los guar-
das. Creonte entra en el palacio.)

CoRo ~
Estrofa 1.~
También Dánae 50 soportó renunciar a la luz del cie-
945 lo a cambio de broncínea prisión y, oculta en la sepul-
cral morada, se vio uncida al yugo. Y, sin embargo, era
también noble por su nacimiento —¡oh hija, hija!—
950 y conservaba el fruto de Zeus nacido de la lluvia. Pero
lo dispuesto por el destino es una terrible fuerza. Ni la
felicidad, ni Ares, ni las fortalezas, ni las negras naves
azotadas por el mar podrían rehuirla.

Antistrofa 1.1
955 Fue subyugado también el irascible hijo de Drian-
te ~ rey de los Edones, por los injuriosos arrebatos de

~‘ Aporto aquí la interpretación que de este estásimo hace
1. Ea.~anoNEA, Sófocles. Investigaciones sobre la estructura dra-
mática de sus siete tragedias y sobre la personalidad de sus
coros, Madrid, 1958, cap. III. Cree que aquí el Coro predice, ve-
ladamente a causa de la presencia de Creonte, lo que va a su-
ceder a toda la familia. A Antígona alude bajo la figura de Dá-
nae, a Creonte y Hemón bajo la de Licurgo y su hijo, y a la
reina Eurídice bajo la de Cleopatra.
50 Dánae es hija de Acrisio, rey de Argos a quien el dios le
habla profetizado que el hijo que tuviera Dánae le causaría la
muerte. Asustado ante esta amenaza, mandó construir una cá-
mara subterránea de bronce donde recluyó a su hija. Pese a ello,
Zeus la fecundó descendiendo en forma de lluvia de oro, y ella
dio a luz un hijo, Perseo. Este tema habla sido tratado por Só-
focles en dos tragedias tituladas Dánae y Acrisio, y por Eurí-
pides, en su Dánae.
51 Licurgo, rey de los edonios de Tracia, se oponía al culto
de Dioniso en su tierra y fue enloquecido por el dios. En este
estado cometió violentos hechos, entre ellos dar muerte a su
propio hijo confundiéndolo con una vid. Por último, los edonios
lo encerraron prisionero en una gruta en el monte Pangeo por
mandato de un oráculo (APoLoooRO, III 5, 1). Hay otras versiones
de los hechos. Esquilo trató el tema en su trilogía Licurgia.

cólera, por orden de Dioniso encerrado en una pétrea
prisión. Y así se va extinguiendo el furor desatado y te-
rrible de su locura. Y se dio cuenta de que atacaba al 960
dios en su locura con mordaces palabras. Pues pre ten-
día detener a las mujeres poseídas por el dios y el fue-
go del evohé 52, y provocaba a las Musas amigas de las 965
flautas.

Estrofa 2.8

Junto a las rocas Cianeas, en el doble mar ~, están
las costas del Bósforo y el litoral tracio, y Salmídeso, 970
donde Ares, cercano a la ciudad, vio inferir una abomi-
nable herida que dejó ciegos a los dos hijos de Fineo
a manos de su violenta esposa, herida que quitó la vista
de los ojos, golpeados en las cuencas —que ahora cla-
man venganza— por ensangrentadas manos y con agu- 975
jas de lanzadera ~

Antistrofa 2.8

Se consumían, infortunados, en infortunada prueba,
y se lamentaban por tener su origen en un desgraciado
casamiento de su madre. Ella por su linaje se remon- 980
taba a los primitivos Erectidas ~ y fue criada en le ja-
nas grutas, en medio de vendavales paternos, la hija 985
de Bóreas, rápida como un corcel al correr por encima

52 Las antorchas que llevaban las bacantes cuando en pro-
cesión proferían los gritos rituales.

53 Las «Rocas sombrias~ estaban situadas, según la leyen-
da, a la entrada del Helesponto, marcando la división entre el
mar Negro y el mar de Mármara o Propóntide.

~‘ Fineo, rey de Salmideso, casó en primeras nupcias con
Cleopatra, hija de Bóreas, de la que tuvo dos hijos. Tras repu-
diarla, Fineo volvió a casarse con Idea o Idótea. asta, con sus
intrigas, logró que les fueran arrancados los ojos a los niños.
Este tema lo había tratado ya Sófocles en sus dos Fineos.
5~ La madre de Cleopatra, Oritía, era hija de Erecteo, míti-
co fundador de la ciudad de Atenas.

1~~

de escarpadas rocas; pero también a ella la atacaron las
Moiras inmortales, oh hija.

(Entra Tiresias, el adivino ciego, guiado por un
niño.)

TIRESIAs. — Príncipes de Tebas, por un camino co-
mún hemos venido dos que ven por uno solo 56• Pues
990 para los ciegos el camino es posible gracias al guía.
(Sale Creonte.)

CREONTE. — ¿Qué nuevas hay, oh anciano Tiresias?

TIREsIAs. — Yo te las revelaré y tú obedece al adi-
vino.

CREONTE. — Hasta ahora, en verdad, no me he apar-

tado de tu buen juicio.

TíREsíAs. — Y así has dirigido el timón de esta ciudad por la recta senda.

99~ CREONTE. — Puedo atestiguar que he experimentado provecho.

TíREsíAs. — Sé consciente de que estás yendo en esta ocasión sobre el filo del destino.

CREONTE. — ¿Qué ocurre? ¡Cómo tiemblo ante tus palabras!

TIREsIAs. — Lo sabrás si escuchas los indicios de mi arte. Cuando estaba sentado en el antiguo asiento íooo destinado a los augures, donde se me ofrece el lugar de reunión de toda clase de pájaros, escuché un sonido indescifrable de aves que piaban con una excitación ininteligible y de mal aguero. Me di cuenta de que unas a otras se estaban despedazando sangrientamente con sus garras, pues el alboroto de sus alas era claro. íoos Temeroso, me dispuse al punto a probar con los sacrificios de fuego sobre altares totalmente ardientes ~ Pero de las ofrendas no salía el resplandor de

56 Alusión al lazarillo, que también encontramos en Edipo en Colono 33 y 867.

~ El aceite se extendía por todo el altar en torno a las ofrendas y se prendía en varios puntos. Las ofrendas consistían Hefesto, sino que la grasa de los muslos, después de gotear sobre la ceniza, se consumía, se llenaba de humo y salpicaba. Las bolsas de hiel se esparcían por los 1010 aires, y los muslos se desprendían y quedaban libres

de la grasa que les cubría. De este muchacho aprendí tales cosas: que no se obtenían presagios de ritos confusos, pues él es para mí guía como yo soy para los demás.

La ciudad sufre estas cosas a causa de tu decisión. ío¡s En efecto, nuestros altares públicos y privados, todos ellos, están infectados por el pasto obtenido por aves y perros del desgraciado hijo de Edipo que yace muerto. Y, por ello, los dioses no aceptan ya de nosotros súplicas en los sacrificios, ni fuego consumiendo muslos 1020 de víctimas; y los pájaros no hacen resonar ya sus cantos favorables por haber devorado grasa de sangre de un cadáver.

Recapacita, pues, hijo, ya que el equivocarse es común para todos los hombres, pero, después que ha su- 1025 cedido, no es hombre irreflexivo ni desdichado aquel que, caído en el mal, pone remedio y no se muestra inflexible. La obstinación, ciertamente, incurre en insensatez. Así que haz una concesión al muerto y no fustigues a quien nada es ya. ¿Qué prueba de fuerza es ío~a matar de nuevo al que está muerto? Por tenerte consideración te doy buenos consejos. Muy grato es aprender de quien habla con razón, si ha de reportar provecho.

CREONTE. — ¡Oh anciano! Todos, cual arqueros, disparáis vuestras flechas contra mí como contra un blanco, y no estoy libre de intrigas para vosotros ni por parte de la mántica. Desde hace tiempo soy vendido 1035

en los huesos de las reses, especialmente los muslos, con algo de carne adherida a ellos y recubiertos de grasa.

y tratado como una mercancía por la casta de éstos”.
Lucraos, comprad el ámbar de Sardes, si queréis, y el
oro de India, que no pondréis en la sepultura a aquél,
ni aunque, apoderándose de él, quisieran llevárselo
como pasto las águilas de Zeus junto al trono del dios.
1040 Ni en ese caso, por temor a esta impureza, yo permitiré
que enterréis a aquél. Sé muy bien que ningún mortal
104s tiene fuerza para contaminar a los dioses. Pero, ¡oh
anciano Tiresias!, los hombres más hábiles caen en ver-
gonzosas caídas, cuando por una ganancia intentan em-
bellecer, con sus palabras, vergonzosas razones.

Tm~síAs. — ¡Ay! ¿Acaso sabe alguien, ha conside-
rado...?

CREONTE. — ¿Qué cosa? ¿A qué te refieres tan co-
mún para todos?
toso TIRESIAS. — ... que la mejor de las posesiones es la
prudencia?

CREONTE. — Tanto como, en mi opinión, el no razo-
nar es el mayor perjuicio.

TIRESIAS. — Tú, no obstante, estás lleno de este mal.

CREONTE. — No quiero contestar con malas palabras
al adivino.

Tn~síAs. — Pues lo estás haciendo, si dices que yo
vaticino en falso.
1055 CREONTE. — Toda la raza de los adivinos está ape-
gada al dinero.

TIa~síAs. — Y la de los tiranos lo está a la codicia.
CREONTE. — ¿Es que no sabes que te estás refirien-
do a los que son tus jefes?

TIREsIAs. — Lo sé. Por mi has salvado a esta ciudad.

CREONTE. — Tú eres un sabio adivino, pero amas la
injusticia.

58 Por la casta de los adivinos, a los que Creonte supone
que han sobornado los tebanos para asustarle.

TIREsIAs. — Me impulsarás a decir lo que no debe ío~o
salir de mi pecho.

CREONTE. — Sácalo, sólo en el caso de que no hables
por dinero.

TIRESIAS. — ¿Ésa es la impresión que te doy, cuan-
do sólo procuro por ti?

CREONTE. — Entérate de que no compraréis mi vo-
luntad.

TIREsIAs. — Y tú, por tu parte, entérate también de
que no se llevarán ya a término muchos rápidos giros ¡oes
solares antes de que tú mismo seas quien haya ofreci-
do, en compensación por los muertos”, a uno nacido
de tus entrañas a cambio de haber lanzado a los infier-
nos a uno de los vivos, habiendo albergado indecorosa-
mente a un alma viva en la tumba, y de retener aquí,
privado de los honores, insepulto y sacrílego, a un muer- 1070
to que pertenece a los dioses infernales. Estos actos
ni a ti te conciernen ni a los dioses de arriba, a los que
estás forzando con ello.

Por ello, las destructoras y vengadoras Erinias del 1075
Hades y de los dioses te acecharán para prenderte en
estos mismos infortunios. Considera si hablo soborna-
do. Pues se harán manifiestos, sin que pase mucho tiem- ío~o
po, lamentos de hombres y mujeres en tu casa. Están
unidas contra ti en una alianza de enemistad todas las
ciudades cuyos cadáveres despedazados encontraron
enterramiento en perros o fieras, o en cualquier alado
pajarraco que transporte el hedor impuro por los alta-

res de la ciudad.
Tales son las certeras flechas que —pues me ofendes— he disparado contra ti como un arquero airado, 1085
y tú no podrás escapar a su ardor (Al esclavo.) Muchacho, condúceme hacia casa, para que éste descargue su

De Antígona y de Polinices.

cólera contra los más jóvenes y advierta que hay que
1o90 mantener la lengua más callada y, en su pecho, un pensamiento mejor que los que ahora arrastra.
CORIFEO. — El adivino se va, rey, tras predecirnos terribles cosas. Y sabemos, desde que yo tengo cubiertos éstos mis cabellos, antes negros, de blanco, que él nunca anunció una falsedad a la ciudad.
1095 CREONTE. — También yo lo sé y estoy turbado en mi ánimo. Es terrible ceder, pero herir mi alma con una

desgracia por oponerme es terrible también.
CORIFEO. — Necesario es ser prudente, hijo de Meneceo.
CREONTE. — ¿Qué debo hacer? Dime. Yo te obedeceré.
1100 CORIFEo. — Ve y saca a la muchacha de la morada subterránea. Y eleva un túmulo para el que yace muerto.
CREONTE. — ¿Me aconsejas así y crees que debo concederlo?
CORIFEO. — Y cuanto antes, señor. Pues los daños que mandan los dioses alcanzan pronto a los insensatos.
1105 CREONTE. — ¡Ay de mí! ¡Con trabajo desisto de mi orden, pero no se debe luchar en vano contra el destino!
CORIFEO. — Ve ahora a hacerlo y no lo encomiendes a otros.
CREONTE. — Así, tal como estoy, me marcharé. Ea, ea,
servidores, los que estáis y los ausentes, coged en las
1110 manos hachas y lanzaos hacia aquel lugar que está a la

vista 60• Mientras que yo, ya que he cambiado mi decisión a ese respecto, igual que la encarcelé, del mismo modo estaré presente para liberarla. Temo que lo me-

60 Creonte señala, al hablar, hacia la parte donde yacía el cuerpo de Polinices, no lejos de la cueva donde ha sido recluida Antígona.

jor sea cumplir las leyes establecidas por los dioses mientras dure la vida.

CoRo.
Estrofa 1.’
¡Oh dios!, el de las numerosas advocaciones, gloria 1115
de la joven desposada cadmea 61 e hijo de Zeus el que emite sordos truenos, tú que proteges la ilustre Italia 62
y reinas en los valles frecuentados de la eleusina Deo 63, íuo
¡oh Baco!, que habitas Tebas, ciudad madre 64 de las Bacantes situada al borde de las fluidas aguas del lsmeno y sobre la semilla del fiero dragón 65• 1125

Antistrofa 2.’

La llama humeante que brilla cual relámpago te ha visto sobre la doble cima de la roca 66, donde se dirigen las ninfas Coricias, tus Bacantes. Te han visto también íí3O las aguas de Castalia 67• A ti, los ribazos cubiertos de hiedra de los montes Niseos 66 y la verde costa de abundantes viñedos te envían, mientras resuenan divinos cantos con el grito del evohé, a inspeccionar las calles 1135 tebanas.

61 La joven desposada es Sémele, hija de Cadmo y madre de Baco, que murió fulminada por el rayo de Zeus cuando éste, a petición de la joven, se le presentó dotado de sus atributos. Éste fue el resultado de la estratagema de Hera, que quería vengarse de Sémele.

62 La Magna Grecia.

63 Deo es otro nombre de Deméter.

64 Se la llama así por ser la ciudad de Sémele y la primera ciudad donde se estableció el culto a Dioniso, que venía de Tracia. Desde Tebas pasó a Delfos, donde se asoció al culto de Apolo.

65

66

sas, y
fuente
6?

66
Véase nota 9.
El Parnaso. En las laderas del Helicón moraban las Mu-
en las mismas laderas, cerca de la gruta Corocia y la
Castalla, danzaban las Bacantes.
Fuente sagrada en Delfos.
Véase Áyax, nota 70.

Estrofa 2.’

Tebas, a la que honras por encima de todas las ciudades, junto con tu madre, la destruida por el rayo.
so Y ahora, cuando la ciudad entera está sumida en violento mal, ven con paso expiatorio por encima de la
45 pendiente del Parnaso o del resonante estrecho 69•

Antistrofa 2.»

¡Ah, tú que organizas los coros de los astros que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo
so retoño de Zeus, hazte visible, oh señor, a la vez que tus servidoras las Tiíades 70, que, transportadas, te festejan con danzas toda la noche, a ti, Yaco ~ el administrador de bienes!

(Llega un mensajero.)

ss MENSAJERO. — Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión 72, no existe vida humana que, por estable, yo pudiera aprobar ni censurar. Pues la fortuna, sin cesar, tanto levanta al que es infortunado como precipita al
60 afortunado, y ningún adivino existe de las cosas que están dispuestas para los mortales. Creonte, en efecto, fue envidiable en un momento, según mi criterio, por-

que había liberado de sus enemigos a esta tierra cad-
mea y había adquirido la absoluta soberanía del país.
Lo gobernaba mostrándose feliz con la noble descen-
dencia de sus hijos.
L65 Ahora todo ha desaparecido. Pues, cuando los hom-
bres renuncian a sus satisfacciones, no tengo esto por

~ Estrecho de Euripo, al E., entre Eubea y Beocia.

70 Las Ménades o «mujeres posesas» son las bacantes que siguen a Dioniso. Personifican los espíritus orgiásticos de la naturaleza.

71 Yaco, dios que preside la procesión de los misterios de Eleusis, compañero de Deméter y Core. Aquí el nombre de Yaco parece referirse al propio Baco como un epíteto.

72 Anfión, junto con su hermano Zeto, reyes de Tebas, construyeron las murallas de la ciudad.

vida: antes bien lo considero un cadáver que alienta.
Hazte muy rico en tu casa, si quieres, y vive con el
boato de un rey, que, si de ello está ausente el gozo, 1170
no le compraría yo a este hombre todo lo demás por
la sombra del humo, en lugar de la alegría.

CORIFEO. — ¿ Con qué nueva desgracia de los reyes
nos llegas?

MENSAJERO. — Han muerto, y los que están vivos son
culpables de la muerte.

CORIFEO. — Y, ¿quién es el que ha matado? ¿Quién
el que está muerto? Habla.

MENSAJERO. — Hemón ha muerto. Su propia sangre 1175
le ha matado.

CORIFEO. — ¿Acaso a manos de su padre o de las su-
yas propias?

MENSAJERO. — Él en persona, por si mismo, como
reproche a su padre por el asesinato.

CORIFEO. — ¡Oh adivino! ¡Cuán exactamente has
acertado en tu profecía!

MENSAJERO. — Ya que están así las cosas, queda to-
mar una decisión sobre lo demás.

CORIFEO. — Veo a Eurídice, la infortunada esposa ííw
de Creonte. Sale de palacio, porque ha oído hablar de
su hijo o bien por azar.

EURÍDICE. — ¡Oh ciudadanos todos! He oído vues-
tras palabras cuando me dirigía hacia la puerta para 1185
llegarme a invocar a la diosa Palas con plegarias. En el
momento en que estaba soltando los cerrojos de la
puerta, al tiempo que la abría hacia mí, me llega a los
oídos el rumor de una desgracia que me afecta. Presa
de temor, me caigo de espaldas en brazos de las criadas
y me desvanezco. Pero, sea cual sea la noticia, decidía íí~o
de nuevo. Pues la escucharé como quien está avezado
a las desgracias.

MENSAJERO. — Yo, querida dueña, por estar presente

hablaré y no omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por
qué iba yo a mitigarte cosas por las que más adelante
1195 quedaríamos como mentirosos? La verdad prevalece
siempre. Yo acompañé en calidad de gula a tu esposo
hasta lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado
por los perros, sin obtener compasión, el cuerpo de
Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del canil-

1200 no ~ y a Plutón que contuvieran su cólera y resultaran
benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre
todos quemamos con ramas recién cortadas lo que ha-
bla quedado de él y levantamos un elevado túmulo de
tierra materna. A continuación nos introducimos en la

1-205 pétrea gruta, cámara nupcial de Hades para la mucha-
cha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos pla-
ñidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y,
acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al apro-
ximarse más aún, escucha también confusos gemidos de
uío un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desga-
rradoras palabras: <¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy aca-
so un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdi-
chado camino de los que he recorrido? La voz de mi
1215 hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápida-
mente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba,
mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la aber-
tura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy
escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por
los dioses.»

Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido
1220 dueño, y vimos a la joven en el extremo de la tumba
colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del
hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por

" Hécate, diosa de los caminos que preside la magia y los
hechizos. Recibe culto en las encrucijadas, y tenía muchas es-
tatuas dedicadas a ella en los campos.
la cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida íus
de su prometida muerta por las decisiones de su padre,
y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso ge-
mido, avanza al interior a su lado y le llama prorrum-
piendo en sollozos: <Oh desdichado, ¿qué has hecho?
¿ Qué resolución has tomado? ¿ En qué clase de desas-
tre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud su- í30
plicante.» Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le
escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada
de doble filo. No alcanzó a su padre, que habla dado un
salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el
infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, ms
echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado
la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha
a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con
esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de san-
gre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre 1240
otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en
la casa de Hades y después de mostrar que entre los
hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los
males humanos.

(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra.)

CORIrEo. — ¿Qué podrías conjeturar ante esto? La
reina se ha ido de nuevo sin decir una palabra buena 1245
o mala74

MENSAJERO. — Yo también estoy atónito. Pero ali-
mento esperanzas de que, enterada de las penas del
hijo, no considere apropiados los lamentos ante la ciu-
dad, sino que, bajo el techo, dentro de la casa, impon-
drá a sus criadas un duelo Intimo para llorarle. Pues uso
no está privada de juicio como para cometer una falta.

~4 El Coro hace notar el misterioso silencio con que se re-
tira la reina, lo que no presagia nada bueno. La misma aprecia-
ción hace en Edipo Rey 1075, y en Traquimas 813.

L

CoRIr~o. — No lo sé. A mí me parece que son funestos, tanto el demasiado silencio como el exceso de vano griterío.

MENSAJERO. — Vamos a saberlo entrando en palacio, no sea que esté ocultando algo reprimido en secreto
1255 en su corazón irritado. Tienes razón, también existe motivo de pesadumbre en el mucho silencio.
(Entra en palacio y se cierra la puerta.)

CORIFEO. — Aquí llega Creonte en persona, llevando en sus brazos la señal clara, si es lícito decirlo, de la
1260 desgracia, no por mano ajena, sino por su propia falta.

Estrofa 1.»

CREONTE. — ¡Ah, porfiados yerros causantes de muerte, de razones que son sinrazones! ¡Ah, vosotros que veis a quienes han matado y a los muertos del mismo
'~s linaje! ¡Ay de mis malhadadas resoluciones! ¡Ah hijo, joven, muerto en la juventud! ¡Ay, ay, has muerto, te has marchado por mis extravíos, no por los tuyos!
1270 CoRIFEo. — ¡Ay, demasiado tarde pareces haber conocido el castigo!

CREONTE. — ¡Ay de mí! Ya lo he aprendido, ¡infortunado! Un dios entonces, sí, entonces, me golpeó en la cabeza con gran fuerza y me metió por caminos de
1275 crueldad, ¡ay!, destruyendo mi pisoteada alegría. ¡Ay, ay, ah, penosas penas de los mortales!
(Sale un mensajero de palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh amo, cuántas desgracias posees y estás adquiriendo, unas llevándolas ahí en tus manos,
1280 las otras parece que, tras llegar, pronto las verás en palacio!

CREONTE. — ¿ Qué? ¿ Existe, pues, aún algo peor que mis desgracias?

MENSAJERO. — Tu mujer ha muerto, la abnegada ma-
¡
dre ~'> de este cadáver, ¡infeliz!, por golpes recién infligidos.

Antistrofa 1.8

CREONTE. — ¡Ah, puerto del Hades nunca purificado! ¿Por qué a mi precisamente, por qué me aniquilas? 1285
¡Oh tú que me causas dolores con estas malas noticias! ¿Qué palabras dices? ¡Ah, ah! Nueva muerte has dado a un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué dices, oh hijo? ¿Qué novedad me cuentas? ¡Ay, ay! ¿La muerte a cu- í290
chillo de mi mujer me acecha para mi ruina?

(Se abre la puerta de palacio y se muestra el cuerpo de Eurídice.)

CORIFEO. — Te es posible verlo, pues no está ya oculto.

CREONTE. — ¡Ay, ésa es la segunda desgracia que con- 1295
templo, desdichado! ¿Cuál es, cuál es el destino que a partir de ahora me aguarda? Acabo de sostener en mis manos, desventurado, a mi hijo, y ya contemplo ante
mí otro cadáver. ¡Ay, infortunada madre! ¡Ay, hijo! 1300
MENSAJERO. — Ella, herida por afilado instrumento

al pie del altar, relaja sus párpados en la oscuridad,
no sin lamentar antes el vacío lecho de Megareo 76, que
murió primero, y, después, el de éste, y, por último,
deseándote desgracias a ti, asesino de sus hijos. 1305

75 El griego aplica a Euridice el epíteto pammétor, literalmente: <plenamente madre», destacándolo sobre el de gyné, <esposa», que le ha asignado primero.

76 Megareo, nombre que parece referirse al que Euripides llama Meneceo, el otro hijo de Creonte y Euridice, sacrificado antes del combate para obtener la victoria de Tebas ante el asedio de los argivos. Véase EuaIPIDEs, Fenicias 930-1018. En la versión de EsQuILo (Siete contra Tebas 474), Megareo es un guerrero tebano, hijo de Creonte, que guarda una de las puertas. Según P. Mazon, no hay razón para identificar a Megareo, aunque ignoremos los hechos gloriosos que le dieron fama, con Meneceo.

Estrofa 2.8

CREONTE. — ¡Ay, ay, estoy fuera de mí por el terror!
¿Por qué no me hiere alguien de frente con espada de
1310 doble filo? ¡Infortunado de mí, ah! Estoy sumido en
una desgraciada aflicción.

MENSAJERO. — Como si tuvieras la culpa de esta
muerte y de la de aquél eras acusado por la que está
muerta.

CREONTE. — Y, ¿de qué manera se dio sangriento fin?

1315 MENSAJERO. — Hiriéndose bajo el hígado a sí misma
por propia mano, cuando se enteró del padecimiento
digno de agudos lamentos de su hijo.

Estrofa 3.'

CREONTE. — ¡Ay de mí! Esto, que de mi falta procede,
1320 nunca recaerá sobre otro mortal. ¡Yo solo, desgraciado,
yo te he matado, yo, cierto es lo que digo! Ea, esclavos,
1325 sacadme cuanto antes, llevadme lejos, a mí que no soy
nadie.

CORIFEO. — Provechosos son tus consejos, si es que
algún provecho hay en las desgracias. Los males que se
tienen delante son mejores cuanto más breves.

Antistrofa 2.'

CREONTE. — ¡Que llegue, que llegue, que se haga visible la que sea la más grata para mí de las muertes,
1330 trayendo el día final, el postrero! ¡Que llegue, que llegue, y yo no vea ya otra luz del día!

CoRIFEo. — Eso pertenece al futuro. Es preciso ocu-
1335 parnos de lo que nos queda por hacer. De eso se ocuparán aquellos de quienes sea menester.

CREONTE. — Pero lo que yo deseo lo he suplicado con
esas palabras.

CORIFEO. — No supliques ahora nada. Cuando la desgracia está marcada por el destino, no existe liberación
posible para los mortales.

Antistrofa 3.'

CREONTE. — Quitad de en medio a este hombre equivocado que, ¡oh hijo!, a ti, sin que fuera ésa mi volun- iMO
tad, dio muerte, y a ti, a la que está aquí. ¡Ah, desdichado! No sé a cuál de los dos puedo mirar, a qué lado

inclinarme. Se ha perdido todo lo que en mis manos 1345
tenía, y, de otro lado, sobre mi cabeza se ha echado un
sino difícil de soportar.

CORIFEO. — La cordura es con mucho el primer paso
de la felicidad. No hay que cometer impiedades en las uso
relaciones con los dioses. Las palabras arrogantes de
los que se jactan en exceso, tras devolverles en pago
grandes golpes, les enseñan en la vejez la cordura.

KRI OdKIlI

INTRODUCCIÓN

La obra se puede fechar en torno a los años 429-426.
Estamos en el ciclo mítico de Tebas. Edipo, descendiente
de la casa real tebana, recibe ya al nacer la maldición del
oráculo, según la cual dará muerte a su padre Layo y será
el causante de la ruina de su familia. Layo trata de evitar
la desgracia exponiendo a su hijo, pero el pastor encarga-

do de abandonarlo en el monte se apiada de él y lo entrega a un pastor de Corinto; así llega hasta esa ciudad, donde el rey Pólibo y su mujer lo crían como a su propio hijo. Al llegar a la edad viril, Edipo empieza a sospechar sobre su verdadero origen, y se encamina a Delfos para consultar el oráculo de Apolo; de regreso, se encuentra en un cruce de caminos con su padre Layo, al que da muerte tras una discusión. Puesto que el oráculo de Delfos le ha anunciado que matará a su padre y se casará con su madre, Edipo decide evitar Corinto a toda costa y se encamina a Tebas. Allí la Esfinge — monstruo mitad león y mitad mujer— sembraba el terror entre la población planteando enigmas y devorando a los tebanos, que eran incapaces de resolverlos; Edipo los resuelve fácilmente, la

Esfinge se precipita al abismo y los tebanos lo elevan al trono de la ciudad, casándose además con Yocasta, viuda del difunto Layo.

Entonces se abate sobre la ciudad una terrible peste, momento en que comienza la obra de Sófocles. Edipo envía a Creonte — hermano de Yocasta — a Delfos para que averigue la causa de la plaga, y aquél regresa diciendo que la peste no cesará hasta que se castigue al asesino de Layo; Edipo lanza una terrible maldición sobre el culpable, sin saber que habrá de recaer sobre si mismo. Interroga al adivino Tiresias, que, conocedor de toda la verdad, trata de esquivar sus preguntas, lo que acaba provocando la cólera y las sospechas de Edipo contra él y contra Creonte. Yocasta interviene en el altercado, tratando de poner en duda la clarividencia de Tiresias, pues Layo, dice, murió en una encrucijada a manos de unos bandidos y no de su hijo; la mención de la encrucijada provoca la inquietud de Edipo, que manda llamar a un pastor que fue testigo de los hechos.

En esto llega de Corinto un mensajero anunciando la muerte de Pólibo (se trata del pastor que recibió a Edipo niño de manos del servidor de Layo); en el transcurso de su conversación con Edipo acaba por hacerle saber que no es hijo de Pólibo, sino un niño expósito que fue adoptado por aquél y por su mujer. Yocasta, que ha tratado de disaudir a Edipo de que siga con sus averiguaciones, comprende rápidamente y se precipita al interior del palacio para darse muerte. Llega finalmente el pastor tebano — que es además quien entregó a Edipo niño al pastor corintio—, y ante la insistencia de Edipo acaba confirmándole todas sus sospechas. Edipo sale apresuradamente de la escena y se perfora los ojos con el broche de Yocasta, ahorcada en su alcoba. Finalmente, aparece ciego en escena, suplica que lo destierren de la ciudad o que lo maten, pues es reo de infamias innombrables, y se despide de sus hijas. Creonte quedará al cargo de la ciudad.

De entre los muchos aspectos que merecen mencionarse en esta obra, paradigma de la tragedia griega, destaca sin duda la maestría de su desarrollo dramático, que a diferencia de otras obras construidas de forma más inconexa se presenta como «un únicc~ torbellino que empieza a girar lentamente para ser cada vez más rápido y violento», en palabras de K. Reinhardt; el papel central del propio per-

sonaje de Edipo, presente casi en cada escena, y cuya búsqueda apasionada de la verdad, al precio que sea, hace de él una figura inolvidable, contribuye en gran manera a dar a la obra esa sensación de rotunda perfección. Otro aspecto central del drama lo constituye el uso de lo que se ha dado en llamar «ironía trágica», que afecta tanto a la ironía verbal —el hecho de que las mismas palabras tengan significados distintos para quien habla y para quien escucha— como a la ironía de situación, es decir, el explotar situaciones en las que uno o varios personajes ignoran el verdadero estado de cosas, con consecuencias catastróficas. Y muy por encima de todos los yerros e ilusiones de los mortales planea la esfera de lo divino, inaccésible al pensamiento humano, terrible e incluso cruel, pero siempre, para Sófocíes, digno de veneración y respeto.

1

ARGUMENTO DE ARISTÓFANES EL GRAMÁTICO SOBRE EDIPO REY

Habiendo Edipo abandonado Corinto al ser insultado por todos como hijo bastardo y extranjero, acudió a conocer los oráculos píticos, buscando su propio origen y el de su familia. Tras encontrarse en una estrecha encrucijada a Layo, el infortunado mató involuntariamente a su padre. Y habiendo resuelto el mortífero canto de la terrible Esfinge, mancilló el lecho de su desconocida madre. La peste y una larga epidemia se apoderaron de Tebas. Enviado Creonte al santuario délfico para informarse de un remedio del mal, escuchó, de la divina voz profética, que había que vengar el crimen de Layo. Por ello, dándose cuenta el desdichado Edipo de que había sido él mismo, con sus manos destruyó las niñas de sus ojos, y Yocasta, su madre, murió estrangulada.

II

POR QU~ ADEMAS SE TITULA TIRANO *

Está escrito Edipo tirano a alguna distancia del otro. Acertadamente todos lo titulan tirano como sobresalien-

* T~rannos, es decir, <rey».

te entre toda la obra de Sófocles, aunque fue derrotada por Filocleón, según nos cuenta Dicearco. Hay quienes la titulan Primero, no tirano, debido a las fechas de los catálogos y a los hechos. En efecto, vagabundo y ciego llega a Atenas Edipo el de en Colono. Alguna connotación especial advirtieron los poetas, de después de Homero, cuando llaman «tiranos» a los reyes anteriores a la Guerra de Troya después que fue dado este nombre a los griegos en tiempos de Arquiloco, como dice Hipias el sofista (fr. 9 D). Homero, por lo menos (Od. XVIII 85) llama rey y no tirano a Equeto, el más inicuo de todos:

<Hacia el rey Equeto, funesto para los mortales.»

Y dicen que empezó a utilizarse el nombre de tirano desde los tirrenos, pues éstos fueron molestos por su piratería. Es evidente que el nombre de tirano es bastante reciente, porque ni Homero ni Hesíodo ni ningún otro de los antiguos utilizan el nombre de tirano en sus poemas. Y Aristóteles, en la Constitución de los cimeos (fr. 524), dice que los tiranos anteriormente se llamaban príncipes, pues aquel nombre es más respetable.

III

DE OTRA MANERA

El Edipo Rey se titula así para diferenciarlo del en Colono. El punto principal de la obra es el conocimiento de las desgracias particulares de Edipo, la mutilación de sus ojos y la muerte por estrangulamiento de Yocasta.

ORÁCULO DADO A LAYO EL TEBANO

«Layo, hijo de Lábdaco, suplicas una próspera descendencia de hijos. Te daré el hijo que deseas. Pero está decretado que dejes la vida a manos de tu hijo. Así lo consintió Zeus Crónida, accediendo a las funestas maldiciones de Pélope cuyo hijo querido raptaste. ~l imprecó contra ti todas estas cosas.»

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

«Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, que tiene sólo una voz, y es también trípode. Es el único que cambia su aspecto de cuantos seres se mueven por tierra, por el aire o en el mar. Pero, cuando anda apoyado en más pies, entonces la movilidad en sus miembros es mucho más débil.»

SOLUCION DEL ENIGMA

«Escucha, aun cuando no quieras, musa de mal agüero de los muertos, mi voz, que es el fin de tu locura. Te has referido al hombre, que, cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como un tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez.»

j

PERSONAJES

EDIPO.

SACERDOTE.
CREO NTE.
CoRo de ancianos tebanos.
TIREsIAs.

YocAsTA.
MENSAJERO.
SERVIDOR DE LAYO.
Otro MENSAJERO.

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes están sentados en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edi-PO sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO. — ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo'! ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes 2? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos de súplica y de 5 gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime io

1 Fundador mítico de la ciudad de Tebas. Es hijo de Agenor y hermano de Europa. Vino de Tiro en compañía de sus hermanos en busca de Europa, empresa que pronto abandonaron. El oráculo de Delfos le ordenó fundar una ciudad en el lugar donde una vaca a la que debía seguir cayera exhausta, resultando de ahí la localización de Tebas. Cadmo dio muerte a un dragón que cuidaba de la Fuente de Ares, próxima a Tebas, y por consejo de Atenea sembró los dientes de la bestia. En seguida brotaron del suelo hombres armados, de los que sobrevivieron sólo cinco, primitivos habitantes de Tebas.

2 Los que acudían en actitud de súplica llevaban en la mano, como señal, unos ramos de olivo o laurel atados con hilos de lana. Los dejaban sobre el altar, de donde los retiraban cuando la petición era satisfecha. Traduzco literalmente «coronados»

aclarando que este término es sólo metafórico, según se deduce de lo dicho.

en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así
ante mi? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría

ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

15 SACERDOTE. — ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves
de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus
altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros,
torpes por la vejez, somos sacerdotes —yo lo soy de
Zeus—, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El res-
20 to del pueblo con sus ramos permanece sentado en las
plazas en actitud de súplica, junto a los dos templos
de Palas ~ y junto a la ceniza profética de Ismeno ~.

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la
cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida.
25 Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los
rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos
de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflije la ciudad. ¡Odiosa epidemia 6,
bajo cuyos efectos está desploblada la morada Cadmea,
30 mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y
lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como

3 Era corriente que las ciudades tesalias tuvieran dos plazas, a una de las cuales no se admitían sino ciudadanos libres. Tebas estaba dividida en dos partes, la ciudad alta al O. y la ciudad baja, en cada una de las cuales había una plaza. Uno de los templos estaba dedicado a Palas Crica, y es citado por Pausanias. El otro, a Atenea Cadmea o Atenea Ismenia, no citados por él, pero sí por los escoliastas.

5 Ismeno no es el dios fluvial del mismo nombre, sino el semidiós tebano, hijo de Apolo, que tenía dedicado en la ciudad un altar en el que se practicaba la piromancia.

6 Es posible que Sófocles tuviera presente la peste que asoló a Atenas al principio de la Guerra del Peloponeso. El adjetivo aplicado a la divinidad y traducido por: «que produce la peste~., significa, literalmente: «que lleva fuego abrasador«, haciendo, tal vez, alusión a la fiebre, uno de los síntomas de la peste.

suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el
primero de los hombres en los sucesos de la vida y en
las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, libe- 35

raste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos
a la cruel cantora7 y, además, sin haber visto nada más

ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda
de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra
vida.

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te 40
imploramos todos los que estamos aquí como suplican-
tes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el
mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal.
Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos lle-
vados a cabo por los consejos de los que tienen expe- 45
riencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la
ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora
te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que
de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivi- 50
mos, primero, en la prosperidad, pero caímos después;
antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable
augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Sénos tam-
bién igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta
tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en 55
ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave
privadas de hombres que las pueblen.

EDIPO. — ¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablar-
me porque anheláis algo conocido y no ignorado por rin.
Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay 60
ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En
efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en si mismo

7 La Esfinge enviada por Hera contra Tebas para castigar
el crimen de Layo de amar al hijo de Pélope. El monstruo se
cobraba muchas víctimas. Cuando Edipo supo responder al enig-

ma que proponía, el monstruo, despechado, se mató arroján-
dose desde la roca. Se la llama <cantora>, porque sus enigmas
estaban en verso.

y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al
65 tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que

no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumi-
do, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he
derramado yo y muchos caminos he recorrido en el cur-
so de mis pensamientos. El único remedio que he encon-
trado, después de reflexionar a fondo, es el que he to-
70 mado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio

cuñado, a la morada Pítica de Febo 8, a fin de que se en-
terara de lo que tengo que hacer o decir para proteger
esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en compara-
ción con el tiempo pasado, me inquieta qué estará ha-
75 ciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente
más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando lle-
gue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE. — Con oportunidad has hablado. Precisa-
mente éstos me están indicando por señas que Creonte
se acerca.

80 EDIPo. — ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con
suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro
radiante!

SACERDOTE. — Por lo que se puede adivinar, viene
complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza

coronada de frondosas ramas de laurel ~.
85 EDIPO. — Pronto lo sabremos, pues ya está lo sufientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE. — Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

A Delfos, el santuario más famoso de Grecia.

9 El laurel era el árbol sagrado de Apolo y con sus ramas se coronaba a los mensajeros portadores de gratas nuevas.
44

EDIPO. — ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado. 90

CREONTE. — Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO. — Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE. — Diré las palabras que escuché de parte 95 del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO. — ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE. — Con el destierro o liberando un antiguo loo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO. — ¿De qué hombre denuncia9 bis tal desdicha?

CREONTE. — Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO. — Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi. 105
CREONTE. — ~l murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO. — ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREO NTE. — Afirmó que en esta tierra. Lo que es bus- mío cado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO. — ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE. — Tras haber marchado, según dijo, a con-
9 bis Febo. Es la tercera persona que aparece en todo este contexto.
L

115 sultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO. — ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE. — Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

120 EDIPo. — ¿Cuál? Porque una sola podría proporcio-
narnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos
un pequeño principio de esperanza.
CREO NTE. — Decía que unos ladrones con los que se
tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola
mano, sino de muchas.
EDIPO. — ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante
125 audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con di-
nero?
CREONTE. — Eso era lo que se creía. Pero, después que
murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio
de las desgracias.
EDIPO. — ¿Qué tipo de desgracia se presentó que im-
pedía, caída así la soberanía, averiguarlo?
í30 CREONTE. — La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos
determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al
paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.
EDIPO. — Yo lo volveré a sacar a la luz desde el prin-
cipio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera dig-
135 na, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera
que veréis también en mi, con razón, a un aliado para
vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues
no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo
alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el ase-
sino de aquél tal vez también de mí podría querer ven-
í40 garse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a
aquél me ayudo a mí mismo.
Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pron-
to que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que
otro congregne aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo 145
voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad
apareceré triunfante o fracasado.
(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)
SACERDOTE. — Hijos, levantémonos. Pues con vistas a
lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que
Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como sal- 150
vador y ponga fin a la epidemia! (Salen de la escena y,
seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)

CoRo.
Estrofa l.
¡Oh dulce oráculo de Zeus ‘~! ¿Con qué espíritu has
llegado desde Pito, la rica en oro ~ a la ilustre Tebas? Mi
ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto,
¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sana-
dor 12/ Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de 155
nuevo me vas a imponer, bien inmediatamente o des-
pués del transcurrir de los años 13? Dímelo, ¡oh hija de la
áurea Esperanza, palabra inmortal!

Antistrofa l.
Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y

10 Zeus habla por boca de su hijo Apolo.
11 Alusión a los inmensos tesoros depositados en Delfos
como ofrendas al dios. Desde Homero se conoce a Delfos como
Pito (=PÑtho), donde Apolo venció al dragón indígena Pitón.
12 Apolo es designado con muchos epítetos en la tragedia.
El de Delio viene del lugar de su nacimiento, la isla de Delos.
Personificando el adjetivo se le invoca como Pedn, aunque tam-
bién más adelante (y. 186) se llama peán al canto dirigido al
dios para implorar la salud. Otros epítetos son Febo, Loxias,
Flechador, etc.
13 Se pregunta el Coro si la actual epidemia es el castigo de
una reciente impiedad o, como efectivamente lo será, de una

antigua.

160 a tu hermana, Ártemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora 14, y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Haceos visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte.
165 Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, conseguisteis arrojar del lugar el ardor de la plaga, presentaos también ahora.

Estrofa 2.

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pue-
170 blo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar que jum-
175 brosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con mas fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras 15

Antistrofa 2.»
180 La población perece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gra-
185 das de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh áurea hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.

14 Literalmente «circular»; rio por querer significar que el ágora era de esta forma, sino porque la estatua de la diosa ocupaba el puesto central de la misma sobre un pedestal de forma circular o bien (se puede pensar con P. Mazon) porque hubiera un thólos dedicado a A.rtemis.

15 Hades es el dios del reino de las sombras, situado al Occidente, según una antigua tradición mítica.

Estrofa 3.

Concede que el terrible Ares, que ahora sin la pro- í~o tección de los escudos 16 me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se- dé la vuelta en su carrera,

lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso lecho de Anfitrita 17, bien hacia la inhóspita agitación de 195 los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente, a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que re- 200 partes las fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, des trúyelo bajo tu rayo.

Antistrofa 3.

Soberano Liceo 18, quisiera que tus flechas invencibles que parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, 205 colocadas delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de Ártemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la mitra de oro, el que da 210 nombre a esta región 19, a Baco, el de rojizo color, al del evohé, compañero de las ménades, ¡que se acerque res-

plandeciente con refuigente antorcha contra el dios odio- 215
so entre los dioses!
(Sale Edipo y se dirige al Coro.)
EDIPO. — Suplicas. Y de lo que suplicas podrías ob-
tener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras

16 Ares, divinidad guerrera odiada por los mortales y por los mismos dioses, suele representar la muerte violenta en el combate. Aquí no es el caso —y lo destaca el poeta—, sino que representa la epidemia que también trae la muerte.

'~ El mar. Anfitrita es una nereida de la que se enamoró Poseidón y a la que hizo su esposa.

18 Epíteto frecuentemente aplicado a Apolo y de difícil interpretación etimológica. Las tres palabras griegas con las que podría relacionarse son: l~kos «lobo», Lykta «Licia» y l~k~ «luz».

19 Tebas es conocida como la <tierra de Baco» (cf. Traquimas 510) por ser éste hijo de Sémele y ésta, a su vez, de Cadmo. El <rojizo color» es el del vino, del que era dios. Sobre las ménades, véase nota 70 de Antígona.

acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio
no en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien
no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho.
Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la
pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido
a ser un ciudadano entre ciudadanos, os diré a todos vos-
ns otros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa
por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le
ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que
aleje la acusación que pesa contra si mismo, ya que nin-
guna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país.
no Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra
tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la
que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis
y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata
~s de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis es-
cucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el
poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este
hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe
240 con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le per-
mita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sa-
biendo que es una impureza para nosotros, según me lo
acaba de revelar el oráculo pítico del dios. asta es la
245 clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y
para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a es-
condidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía
de otros, desventurado, consuma su miserable vida de
no mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi
propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca
yo lo que acabo de desear para éstos ~.
Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas
cosas por mi mismo, por el dios y por este país tan con-
sumido en medio de esterilidad y desamparo de los dio-
~3 Los asesinos, o el criminal y sus posibles cómplices.
ses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hu- ns
biese sido promovida por un dios, no sería natural que
vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer
averiguaciones por haber perecido un hombre excelente
y, a la vez, rey.
Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el

poder que antes tuvo aquél, en posesión del lecho y de la no

mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos
tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su
descendencia no se hubiera malogrado —pero la adver-
sidad se lanzo contra su cabeza— ~ bis, por todo esto yo,
como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos ns
los medios tratando de capturar al autor del asesinato
para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Poli-
doro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor 21•
Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les no
hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de
las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia
en que se encuentran y aún peor que ésta. Y a vosotros,
los demás Cadmeos, a quienes esto os parezca bien, que
la Justicia como aliada y todos los demás dioses os 275
asistan con buenos consejos.

ColurEo. — Tal como me has cogido inmerso en tu
maldición, te hablaré, oh rey. Yo ni le maté ni puedo
señalar a quien lo hizo. En esta búsqueda, era propio del
que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. — Con razón hablas. Pero ningún hombre po- no
dna obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO. — En segundo lugar, después de eso, te
podría decir lo que yo creo.

20 bis En este pasaje se produce un anacoluto que refleja el
texto griego utilizado con la presencia del signo menos.

21 Enumera la genealogía de la familia real de Tebas. Agenor

es el fundador de la dinastía, rey de Sidón y Tiro, y padre de

Europa y Cadmo. (Véase nota 1.)

L

EDIPO. — También, si hay un tercer lugar, no dejes
de decirlo.

CoRo. — Sé que, más que ningún otro, el noble Ti-
285 resias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se po-
dría tener un conocimiento muy exacto, si se le inqui-
riera, señor.

EDIPO. — No lo he echado en descuido sin llevarlo a
la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos
mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace
rato.

290 CORIFEO. — Entonces los demás rumores son inefica-
ces y pasados.

EDIPO. — ¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de
rumor.

CORIFEO. — Se dijo que murió a manos de unos ca-
minantes.

EDIPO. — También yo lo oi. Pero nadie conoce al que
lo vio.

CORIFEO. — Si tiene un poco de miedo, no aguardará
295 después de oir tus maldiciones.

EDIPO. — El que no tiene temor ante los hechos tam-
poco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño
le acompaña.)

CORIFEO. — Pero ahí está el que lo dejará al descu-

bierto. estos traen ya aquí al sagrado adivino, al único
de los mortales en quien la verdad es innata.
300 EDIPO. — ¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que
debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del
cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin
embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te
reconocemos como único defensor y salvador de ella,
305 señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los men-
sajeros, contestó a nuestros embajadores que la única
liberación de esta plaga nos llegaría si, después de ave-
riguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos
de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin 310
rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de
adivinación ~, sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame
a mi, y líbranos de toda impureza originada por el muer-
to. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servi-
cio con los medios de que dispone y es capaz, es la más 315
bella de las tareas.

TIx~nsIAs. — ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividen-
cia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía
bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera
venido aquí.

EDIPO. — ¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presen-
tado!

TíREsíAs. — Déjame ir a casa. Más fácilmente sopor- 320
taremos tú lo tuyo y yo lo mio si me haces caso.

EDIPO. — No hablas con justicia ni con benevolencia
para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augu-
rio.

TIRESIAS. — Porque veo que tus palabras no son opor-
tunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mis- 325
mo...!

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO. — No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sa-
bes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos
aquí como suplicantes.

TIREsIAs. — Todos han perdido el juicio. Yo nunca
revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino 330
que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

TíREsíAs. — Yo no quiero afligirme a mi mismo ni a
ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás
por mí.

22 Otro medio de adivinación nos lo encontramos en An-
tigona 1005, donde el mismo Tíresias explica el del fuego.
L.

EDIPO. — ¡Oh el más malvado de los malvados, pues
335 tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿ No hablarás
de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e in-
flexible?

TIREsIAs. — Me has reprochado mi obstinación, y no
ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

EDIPO. — ¿Quién no se irritaría al oir razones de esta
~o clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciu-
dad?

TIREsIAs. — Llegarán por sí mismas, aunque yo las
proteja con el silencio.

EDIPO. — Pues bien, debes manifestarme incluso lo

que está por llegar.
TIRESIAS. — No puedo hablar más. Ante esto, si quie-
res irrítate de la manera más violenta.
~s EDIPO. — Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de
decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que me
parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has
llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con
tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este
acto hubiera sido obra de ti solo.
350 TíREsíAs. — ¿De verdad? Y yo te insto a que perma-
nezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que
no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mi desde el día
355 de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta
tierra.
EDIPO. — ¿Con tanta desvergilenza haces esta asève-
ración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?
TíREsíAs. — Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad
como fuerza.
EDIPO. — ¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde
luego, de tu arte no procede.
TíREsíAs. — Por ti, porque me impulsaste a hablar en
contra de mi voluntad.
EDIPO. — ¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que lo
aprenda mejor. 360
TIREsIAs. — ¿No has escuchado antes? ¿O es que tra-
tas de que hable?
EDIPO. — No como para decir que me es comprensi-
ble. Dilo de nuevo.
TíREsíAs. — Afirmo que tú eres el asesino del hombre
acerca del cual están investigando.
EDIPO. — No dirás impunemente dos veces estos in-
sultos.
TíREsíAs. — En ese caso, ¿digo también otras cosas
para que te irrites aún más?
EDIPO. — Di cuanto gustes, que en vano será dicho. 365
TíREsíAs. — Afirmo que tú has estado conviviendo
muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son
más queridos y que no te das cuenta en qué punto de
desgracia estás.
EDIPO. — ¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir di-
ciendo alegremente esto?
TíREsíAs. — Sí, si es que existe alguna fuerza en la
verdad.
EDIPO. — Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que 370
estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.
TíREsíAs. — Eres digno de lástima por echarme en
cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche
pronto.
EDIPO. — Vives en una noche continua, de manera
que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perju- 375
dicar nunca.
TíRE~íAS. — No quiere el destino que tú caigas por mi
causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa
llevarlo a cabo.
EDIPO. — ¿Esta invención es de Creonte o tuya?
TíREsíAs. — Creonte no es ningún dolor para ti, sino
tú mismo.

380 EDIPO. — ¡Oh riqueza, poder y saber que aventajas a

cualquier otro saber en una vida llena de encontrados
intereses! ¡Cuánta envidia acecha en vosotros, si, a causa
de este mando que la ciudad me conf ió como un don
385 —sin que yo lo pidiera—, Creonte, el que era leal, el ami-
go desde el principio, desea expulsarme deslizándose a
escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, ma-
quinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganan-
390 cias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en que
fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste
alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando
estaba aquí la perra cantora ~? Y, ciertamente, el enig-
ma no era propio de que lo discurriera cualquier per-
sona que se presentara, sino que requería arte adivina-
395 tOria que tú no mostraste tener, ni procedente de las
aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo,
Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consi-
guiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido
de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyen-
400 do que estarás más cerca del trono de Creonte. Me pa-
rece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr
la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho
valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufri-
mientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEO. — Nos parece adivinar que las palabras de
405 éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de
la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas,
sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la
mejor manera.

TíREsíAs. — Aunque seas el rey, se me debe dar la
misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras
410 semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no

~ Se refiere a la Esfinge no porque tuviera forma de perra,
sino por su misión de .guardiana. del cumplimiento de los
designios de Hera.

vivo sometido a ti sino a Loxias ~, de modo que no podré
ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un parti-
do. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego,
te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de
desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes
transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes descien- 415
des? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto
para los de allí abajo como para los que están en la tie-
rra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu ma-
dre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún
día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, en-
tonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refu- 420
gio de tus gritos!, ¡qué 25 no los recogerá cuando
te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que
tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir
una feliz navegación ~! Y no adviertes la cantidad de 425
otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto,
ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal
será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO. — ¿Es que es tolerable escuchar esto de ése?
¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de 430
esta casa, volviendo por donde has venido?

TíREsíAs. — No hubiera venido yo, si tú no me hubie-
ras llamado.

EDIPO. — No sabía que ibas a decir necedades. En tal
caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

24 El epíteto de Apolo ~Loxias» está conectado con el adje-
tivo loxós «oblicuo», y hace alusión a las ambiguas respuestas

del oráculo.
25 Citerón es el nombre del monte. en que fue abandonado
Edipo. Aquí, en una clara figura estilística, está empleado como
el nombre genérico de «monte».

~ Los términos griegos empleados en esta frase están to-
mados, una vez más, del vocabulario de la marina, tan conocido
y usado por el pueblo ateniense.
L

435 Tí~~sí~s. — Yo soy tal cual te parezco, necio, pero
para los padres que te engendraron era juicioso.
EDIPO. — ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio
el ser?
TIREsIAs. — Este día te engendrará y te destruirá.
EDIPO. — ¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices
todo!
~o TIREsIAs. — ¿Acaso no eres tú el más hábil por na-
turaleza para interpretarlo? ~.
EDIPO. — ~chame en cara, precisamente, aquello en
lo que me encuentras grande.
TIREsIAs. — Esa fortuna, sin embargo, te hizo pere-
cer.
EDIPO. — Pero si salvo a esta ciudad, no me pre-
ocupa.
TíREsíAs. — En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.
~s EDIPO. — Que te lleve, si, porque aquí, presente, eres
un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que
no atormentes mas.
TíREsíAs. — Me voy, porque ya he dicho aquello para
lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás
450 perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, bus-
cas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato
de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido
aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su
linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando

455 antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará
a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será
manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de
sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que
460 nació y de la misma raza, así como asesino de su padre.

27 Alude a la actuación de Edipo descifrando el enigma de
la Esfinge.
Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira,
di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.
(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CoRo.
Estrofa 1.»
¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nom-
brá como el que ha llevado a cabo, con sangrientas ma-
nos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el mo- 465
mento para que él, en la huida, fuerce un paso más
poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues
contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, 470
el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infali-
bles diosas de la Muerte ~.

Antistrofa 1.
No hace mucho resonó claramente, desde el nevado
Parnaso ~, la voz que anuncia que, por doquier, se siga 475
el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro ~
bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un
toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado an-
dar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la 480
tierra ~1. Pero éstos, siempre vivos, revolotean alrededor.

Estrofa 2.
De terrible manera, ciertamente, de terrible manera
me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya lo niegue. 485
¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las es-

25 Perífrasis con la que he traducido el nombre griego K~-
res, espíritus vengadores, de horrible aspecto, que ejecutan el
destino de muerte. En Esquilo se confunden con las Moiras o
también con las Erinias.
'» El santuario de Delfos está en la ladera de un monte que
pertenece a la misma cadena montañosa donde se eleva el monte
Parnaso.
30 El Coro describe al asesino tal como él lo imagina, exi-
liado y fugitivo.
31 DelIos era considerado el ómphalos u ombligo del mundo.

peranzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo
nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de dispu-
490 ta había entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo 32, que,
495 por haberlo probado, me haga ir contra la púbtica fama
de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muer-
tes no claras.

Antistrofa 2.
Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son saga-
ces y conocedores de los asuntos de los mortales, pero
500 que un adivino entre los hombres obtenga mayor éxito
que yo, no es un juicio verdadero. Un hombre podría
505 contraponer sabiduría a sabiduría. Y yo nunca, hasta ver
que la pro fecia se cumpliera, haría patentes los re pro-
ches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada
510 doncella33 y quedó claro, en la prueba, que era sabio y
amigo para la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será
culpable de maldad ~.
(Entra Creonte.)
CREONTE. — Ciudadanos, habiéndome enterado de que
sís el rey Edipo me acusa con terribles palabras, me presen-
to sin poder soportarlo. Pues si en los males presentes
cree haber sufrido de mi parte con palabras o con obras
algo que le lleve a un perjuicio, no tengo deseo de una
vida que dure mucho tiempo con esta fama. El daño que
520 me reporta esta acusación no es sin importancia, sino

~ Pólibo, rey de Corinto, recibió al pequeño Edipo y lo crió
como a un hijo. Para el Coro, es el padre verdadero de Edipo.
~ Nueva alusión a la Esfinge, esta vez como un monstruo
femenino con rostro de mujer, pecho, patas y cola de león, y
alas como las de un ave de rapiña. Evitan llamarla por su nom-
bre y recurren a todos los atributos.
3~ El predominio del valor de la razón en la Atenas de Só-

focles se manifiesta en las dudas que expresa el Coro entre la confianza en su propio juicio acerca de la persona de Edipo y la creencia religiosa en el augurio del adivino.
gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y malvado ante ti y ante los amigos.

CORIFEO. — Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la cólera, más que intencionadamente.

CREONTE. — ¿Fue declarado por éste abiertamente 525 que, persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

CORIFEO. — Eso dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE. — ¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta acusación contra mí?

CORIFEO. — No sé, pues no conozco lo que hacen los 530 que tienen el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. — ¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi soberanía? 535 ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no descubriría que tu acción se deslizaba con engaño, o que no me defendería al averiguarlo? ¿ No es 540 tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

CREONTE. — ¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

EDIPO. — Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe 545 para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mi.

CREONTE. — En lo que a esto se refiere, óyeme pr!-mero cómo lo voy a contar.

EDIPO. — En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

L

550 CREONTE. — Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razonas bien.

EDIPO. — Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razonas correctamente.

CREONTE. — De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

555 Eríi’o. — ¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino?

CREONTE. — Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO. — ¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE. — ¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

s¿o EDIPO. — ... sin que fuera visible, pereciera en un asesinato?

CREONTE. — Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO. — ¿Ejercería entonces su arte ese adivino?
CREONTE. — Si, tan sabiamente como antes y honrado por igual.
EDIPO. — ¿Hizo mención de mi para algo en aquel tiempo?
565 CREONTE. — No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente.
EDIPO. — Pero, ¿no hicisteis investigaciones acerca del muerto?
CREONTE. — Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.
EDIPO. — ¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?
CREONTE. — No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.
sio EDIPO. — Sólo lo que sabes podrías decirlo con total conocimiento.
CREONTE. — ¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO. — Que, si no hubiera estado concertado contigo, no hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.
CREONTE. — Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has 575 hecho de mí.
EDIPO. — Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de asesinato.
CREONTE. — ¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?
EDIPO. — No es posible negar la pregunta que me haces.
CREO NTE. — ¿Gobiernas el país administrándolo con igual poder que ella?
EDIPO. — Lo que desea, todo lo obtiene de mi. 530
CREONTE. — ¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a vosotros dos?
EDIPO. — Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.
CREONTE. — No si me das la palabra como yo a ti mismo. Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar entre temores a dormir tran- 585 quilo, teniendo el mismo poder. Por lo que a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En s9o efecto, ahora lo obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal aconsejado como para desear otras cosas que no sean los 59s honores acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan, pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona 600

bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo

de esta idea ni soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de esto, ve a Delfos y entérate 605 si te he anunciado fielmente la respuesta del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo considerar, sin fun- 6i0 damento, a los malvados honrados ni a los honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo que la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que «ib el tiempo muestra al hombre justo, mientras 6í5 que podrías conocer al perverso en un solo día.

ColUFEo. — Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar. Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO. — Cuando el que conspira a escondidas avanza con rapidez, preciso es que también yo mismo planee ~o con la misma rapidez. Si espero sin moverme, los proy~ectos de éste se convertirán en hechos y los míos, en frustraciones.

CREONTE. — ¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojarme fuera del país?

EDIPO. — En modo alguno. Que mueras quiero, no que huyas.

CREaNTE. — Cuando expliques cuál es la clase de aborrecimiento...

~s EDIPO. — ¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás crédito?

CREONTE. — ... pues veo que tú no razonas con cordura.

Enípo. — Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE. — Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO. — Tú eres un malvado.

CREONTE. — ¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO. — Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE. — No al que ejerce mal el poder.

EDIPO. — ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE. — También a mí me interesa la ciudad, no 630 sólo a ti.

CORIFEO. — Cesad, príncipes. Veo que, a tiempo para vosotros, sale de palacio Yocasta, con la que debéis dinmir la disputa que estáis sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOcASTA. — ¿Por qué, oh desdichados, originasteis esta irreflexiva discusión? ¿No os da vergilenza ventilar 635 cuestiones particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE. — Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mi, habiendo 640 elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme.

EDIPO. — Asiento. Pues le he sorprendido, mujer, tramando contra mi persona con mañas ruines.

CREaNTE. — ¡Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas! 645

YOcASTA. — ¡Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

Estrofa l.
CORO. — Obedece de grado y por prudencia, señor, 650
te lo suplico.
EDIPO. — ¿En qué quieres que ceda?

L.

CORO. — En respetar al que nunca antes fue necio y
ahora es fuerte en virtud del juramento.
655 EDIPo. — ¿Sabes lo que pides?
CORIFEo.—Lo sé.
EDIPO. — Explícame qué dices.
CoRo. — Que, por un rumor poco probado, nunca
lances una acusación de deshonor a un pariente obligado
por su propio juramento.
EDIPO. — Entérate bien ahora: cuando esto preten-
des, me estás buscando la ruina o mi destierro de este
país.

Estrofa 2.
680 CoRo. — No, ¡por el dios primero entre todos los dio-
ses, el Sol! ¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor
~s manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra
que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los
males que os atañen a vosotros dos se unen a los que
ya había.
EDIPO. — ¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo mo-
670 nr irremediablemente o ser expulsado por la fuerza,
deshonrado, de esta tierra! Ante tus palabras dignas de
lástima me apiado, que no ante las de éste. ~l, en don-
de se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.
CREONTE. — Es evidente que lleno de odio cedes, y
estarás molesto cuando termines de estar airado. Las
675 naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más
se duelen de soportarse a si mismas.
EDIPO. — ¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?
CREONTE. — Me voy sin que me hayas entendido, pero
para éstos soy el mismo. (Se aleja.)

Antistrofa 1.
CORO. — Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo
a palacio?
680 YOCASTA. — Conocer qué es lo que ocurre.
CoRo. — Una oscura sospecha surgió de unas pala-
bras, pero también me des garra lo que puede ser injus-
to ~.
YocAsTA. — ¿Del uno y del otro?
CORIFEO. — Sí.
YOCASTA. — ¿Y cuál fue el motivo?
CoRo. — Basta, me parece que es suficiente, estan- 685
do atormentado el país. Que se quede el asunto allí
donde cesó.

EDIPO. — Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mí corazón.

Antistrofa 2.

CoRo. — ¡Oh señor!, no te lo he dicho sólo una vez: 690 sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razo- nable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justi- cia el rumbo ~ de mi querido país, cuando estaba sacu- 695 dido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.

YocAsTA. — ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

EDIPO. — Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más 700 que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de cons- piración que ha tramado contra mí.

YocAsTA. — Habla, si es que lo vas a hacer para de- nunciar claramente el motivo de la querella.

EDIPO. — Dice que yo soy el asesino de Layo.

35 Es decir, que la sospecha recayó en Edipo a partir de las palabras del adivino y, también, a partir de ellas Edipo ofende a Creonte acusándole sin razón.

'~ El tema de la nave del estado de la que el gobernante dirige el rumbo aparece por primera vez en ARQulLoCo <fr. 163) y, desde entonces, lo encontramos repetido en liricos, trágicos, historiadores, etc.

YOCASTA. — ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

705 EDIPO. — Ha hecho venir a un desvergonzado adi- vino, ya que su boca, por lo que a él en persona con- cierne, está completamente libre.

YOcASTA. — Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mor- 710 tal tiene parte en el arte adivinatoria ~'. La prueba de esto te la mostraré ~n pocas palabras.

Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que ten- dría el destino de morir a manos del hijo que naciera de 715 mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encruci- jada de tres caminos ~ Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, des- pués de atarle juntas las articulaciones de los pies ~ le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. 720 Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos hablan declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna 725 utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.

EDIPO. — Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué deli- rio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!

3~ Otra interpretación sería traducir: «ninguno de los asun- tos de los mortales está afectado por el arte adivinatoria».

38 No es exactamente un cruce de caminos, porque entonces no quedarían cuatro caminos, sino la bifurcación de un camino. En algunos escolios queda aclarado por la inserción del signo de la Ypsilón: Y.

~ Los tobillos. De ahí el nombre de Edipo, que significa ‘pie hinchado>.

CREONTE. — ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

EDIPO. — Me pareció oírte que Layo había sido muer- 730 to en una encrucijada de tres caminos.

YocAsTA. — Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

EDIPO. — ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

YocAsTA. — Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO. — ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos 735 acontecimientos?

YOCASTA. — Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

EDIPO. — ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

YocAsTA. — ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

EDIPO. — Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué 740 aspecto tenía Layo y de qué edad era?

YOcASTA. — Era fuerte, con los cabellos desde hacia poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

EDIPO. — ¡Ay de mí, infortunado! Paréceme que acabo de precipitarme a mi mismo, sin saberlo, en terribles 745 maldiciones.

YocAsTA. — ¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

EDIPO. — Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

YocAsTA. — En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

EDIPO. — ¿Iba de incógnito, o con una escolta nume- 750 rosa cual corresponde a un rey?

YocAsTA. — Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

755 EDIPO. — ¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces os anunció las nuevas, mujer?

YocAsTA. — Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO. — ¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YocAsTA. — No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto ~, 760 me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano 41, que le enviara a los campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor.

765 EDIPO. — ¿Cómo podría llegar junto a nosotros con

rapidez?

YOcASTA. — Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO. — Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas. Por ello, quiero verle.

~o YOcASTA. — Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor.

EDIPO. — Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance?

40 Descubrimos una contradicción en que ha caldo Sófocles, si bien es verdad que en un aspecto que no afecta a la trama principal de la obra y que, por tanto, no menoscaba la perfecta técnica dramática del autor. En efecto, el servidor es el que llegó a Tebas para anunciar la muerte de Layo. Ahora, Yocasta deja entrever que este servidor se asombra al descubrir a Edipo en el trono «por la muerte del anterior rey, Layo».

41 Toda súplica formal iba acompañada de gestos rituales, uno era coger la mano a aquel a quien se hacía la súplica o, también, abrazarse a sus rodillas.

ji

Mi padre era pólibo, corintio, y mi madre Mérope, 775 doria. Era considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero, sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que en un banquete, un hombre saturado de bebida, reí irién- dose a mí, dice, en plena embriaguez, que yo era un falso 780 hijo de mi padre. Yo, disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al siguiente, fui junto a mi padre y mi rr’adre y les pregunté. Ellos llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso 785 me atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo.

Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfo, y Febo me despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se manifestó ‘anunciándome, infortuna- 790 do de mí, terribles y desgraciadas calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los hombres y que yo seria asesino del padre que me había engendrado.

Después de oír esto, calculando a partir de allí la po- 795 sición de la región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos.

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. 800 Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor42 y el mismo anciano me arrojaron violenta- 805

~ Nombra de tres formas al que parece ser la misma persona: el heraldo, el conductor y el guía. Jebb, en cambio, cree que el heraldo debe ser identificado con el gula, pero que es distinto del conductor.

L

mente fuera del camino. Yo, al que me había apartado,
al conductor del carro, le golpeé movido por la cólera.
Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximo,
apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la
810 pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, in-
mediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano
y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté
a todos.

Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero,
815 ¿quién hay en este momento más infortunado que yo?
¿ Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dio-
ses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciu-
dadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y hay
820 que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien
ha lanzado sobre mi mismo tales maldiciones. Mancillo
el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las
que le maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla? ¿No soy
un completo impuro? Si debo salir desterrado, no me
825 es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi pa-
tria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimo-

nio con mi madre y a matar a Pólibo ~, que me crió y
engendró. ¿ Acaso no sería cierto el razonamiento de
quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel
83o divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los
dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de
entre los mortales antes que ver que semejante deshonor
impregnado de desgracia llega sobre mí!

CORIFEO. — A nosotros, oh rey, nos parece esto mo-
835 tivo de temor, pero mientras no lo conozcas del todo
por boca del que estaba presente, ten esperanza.

~ Éste es el nudo gordiano de la trama y el momento de
mayor ironía trágica en esta obra, en la que constantemente
aparecen situaciones irónicas. Edipo se convence de ser ase-
sino de Layo, pero aún no imagina que éste era también su
padre.

EDIPO. — En verdad, ésta es la única esperanza que
tengo: aguardar al pastor.

YocAsTA. — Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas
que suceda?

EDIPO. — Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo 840
mismo que tú, yo podría ponerme a salvo de esta cala-
midad.

YocAsTA. — ¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO. — Decías que él afirmó que unos ladrones le
habían matado. Si aún confirma el mismo número, yo
no fui el asesino, pues no podría ser uno solo igual a 845
muchos. Pero si dice que fue un hombre que viajaba en
solitario, está claro: el delito me es imputable.

YocAsTA. — Ten por seguro que así se propagó la
noticia, y no le es posible desmentiría de nuevo, puesto 850
que la ciudad, no yo sola, lo oyó. Y si en algo se apar-
tara del anterior relato, ni aun entonces mostrará que la
muerte de Layo se cumplió debidamente, porque Loxias
dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un
hijo mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca le pudo ma- 855
tar, sino que él mismo sucumbió antes. De modo que en
materia de adivinación yo no podría dirigir la mirada ni
a un lado ni a otro.

EDIPO. — Haces un sensato juicio. Pero, no obstante,
envía a alguien para que haga venir al labriego y no lo 860
descuides.

(Entran en palacio.)

CoRo.
Estrofa 1.»
¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la vene-
rable pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes 865
son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las
que Olimpo ~ es el único padre y ninguna naturaleza

44 No se refiere al monte, sino a la morada luminosa de los
L

870 mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las
hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay
y no envejece.

Antistrofa 1.
La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se
875 harta en vano de muchas cosas que no son oportunas ni
convenientes subiéndose a lo más alto, se precipita ha-
cia un abismo de fatalidad donde no dispone de pie
aso firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la emu-
lación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesare
de tener como protector.

Estrofa 2.
Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o
sas de palabra, sin sentir temor de la Justicia ni respeto
ante las moradas de los dioses, ¡ojalá le alcance un fu-
nesto destino por causa de su infortunada arrogancia!
890 Y si no saca con justicia provecho y no se aleja de los
actos impíos, o toca cosas que son intocables en una in-
sensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se
jactará aún de rechazar de su alma las flechas de los
895 dioses? Si las acciones de este tipo son dignas de ho-
rrores, ¿por qué debo yo participar en los coros ~?

Antistrofa 2.
Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro
900 de la tierra, ni al templo de Abas “a, ni a Olimpia, si
estos oráculos no se cumplen como para que sean seña-
lados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!,

dioses, al cielo mismo. Con esta acepción, lo encontramos ya
en Odisea VI 42.
~ Coros celebrados para festejar el culto a Dioniso, a Apolo
y a otros dioses. Los griegos daban a esta frase un significado
más amplio: <¿por qué mantener los ritos solemnes?>.
46 Ciudad focense, donde había un santuario dedicado al
dios Apolo consultado por Creso. (Hmt~ooTo, 1 46, 8.)
si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase
esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmor- 905
tal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo,
extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo al-
guno, con honores, y los asuntos divinos se pierden. 910
(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)
YocAsTA. — Señores de la región, se me ha ocurrido
la idea de acercarme a los templos de los dioses con
estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Por-
que Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflic- 915
ciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre

razonable, lo nuevo por lo de antaño ~ sino que está
pendiente del que habla si anuncia motivos de temor.
Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llego
ante ti, oh Apolo Liceo —pues eres el más cercano—,
cual suplicante, con estos signos de rogativas ~ para 920
que nos proporciones alguna liberación purificadora,
puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asus-
tado a aquel que es como el piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. — ¿Podríais informarme, oh extranjeros,
dónde se halla el palacio del rey Edipo? 925
CORIFEO. — Ésta es su morada y él mismo está den-
tro, extranjero. Esta mujer es la madre ~ de sus hijos.
MENSAJERO. — ¡Que llegues a ser siempre feliz, ro-

~ Una vez más, el problema latente en la Atenas de Sóf o-
cíes con respecto a las creencias religiosas en materia de adivi-
nación. Es el momento de la nueva sofística, al influjo de la cual
no puede sustraerse el poeta. "Tantear lo nuevo> sería hacer
conjeturas valiéndose de la razón.

48 Las coronas y el incienso.

49 La pérdida de los recursos orales es sensible en esta fra-
se. Suponemos que el actor haría una pausa, coincidente con la
pausa métrica, tras la palabra <madre», acentuando así la trá-
gica ironía.

930 deada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de
aquél!
YOcASTA. — De igual modo lo seas tú, oh extranjero,
pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime
con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.
MENSAJERO. — Buenas nuevas para tu casa y para tu
esposo, mujer.
935 YOCASTA. — ¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?
MENSAJERO. — De Corinto. Ojalá te complazca —¿có-
mo no?— la noticia que te daré a continuación, aun-
que tal vez te duelas.
YOcASTA. — ¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble
efecto?
MENSAJERO. — Los habitantes de la región del Istmo
940 le van a designar rey, según se ha dicho allí.
YOcASTA. — ¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pó-
libo en el poder?
MENSAJERO. — No, ya que la muerte lo tiene en su
tumba.
YOcASTA. — ¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de
Edipo?
MENSAJERO. — Que sea merecedor de muerte, si no
digo la verdad.
945 YOcASTA. — Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decir-
le esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde
estáis? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar
a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a
manos de aquél.
(Sale Edipo de palacio.)
950 EDIPO. — ¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué

me has mandado venir aquí desde palacio?
YOcASTA. — Escucha a este hombre y observa, al oír-
le, en qué han quedado los respetables oráculos del
dios.
EDIPO. — ¿Quién es éste y qué me tiene que comu-
nicar?
YOcAsTA. — Viene de Corinto para anunciar que tu 955
padre, Pólibo, no está ya vivo, sino que ha muerto.
EDIPO. — ¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú
mismo.
MENSAJERO. — Si es preciso que yo te lo anuncie cla-
ramente en primer lugar, entérate bien de que aquél
ha muerto.
EDIPO. — ¿Acaso por una emboscada, o como resul- 960
tado de una enfermedad?
MENSAJERO. — Un pequeño quebranto rinde los cuer-
pos ancianos.
EDIPO. — A causa de enfermedad murió el desdicha-
do, a lo que parece.
MENSAJERO. — Y por haber vivido largos años.
EDIPO. — ¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de
tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pá- 965
jaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía
yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo
muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin ha-
berle tocado con arma alguna, a no ser que se haya
consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría 970
muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólibo
yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos
presentes, que no tienen ya ningún valor.
YocAsTA. — ¿No te lo decía yo desde antes?
EDIPO. — Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el
miedo.
YOCASTA. — Ahora no tomes en consideración ya nin- 975
guno de ellos.
EDIPO. — ¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi
madre?
YocAsTA. — Y ¿qué podría temer un hombre para
quien los imperativos de la fortuna son los que le pue-

den dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo
980 más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú
no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues
muchos son los mortales que antes se unieron también
a su madre en sueños ~. Aquel para quien esto nada su-
pone más fácilmente lleva su vida.
985 EDipo. — Con razón hubieras dicho todo eso, si no
estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo
más remedio que temer, aunque tengas razón.
YOCASTA. — Gran ayuda suponen los funerales de tu
padre.
EDIPO. — Grande, lo reconozco. Pero siento temor
por la que vive.
MENSAJERO. — ¿Cuál es la mujer por la que teméis?
990 EDIPo. — Por Mérope, anciano, con la que vivía Pó-
libo.
MENSAJERO. — ¿Qué hay en ella que os induzca al
temor?

EDIPO. — Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.
MENSAJERO. — ¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?
EDIPO. — Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo,
995 que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres.
í~o MENSAJERO. — ¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí?
EDIPO. — Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

~ Pasaje de suma importancia para Freud, punto de partida en sus investigaciones sobre el tema. Cf. PL~rdN, República IX 571c.
ron.
MENSAJERO. — ¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?
EDIPO. — En ese caso recibirías de mí digno agradecimiento.
MENSAJERO. — Por esto he venido sobre todo, para 1005 que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses

a palacio.
EDIPO. — Pero jamás iré con los que me engendra-

MENSAJERO. — ~Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...
EDIPO. — ¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.
MENSAJERO. — ... si por esta causa rehúyes volver a 1010 casa!
EDIPO. — Temeroso de que Febo me resulte veraz.
MENSAJERO. — ¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?
EDIPO. — Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.
MENSAJERO. — ¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

EDIPO. — ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres? íoís
MENSAJERO. — Porque Pólibo nada tenía que ver con tu linaje.
EDIPO. — ¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólibo?
MENSAJERO. — No más que el hombre aquí presente,
Sino igual.
EDIPO. — Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?
MENSAJERO. — No te engendramos ni aquél ni yo. 1020
EDIPo. — Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

j

MENSAJERO. — Por haberte recibido como un regalo —entérate— de mis manos.
EDIPO. — Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

MENSAJERO. — La falta hasta entonces de hijos le persuadió del todo.
1025 EDIPo. — Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él?
MENSAJERO. — Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.
EDIPO. — ¿Por qué recorrías esos lugares?
MENSAJERO. — Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.
EDIPO. — ¿Eras pastor y nómada a sueldo?
1030 MENSAJERO. — Y así fui tu salvador en aquel momento.
EDIPO. — ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?
MENSAJERO. — Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.
EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?
MENSAJERO. — Yo te desaté, pues tenias perforados los tobillos.
1035 EDIPo. — ¡Bello ultraje recibí de mis pañales!
MENSAJERO. — Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.
EDIPO. — ¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre la recibí? Dímelo.
MENSAJERO. — No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.
EDIPO. — Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?
ío~o MENSAJERO. — No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti.
Eoípo. — ¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?
MENSAJERO. — Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.
EDIPO. — ¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?
MENSAJERO. — Sí, de ese hombre era él pastor.
EDIPO. — ¿Está aún vivo ese tal como para poder 1o45 yerme?

MENSAJERO. — (Dirigiéndose al Coro.) Vosotros, los habitantes de aquí, podríais saberlo mejor.
EDIPO. — ¿Hay entre vosotros, los que me rodeáis, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberle visto, bien en los campos, bien aquí? Indicádmelo, íoso pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas.
CoRírEo. — Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndole venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría decirlo mejor.
EDIPO. — Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se 1055 refiere?
YOCASTA. — ¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar

inútilmente lo que ha dicho.
Enípo. — Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.
YOcASTA. — ¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo íoáo esté angustiada.
EDIPO. — Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú

no aparecerás innoble.
YOcASTA. — No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

1065 EDIPO. — No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad.
YOCASTA. — Sabiendo bien que es lo mejor para ti, hablo.
EDIPO. — Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.
YOcASTA. — ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!
1070 EDIPO. — ¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejad a ésta que se complazca en su poderoso linaje.
YOCASTA. — ¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!
(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)
CORIFEo. — ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflic-
1075 ción? Tengo miedo de que de este silencio ~‘ estallen desgracias.
EDIPO. — Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergúence de mi linaje oscuro, pues tiene or-
1080 gullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen,
1085 no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe.

CORO.
Estrofa.
Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por

51 Compárese esta salida con la de Deyanira (Traquinias

814) y la de Eurídice (Antígona 1245). En todas, el Coro subraya el funesto presagio que supone el silencio. (Cf. nota 74 de Antígona.)
el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como re- 1090
gión de Edipo, al tiempo que nodriza y madre, y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de 1095
satisfacción!

Antistrofa.

¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los íióo montes? ¿O fue una amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? O el soberano de Cilene 52, o el dios báquico que habita en lo más alto 1105 de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que jugue tea la mayor parte del tiempo.

(Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO. — Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, 1110 creo estar viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en 1115 conocimientos por haber visto antes al pastor.

CoRírBo. — Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo, fiel cual ninguno.

EDIPO. — A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: ¿es de ése de quien hablabas? 1120

MENSAJERO. — De éste que contemplas.

EDIPO. — Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a cuanto te pregunte. ¿Perteneciste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

52 Hermes, del que se cree que nació en el monte Cilene.

SERVIDOR. — Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO. — ¿ En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de vida?

1125 SERVIDOR. — La mayor parte de mi vida conduje rebaños.

EDIPO. — ¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR. — Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares colindantes.

EDIPO. — ¿ Eres consciente de haber conocido allí a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR. — ¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

1130 Enípo. — Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él alguna vez?

SERVIDOR. — No como para poder responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO. — No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de que se acuerda cuando, en el 1135 monte Citerón, él con doble rebaño y yo con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo ~ Ya en el invierno yo llevaba mis rebaños a los establos, y él, a los apriscos 1í40 de Layo. ¿Cuento lo que ha sucedido o no?

SERVIDOR. — Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO. — ¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de

esta cuestión?
1145 MENSAJERO. — este es, querido amigo, el que entonces era un niño.

~ Hasta mediados de septiembre.
SERVIDOR. — ¡Así te pierdas! ¿No callarás?
EDIPO. — ¡Ah! No le reprendas, anciano, ya que son tus palabras, más que las de éste, las que requieren un reprensor.
SERVIDOR. — ¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?
EDIPO. — No hablando del niño por el que éste pide uso información.
SERVIDOR. — Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.
EDIPO. — Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo llorando.
SERVIDOR. — ¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!
EDIPO. — ¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto antes?
SERVIDOR. — ¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más 1155 deseas enterarte?
EDIPO. — ¿Le entregaste al niño por el que pregunta?
SERVIDOR. — Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!
EDIPO. — Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.
SERVIDOR. — Me pierdo mucho más aún si hablo.
EDIPO. — Este hombre, según parece, se dispone a ííw dar rodeos.
SERVIDOR. — No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.
EDIPO. — ¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de algún otro?
SERVIDOR. — Mío no. Lo recibí de uno.
EDIPO. — ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?
SERVIDOR. — ¡No, por los dioses, no me preguntes 1165 más, mi señor!

EDIPO. — Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.
SERVIDOR. — Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.
EDIPO. — ¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?
SERVIDOR. — ¡Ay de mi! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.
1170 EDIPo. — Y yo de escuchar, pero, sin embargo, hay que oírlo.
SERVIDOR. — Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.
EDIPO. — ¿Ella te lo entregó?
SERVIDOR. — Sí, en efecto, señor.
EDIPO. — ¿Con qué fin?
SERVIDOR. — Para que lo matara.
1175 EDIPO. — ¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada?

SERVIDOR. — Por temor a funestos oráculos.
EDIPo.—¿A cuáles?
SERVIDOR. — Se decía que él mataría a sus padres.
EDIPO. — Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?
SERVIDOR. — Por compasión, oh señor, pensando que nao se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábete que has nacido con funesto destino.
EDIPO. — ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por Última vez! ¡Yo que he 1185 resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!
(Entra en palacio.)
CoRo.
Estrofa 1.a
¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vivís una vida igual a nada! M• Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para pa- 1190 recerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejempío, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo 1195 por dichoso.

Antistrofa 2.a
Tú, que, tras disparar el arco ~ con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como 1200 un baluarte contra la muerte en mi tierra, Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas.

Estrofa 2.8
Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas pe- 1205 nas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el mismo espacioso puerto para arrojarse como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos ~ tolerarte 1210 en silencio, infortunado, durante tanto tiempo?

54 Este coro desarrolla el tema de lo vano de la vida humana, tema tópico que encontramos a lo largo de toda la literatura griega.
55 Es decir, tras acertar las respuestas de la Esfinge.
56 Imagen que nos parece más desgarrada de lo que parecía

a los griegos y muy repetida. En esta misma tragedia, la encontramos en los vv. 1257, 1485, 1497, y en Antígona, en el y. 569. En EsouILo, en Siete contra Tebas 753.

Antistrofa 2.8
Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en

1215 donde se engendra y resulta engendrado. ¡Ah, hijo de
Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo
í~o derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir
verdad, yo tomé aliento gracias a ti ~ y pude adormecer
mis ojos.

(Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh vosotros, honrados siempre, en
grado sumo, en esta tierra! ¡Qué sucesos vais a escu-
char, qué cosas contemplaréis y en cuánto aumentaréis
1225 vuestra aflicción, si es que aún, con fidelidad, os preocu-
páis de la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro
ni el Fasis ~ podrían lavar, para su purificación, cuanto
oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se
1230 mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de
las amarguras, son especialmente penosas las que se
demuestran buscadas voluntariamente.

CORIFEO. — Los hechos que conocíamos son ya muy
lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

1235 MENSAJERO. — Las palabras más rápidas de decir y
de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORIFEO. — ¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO. — ElIa, por sí misma. De lo ocurrido fal-
ta lo más doloroso, al no ser posible su contempla-
ción. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo
1240 te enterarás de los padecimientos de aquella infortu-
nada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó
el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nup-

~ El Coro, tal vez, alude al respiro que ha supuesto para
el pueblo de Tebas el periodo entre la destrucción de la Es-
finge y el presente.

58 Son los ríos Danubio y Rión, que desembocan en el mar
Negro. Están ya citados por HEsíoDo (Teogonía 339).

cial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez
que entró, echando por dentro los cerrojos de las puer-
tas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le 1245
recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mis-
mo iba a morir y a dejar a su madre como funesto
medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho
donde, desdichada, había engendrado una doble descen-
dencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos. 1250

Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edi-
po, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue po-
sible contemplar hasta el final el infortunio de aquélla;
más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba
vueltas.

En efecto, iba y venia hasta nosotros pidiéndonos 1255
que le proporcionásemos una espada y que dónde se
encontraba la esposa que no era esposa, seno materno
en dos ocasiones, para él y para sus hijos.

Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí,
pues no fue ninguno de los hombres que estábamos
cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien le 1260
guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combán-
dolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se
precipita en la habitación en la que contemplamos a la
mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos
lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso 1265
alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez
que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible
de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su
vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó 1270
con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía
cosas como éstas: que no le verían a él, ni los males que
había padecido, ni los horrores que había cometido,

sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo
para no ver a los que no debía y no conocer a los que
deseaba.

1275 Haciendo tales imprecaciones una y otra vez —que
no una sola—, se iba golpeando los ojos con los broches.
Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no des-
tilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se
mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre.
1280 Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo,
pero las desgracias están mezcladas para el hombre y
la mujer. Su legendaria felicidad anterior era entonces
una felicidad en el verdadero sentido; pero ahora, en el
momento presente, es llanto, infortunio, muerte, igno-
1285 minia y, de todos los pesares que tienen nombre, nin-
guno falta.

CORIFEO. — ¿Y ahora se encuentra el desdichado en
alguna tregua de su mal?

MENSAJERO. — Está gritando que se descorran los ce-
rrojos y que muestren a todos los Cadmeos al homicida,
al que de su madre..., profiriendo expresiones impías,
1290 impronunciables para mi, como si se fuera a desterrar
él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el
palacio, estando como está sujeto a la maldición que
lanzó. Lo cierto es que requiere un soporte y un guía,
pues la desgracia es mayor de lo que se puede tolerar.
í~s Te lo mostrará también a ti, pues se abren los cerrojos
de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal;
como para mover a compasión, incluso, al que le odiara.

(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo
con la cara ensangrentada, andando a tientas.)

CoRo.

¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para tos ho'm-
bres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he
encontrado! ~. ¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz?
1300 ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor que

5~ El escoliasta señala que el Coro volvía la cabeza a la
vista de Edipo.

los más largos, sobre su desgraciado destino? ~. ¡Ay, ay,
desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que
quisiei~a hacerte muchas preguntas, enterarme de mu- í3os
chas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me
inspiras!

EDIPO. — ¡Ah, ah, desgraciado de mi! ¿A qué tierra
seré arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en 1310
un arrebato, mi voz? ¡Ay, destino! ¡Adónde te has mar-
chado?

CoRIFEo. — A un desastre terrible que ni puede es-
cucharse ni contemplarse.

Estrofa l.a

EDIPO. — ¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas,
sobrevenida de indecible manera, inflexible e irreme- 1315
diable! ¡Ay, ay de mí de nuevo! ¡Cómo me penetran, al
mismo tiempo, los pinchazos de estos aguijones y el
recuerdo de mis males!

CORIFEO. — No tiene nada de extraño que en estos sufrimientos te lamentes y soportes males dobles ~‘. 1320

Antrístrofa ~ a

EDIPO. — ¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, no me pasas inadvertido, sino que, aunque estoy 1325 en tinieblas, reconozco, sin embargo, tu voz.

CORIFEO. — ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

~ Otra idea repetida en la tragedia: que la divividad manda sufrimientos mayores que lo que se cree puede soportar el hombre.

61 Los dolores físicos, de un lado, y los que soporta interiormente.

Estrofa 2.8

EDIPO. — Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en 1330 mi estos tremendos, si, tremendos, infortunios míos.

Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. 1335 Pues ¿qué me quedaba por ver a mi, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?

CoRo. — Eso es exactamente como dices.

EDIPO. — ¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué saludo es posible ya oír con agrado, amiu~o gos? Sacadme fuera del país cuanto antes, sacad, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al maldito so- 1345 bre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso para los dioses.

CORI~o. — ¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

Antistrofa 2.8

EDIPO. — ¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tamó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis 1380 pies, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no ha- 1355 bría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos.

CoRo. — Incluso para mí hubiera sido mejor.

EDIPO. — No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me habrían llamado los mortales esposo de la que í~o nací. Ahora, en cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo hijos comunes con aquella de í~s la que yo mismo —¡desdichado!— nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése le alcanzó a Edipo.

CORIFEO. — No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO. — No intentes decirme que esto no está así 1370 hecho de la mejor manera, ni me hagas ya recomendaciones. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he come-

tido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, 1375
además, ¿acaso hubiera sido deseable para mi contem-
plar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos
como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos.

Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagra-
das imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado
—que fui quien vivió con más gloria en Tebas—, me pri- í380
vé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que
todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses
resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostra-
do que yo era semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a 1385
éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contra-
rio, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición
de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infor-
tunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensa- 1390
miento quede apartado de las desgracias es grato.

¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no
me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que
nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había
nacido? ¡Oh Pólibo y Corinto y antigua casa paterna
—sólo de nombre—, cómo me criasteis con apariencia de 1395
belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy
considerado un infame y nacido de infames.

¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfila-
dero en la encrucijada, que bebisteis, por obra de mis
manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Os acor- í4oo
dáis aún de mi? ¡Qué clase de acciones cometí ante vues-
tra presencia y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de
nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y,
habiendo engendrado otra vez, hiciste brotar la misma 1405
simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos,
sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres

y todos los hechos más abominables que suceden entre
los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es
1410 noble hacer. Ocultadme sin tardanza, ¡por los dioses!,
en algún lugar fuera del país o matadme o arrojadme al
mar ~, donde nunca más me podáis ver. Venid, dignaos
tocar a este hombre desgraciado. Obedecedme, no ten-
1415 gáis miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo,
puede arrostrarlos.

CoRIFEo. — A propósito de lo que pides, aquí se pre-
senta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que
se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

EDIPO. — ¡Ay de mi! ¿Qué pálabras le voy a dirigir?
1420 ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mi?
Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me
descubro culpable.

(Entra Creonte.)

CREONTE. — No he venido a burlarme, Edipo, ni a
echarte en cara ninguno de los ultrajes de antes. (Diri-
giéndose al Coro.) Pero si no sentís respeto ya por la
1425 descendencia de los mortales, sentidlo, al menos, por el
resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no
mostréis así descubierta una mancilla tal, que ni la tie-
rra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien,
1430 tan pronto como sea posible, metedle en casa; porque lo
más piadoso es que las deshonras familiares sólo las

vean y escuchen los que forman la familia.
EDIPO. — ¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mi, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mi, lo que voy a decir.
1435 CREONTE. — ¿Y qué necesitas obtener para suplicár-
melo así?

62 Era costumbre arrojar al mar las inmundicias y, a veces, también a los propios condenados a muerte.

EDIPO. — Arrój ame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.
CREONTE. — Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.
EDIPO. — Pero la respuesta de aquél quedó bien evi- í440
dente: que yo perezca, el parricida, el impío.
CREONTE. — De este modo fue dicho; pero, sin em-
bargo, en la necesidad en que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.
EDIPO. — ¿Es que vais a pedir información sobre un hombre tan miserable?
CREONTE. — Si, y tú ahora sí que puedes creer en la 1445
divinidad.
EDIPO. — En ti también confío y te hago una peti-
ción: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa ~. Pues, con rectitud, cum-
plirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad 1450
paterna no consienta en tenerme como habitante mien-
tras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legí-
tima sepultura para mi, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado.
No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfer- 1455
medad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su cur-
so, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te pre- íuo
ocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mi, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a 1465

63 Yocasta, cuyo nombre no osa pronunciar.

L

éstas culdamelas. Y, sobre todo, permiteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡ Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos,
1470 me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿ Qué digo? (Hace ademán de escuchar.) ¿No estoy oyendo llo-

rar a mis dos queridas hijas? ¿No será que Creonte por
compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis
1475 dos hijas? ¿ Tengo razón?

(Entran Antígona e Ismene conducidas por un
siervo.)

CREONTE. — La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado,
porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que
desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO. — ¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, con-
1410 sigas una divinidad que te proteja mejor que a mi! ¡Oh
hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaos a estas fra-
ternas manos mías que os han proporcionado ver de esta
manera los ojos, antes luminosos, del padre que os en-
gendró. Este padre, que se mostró como tal para vos-
1435 otras sin conocer ni saber dónde habla sido engendrado
él mismo.

Lloro por vosotras dos —pues no puedo miraros—,
cuando pienso qué amarga vida os queda y cómo será
preciso que paséis vuestra vida ante los hombres. ¿A qué
1490 reuniones de ciudadanos llegaréis, a qué fiestas ", de
donde no volváis a casa bañadas en lágrimas, en lugar de
gozar del festejo? Y cuando lleguéis a la edad de las
bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expondrá
a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina
1495 para vosotras dos como, igualmente, lo fue para mis pa-
64 El poeta anacrónicamente está pensando en las costum-
bres de la Atenas de su tiempo. Las hornillas eran las ocasiones
en que las mujeres de Atenas podían aparecer en público, y las
heortós sugieren festivales como las Tesmoforias, Panateneas o
las grandes Dionisiacas, en que las mujeres acudían al teatro.
dre? ~. ¿Cuál de los crímenes está ausente? Vuestro pa-
dre mató a su padre, fecundó a la madre en la que él
mismo había sido engendrado y os tuvo a vosotras de la
misma de la que él había nacido. Tales reproches sopor- 1500
taréis. Según eso, ¿quién querrá desposaros? No habrá
nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que
os consumáis estériles y sin bodas.

¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú has quedado
como padre para éstas —pues nosotros, que las engen-
dramos, hemos sucumbido los dos—, no dejes que las ísOS
que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos,
no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate
de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto
en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡ oh noble amigo!, 1510
tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si ya
tuvierais capacidad de reflexión, os daría muchos conse-
jos. Ahora, suplicad conmigo para que, donde os toque
en suerte vivir, tengáis una vida más feliz que la del pa-
dre que os dio el ser.

CREO NTE. — Basta ya de gemir. Entra en palacio. isis

EDIPO. — Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREO NTE. — Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO. — ¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREO NTE. — Me lo dirás y, al oírlas, me enteraré.

EDIPO. — Que me envíes desterrado del país.

CREONTE. — Me pides un don que incumbe a la divi-
nidad.

EDIPO. — Pero yo he llegado a ser muy odiado por los
dioses.

CREONTE. — Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO. — ¿Lo aseguras? 1320

65 Otra interpretación es la dada por G. KENNEDY, al con-
jeturar tais emais gonaisi y evitar, así, este inusual empleo del
dativo goneúsin. La traducción seria entonces: <que resultará

funesto para ella como para sus descendientes..

CREONTE. — Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO. — Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE. — Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO. — En modo alguno me las arrebates.

CREONTE. — No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEO. — ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha, venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.

INTRODUCCIÓN

A su regreso de Troya, Agamenón es asesinado en su palacio de Micenas por su mujer, Clitemestra, y su amante, Egisto. De los hijos de Agamenón, Orestes consigue huir y refugiarse en Crisa, mientras que su hermana Electra permanece en palacio rumiando su odio y su venganza contra Clitemestra y contra Egisto, convertido ya en su marido; otra hermana, Crisótemis, contemporiza con la nueva situación.

La obra comienza con la llegada a Micenas de Orestes, acompañado por su fiel amigo Pílades y por su viejo ayo. Orestes ha recibido del oráculo de Apolo la orden de vengar el asesinato de su padre dando muerte a los culpables, y para conseguir llevar a cabo su plan, el ayo dará en palacio la falsa noticia de la muerte de Orestes en un accidente en las carreras de caballos de los juegos píticos. Así lo hace, con el consiguiente regocijo de Clitemestra y la desesperación de Electra, que necesita a su hermano para ejecutar la venganza.

Pero mientras tanto Orestes y Pílades han ido a depositar una ofrenda ante la tumba de Agamenón; Crisótemis descubre los vestigios de dicha ofrenda, entre ellos un mechón de pelo, y acude corriendo a comunicárselo a Electra, que vuelve a concebir esperanzas en la vuelta de su hermano y pide la colaboración de su hermana para

llevar a término la venganza, pero Crisótemis se niega. Orestes y Pílades aparecen en escena con dos criados, uno de los cuales lleva una urna con las supuestas cenizas de Orestes; pero finalmente éste se da a conocer a Electra, que da rienda suelta a su júbilo; también se da a conocer el ayo o pedagogo. Entran todos en palacio, y tras un breve canto del coro nos enteramos de que Orestes ha dado muerte a su madre; aparece entonces Egisto, que estaba ausente en el campo, y tras descubrir el cadáver de Clitemestra en presencia de Orestes, el propio Egisto se encamina hacia el interior del palacio, donde morirá en la misma sala en la que antaño asesinaron a Agamenón.

Se trata de una obra de la última época de Sófocles, aunque carecemos de datos que permitan asignarle una fecha precisa. De nuevo encontramos un personaje, Electra, que domina la obra desde el principio hasta el final, quedando en un segundo plano tanto Orestes como el motivo específico del matricidio, que era central en la versión de Esquilo (Las coéforos). Electra, cuyo personaje y relación con los demás revelan una hondura psicológica desconocida hasta ahora, se encuentra por un momento tan sola como Antígona en la tragedia que lleva su nombre, pero a diferencia de lo que ocurría en aquélla, la heroína no resulta destruida, sino que la obra termina con la liberación de sus sufrimientos, hasta el punto que cabe preguntarse si realmente nos encontramos aquí ante una genuina concepción trágica del mundo. También hay que señalar algo que comparte esta tragedia con Filoctetes y Edipo en Colono, y es que el mundo de los dioses resulta ya extrañamente lejano a la acción, los humanos ocupan el centro de la obra de forma patente, sin que haya que entender este cambio como efecto de un debilitamiento de la profunda fe religiosa del dramaturgo.

ARGUMENTO DE ELECTRA

Está planteada de la siguiente manera: el ayo muestra a Orestes lo que hay en Argos. Pues, siendo él pequeño, Electra, que lo había sustraído cuando su padre fue asesinado, se lo entregó al ayo, temerosa de que también lo asesinaran junto con el padre. Lo envió a Fócide, junto a Estrofio, sobrino de su padre [... junto a Anaxibia, su hermana].

DE OTRA MANERA

Quien presenta el prólogo es el ayo, el anciano peda-

gogo que tomó y transportó a Orestes a Fócide junto a Estrofio, y ahora le muestra lo que hay en Argos. En efecto, habiéndolo sustraído de pequeño, el pedagogo huyó de Argos y, transcurridos veinte años, volviendo a Argos con él, le muestra lo que hay en Argos.

La escena de la obra discurre en Argos. El Coro está formado por doncellas del lugar. Presenta el prólogo el pedagogo de Orestes.

PERSONAJES

PEDAGOGO.

ORESTES.

ELEcTRA.

CoRo de doncellas.
CRISÓTEMIS.

CLITEMESTRA.

EGIsTO.

(La e-scena tiene lugar ante el palacio real de Micenas. Desde allí se divisa la llanura de la Argólide. Está amaneciendo.)

PEDAGOGO. — ¡Oh hijo de Agamenón, el que en otro tiempo estuvo al frente del ejército en Troya! Ahora te es posible —pues estás presente— contemplar aquello que siempre deseabas. asta es la antigua Argos' que anhelabas, recinto sagrado de la doncella, hija de Inaco, 3 la fustigada por el tábano 2• Aquí, Orestes, la plaza licia del dios matador de lobos ~. este de la izquierda es el famoso templo de Hera. Desde este lugar, adonde hemos llegado, puedes afirmar que ves Micenas, la rica en

La ciudad que están contemplando desde lo alto y de la que va a describir los principales monumentos es, naturalmente, Micenas, y no la ciudad de Argos, aunque, desde Homero, este nombre se asigna también a toda la llanura en la que Micenas está situada. El epíteto de "antigua» se refiere a toda la región, ya que las leyendas más antiguas que conocemos acerca de las relaciones entre Grecia y Asia se sitúan en las costas del Golfo Argivo (HERóDOTo, 1 1).

2 ló, hija de !naco, recibía culto en la llanura de Argos. Fue amada por Zeus, por lo cual Hera la convirtió en vaca, la puso bajo la vigilancia de Argos, el de los cien ojos, y le mandó un tábano que la persiguió a través de Europa y Asia hasta

Egipto (EsQuiLo, Suplicantes 291 y sigs., y Prometeo encadenado 589 y sigs.).

El apelativo de <licio~ es hecho derivar popularmente de l~cos. Si hubiéramos traducido éste en su transcripción sería <licóctono., lo que hubiera hecho notar la paronomasia que se recoge en la lengua griega. Sófocles, aquí, nos lo presenta coma un dios protector de manadas y rebaños.

ío oro. Y he ahí el palacio de los Pelópidas, desolado por los crímenes, de donde en otro tiempo te saqué después del asesinato de tu padre, habiéndote recibido de manos de tu hermana, la que lleva tu misma sangre, y poniéndote a salvo, te alimenté hasta tanto llegaras a la edad de ser
15 vengador de la muerte de tu padre. Y ahora, ciertamente, Orestes y tú, Pílades, el más querido de los huéspedes, debéis tomar pronto una decisión sobre lo que tenéis que hacer, porque el brillante resplandor del sol provoca los cantos matutinos de las aves, nítidos ya, y
20 la negra noche llena de estrellas nos ha abandonado. Antes de que alguna persona salga del palacio hay que ponemos de acuerdo, pues e~tamos llegando a un punto en el que ya no hay ocasión de dudar, sino que es momento de pasar a la acción.

ORESTES. — ¡Oh el más querido de los servidores! ¡Cómo me das claras muestras de tu lealtad hacia nos~s otros! Pues, como un caballo de buena raza, aun siendo viejo, no pierde el coraje en los peligros, sino que yergue las orejas, así también tú nos alientas y tú mismo sigues estando éntre los primeros. Por tanto, te revelaré lo que
30 he resuelto, y tú, prestando oído atento a mis palabras, corrigeme si en algo no me ajusto a lo que en este momento conviene.

Cuando yo llegué al oráculo pitico para conocer de
35 qué modo vengaría a mi padre de sus ase inos, me responde Febo lo que al punto conocerás: que yo mismo, desprovisto de escudo y de ejército, con astucias, tramara las muertes justicieras por mi mano. Así, después que hemos oído tal oráculo, cuando se presente la oca-
40 sión, entra en palacio y trata de enterarte de todo lo que sucede, para que, una vez conocedor de ello, me lo comuniques claramente. No te reconocerán por tu vejez y por el largo tiempo pasado, ni sospecharán a causa del cabello cano.

Dirás lo siguiente: que eres extranjero, de Focea, 45 que vienes de parte de Fanoteo, porque casualmente éste es el mejor de sus amigos. Anuncia, reforzándolo con un juramento, que ha muerto Orestes debido a un fatal accidente, al rodar desde el carro en marcha durante los juegos píticos. Sea éste tu relato. Nosotros, según so lo ordenado, tras adornar la tumba de mi padre con libaciones y rizos cortados de la cabeza, volveremos de nuevo, sosteniendo en las manos la urna de paredes broncíneas que tú sabes tengo oculta entre unas matas, ss para, después de engañarles con esta historia, llevarles la dulce noticia de que mi cuerpo ha perecido, consumido por el fuego y convertido en polvo. ¿Por qué ha de inquietarme esto cuando, muerto de palabra, estoy de he- 60 cho vivo y voy a obtener fama con ello?

Pues me parece que ningún discurso que comporta provecho es malo. En efecto, he visto varias veces que, incluso los sabios, mueren falsamente de palabra, y después, cuando vuelven otra vez a casa, son aún más honrados ~. Así también yo me jacto de que, como resultado 65 de esta noticia, brillaré vivo entre mis enemigos como una estrella.

Conque, ¡oh tierra patria y dioses locales!, recibidme victorioso en estos caminos, y tú, palacio paterno, pues vengo para purificarte según la justicia, impulsado por 70 los dioses. Y no me expulséis de esta tierra sin honra, sino recibidme dueño de mi fortuna y restablecedor del palacio. Yo ya he hablado; ahora tú, anciano, ve y preocúpate de cumplir tu deber. Nosotros dos partimOs. 75 este es el momento oportuno y esto constituye precisamente la mayor protección en toda empresa para los hombres.

4 Se decía de Pitágonas y del mago tracio Zalmoxis, discipulo de Pitágoras, que así quería convertir a los tracios a la doctrina de la inmortalidad.

ELECTRA. — (Dentro de palacio.) ¡Ay de mí! ¡Infortunada de mí!

PEDAGOGO. — Me ha parecido, hijo, oír dentro, a través de las puertas, el gemido de algún servidor.
80 ORESTEs. — ¿No será acaso la desgraciada Electra?
¿ Quieres que permanezcamos aquí y que escuchemos sus lamentos?

PEDAGOGO. — En modo alguno. No emprendamos nada antes de realizar las órdenes de Loxias. De acuerdo con ellas, comencemos derramando libaciones por tu padre.
85 Pues ello nos traerá la victoria y el dominio de las acciones emprendidas.

(Abandonan la escena los tres personajes y se presenta Electra.)

ELECTRA. — ¡Oh luz inocente y aire que recubres por igual a la tierra! Muchas veces escuchaste cantos de due-
90 lo y muchas percibiste golpes en el pecho que me hacían brotar sangre, cuando la sombría noche terminaba. Los odiosos lechos de esta casa desdichada son ya conocedores de lo que ocurre durante la noche: cuántas veces
95 gimo por mi infortunado padre, a quien el sangriento Ares no recibió como huésped en tierra extranjera ~, sino que mi madre y el que comparte su lecho, Egisto, como leñadores a un árbol, le abrieron la cabeza con asesina hacha.
íoo Y ningún lamento ante estos hechos parte de otro que no sea yo, por ti, padre, tan injusta y lastimosamente muerto. Pero, ciertamente, no cesaré en duelos y
105 en sombríos lloros mientras vea los resplandecientes centelleos de las estrellas y la luz del día. No dejaré de hacer oír a todos el sonido de ini queja —cual ruiseñor

Es decir, que Agamenón no encontró la muerte en Troya.

Ares es el dios de la guerra y disfruta con la muerte y la sangre.
que ha perdido a su hijo 6—en un plañido lastimero ante
estas puertas paternas.

¡Oh morada de Hades y Perséfone! ¡Oh Hermes, que íío
conduces a los infiernos, y venerable Maldición! Erinias,
ilustres hijas de los dioses, que contempláis a los que
han muerto injustamente, a los que han sido engañados
en sus lechos, venid, socorredme, vengad el asesinato de sís
mi padre y haced venir a mi hermano, pues sola no soy
capaz de llevar equilibrado el peso de la pena que cargo 120
al otro lado 7.

(Entra el Coro compuesto de mujeres de Micenas.)

Estrofa 1.8

CoRo. — ¡Oh hija, hija de la más miserable madre,
Electra! ¿En qué incesante lamento siempre te consu-
mes por Agamenón, hace tiempo atrapado con engaños, 125
impiamente, por falaz madre, traicionado por infame
mano 8? ¡Cómo desearía que muriera el que ha causado
esto, si me está permitido gritarlo!

ELECTRA. — ¡Oh pueblo de noble raza! Habéis venido
como consuelo de mis sufrimientos, me doy cuenta, soy iio
consciente, no me pasa inadvertido. Pero no quiero des-
cuidar esto: dejar de gemir por mi infortunado padre.
¡Oh vosotras que me res pondéis con el agradecimiento
de una total amistad! Dejadme que así vague de un lado 135
a otro, ¡ah, ah!, os lo suplico.

Antistrofa 1.8

CoRo. — Pero no sacarás a tu padre de la laguna co-
mún a todos, del Hades, ni con gemidos ni con súplicas,

Es una alusión al mito de Procne. Véase nota 9.
Imagen inspirada en la balanza, instrumento popular de
fácil captación por el auditorio. En uno de los platillos está el
sufrimiento y en el otro, ella misma.

Obsérvese cómo reitera, una y otra vez, la idea de engaño,
resaltando así esta circunstancia entre las que rodearon la muer-
te de Agamenón.

140 sino que, abandonando la mesura, te destrozas en un
dolor irremediable lamentándote siempre, sin encontrar
en ello ninguna liberación de las desgracias. ¿Por qué
no te evades de las aflicciones?

145 ELEcTRA. — Insensato el que olvida a un padre que
se ha ido de manera tan lamentable; mas, en cuanto a
mi, es grato a mi pensamiento el pájaro que, turbado,
se lamenta; el que constantemente se lamenta por Itis,
isa por Itis, mensajero de Zeus ~. ¡Ah, Niobe, colmada de
desgracias!, yo a ti te tengo por diosa, tú que en una roca
que te sirve de tumbta~, ¡ay, ay!, lloras 1O~

Estrofa 2.8

CoRo. — No se te mostró sólo a ti entre los mortales,
155 hija, el dolor. En esto tú te muestras más desmesurada
que los que están dentro, con los que convives y son de
la misma sangre por el nacimiento; de otra manera vi-
ven Crisótemis e Ifianasa íí~ y en un lugar escondido
160 para las penas, feliz en la juventud, Orestes, a quien la

~ Itis era hijo del tracio Tereo y de Procne, hija de Pandión, rey de Atenas. Fue inmolado por su propia madre para vengar a su padre, al que se ofreció ella en un banquete. Los dioses transformaron a Procne en ruiseñor para ayudarla a huir de Tereo, y desde entonces se lamenta eternamente llamando a su hijo. En la poesía hay constantes alusiones a este mito (Odisea XIX 518; ESQUILO, Suplicantes 60-67; Agamenón 1142-1145; etcétera).

lO Niobe, orgullosa por su numerosa descendencia, ofendió a Leto, quien pidió a sus hijos, Apolo y Artemis, que la vengaran. Estos mataron con sus flechas a todos los hijos de Niobe, que, afligida, huyó al monte Sipilo, junto a su padre, Tántalo, y allí fue transformada por los dioses en rosa. Véase Antígona 825.

Ifianasa es el nombre que, en la Ilíada, recibe una de las hijas de Agamenón. Las otras son Crisótemis y Laódice. No se nombra, sin embargo, a Ifigenia ni a Electra. Sólo aquí en la tragedia se la nombra.

ilustre tierra de Micenas recibirá un día como a un bien nacido, cuando venga por gozosa resolución de Zeus.

ELECTRA. — A éste yo, esperando incansable, sin hijos, infeliz, sin tsasamiento, siempre aguardo, bañada en 165 lágrimas, con un destino de males sin fin. Pero él 12 olvida las cosas que experimentó y aquello de lo que se ha enterado 13~ Pues, ¿qué noticia me ha llegado que no haya 170 sido falsa? Siente añoranza, pero, a pesar de ello, no considera oportuno dejarse ver.

Antistrofa 2.a

CoRo. — Ten confianza en mí; confía, hija. Aún está en el cielo el que observa y gobierna todas las cosas, el 175 gran Zeus, a quien, si le transfieres el penosísimo resentimiento, ni estarás apenada en exceso por los que odias, ni los tendrás en olvido. Porque el Tiempo es divinidad que todo lo arre gla, y ni el hijo de Agamenón, que está 180 en la costa donde pacen bueyes, en Crisa 14, es indif erente, ni el dios que reina junto al Aqueronte 15~

ELEcTRA. — Pero una gran parte de mi vida se me ha 185 quedado ya atrás, sin que se cumplan mis esperanzas. Y no resisto más, yo que sin padres me consumo, sin que ninguna persona amiga proteja, sino que, igual que una extranjera indigna, soy una administradora de la casa de 190 mi padre. Así, con indecoroso vestido, vago en torno a mesas vacias 16

12 Orestes.

13 Es decir, la triste situación de Electra, que conoce por los mensajes que ella le manda.

l~ Crisa, situada al N. del Golfo de Corinto y al 5. de Delfas. La llanura que rodea a esta ciudad estaba dedicada al dios Apolo.

15 Hades, dios de los muertos.

14 Se desprende que, a causa de su rebeldía, era tratada en el palacio peor que sus hermanas.

Estrofa 3.’

CoRo. — Grito quejumbroso tras el regreso 17, que..
195 jumb roso también en el lecho paterno, cuando fue con-
tra él lanzado el golpe frontal del hacha broncínea. En-
gaño fue el consejero, amor quien lo mató tras engendrar
de manera terrible una terrible apariencia, ya sea una
~o divinidad, ya un mortal el que ha realizado eso.
ELECTRA. — ¡Oh día aquel en que te presentaste a ml
como el más odioso de todos! ¡Oh noche! ¡Oh terrible
205 aflicción del banquete inenarrable! ". Mi padre conoció
la vergonzosa muerte por las mismas dos manos que se
han apoderado de mi vida convirtiéndola en cautiva. Me
210 han destruido; a ellos el gran dios del Olimpo quiera
procurarles el padecimiento de penas vengadoras, y ojalá
no disfruten del triunfo tras haber cometido tales actos.

Antistrofa 3
215 CoRo. — Reflexiona y no sigas adelante en tus pala-
bras. ¿No te das cuenta de qué argumentos te vales
ahora para precipitarte ignominiosamente hacia tu pro-
pia desgracia? ¿Te has procurado algo mejor que des gra-
cias al originar siempre disputas por tu ánimo malhumo-
rado? Pues tales cosas no son para discutir con los po-
220 derosos, en el trato con ellos.
ELECTRA. — Por terribles circunstancias he sido for-
zada, por terribles circunstancias. Lo sé, soy consciente
de mi cólera. Pero ni en ellas refrenaré esta obstinada
225 actitud mientras tenga vida. Porque, ¿a quién, oh linaje
querido, podría yo escuchar un consejo oportuno? ¿A
quién que razone convenientemente? Dejadme, dejadme,

17 De Troya.
18 Para festejar la vuelta de Agamenón a Micenas, Egisto y Clitemestra han preparado un banquete durante el cual es asesinado, según la versión homérica. En los poetas trágicos varia la circunstancia del asesinato: o bien en el banquete, o bien durante el baño (ESQUILO, Agamenón 1580 y sigs.).
consoladoras mías. Esto ha de ser considerado irreme- 230
diable. Nunca pondré fin a mis sufrimientos y habrá un
sinnúmero de lamentaciones.

Epodo.
CORO. — Pero es con ánimo benevolente, como una
madre leal, como te digo que no engendres desgracia 235
sobre desgracia.
ELECTRA. — ¿Y cuál es la medida de la maldad? ¡Ea!,
dilo. ¿Cómo puede ser bueno des preocuparse de los que
han muerto? ¿En qué hombre se ha engendrado esta
idea? ¡Ojalá no sea yo estimada entre éstos, ni habite con 240
ellos satisfecha si estoy en la verdad, dejando de lanzar
al aire agudos lanien tos que dan honra a mi padre!
Pues si el muerto, siendo polvo y nada, ha de yacer 245
desgraciado, y ellos, en cambio, no pagan las penas que
son precio de su muerte, se podría perder el respeto y la 250
piedad en todos los mortales.
CORIFEO. — Yo, hija, he venido procurando por lo
tuyo tanto como por lo mio. Y si no hablo con sensatez,
prevalezca tu opinión. Nosotras te seguiremos.
ELEcTRA. — Siento vergijenza, mujeres, de pareceros
que estoy demasiado afligida por mis muchos gemidos, 255
pero la fuerza de los hechos me obliga a hacerlo. Discul-
padme. Mas, ¿cómo la mujer que es bien nacida no ha-
ría esto al ver las desgracias paternas? Desgracias que,
más que declinar, veo yo crecer incesantemente de día
y de noche. Y así, primeramente, las relaciones con la 260
madre que me engendró han resultado aborrecibles. Ade-

más, vivo en mi propia casa con los asesinos de mi padre
y por ellos soy dominada y en ellos está el que yo reciba 265
algo o, del mismo modo, que quede privada de ello.
Y además, ¿qué clase de días os parece que arrastro,
cuando veo a Egisto sentado en el trono paterno y ob-
servo que lleva los mismos Vestidos que aquél y que ofre- 270
ce libaciones junto al hogar donde le mató? Y el colmo

del ultraje: veo al asesino en el lecho de mi padre con
la infeliz de mi madre, si se debe llamar así a la que yace
275 con éste; ella, tan malvada como para vivir con un infa-
me sin temer a ninguna Erinis; antes bien, como quien
se regocija por lo que ha hecho, cuando descubre el día
250 en el que otrora mató a mi padre con engaño, organiza
coros y ofrece ovejas para ser sacrificadas mensualmen-
te a los dioses salvadores. Y yo, al verlo, desventurada,
lloro dentro de la casa, me consumo y me lamento a so-
las conmigo misma por este infortunado festín celebrado
285 en el nombre de mi padre. Y ni siquiera me es posible
llorar tanto como para complacer a mi ánimo. Pues esa
mujer «noble por sus palabras», llamándome a voces, me
lanza injurias de esta clase: «Oh ser impío y odioso,
290 ¿acaso se te ha muerto a ti sola el padre? ¿Ningún otro
mortal está en duelo? ¡Ojalá mueras miserablemente y
los dioses infernales no te liberen nunca de los lamentos
actuales!’> Con esta arrogancia habla, excepto cuando
oye de alguno que Orestes vendrá; entonces, a mi lado,
295 furiosa, me grita: «¿No eres tú la causa de estas cosas?
¿No es esto obra tuya, que, habiéndome arrebatado a
Orestes de mis manos, lo pusiste a resguardo en secreto?
Pero sábete que pagarás la pena que mereces.~ Con estas
~ palabras me insulta y, a su lado, la incita su <ilustre es-
poso», ese cobarde en todo, la maldad en persona, el que
libra las batallas con las mujeres 19~ Mientras que yo, es-
perando siempre que Orestes se presente para hacer
305 cesar esta situación, me muero, ¡infeliz! Porque, en esa
constante demora, ha destruido todas las esperanzas pre-
sentes y por venir. En semejante situación, amigas, no

19 Podemos entender dos alusiones en esta dura crítica a
Egisto. O que ha dejado a Clitemestra llevar a cabo el asesinato
de Agamenón, o que se quedó en su país entre las mujeres mien-
tras los hombres combatían en Troya (cf. EsoulLo, Agamenón
1625).

es posible ni ser sensata ni piadosa; antes bien, en las
desgracias es forzoso, incluso, practicar el mal.
CORIFEO. — Ea, dime, ¿nos dices esto estando Egisto 310
cerca o porque se ha ido del palacio?
ELEcTRA. — ¡Ciertamente! No creas que yo, si él estu-
viera cerca, vendría ni a las puertas. Ahora está en los
campos.
CORIFEO. — Verdaderamente también yo llegaría a
hablar más confiadamente contigo si esto es así. 315
ELECTRA. — Ya que ahora está ausente, infórmate de
lo que quieras.
CORIFEO. — Pues bien, te pregunto: ¿qué tienes que
decir de tu hermano, si viene ya o se demora? Quiero sa-
berlo.

ELEcTRA. — Al menos lo dice, pero, a pesar de ello,

nada hace de lo que dice.
CORIFEO. — Cuando un hombre acomete una gran ac- 320
ción suele vacilar.
ELEcTRA. — En lo que a mí respecta le salvé sin vaci-
lación.
CORIFEO. — Ten confianza. Tiene un natural noble
como para proteger a los suyos.
ELEcTRA. — Estoy convencida, ya que, si no, no hubie-
ra vivido tanto tiempo.
CORIFEO. — Ahora no digas nada más, porque veo a 325
tu hermana, a Crisótemis, hija por linaje del mismo pa-
dre y de la misma madre, que, procedente de la casa,
lleva ofrendas fi¡nebres en sus manos, como se acostum-
bra a practicar con los muertos.
CRISÓTEMIS. — ¿Qué noticias has venido a traer junto
a las puertas del vestíbulo, oh hermana, sin querer 330
aprender después de tan largo tiempo a no complacer
en vano tu cólera inútil? Sé que también yo, ciertamen-
te, sufro en las presentes circunstancias, hasta el punto
de que, si yo tuviera fuerza, les haría ver cuáles son mis

335 sentimientos para con ellos. Pero ahora, en medio de las
desgracias, me parece mejor navegar con las velas re-
cogidas ~ y no creer que estoy haciendo algo sin hacer
daño en realidad.
Otro tanto quiero que hagas también tú. Aunque lo
justo no está en lo que yo digo, sino en lo que tú crees.
340 Pero si he de vivir en libertad, tienen que ser obedeci-
dos en todo los que mandan.
ELEcTRA. — Es terrible que, siendo hija de un padre
como el tuyo, le hayas olvidado y te preocupes de la que
te engendró. Todas las advertencias que me has hecho
las has aprendido de aquélla y nada dices por ti misma.
345 Según esto, escoge una de las dos cosas: o razonar im-
prudentemente o, haciéndolo con prudencia, olvidar a los
tuyos. Porque acabas de decir que, si tuvieras fuerza,
mostrarías el odio que les tienes, pero, cuando yo me
dispongo a vengar a nuestro padre, hasta las últimas
350 consecuencias, no colaboras, y obstaculizas a quien in-
tenta hacerlo. ¿No es esto cobardía unida a las desgra-
cias? Porque, enséñame —o aprende de mí— qué ventaja
obtendría si cesara de lamentarme. ¿Acaso no vivo? De
355 mala manera, lo sé, pero me es suficiente. Inquieto a és-
tos 21, con lo que procuro satisfacciones al muerto, si es
que hay algún tipo de gratificación allá abajo. Mientras
que tú, que los «odias», lo haces sólo de palabra, pero
de hecho convives con los asesinos de tu padre. Yo, por
~¿o mi parte, nunca condescendería con ellos, ni aunque al-
guien me fuera a traer los privilegios por los que ahora
te envaneces. Que ante ti haya una mesa colmada y te
sea la vida fácil. ¡Que tenga yo por único alimento el no

~ Como en tantas otras ocasiones, aquí emplea un término
tomado del lenguaje del mar, metáfora de fácil captación por
un pueblo eminentemente marinero.
21 Clítemestra y Egisto.
contradecirme a mí misma! No deseo alcanzar tus privi-

legios, ni tú los desearías si fueras juiciosa. 365
Y ahora, pudiendo ser llamada hija del mejor de todos los padres, hazte llamar hija de tu madre ~, pues así te mostrarás perversa ante los más por haber traicionado a tu padre muerto y a los tuyos.
CORIFEO. — Nada digas a impulsos de la cólera, ¡por los dioses! Porque en los discursos de ambas partes hay 370 algo de provecho, si tú aprendes a hacer uso de las palabras de ésta y ella, a su vez, de las tuyas.
CRISÓTEMIS. — Yo, mujeres, de alguna manera estoy acostumbrada a las razones de ésta, y no le hubiera dicho nada, si no hubiera oído que una tremenda desgracia se abate sobre ella, tal que la contendrá en sus lar- 375 gos lamentos.
ELEcTRA. — Ea, dime eso tan terrible, pues, si me vas a anunciar algo peor que lo presente, no podría objetarte.
CRísóTEMís. — Te diré todo cuanto yo sé: van a enviarte, si no cesas en estos lamentos, allí donde nunca 380 verás el resplandor del sol, y habrás de cantar tus desgracias, mientras vivas, en un refugio abovedado, lejos de esta tierra. Ante esto medita y no te me quejes después, cuando lo padezcas. Ahora es un buen momento de juzgar con cordura.
ELEcTRA. — ¿Verdaderamente han decidido hacer eso 385 conmigo?
CRISóTEMIS. — Sí, cuando Egisto vuelva a casa.
ELEcTRA. — Si es por este motivo, ¡ojalá volviera pronto!
CRISóTEMIS. — ¡Qué imprecación has hecho, desgraciada!

22 Esto supondria renegar del padre. En Grecia los hombres eran llamados por el patronímico.

ELECTRA. — Que vuelva aquél, si tiene intención de hacer algo de esto.
390 CRIsóTEMIs. — ¿Qué hace falta para que te muestres sensible? ¿Dónde está tu sentido común?
ELEcTRA. — Me lleva a escapar lo más lejos posible de vosotros.
CRIsÓTEMIs. — ¿Y no haces mención de tu vida presente?
ELEcTRA. — ¡Piles es bella mi existencia como para admirarla!
CRIsÓTEMIs. — Pero lo sería, si aprendieras a razonar

con cordura.
395 ELECTRA. — No me enseñes a ser infiel a los míos.
CRISÓTEMIS. — No te enseño eso, sí a someterte a los que tienen el poder.
ELEcTRA. — Halágales tú con esas razones. No le van a mi modo de ser.
CRIsÓTEMIs. — Bueno es, sin embargo, no sucumbir por insensatez.
ELECTRA. — Sucumbiré, si es necesario, para vengar a mi padre.
400 CRIsóTEMIs. — Nuestro padre, lo sé, es capaz de perdonar.

ELECTRA. — Esas son palabras para ser aplaudidas por cobardes.
CRIsóTEMIs. — ¿Y tú no te persuadirás y estarás de acuerdo conmigo?
ELECTRA. — No, ciertamente. ¡Que nunca esté yo privada de juicio hasta ese punto!
CRIsdTEMIS. — En ese caso, me iré hacia donde me disponía.
405 ELEcTRA. — ¿Adónde te diriges? ¿A quién llevas esas ofrendas?23

23 Debía llevar una caja con alimentos, aunque a continua-
CRIsÓTEMIs. — Nuestra madre me envía a derramar libaciones sobre la tumba del padre.

ELEcTRA. — ¿Cómo dices? ¿Al que le es el más odiado de los hombres?
CRIsÓTEMIs. — Al que dio muerte ella misma, pues es esto lo que quieres decir.
ELEcTRA. — ¿Por cuál de sus amigos ha sido persuadida? ¿A quién dio satisfacción con ello?
CRIsóTEMIs. — Según creo, a causa de un terror noc- 410 turno.
ELEcTRA. — ¡Oh dioses patrios! Socorredme al menos ahora.
CRIsóTEMIs. — ¿Tienes alguna confianza en ese temor?
ELECTRA. — Si me cuentas la visión, te lo podría decir.
CRIsÓTEMIs. — Pero sólo puedo contártela en una pequeña parte.
ELECTRA. — Dimelo, sin embargo, pues con frecuen- 415 cia unas pocas palabras han hecho fracasar o prosperar grandemente a los mortales.
CRIsÓTEMIs. — Existe el rumor de que ella ha visto que nuestro padre, en una segunda aparición, se presentaba a la luz y, tras coger el cetro que él mismo llevaba 420 en otro tiempo y ahora lleva Egisto, lo clavó en el hogar 24, y que de éste había brotado un nuevo tallo florecido con el que se había ensombrecido toda la tierra de Micenas. Estas cosas se las oí relatar a uno que había

ción hable de libaciones, tal vez porque era lo más frecuente en el rito.
24 Puede clavar el cetro, porque el suelo era de tierra prensada. Este tipo de sueños, como el que narra, tienen un precedente en el que cuenta HERóDOTO (1 108) que tuvo el rey medo Astiages, que soñó que una vid nacía de su hija y se extendía por toda Asia.

425 estado presente cuando ella exponía el sueño al Sol ~.
No sé nada más, excepto que aquélla me envía a causa de este terror. Ahora, ¡por los dioses de nuestra raza!, te suplico que te dejes persuadir por mí y que no te
430 pierdas por insensatez, porque, si me rechazas, vendrás a buscarme de nuevo cuando te acompañe la desgracia.
ELECTRA. — ¡Oh querida!, no deberías ofrendar en la tumba nada de lo que tienes en tus manos, pues no te es lícito ni piadoso depositar presentes ni hacer libacio-
435 nes a nuestro padre de parte de una mujer odiosa. HazIo

desaparecer por los aires o bajo espesa capa de polvo,
de forma que ninguno de ellos pueda llegar nunca al se-
pulcro de nuestro padre. ¡Que, cuando ella muera, se le
conserven allá abajo como tesoros!
440 Si no hubiera sido la más atrevida de todas las mu-
jeres, en modo alguno hubiera ofrecido nunca libaciones
malévolas ál que había dado muerte. Pues juzga si crees
que el muerto recibirá en la tumba estos obsequios con
un sentimiento benevolente para aquella por obra de la
cual fue muerto indecorosamente y mutilado ~, como si
445 fuera una persona hostil, después que ella, para purifi-
carse, secó las manchas de sangre en la cabeza de él.
¿Acaso crees que esto le reporta liberación de su asesina-
to? No es posible.

Por ello, suéltalo y, habiendo cortado las puntas de
450 los rizos de tu cabeza, y de la mía —desdichada, aun-
que esto sea poco, es lo único que tengo—, ofrécele esta

25 El Sol es el gran purificador que puede alejar los peli-
gros vistos en el sueño. Cf. EuRfrmEs, Ifigenia entre los Tau-
ros 42.

26 Para evitar que el muerto se vengara de los asesinos,
creían dejarle inoperante si le cortaban las extremidades y las
ataban al cuello o axilas. Creían también que, si secaban las
gotas de sangre que caían del hacha en la cabeza del muerto,
la culpa del crimen recaía sobre éste.

lucida cabellera ~ y este ceñidor mío que no está traba-
jado con lujos, y pídele, cayendo encima de la tumba,
que él mismo venga del fondo de la tierra, con ánimo
bien dispuesto para nosotras, a vengar a los enemigos,
y que su hijo Orestes, vivo, en ataque victorioso pisotee 455
a sus enemigos, a fin de que en el futuro le coronemos26
con manos más ricas que las ofrendas de ahora. Cierta-
mente creo, estoy segura, que por algo le interesaba tam-
bién a aquél ~ enviarle estos sueños siniestros. Pero, a 460
pesar de ello, préstate estos servicios a ti misma y tam-
bién a mí y a nuestro común padre, el más querido de
todos los hombres, que yace en el Hades.

CORIFEO. — La joven habla piadosamente y tú, si 465
eres sensata, oh querida, lo harás.

CRIsóTEMIs. — Lo haré, pues no tiene sentido mante-
ner una discusión entre dos acerca de una cosa justa,
sino apresurarse a su ejecución.

Mientras intento llevar a cabo estas acciones, guar-
dad silencio, ¡por los dioses!, amigas, porque, si mi ma- 470
dre se entera de esto, pienso que la empresa a la que
me voy a atrever resultará amarga.

CoRo.

Estrofa.

Si yo no soy adivino insensato y falto de juicio, estd 475
a punto de venir la hacedora de presagios, la Justicia,
llevando en sus manos justos poderes. Ird en busca de
ellos ~, ¡oh hija!, sin dejar transcurrir mucho tiempo.
En el fondo tengo confianza, después que he oído gratos 480
sue,ios. Pues nunca olvidan, ni el rey de los helenos3'

" Véase nota 108 de Ayax.

2S Imagen que significa «aportar ofrendas~.

29 Agamenón.

~ De Clitemestra y Egisto.

3! Agamenón, rey de reyes en la Ilíada.

~s que te engendró, ni la vieja hacha de doble filo fabrica-
da en bronce que le mató en medio de los más injuriosos
ultrajes.

Antistrofa.
Llegará también la Erinis de muchos pies y manos,
490 infatigable, la que en terribles emboscadas acecha. Pues
el empeño de una unión manchada de sangre, sin lecho
nupcial, sin casamiento, acometió a quienes no les era
495 lícito. Por lo tanto, existe la esperanza de que nunca,
nunca un presagio se nos hará presente sin que cáuse
daño a sus autores y cómplices 32~ O ciertamente, no
existen señales de adivinación para los hombres en los
sao sueños terribles o en los oráculos, si esta visión noctur-
na no se realiza.

Epodo.
505 ¡Ah de la antigua y dolorosa carrera de carros de
Pélope ~ ¡Cómo has venido a ser largamente dolorosa
para esta tierra! Pues desde que Mirtilo durmió el sueño
sto de la muerte tras ser precipitado al mar, totalmente
destruido al ser lanzado desde su carro de oro por un
515 triste infortunio, no dejó de haber nunca en la casa al-
guna penosa desgracia.
CLITEMESTRA. — A lo que parece, vas y vienes libre
otra vez. Pues no está aquí Egisto que te impedía ayer-

32 Otra alusión a Clitemestra, que ejecutó el asesinato, y a Egisto, que fue su cómplice.

~ Pélope, fundador del linaje real de Micenas, consiguió vencer a Enómao en una carrera de carros gracias a haber so~ bornado a Mírtilo, su auriga, que aflojó el eje del carro del rey. Obtuvo con ello la mano de Hipodamía. Después de la victoria, Mírtilo fue muerto por Pélope, que lo arrojó al mar, según una versión, por intentar abusar de Hipodamía, y, según otra, para no pagarle el precio convenido. Al morir, maldijo a Pélope y a su raza.

gonzar a los tuyos estando en la puerta. Pero ahora,
como aquél está ausente, no me haces ningún caso. Sin 520
embargo, muchas veces has dicho a voz en cuello ante
mucha gente que yo gobierno con insolencia y contra
justicia, injuriándote a ti y lo tuyo. Pero yo no soy inso-
lente, y hablo mal de ti porque con frecuencia oigo lo
mismo por parte tuya. Tu padre, y nada más, es siem- 525
pre para ti el pretexto: que fue muerto por mí. Por mí,
lo sé bien, no puedo negarlo; la Justicia se apoderó de
él, no yo sola, a la que deberías ayudar si fueras sen-
sata. Este padre tuyo, al que siempre estás llorando, fue 53o
el único de los helenos que se atrevió a sacrificar a tu
hermana34 a los dioses. ¡No tuvo él el mismo dolor cuan-
do la engendró que yo al darla a luz! Anda, muéstrame
por qué causa la sacrificó. ¿Es que vas a decir que por 535
los argivos? Ellos no tenían derecho a dar muerte a la
que era mía. Por consiguiente, habiendo matado lo mío
en favor de su hermano Menelao, ¿no iba a pagarme el
castigo por ello? ¿Acaso no tenía aquél dos hijos, los 540
cuales era más natural que murieran que ella ~ por ser
hijos del padre y de la madre a causa de la que tenía

lugar esa expedición?
¿ O acaso tenía Hades mayor deseo de devorar a mis hijos que a los de aquélla? ¿Es que en el muy infame padre se había esfumado el amor por los hijos habidos conmigo y existía, en cambio, por los de Menelao? ¿No 545 es esto mentalidad de un padre desconsiderado y perverso? Así lo creo, aunque hable de modo distinto a lo que opinas.

34 Sacrificio de Ifigenia por Agamenón. Lo evoca Clitemestra como justificación de su crimen, ya que la decisión fue de Agamenón, Sófocles, como Esquilo, ignora la leyenda que usa Eurípides, según la cual Ifigenia no murió en Aulide, sino que fue raptada por Artemis y rescatada.
35 Eran dos, Hermione, la única citada en la épica (Odisea IV 14), y Nicóstrato.

Y la que está muerta, si tomara voz, lo confirmaría. ~so Yo no estoy afligida por lo que he hecho. Si a ti, por tu parte, te parece que no tengo razón, censura a los que te rodean, pero con una argumentación razonable.
ELECTRA. — Al menos ahora no dirás de mí que inicié algo molesto después que tuve que escuchar esto de ti hasta el final. Pero, si me lo permites, hablaría con ver- 555 dad sobre el muerto, a la vez que sobre mi hermana.
CLITEMESTRA. — Desde luego que te lo permito. Si dieras así siempre comienzo a tus palabras, no serías tan molesta de oír.
ELECTRA. — Entonces te hablo. Dices que has dado muerte a mi padre. ¿ Qué ‘expresión más vergonzosa que 560 ésta podría ya existir, bien lo hayas hecho con razón o no? Te diré, además, que no lo mataste con justicia precisamente, sino que te arrastró a ello el obedecer al malvado varón con el que ahora vives. Pregunta a la cazadora Artemis en castigo de qué retuvo en Aulide los 565 frecuentes vientos ~, o yo te lo diré, pues no es lícito aprenderlo de ella.
En otro tiempo, mi padre, según yo tengo oído, cuando cazaba en el recinto sagrado de la diosa, con sus pisadas, hizo levantarse a un cornudo ciervo moteado. En ocasión del sacrificio de éste, sucedió que lanzó lleno 570 de jactancia ciertas palabras. Por esto, habiéndose encolerizado la doncella hija de Lato, retuvo a los aqueos a fin de que mi padre, en compensación por el animal, sacrificara a su propia hija. Así tuvo lugar el sacrificio de aquélla, porque no habla otro medio de liberación para el ejército, ni para volver a casa ni hacia Ilión. 575 Ante esto, coaccionado por todas partes y oponiendo

36 Vientos que impedían a la flota de los aqueos echarse a la mar en dirección a Troya, circunstancia que originó que Agamenón sacrificase a su hija Ifigenia para aplacar la cólera de Artemis y conseguir, con ello, que la escuadra zarpase. mucha resistencia, la sacrificó muy a su pesar y no a causa de Menelao.
Pero —y voy a hablar con tu razonamiento— si por querer ayudar a aquél lo hubiera hecho, ¿ era necesario que, a causa de ello, muriese por obra tuya? ¿Según qué ley? Cuida no sea que, por establecer este principio en- 580

tre los hombres, reporte dolor y arrepentimiento para
ti misma. Porque, si damos muerte a uno en defensa de
otro, tú podrías morir la primera si se hiciera justicia.
Ten cuidado no establezcas un pretexto inexistente.

Dinos, si quieres, por qué motivo cometes ahora las 585
más vergonzosas de todas las acciones, cuando te acues-
tas con el criminal, con cuya ayuda has matado antes a
nuestro padre, y tienes hijos de ~ y has desechado a 590
los que engendraste antes en tu matrimonio legal.
¿Cómo podría yo alabar estas cosas? ¿Acaso también
dirás que estás vengando a tu hija? Sería vergonzoso si
lo alegas. No está bien casarse con un enemigo por cau-
sa de una hija.
Pero ni siquiera es posible reprenderte a ti, porque 595
lanzas a toda voz que yo injurio a mi madre. Yo te con-
sidero más un ama que una madre para mí, puesto que
llevo una mísera vida y soy víctima, por tu culpa y la
de tu compañero, de innumerables males. Y el otrO, 600
desterrado, que a duras penas escapó de tu mano, el
infortunado Orestes, arrastra una vida desgraciada ~.
Muchas veces me has acusado de criarle para que tome
venganza contra ti. Y esto, si tuviera fuerza, lo haría 605
yo, entérate bien. Por ello, proclama ante todos, si quie-
res, que soy malvada y deslenguada y llena de desver-
37 Erígone y Aletes. La primera juega su papel en la leyenda
de Orestes, aunque en distintas versiones. Fue el tema de una
tragedia perdida de Sófocles con este título.

~ Considera el destierro motivo suficiente para ser tachada
de vida desgraciada. En otros pasajes se evidencia que la vida de
Orestes no era precisamente penosa.

gilenza. Si por naturaleza soy experta en todas estas
cosas, tal vez sea que no desdigo de tu estirpe.
610 CoRIFEo. — Veo que respira cólera ~‘, pero no veo
que le preocupe si tiene razón.

CLITEMESTRA. — ¡Qué cuidado voy a tener por ésta
que injuria a su madre con tales insultos y eso a su
615 edad! ¿No te parece que podría llegar a todo tipo de
acciones sin ninguna ~iiergiienza?

ELECTRA. — Entérate bien de que yo siento vergiien-
za por esto, aunque no te lo parezca. Comprendo que
hago cosas intempestivas y que no son apropiadas para
6~ mí. Pero la hostilidad que de ti me viene y tus actos me
fuerzan a hacerlo. En acciones deshonrosas se aprende
a obrar deshonrosamente.

CLITEMESTRA. — ¡Oh criatura sin consideración! Cier-
tamente que yo, mis palabras y mis obras te dan que
hablar en exceso.
625 ELECTRA. — Tú lo dices, no yo. Tú realizas el hecho y
las acciones se procuran las palabras.

CLITEMESTRA. — Pero, ¡por la diosa Artemis! ¡No es-
caparás por esta osadía cuando venga Egisto!

ELECTRA. — ¿Ves? Te has dejado llevar por la cólera.
Aunque me habías permitido decir lo que quisiera, no
sabes escuchar.
630 CLITEMESTRA. — ¿Y no me vas a dejar ni hacer un sa-
crificio bajo un devoto murmullo ~, después de que te
permití soltarlo todo?

ELECTRA. — Te dejo, te invito a ello, haz el sacrificio

y no acuses a mi lengua, porque no podría decir ya más.
CLITEMESTRA. — Tú, la que me acompañas, alza la

39 Electra.
40 Palabras de difícil interpretación. Creo que la aclaración de esta ambigua petición es que Clitemestra pide a su hija, si no silencio absoluto, que al menos no lance gritos que le impidan hacer su plegaria.
ofrenda de todos los frutos, a fin de que ofrezca a esta 635 divinidad súplicas que sean liberadoras de los miedos que ahora tengo.
Escucha ya, Febo protector, mis palabras ocultas. Pues no te dirijo la oración ante amigos, ni conviene que todo salga a la luz mientras ésa se encuentre cerca de 640 mi, para que no vaya divulgando ya, por toda la ciudad, equívoca fama acompañada de rencor y maldiciente palabra. Por consiguiente, escúchame así, que de este modo yo te hablaré4'
Las visiones de oscuros sueños que en esta noche he tenido concede, rey Licio, que se cumplan si se han 645 aparecido para bien, pero, si han sido hostiles, remitelas de nuevo a los enemigos. Y si algunos maquinan con engaños despoj arme de la riqueza que disfruto, no lo permitas, sino concédeme que, llevando una vida sin daño, 650 rija el palacio y el cetro de los Atridas viviendo con los amigos que ahora tengo en una feliz existencia, y con aquellos de mis hijos en los que no se encuentre animadversión hacia mi o un amargo resentimiento.
¡Oh Apolo Licio! Oyendo benévolo esto, concédenoslo 655 a todos nosotros 42 tal y como te lo pedimos. Todo lo demás, aunque yo lo silencie, supongo que en tu calidad de dios lo conoces. Pues es natural que los hijos de Zeus vean todo.
(Entra el Pedagogo.)
PEDAGOGO. — Mujeres extranjeras, ¿cómo podría yo ~o saber con precisión si éste es el palacio del rey Egisto?
CORIFEO. — este es, oh extranjero. Exactamente lo has adivinado.
PEDAGOGO. — ¿Acaso también estoy adivinando que ésta es su esposa? Pues se advierte que tiene la prestancia de una reina.

41 Secretamente,
42 A ella, a Egisto y a los hijos que le son fieles.

~áS CORIFEO. — Nada más cierto: ella es quien está junto a ti.
PEDAGOGO. — ¡Te saludo, reina! Llego trayendo gratas noticias de parte de una persona amiga para ti y también para Egisto.
CLITEMESTRA. — Acojo favorablemente tus palabras. Deseo saber de ti, ante todo, quién te envía.
670 PEDAGOGO. — Fanoteo el Focense, para anunciarte un importante asunto.
CLITEMESTRA. — ¿Cuál, oh extranjero? Habla, porque sé bien que, siendo de parte de un amigo, traerás palabras amistosas.
PEDAGOGO. — Orestes está muerto. Resumiendo, brevemente lo anuncio.

ELECTRA. — ¡Qué desdichada me siento! Acabada es-
toy en este día.
675 CLITEMESTRA. — ¿Qué dices, qué dices?. ¡Oh extranje-
ro!, no escuches a ésta.
PEDAGOGO. — Digo, como acabo de hacerlo, que Ores-
tes ha muerto.
ELEcTRA. — Estoy muerta, ¡infortunada!, ya nada soy.
CLITEMESTRA. — (A Electra.) Tú ocúpate de tus asun-
tos. Y tú, extranjero, dime la verdad, ¿de qué modo mu-
rió?
~so PEDAGOGO. — He sido enviado para esto y todo te lo
contaré. Habiendo llegado aquél ál famoso certamen, or-
gullo de Grecia, a la búsqueda de los premios délficos,
cuando oyó el agudo pregón del hombre que proclamaba
la carrera pedestre, de la que se celebraba la primera
~ss prueba, se presentó radiante, objeto de admiración para
todos los presentes. Habiendo igualado a la brillantez de
su natural el resultado de la carrera ~, salió llevando
el muy honroso galardón de la victoria.

'~ Si damos por supuesto que su aspecto era brillante, para
que su físico se corresponda, el final de la prueba tiene que ser
No sé cómo contarte unas pocas hazañas y victorias
entre las muchas realizadas por semejante hombre, pero 690
entérate de una sola cosa: de cuantas pruebas hicieron
proclamar los jueces se llevó los premios de la victo-
ria ~. Se le consideró dichoso cuando fue celebrado como
argivo y como Orestes —su nombre—, hijo de Agamenón,
el que en otro tiempo reuniera el famoso ejército de la á~s
Hélade. Y así estaban las cosas. Pero cuando alguno de
los dioses se propone hacer daño, ni aun siendo fuerte
se puede uno librar.
Al otro día, cuando a la salida del sol tenía lugar la
prueba de la carrera de carros, aquél se presentó entre 700
numerosos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta, dos
eran libios, conductores de carros uncidos. ~l era el
quinto entre éstos, con yeguas tesalias. El sexto procedía
de Etolia, con potras alazanas. El séptimo era de Mag- 705
nesia. El octavo, con blancos caballos, de estirpe eniana.
El noveno, venido de Atenas, la ciudad fundada por los
dioses. Otro, beocio, completaba el décimo carro.
Habiéndose colocado donde los jueces encargados
les habían designado por sorteo y donde estaban dispues- 710
tos los carros, se lanzaron al son de la trompeta de bron-
ce. Al mismo tiempo que excitaban a gritos a los caba-
líos, agitaban las riendas en sus manos. Todo el estadio
se llenó del estrépito de los trepidantes carros ~. El pol-
vo se elevaba hacia el cielo. Todos mezclados a la vez, no 715
escatimaban las picas para que cada uno de ellos pudie-
ra sobrepasar los bujes de los otros carros y a los caba-

para éste la victoria, que es también algo brillante en otro orden
de cosas.
44 El verso 691 no lo traducimos. Está considerado como
una primitiva glosa interpolada para explicar los distintos tipos
de pruebas.
45 Esta aliteración recogida en la traducción parece existir,
igualmente, en el texto griego, que repite ritmicamente las con-
sonantes oclusivas sordas.

líos que relinchaban. Al mismo tiempo el aliento de los
corceles espumeaba e irrumpía en torno a sus espaldas
y a las ruedas en movimiento.
720 Aquél, estando justo al pie del último poste, acercaba
una y otra vez el cubo de la rueda hasta rozarlo y, al
tiempo que dejaba más suelto al caballo uncido de la
derecha, retenía al que estaba en su lado ~. Al principio
todos los carros estuvieron en pie, pero después los ca-
725 ballos del eniano se precipitan con fuerza, desbocados y,
al volverse, terminando la sexta vuelta y ya en la sép-
tima, chocan de frente con el carro barceo ~ Entonces,
a causa de un solo infortunio, se destrozan y se caen
730 unos sobre otros, y toda la llanura de Crisa se llenó de
restos de carros volcados. Al darse cuenta, el diestro con-
ductor de Atenas se aparta hacia afuera y se detiene, de-
jando que pasen por el centro los carros y caballos mez-
clados en confusión. Orestes, que mantenía los potros al
735 final porque confiaba en la última vuelta, avanzaba el úl-
timo. Pero cuando ve que ha quedado solo aquél, hacien-
do resonar un agudo chasquido en las orejas de los rá-
pidos corceles, se lanza en su persecución.

Y avanzaban igualados los dos en los troncos, sa-
740 cando desde los carros, unas veces uno y otras el otro, la
cabeza. En todas las demás vueltas se mantuvo erguido
con seguridad, derecho, el infortunado, en un carro tam-
bién derecho. Después, suelta la rienda izquierda en un
momento en que el caballo está doblado y tropieza con el
745 extremo de la meta sin advertirlo. Rompió por la mitad
el extremo del eje y cayó desde la baranda del carro. Se
enrosca en las bien cortadas riendas. Al caer él al suelo,
los caballos se dispersaron por en medio de la pista.

46 El caballo más cercano al poste de la meta, el que iba
por el interior.

47 Barce es una ciudad cerca de Cirene, en el N. de Africa,
fundada en el s. vi a. C.

Cuando la multitud le ve derribado, prorrumpe en 750
gritos de lamento por el joven que, habiendo realizado
semejantes hazañas, alcanza ahora tales infortunios.
Arrastrado unas veces por el suelo y otras aparecién-
do las piernas por el aire, hasta que los otros conducto-
res, reteniendo con esfuerzo la carrera de los caballos,
lo soltaron cubierto de sangre, de modo que ninguno de 755
sus amigos hubiera podido reconocerle, si hubiera visto
el desdichado cuerpo.

Después de quemarle en una pira, unos hombres fo-
censes designados para ello traen en una pequeña urna
de bronce un gran cuerpo que sólo es miserable ceniza,
para que obtenga enterramiento en la tierra paterna. 760
Tales son los hechos, dolorosos para narrarlos, pero,
para nosotros que los vimos, la más grande de todas las
desgracias que yo he contemplado.

CORIFEO. — ¡Ay, ay! A lo que parece se ha extinguido
para mis antiguos soberanos todo el linaje desde la raíz. 765

CLITEMESTRA. — Oh Zeus, ¿qué es esto? ¿Acaso debo
decir que son acontecimientos afortunados o terribles
aunque provechosos? Es doloroso que tenga que salvar
la vida con mi propia desgracia.

PEDAGOGO. — ¿Por qué estás angustiada, oh mujer,
por mis actuales palabras?

CLITEMESTRA. — Es extraño dar a luz. No se consigue 770
odiar a los que has engendrado, ni aun sufriendo males
por ellos.

PEDAGOGO. — En vano hemos llegado, a lo que pa-

rece.
CLITEMESTRA. — Ciertamente que no en vano. ¿Cómo podrías decir en vano, si me vienes con pruebas fidedignas de la muerte de quien, nacido de mi vida, pero apar- 775 tado de mis pechos y de mi alimento, vivía fuera de la patria, desterrado, y no me había visto desde que salió de esta tierra y, reprochándome el asesinato de su pa-

780 dre, me amenazaba con llevar a cabo hechos terribles, de suerte que ni de noche ni de día podía yo cubrir los ojos con dulce sueño, sino que el tiempo, momento a momento, pasaba como si fuera a morir? Pero ahora, en este día, he sido liberada del temor que sentía ante ésta y ante 785 aquél. asta era para mí mayor daño por vivir conmigo y estar bebiendo siempre la sangre pura de mi vida. Ahora, por lo que se refiere a sus amenazas, podré vivir tranquila.
ELEcTRA. — ¡Ay de mi, desgraciada! Ahora me es posible, Orestes, lamentar tu desventura, cuando en tal si- 790 tuación eres ultrajado por parte de semejante madre. ¿Acaso está bien?
CLITEMESTRA. — Tú, ciertamente, no. Aquél si está bien como está ~.
ELECTRA. — Escucha, ¡oh Némesis del que acaba de morir!
CLITEMESTRA. — Escuchó lo que debía y sancionó con razón.
ELECTRA. — Sigue hablando con insolencia, pues ahora te encuentras feliz.
CLITEMESTRA. — Ni Orestes ni tú vais a desposeerme 795 de este estado.
ELECTRA. — Nosotros somos los desposeídos y no estamos en condiciones de desposeerte a ti.
CLITEMESTRA. — (Dirigiéndose al Pedagogo.) Si con tu venida hicieras cesar a ésta en sus maldicientes gritos, ¡oh extranjero!, serías merecedor de alcanzar muchas recompensas.
PEDAGOGO. — Así, pues, podría regresar a casa, si la situación está en orden.
800 CLITEMESTRA. — De ningún modo, porque en este caso

~ Quiere decir que Orestes está como ella quenla que estuviera también Electra, o sea, muerta.
~ Diosa vengadora, empleada aquí como sinónimo de Erinis. no podrías obtener un trato digno de mí ni del huésped que te ha enviado. Entra al interior. Deja que ésta vocee fuera sus propias desgracias y las de su gente.
(Entran en la casa Clitemestra y el Pedagogo.)
ELECTRA. — ¿Acaso os parece que llora o se lamenta con excesiva tristeza y dolor, la desdichada, por el hijo 805 muerto de este modo? ~. ¡Y aun se ha ido riendo! ¡Ay, infortunada de mí! ¡Queridísimo Orestes! ¡Cómo me has perdido con tu muerte! Te has ido y me has arrancado de mi corazón las únicas esperanzas que aún quedaban 810 en mí: que tú habías de llegar un día sano y salvo como vengador de nuestro padre y de mí, ¡desdichada! Así, pues, ¿adónde debo volverme? Pues estoy sola, privada de ti y de mi padre. Preciso es que ahora viva de nuevo

sometida entre los que me son los más odiosos de todos 815
los hombres, los asesinos de mi padre. ¿Es eso apropia-
do para mi? Pero yo no entraré a vivir con ellos de aho-
ra en adelante, sino que, dejándome caer frente a esta
puerta, sin amigos, consumiré mi vida. Ante esto, que 820
alguno de los de dentro me mate, si se siente incómodo,
que, si lo hace, me hará un favor, mientras que, si vivo,
será motivo de tristeza. Ningún deseo tengo de vivir.

CoRo.

Estrofa l.~

¿Dónde están los rayos de Zeus o dónde el brillante
sol si, cuando ven estas cosas, se ocultan tranquilos?

ELEcTRA. — ¡Ah, ah! ¡Ay!

CoRo. — Oh hija, ¿por qué lloras?

ELEcTRA. — ¡Ay de mí!

Coao. — No grites tan fuerte.

ELEcTRA. — Me perderás.

CoRo. — ¿Cómo?

ELECTRA. — Si me haces concebir esperanzas por los
825

830
Clara ironía.

835 que claramente se han ido al Hades, me pisoteas aún
mds a mí, que ya estoy agotada.

Antistrofa 1.

CoRo. — Pues sé que el señor Anfiarao5' fue oculta-
84o do por una diadema de mujer labrada en oro y ahora
bajo tierra. - -

ELECTRA. — ¡Ah, ah! ¡Ay!

CoRo. — .. reina totalmente vtvo.

ELECTRA. — ¡Ay de mí!

CoRo. — ¡Ay! Sí, pues la funesta...
845 ELECTRA. — Fue muerta.

CoRo.—Sí.

ELECTRA. — Lo sé, lo sé. Apareció un vengador para
el que estaba en duelo. Pero para mii ninguno existe ya,
pues quien todavía existía se ha ido como arrebatado.

Estrofa 2a

CoRo. — Te sientes desgraciada por acontecimientos
desgraciados.
850 ELECTRA. — Lo sé, lo sé muy bien, a lo largo de una
vida cargada de numerosas y terribles desdichas.

CoRo. — Conocemos a lo que te refieres.
855 ELECTRA. — No me conduzcas adonde no...

CoRo. — ¿Qué dices?

ELECTRA. — ... existen ya esperanzas de ayuda de un
hermano noble en su linaje.

51 Historia de Anfiarao, adivino de Argos que tomó parte

en la expedición de los siete contra Tebas —a pesar de que conocía el resultado de la guerra, en la que iba a morir—, porque le habla obligado su mujer Enfile, a quien, para ello, Polinices habla ofrecido un collar de oro. Enfile fue muerta, más tarde, por Alcmeón, hijo de ambos, en venganza. Anfiarao desapareció por obra de Zeus bajo tierra, desde donde siguió formulando oráculos (cf. Odisea XI 326 y sigs., y XV 247; tainbién Pflw~uto, Nemeas IX 16).

Antistrofa 2.a

CoRo. — Para todos los mortales es ley natural la 860 muerte.

ELEcTRA. — ¿Acaso también del modo que fue para aquél, infeliz, en carreras de caballos de veloces cascos, enredado con las bien cortadas riendas?

CoRo. — Impensable fue su destrucción.

ELEcTRA. — Cómo no, si, desterrado, lejos de mis 865 manos...

CoRo. — ¡Ay! ¡Ay!

ELECTRA. — ... está enterrado, sin haber obtenido de mí ni sepultura ni siquiera lamentos. 870

(Entra Crisótemis corriendo.)

CRISóTEM is. — A causa de la alegría me llego corriendo apresurada, descuidando el decoro ~. Porque traigo motivos de gozo y el fin de las desgracias que te acosaban y te hacían gemir.

ELEcTRA. — ¿Dónde podrías haber encontrado tú ah- 875 vio de mis males, para los que ya no hay remedio posible?

CRISóTEMIS. — Orestes está entre nosotros —entérate, oyéndolo, por mí— de una manera tan real como que tú me estás viendo a mí.

ELEcTRA. — Pero, ¿es que estás loca, oh desgracia- 880 da y, a más de tus propias desgracias, te ríes de las mías?

CRIsÓTEMIs. — ¡Por el hogar de nuestros padres! No lo digo en un arrebato, sino porque sé que aquél está presente entre nosotras.

ELEcTRA. — ¡Ay, desventurada! ¿Y a qué mortal le has oído esta noticia como para tener esa excesiva confianza?

CRISÓTEMIs. — Yo confio en esta noticia, porque he 885

52 La noción ateniende de eukosmfa suponía que los movimientos habian de ser pausados (PLXróN, Cármides 159 b).

visto claras señales por mí misma y no por medio de otro.

ELEcTRA. — ¿Qué prueba has visto, desdichada? ¿Hacia qué has dirigido la mirada para inflamarte con este fuego irremediable?

CRIsóTEMIs. — ¡Por los dioses! Óyeme ahora para 890 que, después de escucharme, digas si soy sensata o si desvarío.

ELEcTRA. — Habla, si en la palabra encuentras algún placer.

CRIsóTEMIs. — Te diré todo cuanto observé. Cuando llegué a la tumba antigua de nuestro padre, veo regueros de leche que acaban de derramar desde la parte alta 895 del túmulo, y que la piedra sepulcral de nuestro padre

está coronada enteramente alrededor por toda clase de
flores. Al verlo, el asombro se apoderó de mi. Miro en
derredor, no sea que algún mortal nos acechara de cer-
90o ca, pero, como vi que el lugar estaba en calma, me fui
acercando más a la sepultura. Entonces veo en lo más
alto del túmulo un bucle cortado de algún joven. Nada
más verlo, infeliz, se me presentó a mi ánimo un rostro
familiar, me pareció ver en esto una señal del más que-
rido de todos los mortales, Orestes.
905 Con el bucle en las manos no digo palabras que pue-
dan resultar de mal aguero, sino que, al punto, se me
llena el rostro de lágrimas por la alegría. Y ahora, como
antes, sé que esta ofrenda no viene de otro más que de
aquél. Porque, ¿a quién le afecta esto sino a ti o a mi?
910 Y yo no lo hice, lo sé bien, ni tú tampoco. ¿Cómo, si
no te es posible alejarte de esta casa impunemente, ni
siquiera para el servicio de los dioses? Tampoco el buen
sentido de nuestra madre suele realizar tales actos, ni
pasaría inadvertido si los hiciera.
915 Estas ofrendas fúñebres son de Orestes, así que,
¡oh querida, ten ánimo! Pues no siempre asiste a los
mismos la misma fortuna. Antes ésta era terrible para
nosotras, pero tal vez este dia nos confirmará bienes
en abundancia.

ELECTRA. — ¡Ay! ¡Cómo te estoy compadeciendo hace 920
rato a causa de tu falta de juicio!

CRISóTEMIS. — ¿Qué sucede? ¿No proporciono agrado
con mis palabras?

ELECTRA. — ¡No sabes a qué juicio ni a qué lugar
eres conducida!

CRISóTEMIS. — Pero, ¿cómo no voy a saber yo lo que
vi con claridad?

ELEcTRA. — Ha muerto, ¡oh desdichada! Se te ha es-
capado la liberación que iba a venir de aquél. No pon- ~25
gas ya tus ojos en él.

CRIsÚTEMIs. — ¡Ay de mí, infortunada! ¿A qué mor-
tal has escuchado esto?

ELEcTR&. — A uno que estaba cerca cuando pereció.

CRISóTEMIS. — ¿Dónde está ese tal? El asombro se
apodera de mí.

ELECTRA. — En casa. A nuestra madre le es grato y
no enojoso.

CRísóTEMís. — ¡Ay, desventurada de mí! ¿De qué 930
hombre eran, pues, las numerosas ofrendas deposita-
das sobre la tumba de nuestro padre?

ELECTRA. — Yo mejor pienso que alguien las depo-
sitó como recuerdo de la muerte de Orestes.

CRISóTEMIS. — ¡Ay de mí, desgraciada! Yo me apre- 935
suraba alegre con semejantes noticias, sin saber en qué
situación infortunada nos encontrábamos, y ahora, al
llegar, descubro otras desgracias añadidas a las que ha-
bía antes.

ELEcTRA. — Así están las cosas para ti. Pero, si me
obedeces, disiparás la angustia del infortunio presente.

CRI5~TEMI5. — ¿Acaso podré resucitar a los muertos? ~4o

L

ELEcTRA. — No hablo en ese sentido, no estoy tan loca.

CRISóTEMIS. — ¿Qué ordenas que yo sea capaz de hacer?

ELEcTRA. — Que te atrevas a llevar a cabo lo que yo te aconseje.

CRIsÓrEMIs. — Si en ello hay algún provecho, no me negare.

945 ELEcTRA. — Observa que nada sale bien sin esfuerzo.

CRIsÓrEMIs. — Lo veo. Ayudaré en todo cuanto esté en mi mano.

ELEcTRA. — Óyeme, pues, ahora cómo tengo decidido actuar. Tú también sabes que no tendremos ayuda de ningún ser querido, puesto que ninguno está con nos-
950 otras, sino que Hades se los ha llevado y nos ha privado de ellos. Nos hemos quedado solas.

Yo, mientras oía decir que nuestro hermano estaba aún con vida y en pleno vigor, tenía esperanzas de que él llegara algún día como vengador del asesinato de nuestro padre. Pero ahora, cuando ya no existe, dirijo mi mirada a ti para que no rehúyas, juntamente con tu
955 hermana, dar muerte al autor de la muerte de nuestro padre, a Egisto.

Ya no debo yo ocultarte nada. ¿Hasta cuándo vas a esperar indiferente? ¿ Qué esperanza hay aún sólida en
960 la que pongas los ojos? Tú puedes lamenLarte al verte privada de la posesión del patrimonio paterno y dolerte de estar envejeciendo sin lecho nupcial hasta él día de hoy, sin bodas. Pero esto, sin embargo, ya no esperes alcanzarlo nunca, porque Egisto no es hombre tan in-
965 sensato que permita que tu linaje y el mío germine: ello sería claro motivo de sufrimiento para él.

Si obedeces mis consejos ganarás, en primer lugar, reputación de piedad por parte de nuestro padre, que está en el Hades, muerto, así como de nuestro hermano, y, después, tal cual naciste, serás llamada libre el resto 970 del tiempo y alcanzarás unas bodas como te mereces. Pues todos suelen poner su vista en la que tiene más méritos.

Y, por otra parte, ¿no ves cuánta celebridad podrías procurarte a ti misma y a mi si me obedeces? Porque, 975 ¿qué ciudadano o extranjero ~ al vernos, no nos salu-daría con alabanzas de este tipo: «Ved a estas dos her-manas, amigos, que guardaron la casa paterna y que, con desprecio de su vida, llevaron a cabo la muerte de sus enemigos, para quienes la situación era muy prós- 980 pera. Todos debemos amarlas y respetarías. Es preciso que en las fiestas y con ocasión de las asambleas de la ciudad todos las honremos por su valentía»? Cualquier mortal podrá hablar así de nosotras tanto en vida como 985 después de muertas, de modo que nuestra fama no de-clinará.

¡Ea!, ¡oh querida! Déjate convencer, ayuda a nues-tro padre, socorre a nuestro hermano, librame de des-gracias y líbrate a ti misma, comprendiendo que es ver-gonzoso vivir en deshonra para los que han nacido nobles.

CoRIFEo. — En situaciones así, la prudencia es buena 990 ayuda, tanto para el que habla como para el que es-

cucha.
CRIs6rEMIs. — Si ésta no tuviera pensamientos equivocados, oh mujeres, hubiera conservado la precaución antes de hablar, lo que no ha hecho. Porque, ¿adónde ~s has mirado para proveerte de semejante valor? ¿Y, encima, me llamas a mi para obedecerte? ¿Es que no lo estás viendo? Eres mujer y no hombre, y tienes en tus

~ Las mujeres griegas aparecían muy poco en público. Eleetra está pensando aquí en ocasiones especiales, festivales o espectáculos teatrales a los que ellas acudían y que, además, contaban con la presencia de extranjeros.
1

manos menos fuerzas que tus enemigos. La fortuna les
1000 sonríe a ellos cada día, mientras que para nosotras se pierde y llega a nada.
En este caso, ¿quién que planeara prender a semejante M podría escapar a la desgracia sin sufrir daño? Ten cuidado, no vaya a ser que, además de irnos ya mal, obtengamos aún mayor’es desdichas si alguien
1005 escucha semejante razonamiento. A nosotras no nos resuelve ni ayuda el morir ignominiosamente, aunque hayamos obtenido una buena fama. Y no es lo peor la muerte, sino el que, cuando alguien desee morir, no pueda, sin embargo, conseguirlo.
1010 Te lo suplico, antes de perdernos por completo nosotras de la manera más infame y de extinguir nuestro linaje, contén tu cólera. Yo vigilaré para que tus palabras queden como no dichas y sin efecto para ti. Y tú misma ten prudencia de ahora en adelante y, si no tienes fuerza, cede ante los poderosos.
1015 CORIFEO. — Obedece. Nada más provechoso pueden recibir los hombres que el buen juicio y la mente sabia.
ELEcTRA. — No has dicho nada que no esperara. Sabía bien que tú rechazarías lo que te he anunciado. Esta acción debe ser hecha solamente por mi propia
1020 mano. Yo, al menos, no la dejaré en proyecto.
CRISÓTEMIS. — ¡Ay! Tales propósitos debías haberlos tenido cuando nuestro padre murió. Lo habrías arreglado todo.
ELEcTRA. — Por naturaleza ciertamente que sí, pero mi capacidad de pensamiento era entonces menor.
CRísdrEMIs. — Esfuérzate para que permanezca a lo largo de tu vida tal cual es.
ío~s ELECTRA. — Me adviertes esto, aun cuando no vas a ayudar para llevarlo a cabo.

~ A Egisto, tan poderoso.
CRISÓTEMIS. — Es natural que cuando algo se emprende mal salga también mal.
ELECTRA. — Envidio tu razón, pero aborrezco tu cobardía.
CRIs6TEMIs. — Soportaré escucharte de la misma manera cuando vengas a hablarme bien de mí.
ELEcTRA. — Nunca tendrás esa experiencia, al menos de mi parte.
CRís6rEMIs. — El tiempo que falta para juzgar esto 1030 es largo.

ELEcTRA. — Vete. No encuentro ayuda en ti.
CRISÓTEMIS. — La presto, pero no te das cuenta.
ELEcTRA. — Vete junto a tu madre y revélaselo todo.
CRISÓTEMIS. — No te odio yo hasta ese punto.
ELEcTRA. — Sin embargo, conoces a qué deshonra me 1035 conduces.
CRIs5TEMIS. — A deshonra no. Al contrario: me preocupo por ti.
ELECTRA. — ¿Tengo, pues, que obedecer lo que tú consideras justo?
CRísórEMís. — Cuando razones con cordura, serás tú la que guies entre nosotras dos.
ELEcTRA. — Verdaderamente es extraño que, hablando bien, estés equivocada.
CRISÓTEMIS. — Has expresado claramente el fallo en 1040 el que has caído.
ELEcTRA. — ¿Y qué? ¿No te parece que hablo con toda justicia?
CRISdTEMIS. — Pero a veces también la justicia aporta desgracia.
ELEcTRA. — Yo no quiero vivir bajo estas leyes.
CRísórEMís. — Pero, si llegas a hacer esto, me darás la razón.
ELEcTRA. — Lo haré, porque no me has infundido 1045 ningún miedo.

L

CRIsóTEMIs. — ¿Es esto verdad y no cambiarás de decisión?

ELEcTRA. — Nada hay más odioso que una determinación poco firme.
CRISóTEMIS. — Piensas que ninguna razón tengo en lo que digo.
ELECTRA. — Desde hace tiempo lo tengo decidido y no desde hace poco.
1050 CRISÓTEMIS. — En ese caso me voy, porque ni tú te resignas a aceptar mis palabras ni yo tu forma de actuar.
ELECTRA. — Entra. No te obedeceré nunca, aunque lo llegues a desear ardientemente, ya que es gran insensatez perseguir metas vanas.
1055 CRISóTEMIS. — Si crees que encuentras algún sentido para ti misma, sigue pensando así. Pero cuando te veas entre desgracias, entonces aprobarás mis palabras.
(Entra en el palacio.)

CoRo.
Estrofa 1.8
¿Por qué, cuando contemplamos a las más sagaces
ío~o aves del cielo cuidándose del alimento de los que engendraron y con los que encuentran un goce, no lo hacemos en igual ‘medida? Pero, ¡por el rayo de Zeus y
ío6s por la celeste Temis, que permanecerán impunes por

largo tiempo! ~ ¡Oh voz de los mortales que llegas hasta los infiernos, haz oir a los Atridas que están bajo tierra mi palabra quejumbrosa, portadora de tristes reproches!

55 Los asesinos de Agamenón. Anteriormente ha aludido a las cigúeñas, animales que los antiguos consideraban como ejemplo de cuidado por sus crías (ARISTóFANEs, Aves 1353 y sigs.), y la relación está en que Crisótemis, con su conducta de inhibición, no se preocupa de los suyos.

Antistrofa 1.8

Que los asuntos de palacio están viciados y que una ío~o doble contienda hace imposible las relaciones entre sus hijas en amistosa convivencia. Que Electra sola, traicionada, está indecisa, llorando siempre, ¡desdichada!, a 1075 su padre, como el ruiseñor que siempre se queja y que, sin inquietarse en absoluto por la muerte, se dispone a no ver más la luz después de matar a la doble Erinis ~. íoso ¿Quién podría haber nacido tan noble de sentimientos?

Estrofa 2.a

Nadie entre los nobles quiere deshonrar su fama en medio de una vida de penurias, anónima, ¡oh hija, hija!, 1085 como tú, que también preferiste una vida acompañada de llantos sin fin y, tras vencer al deshonor, ganar dos títulos en uno solo: ser llamada sabia y excelente hija.

Antistrofa 2.8

¡Ojalá vivas por encima de tus enemigos en fuerza ío~o y en riqueza tanto cuanto ahora vives sometida! Después que te he encontrado caída en aciago destino, has 1095 ganado los mejores premios a los ojos de las leyes que nacieron para ser las más importantes, por tu piedad para con Zeus.

(Entran Orestes y Pílades con dos criados. Uno lleva una urna.)

ORESTES. — ¿Acaso, mujeres, estamos bien enterados y nos dirigimos exactamente a donde queremos?

CORIFEO. — ¿Qué es lo que intentas averiguar y con 1100 qué deseo te presentas?

ORESTES. — Desde hace algún tiempo intento averiguar dónde ha fijado Egisto su morada.

CORIFEO. — Has llegado bien, y no se puede hacer ningún reproche a quien te lo indicó.

56 Porque son dos los asesinos, la autora y su cómplice.

L

ORESTES. — ¿Quién de vosotras podría anunciar a los de dentro nuestra llegada, que se presenta cuando era deseada?

1105 CORIFEO. — (Señalando a Electra.) esta, si es necesario que lo anuncie quien les es más allegada.

ORESTES. — Ve, oh mujer, y hazíes saber que unos hombres focenses buscan a Egisto.

ELEcTRA. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿No será que traen pruebas visibles de la noticia que hemos escuchado?

1110 ORESTES. — No conozco la noticia a que te refieres. A mí el anciano Estrofio me ordenó comunicar algo

acerca de Orestes.

ELEcTRA. — ¿Qué? ¡Oh extranjeros! ¡Cómo se apodera de mí el temor!

ORESTES. — Como ves, nos cuidamos de transportar en una pequeña urna los exiguos restos del que murió.

1115 ELEcTRA. — ¡Cuán desgraciado soy! Aquello es ya evidente. Siento que el dolor está cercano, según parece.

ORESTES. — Si te lamentas por alguna de las desgracias de Orestes, sabe que esta urna esconde su cuerpo.

1120 ELEcTRA. — ¡Oh extranjero! Permiteme ahora —¡por los dioses!—, si es que este vaso lo oculta, tomarlo en mis manos para, con estas cenizas, llorar y lamentarme por mí misma y por todo mi linaje.

ORESTES. — Acercaos y dádselas, quienquiera que sea, 1125 pues no pide como alguien hostil, sino que o es amiga o pariente por su raza.

ELECTRA. — ¡Oh recuerdo que me queda de la vida de Orestes, el más querido para mí de los hombres! ¡Cuán lejos de mis esperanzas te recibo, no como te despedí! Ahora te alzo en mis manos y no eres nada; 1130 sin embargo, yo te hice salir de casa fuerte, ¡oh hijo! ¡Ojalá hubiera abandonado la vida antes que enviarte a escondidas con mis manos a una tierra extranjera y antes que ponerte a salvo de la muerte, para que tú hubieras podido yacer aquel día, muerto, tras obtener la 1135 parte que te corresponde de la tumba paterna! Pero ahora has perecido de mala manera, fuera de casa y como emigrante en otra tierra, separado de tu hermana. Y yo, infortunada, ni con manos amorosas te he preparado con abluciones, ni he recibido del fuego, como era 1140 natural, la desdichada carga incandescente, sino que, habiendo sido atendido por manos extrañas, infeliz, llegas como un peso insignificante en pequeña vasija.

¡Ay de mi, desventurada, por mis inútiles cuidados de otro tiempo, que yo frecuentemente prodigué en torno a ti con dulce fatiga! Porque entonces tú no eras 1145 más querido de tu madre que de mi, ni los que estaban en casa eran quienes te cuidaban, sino yo, y a mí me llamabas siempre hermana. Ahora ha desaparecido esto en un solo día por tu muerte. Pues, arrebatándolo todo, 1150 te has ido como un huracán. Nuestro padre se ha ido. Yo estoy muerta contigo ~. Tú mismo te has ido, pues has muerto. Los enemigos ríen. Tu madre, que no merece tal nombre, está enloquecida por efecto del placer. Acerca de ella, tú me hacías llegar frecuentes recados 1155 a escondidas, en los que decías que te mostrarías tú en persona como vengador.

Pero nos ha privado de ello el aciago destino tuyo y mío, que de esta manera te ha enviado, como ceniza y sombra yana en lugar de la queridisima figura. ¡Ay de íiw mi! ¡Oh cuerpo digno de compasión, ay, ay! ¡Oh amadísimo! ¡Por qué caminos terribles has sido enviado! ¡Ay de mí! ¡Cómo me has perdido! Me has perdido en verdad, ¡oh hermano!, y, por ello, recíbeme en esta mo- 1165 rada tuya; acoge a la que nada es en la nada, para que habite contigo, abajo, el resto del tiempo. Porque, cuando estabas arriba, yo participaba por igual contigo.

57 Es decir, se le ha ido el estímulo por la vida.

También ahora deseo morir y no quedar privada de tu
1170 sepultura, pues no veo que los muertos sufran.
CORIFEO. — Has nacido de un padre mortal, Electra, piénsalo. Orestes también era mortal. De modo que no te aflijas en demasía. Todos nosotros debemos pasar por ello.
ORESTES. — (Hablando consigo mismo.) ¡Oh, oh! ¿Qué diré? ¿A qué palabras acudir estando perplejo como es-
1175 tOy? No tengo fuerzas para contener más la lengua.
ELEcTRA. — ¿Qué dolor padeces? ¿Por qué estás diciendo estas cosas?
ORESTES. — ¿Es, por cierto, tu noble figura la de Electra?
ELEcTRA. — asta es y en muy lamentable estado.
ORESTES. — ¡Ah, por esta penosa desgracia!
liso ELEcTRA. — ¿Y no es cierto, oh extranjero, que te lamentas así por mí?
ORESTES. — ¡Oh cuerpo, deshonrosa e impíamente destrozado!
ELECTRA. — Tus palabras de compasión no se dirigen, extranjero, a otra que no sea yo.
ORESTES. — ¡Ah, tu vida sin matrimonio y de sombrío destino!
ELEcTRA. — ¿Por qué, oh extranjero, me miras así y te lamentas?
1185 ORESTES. — ¡Hasta qué punto no conocía ninguna de mis propias desgracias!
ELEcTRA. — ¿Cuál de mis palabras te lo ha hecho conocer?
ORESTES. — El ver que te distingues por tus numerosos dolores.
ELECTRA. — Pues ciertamente sólo ves unos pocos de mis males.
ORESTES. — ¿ Cómo podría ver otros peores aún que éstos?
ELEcTRA. — El que yo esté conviviendo con los ase- uso sinos.
ORESTES. — ¿De quién? ¿Por qué haces referencia a esa desgracia?
ELEcTRA. — Con los de mi padre. Y, además, estoy sometida por la fuerza a ellos.
ORESTES. — ¿Y quién te empuja a esa necesidad?
ELEcTRA. — La que es llamada madre, pero que en nada se asemeja a una madre.
ORESTES. — ¿Qué hace? ¿Acaso con sus propias ma- 1195
nos o haciendo difícil tu existencia?
ELEcTRA. — Con sus manos, con malos tratos y con todo tipo de humillaciones.
ORESTES. — ¿Y no hay quien te socorra y lo impida?
ELEcTRA. — No, por cierto. Pues a quien había, tú me lo has presentado en cenizas.
ORESTES. — ¡Oh desdichada! ¡Cómo te estoy compadeciendo desde hace rato al mirarte!
ELEcTRA. — Eres el único de los mortales, entérate, 1200
que me ha compadecido alguna vez.
ORESTES. — Porque soy el único que he llegado afligido por tus propios males.
ELEcTRA. — ¿No habrás llegado de alguna parte como pariente mío?
ORESTES. — Yo te lo explicarla, si tuviera pruebas de la buena disposición de éstas.
ELEcTRA. — Existe esa buena disposición, de modo que hablarás ante gente fiel.
ORESTES. — Deja, pues, esa urna para que puedas sa- 1205

berlo todo.
ELECTRA. — ¡No me hagas esto, por los dioses, extranjero!
ORESTES. — Obedece a quien te está hablando y no errarás nunca.

ELEcTRA. — ¡No, te lo suplico ~, no me arrebates lo más querido!
ORESTES. — Digo que no lo permitiré. (Se dispone a quitarle la urna.).
1210 ELEcTRA. — ¡Ay, desgraciada de mi, si me veo privada, Orestes, de darte sepultura!
ORESTES. — Di palabras que sean favorables. Pues estás gimiendo sin razón.
ELECTRA. — ¿Cómo voy a llorar sin razón al hermano muerto?
ORESTES. — No te conviene hacer tal afirmación.
ELECTRA. — ¿Tan indigna soy del que está muerto?
1215 ORESTES. — Tú no eres indigna de nadie, pero esto ~ no te corresponde.
ELEcTRA. — Si, siempre que lo que sostengo en las manos sea el cuerpo de Orestes.
ORESTES. — No es de Orestes,. sino que así se ha dispuesto en la ficción.
ELECTRA. — Y ¿dónde está la sepultura de aquel infortunado?
ORESTES. — No existe, pues no es propio de los vivos la sepultura.
ELEcTRA. — ¿Cómo dices, oh hijo w?
1220 ORESTES. — Ninguna falsedad hay en lo que digo.
ELECTRA. — ¿Acaso vive?
ORESTES. — Sí, si es que yo estoy vivo.
ELEcTRA. — ¿Es que eres tú?
ORESTES. — Mirando este anillo de mi padre, podrás saber si digo la verdad.
ELEcTRA. — ¡Oh el día más querido!

58 Literalmente dice «por la mejilla». Era un gesto de súplica que debía ir acompañando a la solemne imprecación.
59 Se refiere a la urna.
60 Cambia el tratamiento, De llamarle «extranjero. pasa a decirle «hijo», que es bastante verosímil, teniendo en cuenta la diferencia de edad.

ORESTES. — El más querido también para mi. 1225
ELEcTRA. — ¡Oh voz! ¿Has venido?
ORESTES. — Ya no te enterarás por otros.
ELEcTRA. — ¿Te tengo en mis brazos?
ORESTES. — Como ojalá me tengas siempre.
ELEcTRA. — ¡Oh amadísimas mujeres, oh ciudadanas! Ved aquí a Orestes, muerto con engaños, pero salvado también con enganos.
CORIFEO. — Lo vemos, ¡ah, hija!, y por este suceso 1230 lágrimas salen gozosas de nuestros ojos.

Estrofa.
ELEcTRA. — Oh vástago, vástago del ser más querido para mí. Has llegado hoy mismo, has encontrado, has 1235 alcanzado, has visto a los que buscabas.
ORESTES. — Estoy aquí, pero aguarda en silencio.
ELEcTRA. — ¿Qué pasa?

ORESTES. — Es mejor callar, no vaya a ser que alguien de los de dentro nos oiga.
ELECTRA. — No, por Ártemis, la siempre virgen, no 1240 consideraré digno temer a esa carga inútil de mujeres que siempre están dentro.
ORESTES. — Ten cuidado, que incluso en las mujeres se encuentra Ares, y tú lo sabes bien por propia experiencia.

ELEcTRA. — ¡Ay, ay! A las claras me has nombrado 1245 nuestra desgracia tal cual es, imposible de suprimir y í2so de olvidar nunca.
ORESTES. — También yo lo sé. Pero cuando podamos hablar con libertad, entonces será la ocasión de recordar estos hechos.

Antistrofa.
ELEcTRA. — Todo el tiempo, todo, me convendría tener para hablar con justicia de ellos. Con dificultad re- 1255 tengo ahora mi boca ya libre.
L.

ORESTES. — Yo también estoy de acuerdo. Y, precisamente por ello, consérvala así.
ELECTRA. — Y ¿qué he de hacer?
ORESTES. — Cuando no haya ocasión, no quieras hablar demasiado.
1260 ELECTRA. — ¿Y quién podría, habiéndote tú presentado, callar así, con dignidad, en lugar de hablar, después de que a ti incomprensible e inesperadamente te he visto?
ORESTES. — Me has visto cuando los dioses me impulsaron a venir.
1265 ELECTRA. — Das a entender una gracia aún mayor que la presente, si una divinidad te trajo a nuestra mo- í~o rada. Yo lo considero como algo sobrenatural.
ORESTES. — Por una parte, no me atrevo a prohibirte que estés alegre; por otra, temo que seas en exceso vencida por tu alegría.

Epodo.
ELECTRA. — ¡Ah! Después de ha&rte dignado mostrarte, así, a mí tras largo tiempo por un gratísímo ca- 1275 mino, y viéndome tan angustiada, no me...
ORESTES. — ¿Qué temes que haga?
ELECTRA. — No me prives del placer de tu persona haciéndome renunciar a ella.
ORESTES. — Ciertamente, me indignaría mucho contra los demás, si viera que lo hacen.
ELECTRA. — ¿Lo prometes?
1280 ORESTES. — ¿Por qué no?
ELECTRA. — ¡Oh amigas, he oído una voz que no hubiera esperado oír! Mantengo —sin un grito— mis im- u~s pulsos al escucharla, infortunada. Ahora te tengo. Has aparecido con un aspecto queridisimo, del cual yo ni en los malos momentos podría olvidarme.
ORESTES. — Suprime lo que es superfluo en tus palabras y no me hagas saber que nuestra madre es malvada, ni que Egisto derrocha los bienes paternos del pala- 1290

cio, echa a perder unas cosas y dilapida otras, porque
esta charla te podría hacer perder la ocasión del mo-
mento. Indicame lo que me convenga en esta situación
ahora presente, dónde, a la vista de todos u ocultos, nos 1295
vamos a librar de los enemigos que en su actual modo
de vida ríen.

Y que no te descubra nuestra madre por la alegría
de tu rostro, cuando nosotros dos6' entremos en pala-
cio, sino que gime como si fuera a causa de la desgracia
falsamente anunciada. Porque, cuando hayamos salido
triunfantes, entonces podremos alegrarnos y reír con 1300
libertad.

ELECTRA. — ¡Oh hermano! Como te sea grato a ti, así
será mi conducta, pues de ti he obtenido mis satisfac-
ciones y no ha sido adquisición mía. No aceptaría con-
seguir yo misma un gran provecho, si tuviera que disgus-
tarte, aunque fuera un poco. No prestaría un buen ser- 1305
vicio a la fortuna que tenemos presente ~. Tú conoces
de qué manera están aquí las cosas, ¿cómo no? Has oído
que Egisto no está en casa y nuestra madre si. En lo que
respecta a ella, no temas en ningún momento que vea
mi rostro ardiente por la sonrisa. Un antiguo odio ha 1310
penetrado en mi, y, puesto que te he visto, no cesaré de
derramar lágrimas de alegría. ¿ Cómo podría no hacerlo
yo, que te he visto en una sola etapa morir y vivir? Tú 1315
me has sorprendido, hasta el punto de que, si mi padre
llegara vivo, ya no lo consideraría un prodigio, sino que
creería estar viéndolo. Puesto que nos has llegado de
esta manera, manda a tu gusto. Yo sola hubiera obteni- 1320
do una de estas dos cosas: o me hubiera puesto a salvo
a mi misma con honra, o hubiera perecido con ella.

61 Orestes y Pílades.
6~ La divinidad que ha traído a Orestes a casa.

L

ORESTES. — Te aconsejo que calles, porque oigo a al-
guien de los de palacio que se dispone a salir.

ELECTRA. — (Cambiando el tono de voz.) Entrad, oh
extranjeros, y con mayor motivo al llevar algo que nin-
1325 guno en palacio rechazaría ni podría alegrarse de reci-
bir 62 biS

(Aparece el Pedagogo.)

PEDAGOGO. — ¡Oh insensatos en sumo grado y priva-
dos de razón! ¿Acaso os cuidáis tan poco de vuestra
vida, o es que no tenéis ningún sentido común cuando
no os dais cuenta de que estáis no cerca de los más
1330 grandes peligros, sino en medio de ellos? Si no hubiera
estado yo desde hace rato vigilando en estas puertas,
vuestros proyectos habrían estado en el palacio antes
que vuestras personas. En cambio, yo de estas cosas he
1335 tenido cuidado. Ahora ya absteneos de largos discursos y
de este interminable clamor acompañado de alegrías, y

presentaos dentro, porque el dilatarlo en estas circuns-
tancias es malo, y es el momento oportuno de poner fin
a esto.
ORESTES. — ¿ Y cómo me encontraré las cosas allí al
entrar yo?
í340 PEDAGOGO. — Bien. Es seguro que ninguno te reco-
nocerá.
ORESTES. — Has comunicado, naturalmente, que yo
he muerto.
PEDAGOGO. — Sábete que, aunque estés aquí, eres uno
de los que habitan en el Hades.
ORESTES. — ¿Se alegran con estas noticias? ¿Qué pa-
labras dicen?
PEDAGOGO. — Terminado nuestro cometido, te lo po-
62 bis Ambiguas palabras de Electra, que se refieren, por una
parte a las supuestas cenizas de Orestes, y por otra, al castigo
que van a recibir los culpables.
dna decir. Tal como están las cosas ahora, lo que se re- 1345
fiere a aquéllos está bien, incluso lo que no es bueno ~.
ELECTRA. — ¿Quién es éste, hermano? ¡Por los dioses,
dímelo!
ORESTES. — ¿No te das cuenta?
ELECTRA. — No lo tengo en la mente.
ORESTES. — ¿No conoces a aquel en cuyas manos me
entregaste un día?
ELECTRA. — ¿A quién? ¿Qué dices?
ORESTES. — En las manos de éste, debido a tu solici- 1350
tud, fui sacado secretamente al país de los Foceos.
ELECTRA. — ¿Acaso es aquel el único a quien encontré
leal entre mucho entonces, con ocasión del asesinato de
mi padre?
ORESTES. — este es, pero no me interrogues con más
palabras.
ELECTRA. — ¡Oh el día más querido! ¡Oh único sal-
vador del palacio de Agamenón! ¿Cómo has llegado? 1355
¿Eres por ventura aquel que nos salvaste a éste y a mi
de muchos padecimientos? ¡Oh manos queridísimas M!
¡Oh tú, que con tus pies nos prestaste un servicio inesti-
mable! ¿Cómo es que estuviste a mi lado sin advertirlo
y no me lo hiciste saber, sino que me matabas con tus 1360
palabras, aunque llevabas los más agradables hechos
para mí? Te saludo, padre, pues me parece estar viendo
a un padre. Te saludo. Sábete que yo en un solo día te
he aborrecido y amado lo más que se puede.
PEDAGOGO. — Me parece que es suficiente. Pues mu- 1365
chos días, al sucederse con sus correspondientes noches,
te revelarán claramente los relatos de lo acaecido des-
de entonces, Electra. Y ahora os digo a vosotros aquí

63 Pasaje poco claro. Jebb interpreta que las condiciones,
en lo que se refiere a Clitemestra y Egisto, son buenas para
ellos, Orestes y Pílades, incluso moralmente buenas.
64 Al mismo tiempo debía cogerle las manos.

presentes que ya es hora de actuar. En este momento,
Clitemestra está sola y no hay dentro ninguno de los
1370 servidores. Si os retrasáis, pensad que os las veréis con
otros más diestros y numerosos que ellos.
ORESTES. — No debe ser ya para nosotros tarea de
largos discursos, Pílades, sino de entrar cuanto antes,

tras inclinarnos a saludar a las imágenes de los dioses
1375 patrios que se encuentran en este atrio.
(Entran en palacio Orestes, Pílades y el Pedagogo.)
ELECTRA. — Soberano Apolo, óyeles propicio y a mí junto a ellos, que en muchas ocasiones te he presentado con mano implorante lo que tenía. Y ahora, oh Apolo
1380 Licio, a partir de lo que tengo te hago la súplica, me arrodillo ante ti, te lo imploro: sé para nosotros resuelto defensor de estas decisiones nuestras y muestra a los hombres los castigos que aplican los dioses por impiedad.
(Entra también en palacio.)

CoRo.
Estrofa.
(Hablando entre ellos.) Ved hacia dónde se extiende
1385 Ares, engendrando sangre inevitable. Acaban de entrar bajo el techo de palacio, vengadores de funestos crímenes, los perros de los que no se puede escapar ~. De modo que ya no espera por mucho tiempo en suspenso
13eo el sueño de mis pensamientos.

Antistrofa.
Es conducido a la casa con paso furtivo, vengador de los muertos, a la habitación en otro tiempo lujosa de su padre, llevando en las manos sangre recién afilada ~.

65 Las Erinias son comparadas con perras que persiguen a los humanos para vengar crímenes de sangre.
66 La sangre que ha ocasionado la muerte de Agamenón por un golpe de hacha bien afilada.
El hijo de Ma ya, Hermes 67, les conduce, ocultando el en- 1395
gaño en la oscuridad, hacia la misma meta y ya no espera.
(Sale Electra.)

Estrofa.
ELECTRA. — Oh queridísimas mujeres, enseguida los hombres cumplirán su misión, pero aguardad en silencío.
CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Qué hacen ahora? i~oo
ELECTRA. — Ella prepara una urna para las ceremonias fúnebres. Ellos dos acechan cerca.
CORIFEO. — Y tú, ¿por qué te has precipitado afuera?
ELECTRA. — Para vigilar que Egisto no entre sin advertirlo nosotros.
CLITEMESTRA. — (Desde el interior.) ¡Ay, ay, techos vacíos de amigos y llenos de quienes hacen perecer! 1405
ELECTRA.— Alguien grita adentro. ¿No ois, oh amigas?
CoRo. — He escuchado gritos espantosos de oír, ¡desdichada!, como para estremecerme.
CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí, desgraciada! Egisto, ¿dónde te encuentras?
ELECTRA. — Escucha, alguien grita una vez más.
CLITEMESTRA. — ¡Oh hijo, hijo! Ten compasión de la 1410
que te dio a luz.
ELECTRA. — Él, sin embargo, no obtuvo compasión de ti, ni el padre que lo engendró.
CORO. — ¡Oh ciudad, oh raza desventurada! Ahora se te acabx~ tu destino, el que ha marcado tus días, se te acaba ~.

67 Hermes es el dios de los caminos y, por eso, gula a Orestes. También va a acompañar a Egisto y Clitemestra al Hades, invocándose así la otra cualidad que se le atribuye de

acompañar a las almas de los muertos. Cf. Filoctetes 133.
68 Es decir, concluye la situación en que ha vivido el palacio desde la muerte de Agamenón.
L

CLITEMESTRA. — ¡Ay, he sido herida!
1415 ELECTRA. — Hiere una segunda vez, si tienes fuerza.
CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí otra vez!
ELECTRA. — ¡Ojalá fuera para Egisto al mismo tiempo!
CoRo. — Las maldiciones se cumplen. Viven los que
1420 yacen bajo tierra. Los que han muerto hace tiempo se cobran la sangre nuevamente derramada de sus matadores.
(Orestes y Pílades salen de palacio.)

Antistrofa.
Ellos están presentes, sus manos ensangrentadas gotean por el sacrificio a Ares. Y no puedo censurarlo.
ELECTRA. — Orestes, ¿cómo estáis?
1425 ORESTES. — Los asuntos de palacio están bien, si Apolo bien profetizó.
ELECTRA. — ¿Ha muerto la miserable?
ORESTES. — Ya no temas que la audacia materna te deshonre nunca.
ELECTRA. ...
CoRo. — Cesad, pues veo claramente a Egisto.
1430 ELECTRA. — ¡Oh hijos! ¿No os iréis atrás?
ORESTES. — Ved a nuestro hombre encima...
ELECTRA. — ... viene alegre desde las afueras de la ciudad.
CoRo. — Entrad al vestíbulo lo más aprisa posible. Ya que habéis resuelto bien lo de antes, hacedlo así también ahora.
1435 ORESTES. — Confía, lo haremos.
ELECTRA. — Según lo has proyectado, apresúrate.

69 Hay una laguna en el texto. Según Erfurdt, faltan tres versos, dos en boca de Electra y otro en boca de Orestes.
70 Falta una parte de las palabras de Orestes y de la contestación de Electra.
ORESTES. — Ya me voy. (Salen Orestes y Pílades.)
ELECTRA. — Lo de aquí es cosa mía.

CoRo. — Al oído convendría hablarle amistosamente algunas palabras a este hombre, para que se precipite 1440 engañado al combate justiciero.
(Entra Egisto en escena.)

EGISTo. — ¿Quién de vosotras sabe dónde están los extranjeros focenses, quienes, según dicen, nos anuncian que Orestes ha perdido la vida en un naufragio hípico?
(A Electra.) A ti te pregunto, sí, a ti, tan audaz en 1445 otro tiempo. Creo que es a ti a la que más te interesa y la que con más conocimiento podrías hablar.
ELECTRA. — Lo sé, ¿cómo no? ¿Podría yo estar indiferente a lo que afecta a mis seres queridos?
EGísTo. — En ese caso, ¿dónde están los extranjeros? 1450 Dímelo.
ELECTRA. — Dentro. Ellos han cumplido con una ama-

ble huéspeda.
EGISTO. — ¿Y anunciaron que está verdaderamente

muerto?
ELECTRA. — No, pero lo demostraron con algo más
que palabras.
EGISTO. — ¿Nos es posible, entonces, saberlo con cer-
teza?
ELECTRA. — Es posible, y también ver el lamentable 1455
espectáculo.
EGISTO. — Contra tu costumbre me anuncias algo que
me alegra mucho.
ELECTRA. — Puedes alegrarte, si ello te resulta alegre.
EGISTo. — Ordeno guardar silencio y abrir las puertas
y que todos los miceneos y argivos lo vean para que, si 1460
alguno de ellos se engrandecía antes, por tener vanas es-
peranzas en este hombre, al ver ahora su cadáver, acep-

te mi rienda y no tenga que ponerse en razón por la
fuerza, al recibir mi castigo.
ELEcTRA. — Lo que se refiere a mí está cumplido 71~
1465 Con el tiempo he obtenido inteligencia como para agra-
dar a los más poderosos.
(Se abren las puert’as de palacio y se muestra un
cuerpo tapado, a cuyos lados están Orestes y Pílades.)
EGISTO. — ¡Oh Zeus, tengo ante los ojos una imagen
fantasmal que no ha sucumbido sin la envidia divina!
Pero si la venganza hace acto de presencia no hablo.
Descorred del todo el velo del rostro para que, como pa-
riente, reciba cantos fúnebres también de mi parte.
1470 ORESTES. — Levántalo tú mismo. No es cosa mla sino
tuya el mirar estos restos y saludarlos con afecto.
EGISTO. — Me das un buen consejo y lo seguiré. Y tú
(a Electra), si Clitemestra está por alguna parte de la
casa, llámala.
ORESTES. — Está cerca de ti. No mires por otro lado.
1475 EGISTO. — ¡Ay de mí! ¡Qué veo!
OREsTES. — ¿A quién temes? ¿A quién no reconoces?
EGIsTo. — ¿En las redes de qué personas he caldo,
infortunado de mí?
ORESTEs. — ¿No te has dado cuenta de que, desde
hace rato, te estás dirigiendo a vivos como si estuvieran
muertos?
í480 EGISTO. — ¡Ay, he comprendido lo que dices! Es im-
posible que sea otro que Orestes el que me ha hablado.
O1~nSTas. — ¿Y siendo excelente adivino has estado
engafiado tanto tiempo?
EGISTO. — ¡Estoy perdido, desgraciado! Pero pernil-
teme hablar, aunque sea un momento.
1485 ELECTRA. — No le dejes decir más, por los dioses, her-
71 Su parte en el plan de venganza de Egisto está ya cum-
pudo.
mano, ni que se extienda en el relato. Pues, ¿qué pro-
vecho podría sacar de la demora una persona que, en-
vuelta en crímenes, va a morir? Por el contrario, mátalo
cuanto antes y, tras hacerlo, entrégalo a los sepulture-
ros ~, que es justo que tenga, fuera de nuestra vista.
asta sería para mi la única liberación de las desgracias 1490
que me vienen de antaño.

ORESTES. — Entra deprisa. Pues no porfiamos por palabras, sino por tu vida.

EGISTo. — ¿Por qué me conduces a palacio? ¿Cómo, si es ésta una acción noble, se necesita la oscuridad y no estás listo para matarme?

ORESTES. — No des órdenes y avanza adonde mataste 1495 a mi padre, para que mueras en el mismo lugar ~

EcísTo. — ¿ Existe tanta necesidad de que este techo contemple las desgracias de los Pelópidas, las presentes y las que se avecinan?

ORESTES. — Por lo menos las tuyas. Yo soy un excelente adivino para ti de éstas.

EGIsTO. — Te jactas de un arte que no te viene por uau línea paterna ~.

OaasTES. — Mucho replicas y el viaje se retarda, así que camina.

EGísTo. — Sirveme de guía.

ORESTES. — Tú eres el que debes marchar delante.

EGísTo. — ¿Para que no huya de ti?

ORESTES. — Para que no mueras de forma que te complazca. Tengo que cuidarme de que te sea amargo.

72 Los perros y buitres. Lugar común de la literatura griega que encontramos desde Homero.

~‘3 En el mégaron del palacio. Idéntica expresión que en las Coéf oras de EsQuiLo, y. 904, refirléndose a Clitemestra, a la que hace ir al mismo lugar donde ha caldo Egisto.

74 Agamenón no supo adivinar el destino que le aguardaba, al regresar a Micenas.

i505 Sería preciso que esta justicia fuese inmediata para el que quisiera transgredir las leyes: la muerte. Así el malvado no abundaría tanto.

CoRo. — ¡Oh linaje de Atreo! ¡Cuánto has padecido hasta llegar a duras penas a la libertad conseguida con el actual esfuerzo!

L

INTRODUCCIÓN

Volvemos con esta obra — llevada a escena de forma póstuma, en el año 401 — al ciclo tebano, a los acontecimientos posteriores a la salida de Edipo de Tebas, ya ciego (ver Edipo rey). Edipo, acompañado de su hija Antígona, llega a la localidad de Colono, cercana a Atenas. Sin saberlo, se encuentran en un recinto dedicado a las Euménides (diosas subterráneas, vengadoras de crímenes de sangre), y un habitante de Colono les invita a que abandonen el lugar. Ante la negativa de Edipo, llegan los ancianos de Colono (que constituyen el coro), que al enterarse de su identidad tratan sin éxito de alejarlo de allí; el asunto queda pues en manos de Teseo, rey de Atenas, al que se va a llamar para que comparezca y decida qué hacer con el desdichado.

En esto llega al lugar otra de las hijas de Edipo, Ismene, que pone en conocimiento de los presentes la situación en Tebas: Eteocles se ha hecho con el control de la ciudad y su hermano Polinices se apresta a reclutar gente en Argos para tomarla por la fuerza; el oráculo de Delfos ha declarado que la victoria sonreirá a aquel de cuyo lado esté el propio Edipo, por lo que Creonte — que está del lado de Eteocles— ha salido en su busca para apoderarse de él. Llega el rey Teseo, que se compromete a proteger al desvalido y suplicante Edipo.

Aparece en escena Creonte con soldados, y para forzar la situación hace que aquéllos se lleven a Antígona e Ismene; trata de apoderarse de Edipo, pero la intervención de Teseo lo impide, y Creonte tiene que devolver a las muchachas y marcharse con las manos vacías. Lo mismo le va a ocurrir poco después a Polinices, que no consigue sus propósitos y además recibe de labios de su padre terribles maldiciones. Los truenos —señal de Zeus— anuncian a Edipo que su hora ha llegado; en compañía de Teseo se adentra en la espesura del bosque de las Euménides y desaparece para siempre. Su sepultura habrá de

traer grandes beneficios a la tierra de Atenas.

Esta tragedia constituye una singular continuación del Edipo rey, y, lo mismo que en ella, el personaje de Edipo la domina de principio a fin; sólo que ahora el personaje antes maldito aparece como un elegido de los dioses, llamado a convertirse en un héroe benefactor del Ática. La estructura dramática no da la sensación de perfección y rotundidad de obras anteriores, pero ello se ve ampliamente compensado por el tono lírico y crepuscular que planea sobre la obra, reflejo sin duda de la inminencia de la muerte del propio Sófocles (que la escribió con noventa años), y que ha llevado a compararla repetidamente con La tempestad de Shakespeare.

1

ARGUMENTO

El Edipo en Colono está en cierto modo relacionado con el Edipo rey. En efecto, tras salir exiliado de su patria, Edipo, que ya es un anciano, llega a Atenas guiado por su hija Antígona, pues las hijas sentían por su padre un amor más tierno que los hijos varones. Llega a Atenas para morir junto a las diosas llamadas Venerables según le había predicho la Pitia, como él mismo nos cuenta. En primer lugar, unos ancianos del lugar, de los que está compuesto el Coro, enterados, acuden y dialogan con él. A continuación, Ismene se presenta y anuncia la rivalidad de los hijos y la inminente llegada de Creonte ante él. Éste se presenta luego y quiere llevarse a Edipo, pero se vuelve por donde ha venido sin lograrlo. Tras referir Edipo el oráculo a Teseo, termina así su vida entre las diosas.

La obra es admirable. La hizo Sófocles cuando ya era un anciano, ganándose el favor tanto de su patria como de su propio demo, pues él era de Colono, por hacer a su demo famoso y, por otra parte, por complacer a los atenienses la mayoría de las palabras con las que Edipo da a entender que ellos serían inexpugnables y que vencerían a los enemigos, anunciando de antemano que estarían en pugna con los tebanos alguna vez y los derrotarían, según los oráculos, a causa de su sepultura.

L

La escena de la obra se sitúa en el Ática, en Colono, la protectora de jinetes, junto al templo de las augustas diosas. El Coro está compuesto por varones atenienses. El prólogo lo presenta Edipo.

II

OTRO ARGUMENTO

El Edipo en Colono lo presentó en escena, tras la muerte de su abuelo, su nieto Sófocles, hijo de Aristón, durante el arcontado de Micón, que es el cuarto arconte después de Calias (0!. 93, 3), en cuyo tiempo dicen la mayoría que murió Sófocles. Esto es evidente porque Aristófanes en Las Ranas hace subir a tierra a los trágicos en tiempos de Calias y por otra parte Frínico en Las Musas (1 379 K.), que es coetánea de Las Ranas, dice así:

Feliz Sófocles que murió después de haber vivido mucho tiempo, bienaventurado varón y hábil, pues compuso muchas y hermosas tragedias y tuvo una buena muerte sin haber soportado ningún mal.»

La obra se sitúa en Colono, llamada de los Jinetes. Existe también otra Colono de los Comerciantes, junto al Eurisacio, en la cual se contrataban los mercenarios hasta el punto de que incluso se ha transmitido el proverbio para los que pierden las ocasiones (App. Prov. IV 49).

<Llegaste tarde, pero ve a Colono.»

Las dos Colonos las recuerda Ferécrates en su Pétale (1 184, K.) con estas palabras:

<¡Eh, tú! ¿De dónde vienes? A Colono me dirijo, no a la de los Comerciantes, sino a la de los Jinetes.»

III

ARGUMENTO EN VERSO DE LA OBRA ANUNCIADA
O EDIPO EN COWNO

Llegó de Tebas Antígona, sirviendo de gula a su padre, ciego, nacido de la misma desdichada madre, a la tierra cecropia y a los campos de Deméter, y se sentó en el recinto sagrado de las Venerables Diosas. Cuando Creonte llegó de Tebas con amenazas, Teseo le retuvo por la fuerza de sus honestos brazos. Dijo que traía noticia cierta de oráculos de Febo, según los cuales el anciano decidiría el triunfo de esta guerra. De Argos llegó como suplicante de los dioses el valiente Polinices contra el que su padre lanzó terribles maldiciones. Las Moiras inevitables condujeron el espíritu, que había vivido largo tiempo reducido a esclavitud, junto a Colono, protectora de Jinetes. Mientras el hijo de Egeo era guardián de las predicciones de Hécate, entre terremotos y relámpagos, desapareció el anciano.

Iv

ARGUMENTO DE SALUSTIO, HIJO DE PITÁGORAS

Conocemos todo lo que ocurre en el otro Edipo relacionado con Edipo. En efecto está ciego y llega al Atica guiado por una de sus hijas, Antígona. Está en el recinto sagrado de las Venerables (Erinias), que se encuentra en la llamada Colono de los Jinetes, denominada así ya que también existe un templo de Posidón, el del caballo, y de Prometeo, y ya que allí se detienen los que cuidan de los mulos. Pito le había profetizado que allí

debía él recibir sepultura. En un lugar que no está per-

mitido para nadie, allí se sienta. Y enseguida lo que va a ocurrir en el argumento se le viene encima. Pues uno de los hombres de allí lo ve y corre a anunciar que alguien está sentado en ese lugar. Llegan los que habitan en la región formando el Coro para enterarse de todo. Es el primero en hacer cesar el viaje y en dialogar con la hija. Es extraordinaria la disposición del conjunto en la obra, casi como la de ninguna otra.
lii

PERSONAJES

EDIPO.
ANTÍGONA.
EXTRANJERO.
CoRo de ancianos atenienses.
ISMENE.

TESEO.
CREO NTE.
PoLINIcES.
MENSAJERO.

(La escena tiene lugar ante un bosque consagrado a las Euménides. A alguna distancia, la estatuta dedicada a Colono, héroe epónimo del pueblo. Al fondo se ve la ciudad de Atenas. Por el camino entra el anciano Edipo guiado por su hija Antígona.)

EDIPO. — Antígona, hija de un anciano ciego, ¿a qué región hemos llegado o de qué hombres es este país? ¿Quién acogerá en el día de hoy con míseros dones al errabundo Edipo, que exige poco y recibe aún menos? 5 Sin embargo, esto me basta. Los sufrimientos y el largo tiempo que hace que los soporto me enseñan a ser pa-

ciente, y, en tercer lugar, la nobleza de ánimo. Pero, hija
mía, si ves algún lugar para sentarme, sea en un sitio pú- 10
blico o junto a un recinto de los dioses, detenme y aco-
módame en él para que nos informemos de dónde nos
encontramos. Forasteros como somos, hemos llegado
para aprender de los ciudadanos y para cumplir lo que
oigamos.

ANTÍGONA. — Edipo, desgraciado padre mío, según
tengo a mi vista, hay unas torres allí delante que coro 15
nan una ciudad. este es un lugar sagrado por lo que se
puede claramente adivinar: está lleno de laurel, olivos
y viñas y, dentro de él, los ruiseñores en compactas ban-
dadas hacen oir hermosos trinos. Descansa aquí tu cuer-
po sobre esta áspera roca, porque has realizado un viaje 20
largo para un anciano.

EDIPO. — Siéntame y cuida de este ciego.

ANTÍGONA. — No tengo que aprender a hacerlo, debido
al largo tiempo que vengo haciéndolo.

EDIPO. — ¿ Puedes decirme ya dónde nos encontra-
mos?

ANTÍGONA. — En verdad sé que en Atenas, aunque no
sé en qué región.

25 EDIPo. — Al menos eso es lo que todos los viajeros
nos han dicho.

ANTÍGONA. — ¿Voy a alguna parte a informarme de
qué lugar es?

EDIPO. — Sí, hija, si es que es un lugar habitable.

ANTÍGONA. — Está habitado. Creo que no hay que ha-
cer nada. Pues veo cerca de nosotros a un hombre.

30 EDIPO. — ¿Se dispone a acercarse aquí?

(Aparece en escena un habitante de Colono dando
rápidos pasos.)

ANTÍGONA. — Ya está a nuestro lado. Dile lo que te
parezca oportuno, pues aquí está el hombre.

EDIPO. — ¡Oh extranjero!, he oído a ésta, que ve por
mí y por ella misma, que has llegado como un observa-
35 dor oportuno para nosotros, para decimos lo que des-
conocemos...

EXTRANJERO. — Antes de que te informes de más co-
sas, sal de este lugar. Pues ocupas un sitio en el que no
es piadoso poner los pies.

EDIPO. — ¿Qué lugar es? ¿A cuál de los dioses se
considera que pertenece?

EXTRANJERO. — Es un lugar sagrado y ~o habitable.
40 Lo poseen las temibles diosas hijas de la Tierra y de lo
Oscuro 1

EDIPO. — ¿Y con qué venerable nombre podría invo-
carías, si puedo saberlo?

1 Las Erinias, llamadas también Euménides. En Esouno (Eu-
ménides, 804-7), Atenea les promete que tendrán una gruta dedi-
cada a ellas en esta tierra. Estas divinidades son fuerzas primi-
tivas que no reconocen la autoridad de los dioses olfmpicos. Su
intervención en las tragedias es muy frecuente, castigando, ven-
gadoras, a quien ha cometido un crimen de sangre.

EXTRANJERO. — La gente de aquí dice que ellas son
las Euménides, que todo lo ven, pero otros epítetos tie-
nen en otros sitios.

EDIPO. — Pues bien, acojan con benevolencia al suplicante, porque no voy a abandonar ya este sitio. 45
EXTRANJERO. — ¿Qué significa eso?
EDIPO. — La señal de mi destino.
EXTRANJERO. — No tengo la osadía de hacerte salir sin el consentimiento de la ciudad, antes de informarle de tus intenciones.
EDIPO. — ¡Por los dioses, oh extranjero, no me consideres indigno a mi, un vagabundo cual soy, de infor- 50 marme sobre lo que te pregunto!
EXTRANJERO. — Házmelo saber, que a mis ojos por lo menos no serás indigno.
EDIPO. — ¿Cuál es el lugar en el que nos encontramos?
EXTRANJERO. — De todo cuanto yo sé te enterarás también tú si me escuchas. Este lugar, todo él, es sagrado. El venerable Posidón es su dueño y en él está el ss dios portador del fuego, el titán Prometeo. El sitio que estás pisando es llamado el «umbral broncíneo» de este país, «bastión de Atenas» 2~ Los campos cercanos se ufanan de que este jinete de aquí, Colono (señalando la estatua ecuestre del héroe), es su fundador y todos líe- 60 van en común su nombre, siendo así designados. Tales son las cosas, oh extranjero, no honradas por leyendas ~, sino más bien al frecuentarías cada día.
EDIPO. — ¿Hay habitantes en estos lugares?

2 Con este nombre parece que se designaba un subterráneo cuya abertura estaba en Colono y que llegaba hasta la entrada de Atenas. El bronce formaba parte de la composición geológica de la roca en que estaba excavado.
3 Colono no es un héroe digno de ser cantado en poemas, pero los ciudadanos de este demo estaban orgullosos de su héroe y de sus lugares sagrados.

65 EXTRANJERO. — Por supuesto que sí, llamados con el sobrenombre de este dios ~.
Eoípo. — ¿Les gobierna alguien o la palabra está en poder del pueblo?
EXTRANJERO. — Están gobernados por el rey de la ciudad.
EDIPO. — ¿Y quién es el que manda por la palabra tanto como por la fuerza?
EXTRANJERO. — Teseo es llamado, hijo del que reinó anteriormente, de Egeo ~.
70 EDIPo. — ¿Alguien de vosotros podría llegarse junto a él como enviado mío?
EXTRANJERO. — ¿Con qué objeto? ¿Para hablarle o para disponer su venida?
EDIPO. — Para que, ayudándome en bien poco, obtenga gran provecho.
EXTRANJERO. — Y ¿qué utilidad puede venir de un hombre que no ve?
EDIPO. — Todo cuanto diga lo diré porque lo veo claramente.
75 EXTRANJERO. — ¿Sabes, extranjero, cómo no equivocarte ahora? Si es que eres noble, como lo pareces para quien te ve —excepto en la fortuna—, permanece ahí donde te me mostraste mientras yo voy a contar estas

cosas a los hombres de este pueblo de aquí, no a los de

~ Se designa con el término genérico de theós a aquellos que reciben honores divinos. Esto ocurre con Colono, y lo sabemos también de Anfión y Zeto, héroes tebanos (ARIsTÓFANES, Acarrnenses 905) y de Academo (~uPoLís, fr. 3).

5 Teseo es el mítico rey de Atenas. Aqui nos lo presenta Sófocles al final de su vida y encarnando todas las virtudes que él reconoce en el pueblo ateniense: humanidad, lealtad y hospitalidad, entre otras. Es un hermoso homenaje a Atenas que, si bien no falta en ninguna tragedia, aquí tiene su más importante manifestación. Este mismo tema de alabanza a Atenas lo encontramos en las Suplicantes y en Heracles, de Eualpmas.

la ciudad. Ellos serán quienes decidan si debes quedarte w
o continuar tu camino de nuevo.

(Sale el colonense.)

EDIPO. — Hija mía, ¿se ha ido nuestro extranjero?

ANTÍGONA. — Se ha ido, de modo que puedes hablar tranquilamente, padre, porque sólo yo estoy cerca de ti.

EDIPO. — ¡Oh soberanas de terrible rostro 6! Ya que me he sentado en este recinto vuestro, el primero en 85 esta tierra, no seáis insensibles con Febo y conmigo. ~l, cuando anunció aquel cúmulo de desgracias, me habló de este descanso al cabo de mucho tiempo, cuando llegara a una región extrema donde encontraría un asiento go y un hospedaje en las venerables diosas. Que allí llegaría el término de mi desdichada vida y que, una vez instalado, aportaría ganancias a los que me habían acogido, pero infortunio a los que me arrojaron y despidieron. Y me dijo que como garantía de ello llegarían señales, un seísmo, un trueno o el rayo de Zeus. 95

Ahora me doy cuenta que no pudo ser sino un certero auspicio vuestro el que me condujo por ese camino hasta este recinto. En otro caso, nunca me hubiera encontrado en mi marcha con vosotras las primeras, yo sao que me abstengo de vino con vosotras que tampoco bebéis ~, y no hubiera tomado asiento sobre este venerable pedestal sin desbastar.

Así que, diosas, según los oráculos de Apolo concedme ya el término de mi vida, un desenlace, si no os parezco indigno, yo que soy siervo de las mayores mise- 105 rias de los humanos. ¡Ea, oh dulces hijas de la ancestral Oscuridad! ¡Ea, oh Atenas, la ciudad más honrada de todas, que tomas el nombre de la gran Palas! Compade-

6 Erinias, genios alados de cabellos entremezclados con serpientes.

A las Erinias no se les ofrecía libaciones con vino, sino que consistían en agua y miel mezcladas (Esou¡Lo, Eunzénides 107, 727). Otra alusión en la misma obra aparece en los Vv. 159-60.

110 ceos de esta infeliz figura que fue Edipo; pues ciertamente no es éste mi antiguo aspecto.

ANTÍGONA. — Calía. He aquí que se acercan unos ancianos para examinar dónde te has sentado.

EDIPO. — Callaré, y tú ocúltame en el bosque; guía 115 mis pasos fuera del camino hasta que me entere de qué es lo que dicen; porque de enterarnos depende la precaución de nuestras acciones.

(Se ocultan ambos en el bosque. Entran los ancianos de Colono que forman el Coro. Van dialogando por gru-

pos.)

CoRo.

Estrofa l.a

Atiende. ¿Quién era? ¿Dónde se encuentra? ¿Adónde
120 se ha alejado, fuera del lugar, el más osado de todos,
sí, de todos? Mira, acéchalo, insiste en preguntar por to-
das partes.

Algún vagabundo, algún vagabundo será el anciano,
125 no del país. Pues nunca hubiera pisado el sagrado recin-
to de las invencibles doncellas ante las que, sólo con
130 llamarlas, temblamos y pasamos por delante sin mirar,
sin hablar, en silencio, soltando los labios en devota me-
ditación. Y ahora nos llega la noticia de que alguien que
135 nada las respeta ha llegado; al cual yo, a pesar de que
miro por todo el bosque, aún no sé dónde se esconde.

(Edipo y Antígona salen del bosque.)

EDIPO. — Yo soy ése. Veo por la voz, como suele de-
cirse.

UO CORIFEO. — ¡Ah, ah, terrible de ver, terrible de oír!

EDIPO. — No me miréis como a un malvado, os lo su-
plico.

CORIFEO. — Zeus protector, ¿quién puede ser el an-
ciano?

EDIPO. — Alguien que no es el primero en ser con-
145 siderado feliz por su destino, oh vosotros, vigilantes de
esta tierra. Y lo puedo evidenciar, pues no me arrastra-
rla así, con ojos ajenos, ni me apoyaría, mayor como
soy, en quienes son pequeños.

Antistrofa 1.a

CORIFEO. — ¡Oh, oh! ¿Eres desgraciado por los ojos 150
sin vista desde nacimiento? Por lo que se puede conje-
turar, lo eres desde hace tiempo. Pero en verdad, si está
en mi mano, no añadirás sobre ti estas maldiciones 8•

Has penetrado, sí, has penetrado ya, pero en este 155
mudo bosque herboso no vayas más adelante, allí donde
una crátera llena de agua se mezcla con la corriente de íw
dulces aguas. De esto, infeliz extranjero, guárdate bien,
apártate, aléjate. Un largo camino nos separa. ¿Escu- 165
chas, desdichado vagabundo? Si tienes algo que replicar
a mis palabras, sal de los lugares sagrados, habla donde
está permitido a todos. Antes, abstente de hacerlo.

EDIPO. — Hija, ¿qué puedo hacer en mi preocupa- 170
ción?

ANTÍGONA. — Padre, es preciso que practiquemos las
mismas costumbres que los ciudadanos, cediendo en lo

que sea preciso y obedeciendo.

EDIPO. — Cógeme, pues.

ANTÍGONA. — Ya te sujeto.

EDIPO. — Extranjeros, no sea yo agraviado. Os hago 175
caso y cambio de lugar.

Estrofa 2.a

CORIFEO. — Nunca, anciano, te sacará nadie de esos
sitios9 contra tu voluntad.

(Edipo, conducido por Antígona, avanza hacia ade-
lante.)

EDIPO. — ¿Aún más?

8 Las que recaen en el que profana el recinto sagrado.

9 El corifeo señala, con un gesto, el lugar al que se refiere,
para que Antígona lo deposite allí.

CoRo. — Adelántate todavía.
EDIPO. — (Dando otro paso.) ¿Todavía?
180 CoRo. — (A Antígona.) Hazle avanzar unos pasos, muchacha, tú que ves.
ANTÍGONA. — Sigueme, sígueme, así, con tus pies que se mueven a ciegas, padre, por donde yo te lleve.
EDIPO. — ... 10
185 CORO. — Extranjero en tierra extraña, resígnate, desventurado, a detestar lo que también la ciudad ha fijado como hostil y a respetar lo que estima.
EDIPO. — Llévame tú, hija, adonde, practicando la pie-
190 dad, podamos hablar y escuchar y no tengamos que 1w
char contra la necesidad.

Antistrofa 2.8
CORIFEO. — Aquí 1~, y no apartes el pie fuera de esta grada que forma la roca misma.
EDIPo. — ¿Así?
CoRo. — Ya es bastante, según estás escuchando.
195 EDIPo. — ¿Me siento?
CoRo. — Sí, de medio lado, en el borde de la roca, con las rodillas dobladas hacia abajo.
ANTÍGONA. — Esto es mi cometido, padre. Acopla tu paso en tranquilo movimiento...
EDIPO. — ¡Ay de mi!
200 ANTÍGONA. — ... reclinando tu anciano cuerpo en mí solícito brazo.
EDIPO. — ¡Ah, adverso destino!
CoRo. — Desdichado, ya que ahora estás sosegado,
2o5 háblame. ¿Quién eres? ¿Quién, tú, que, con tanta des-

10 Hay una laguna en el texto de cinco versos. Dos en boca de Edipo, dos en la de Antígona y otro más en la de Edipo, según la edición de A. C. Pearson que seguimos.
11 Edipo ha avanzado hacia el borde de la gruta sagrada. Allí hay una roca que forma una especie de asiento en el que se instala.
gracia encima, eres conducido? ¿Podría saber qué país es el tuyo?
EDIPO. — ¡Oh extranjero! No tengo patria, pero no...
CoRo. — ¿Qué es lo que nos prohíbes, anciano?
EDIPO. — No, no me preguntes quién soy ni trates de 210 averiguar más.
CORO. — ¿Qué significa esto?
EDIPO. — Un terrible origen. -
CORO. — Habla.
EDIPO. — (A Antígona.) Hija, ¡ay de mí! ¿Qué voy a decir?
CoRo. — ¿De quién desciendes, extranjero, dime, por 215 vía paterna?
EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿Qué me va a suceder, hija mía?
ANTÍGONA. — Habla, ya que has llegado al extremo 12•
EDIPO. — En ese caso hablaré, pues no puedo disimular.
CoRo. — Os estáis demorando mucho. ¡Ea, date prisal
Eoípo. — ¿Conocéis a un hijo de Layo?
CoRo.—¡Ay!
EDIPO. — ¿La estirpe de los Labdácidas?

CoRo. — ¡Oh Zeus!
EDIPO. — ¿Al desventurado Edipo?
CoRo.—¿Eres tú ése?
EDIPO. — No tengáis miedo de mis palabras.
CoRo. — ¡Oh, oh, oh!
EDIPO. — ¡Desdichado!
CoRo. — ¡Oh, oh!
EDIPO. — Hija, ¿qué vamos a encontrarnos ahora?
CoRo. — ¡Fuera, marchaos lejos de esta tierra!
EDIPO. — ¿Cumplirás lo que prometiste?

12 Es una expresión ambigua. No podemos saber si se refiere a que ha llegado al final de su vida, o a que está acorralado y sin otra escapatoria.

II

220

225

CoRo. — A nadie le llega un castigo fatal por el hecho ~o de vengar cosas que antes uno ya ha experimentado 13~ El engaño que se corresponde con otro engaño propor- ciona sufrimientos, que no beneficios. Tú vuélvete lejos ~s de este lugar, vete rápidamente. fuera de mi país, no sea que añadas a mi ciudad una carga más.

(Antígona se interpone entre Edipo y el Coro.)

ANTÍGONA. — ¡Extranjeros de piadosos sentimientos!
240 Ya que a mi anciano padre no soportáis por haber oído el relato de involuntarios actos, compadeceos al menos de mí, infortunada, os lo suplico. Yo lo imploro por mi
245 padre abandonadó; os suplico mirando a vuestro rostro con ojos que no son ciegos 14 —como si se mostrara al- guien de vuestra misma sangre—, que este desdichado obtenga vuestra consideración.

Estamos en vuestras manos con nuestras miserias como en las de la divinidad. ¡Ea, pues!, concedednos esta
250 inesperada merced. (Dirigiéndose al corifeo.) Te lo su- plico por lo que te sea grato, hijos, mujer, negocio o dios. Pues site fijas, no podrás ver a ningún mortal que pueda escapar cuando una divinidad le guía.
255 Co~í~o. — Entérate, hija de Edipo, de que a ti y a él os compadecemos por igual a causa de la desgracia vues- tra. Pero por temor a los designios de los dioses no nos sentimos con fuerzas de añadir más a lo que acabamos de decir.

EDIPO. — ¿Qué utilidad, pues, reporta la gloria o
260 buena fama en vano extendida, si dicen que Atenas es la

13 Es decir, no le amenaza ningún castigo al que se venga

con sufrimientos de quien antes los ha producido en los demás, dice el Coro para justificarse.

14 Antígona se compara con las hijas de los ancianos del Coro, para conmover sus sentimientos paternales y ablandarles en sus decisiones, así como para atenuar la impresión de horror que les produce la contemplación de los ojos mutilados del anciano Edipo.

más piadosa y que sólo ella protege al extranjero maltratado y es la única que puede socorrerle? Por lo menos en mi caso, ¿dónde está esa fama si vosotros, tras levantarme de este asiento, me expulsáis sólo por temor a mi 265 nombre? No teméis, ciertamente, mi persona ni mis acciones, ya que éstas las he padecido más que cometido —si es que fuera conveniente hablaros de mis relaciones con mi padre y mi madre a causa de las cuales sentís temor ante mí—. Lo sé bien.

Sin embargo, ¿cómo voy a ser un malvado por natu- 270 raleza, yo que devolví lo que había sufrido ~ de suerte que, aun si lo hubiera hecho conscientemente, ni en ese caso hubiera llegado a ser un malvado? Y luego, sin saber nada, llegué adonde llegué y estoy perdido por obra de aquellos que, sabiéndolo, me hicieron sufrir'6

Por ello os suplico, extranjeros, por los dioses, que 275 así como me habéis hecho levantar, me salvéis y que, si honráis a los dioses, no les deneguéis luego su parte. Considerad que ellos miran al mortal que es piadoso, pero miran también a los que no lo son, y que ningún 280 hombre entre los mortales que fuera impío ha escapado aun.

Con su ayuda no empañes la dicha de Atenas colaborando en acciones sacrílegas. Antes bien, tal como me acogiste suplicante bajo promesa, protégeme y guárda- 285 me. No me desdeñes al ver mi espantoso rostro. Pues he llegado protegido por la divinidad y piadoso, trayendo un provecho para los ciudadanos de aquí. Cuando el que tiene autoridad esté presente, quienquiera que sea vuestro jefe, entonces te enterarás de todo al oírlo. En- 290 tretanto, de ningún modo seas ruin ~

15 Edipo recuerda que, antes de atacar él al anciano Layo, habla sido golpeado por éste. (Edipo Rey 806-12.)

16 Cuando le clavaron los tobillos y le llevaron al Citerón.

17 Obsérvese que Edipo, en su discurso, tan pronto se dirige en plural a todo el Coro como en singular al corifeo.

CORIFEO. — Tus exhortaciones me tienen que turbar a la fuerza, anciano, pues no las has expresado con pa- 295 labras triviales. Me basta que decidan en esto los soberanos de esta tierra.

EDIPo. — ¿Dónde está el que manda en este país, extranjero?

CORIFEO. — Habita en la ciudad de su padre dentro de la región. El centinela que también a mí me hizo venir aquí ha ido a buscarle.

EDIPO. — ¿Y creéis que tendrá alguna consideración 300 e interés por este ciego como para que él en persona se acerque?

CoRIFEo. — Desde luego que si, cuando conozca tu nombre.

EDIPO. — ¿Quién es el que le comunicará esta noticia?
CORIFEO. — El camino es largo 18, pero las palabras de los viajeros con mucha frecuencia suelen andar
305 errantes, y cuando aquél las oiga se presentará, ten confianza. Tu nombre, anciano, ha llegado a todas las regiones de modo que, aunque esté descansando, sin ganas de moverse, cuando oiga hablar de ti vendrá rápidamente.
EDIPO. — ¡Que llegue en buena hora para su propia ciudad y para mí! Pues, ¿qué hombre generoso no es amigo de sí mismo?
310 ANTÍGONA. — ¡Oh Zeus! ¿Qué puedo decir? ¿Qué con-

clusión voy a sacar, padre?
E~ípo. — ¿Qué pasa, Antígona, hija mía?
ANTÍGONA. — Veo que una mujer se acerca a nosotros. Viene sobre una yegua del Etna ~9. En su cabeza un

18 Entre Colono y Atenas hay cerca de dos kilómetros. Actualmente es un barrio de la capital, el Dipion.
'~ Los caballos y mulos sicilianos eran famosos. Ismene probablemente ~o -entraba con la yegua en la escena.
gorro tesalio que protege del sol le cubre el rostro.
¿Qué digo? ¿Es o no es? ¿No me engaña mi juicio? 315

Afirmo y niego y no sé qué decir, ¡infeliz! ¡No es otra!
Me saluda con radiante mirada mientras se acerca. Ello 320
indica que este rostro querido no es otro que el de Ismene.
EDIPO. — ¿Cómo dices, oh hija?
ANTÍGONA. — Que veo a tu hija, a mi hermana. Enseguida podrás conocerla por la voz.
(Entra Ismene con un esclavo.)
ISMENE. — ¡Oh padre y hermana, las dos palabras 325
más dulces para mí! ¡Tras encontraros con dificultad, ahora apenas os puedo ver por causa de la tristeza!
EDIPO. — Hija mía, ¿has llegado?
ISMENE. — ¡Oh padre, penosa visión!
EDIPO. — ¡Hija, has aparecido!
ISMENE. — No sin esfuerzo para mi.
EDIPO. — ¡Tócame, oh hija!
ISMENE. — Os abrazo a los dos a la vez.
EDIPO. — ¡Oh hijas de la misma sangre!
ISMENE. — ¡Oh vidas terriblemente desgraciadas!
330
EDIPO. — ¿La de ésta y la mía?
ISMENE. — Y la mía en tercer lugar, también desdichada.
EDIPO. — Hija, ¿por qué has venido?
ISMENE. — Por atención a ti, padre.
EDIPO. — ¿Acaso porque sentías nostalgia?
ISMENE. — Si y para ser portadora de noticias por mí misma junto con este servidor, el único que permanecía fiel.
EDIPO. — Y tus hermanos, ¿en qué se ocupan los j& 335
yenes?

ISMENE. — Están donde están ~. Terrible es la situación entre ellos ahora.

EDIPO. — ¡Ah, cuán de cerca se adaptan esos dos,
en su natural y en sus géneros de vida, a las costumbres
340 que existen en Egipto! 2I~ En efecto, allí los varones se
quedan sentados en sus casas tejiendo, mientras que
las esposas, siempre fuera de la vivienda, preparan los
recursos de vida. En nuestro caso, hijas mías, quienes
era natural que se ocuparan de estas cosas están en
casa, guardándola como si fueran muchachas, mientras
que vosotras dos en lugar de ellos sois quienes sopor-
345 táis las desgracias de este miserable; la una, desde que
dejó de necesitar el cuidado propio de la niñez y for-
taleció su cuerpo, anda siempre errante, la infeliz, con-
migo, sirviendo de guía a un anciano, vagando unas ve-
ces por el agreste bosque sin alimento y descalza, y
350 otras padeciendo bajo frecuentes lluvias o bajo los ar-
dientes calores del sol, ¡infortunada! Piensa que son
secundarias las ventajas de la estancia en casa si su pa-
dre tiene alimento. Y en cuanto a ti, oh hija, antes ya
llegaste junto a tu padre a escondidas de los cadmeos
355 trayendo todos los oráculos ~ que fueron vaticinados

~ Un vago eufemismo para ocultar la situación de tensión
que hay entre ambos, situación que aún ignora Edipo.

21 Se ha sospechado la autenticidad de este pasaje (337-341),
coincidente con HERóDOTO (Hist. II 35), acerca de las costum-
bres de los egipcios. Pero también puede ser un homenaje a
Heródoto, contemporáneo y amigo.

~ Se trata de oráculos sobre Edipo, dados a los tebanos des-
pués de que él abandonara Tebas, y de los que en ningún otro
sitio se hace mención. Según la interpretación de Jebb, estos
oráculos son una invención literaria para justificar una conducta
piadosa hacia Ismene, pues no parecería bien que hubiera per-
manecido tantos años en Tebas sin mostrar interés por su pa-
dre, ni tampoco que no pudiese acompañar a Edipo en sus
correrías, ya que era Antígona la única compañera del viejo
desterrado según la leyenda poética.

acerca de mi persona, y te erigiste en fiel guardiana mía
cuando fui expulsado del país.

En esta ocasión de nuevo, ¿qué noticias vienes a
traer, Ismene, a tu padre?, ¿qué misión te llevó fuera
de casa? Pues de vacío no vienes, lo sé muy bien, sin ~o
traerme algún motivo de temor.

ISMENE. — Los padecimientos que he sufrido yo, pa-
dre, mientras indagaba qué clase de vida llevabas, dónde
habitabas, los dejaré a un lado. Pues no quiero sentir
doble pena, una vez al pasarlos y otra cuando los cuen-
to. Pero los males que se ciernen ahora en torno a tus ~s
dos hijos, ésos he venido a referirte.

Antes tenían ellos deseo de ceder a Creonte el trono
y evitar manchar la ciudad, con el razonamiento de que
veían cómo la destrucción que de antiguo azotaba a
nuestro linaje envolvía tu desdichada morada. Pero 370
ahora, de parte de algún dios o de alguna mente culpa-
ble, ha penetrado en los tres veces desgraciados una
funesta rivalidad por apoderarse del mando y del poder
real.

El que es más joven y menor en edad ha privado
del trono y expulsado de la patria a Polinices, que fue 375
engendrado antes ~. Éste, según el rupior divulgado en-
tre nosotros, tras marcharse como desterrado a la cón-
cava Argos, adquiere un nuevo parentesco24 y amigos
que serán compañeros de armas, creyendo que Argos 380
dominará con honra la llanura cadmea o hará que se
alce hasta el cielo ~.

23 En contra de la tesis, más frecuente, de que Eteocles era el mayor (Eualpsoas, Fenicias 71), Sófocles nos presenta a PoIlfices nacido antes. Así lo hace aparecer como más ofendido, y facilita la compasión del espectador cuando se presente, más adelante, en escena. Por otra parte, Eteocles resulta doblemente culpable y se justifican las maldiciones que lanza contra los dos.

24 Se casa con la hija de Adrasto, rey de Argos.

25 La gloria de Tebas, quiere decir.

L

Esto no es una sucesión de palabras, padre, sino hechos terribles. No puedo saber en qué momento los dioses tendrán compasión de tus sufrimientos.

385 EDIPO. — ¿Tenias esperanza de que los dioses mostraran una inquietud por mi como para salvarme alguna vez?

ISMENE. — Yo si, a la vista de los actuales oráculos.

EDIPO. — ¿Cuáles? ¿Qué ha sido profetizado, hija?

ISMENE. — Que tú serás buscado algún día por los 390 hombres de allí ~, vivo o muerto, para su bienestar.

EDIPO. — ¿Y a quién podría irle bien por mi pobre mediación?

ISMENE. — Dicen que en tus manos está su poder.

EDIPO. — ¿Cuando ya no soy nada, entonces resulta que soy persona?

ISMENE. — Ahora los dioses te encumbran y antes te perdían.

395 EDIPo. — ¡Vano es levantar a un anciano que se arruinó de joven!

ISMENE. — Y, sin embargo, sabe que por este motivo vendrá Creonte dentro de poco tiempo, sin que pase mucho.

EDIPO. — ¿Para qué, hija? Acláramelo.

ISMENE. — Con la intención de establecerte cerca de 400 la tierra cadmea, para poder dominarte, pero sin que entres en sus límites.

EDIPO. — Y el provecho de estar sepultado a las puertas, ¿ cuál será?

ISMENE. — Si tu tumba no recibe el cuidado debido, será penoso para ellos.

EDIPO. — Cualquiera podría saber esto por sus propias luces, sin la ayuda de la divinidad.

405 ISMENE. — Por ello precisamente quieren llevarte cer-

~ Por los tebanos.

ca de su país, pero no donde tú puedas ser tu propio dueño.

EDIPO. — ¿Es que también me piensan cubrir con tierra tebana?

ISMENE. — No lo permite la sangre derramada de tu familia, padre 27~

EDIPO. — En tal caso no se apoderarán nunca de mí.

ISMENE. — Esto será, ciertamente, algún día motivo de pesadumbre para los Cadmeos.

EDIPO. — ¿Por qué medios se hará visible, oh hija? 410 ISMENE. — Por efectos de tu cólera, cuando estén so-

bre tu tumba ~.
EDIPo. — ¿A quién has oído lo que estás diciendo, hija?
ISMENE. — A los emisarios que vinieron del altar délfico.
EDIPO. — ¿Y esto es lo que ha dicho Febo sobre mí?
ISMENE. — Así lo aseguran los que llegaron a la lía- 415 nura de Tebas.
EDIPO. — ¿Alguno de mis hijos lo oyó?
IsM ENE. — Los dos por igual y están perfectamente enterados.
EDIPO. — ¿Y después de haberlo oído los infames anteponen el poder al deseo de mi persona?
ISMENE. — Yo me duelo al oírlo, pero lo admito. 420
EDIPO. — Pues bien, ¡que los dioses no apaguen esta discordia fatal y que en mí esté el resultado final para ellos de esta lucha en la que ahora están ocupados y levantando la lanza! Ni permanecerá el que ahora detenta 425 el poder y el trono ni el que se ha marchado volverá de

Z7 Esto es, el que Edipo haya matado a uno de los de su propia sangre, a Layo, impide que sea enterrado en el mismo sitio que éste, porque sería una impiedad.
28 Algún día, los tebanos invadirán el Ática y serán vencidos por los atenienses cerca de la tumba de Edipo.

L

nuevo nunca más. Porque ellos, cuando con tanto desprecio fui expulsado de mi país, no me retuvieron ni salieron en mi defensa, a mí, su padre, sino que presen-
430 ciaron cómo fui enviado al destierro y cómo fue voceada mi condición de proscrito por el heraldo.
Podrías objetarme que la ciudad entonces me concedió, como era natural, el favor que estaba deseando. No, por cierto, ya que durante aquel día, cuando mi ánimo 4~s hervía y me era lo más grato morir y ser lapidado, nadie apareció para ayudarme en este deseo ~. Y pasado el tiempo, cuando ya mi pena estaba apaciguada y me di cuenta de que mi ímpetu me había lanzado a un castigo mayor de lo que merecían las faltas cometidas anterior-~o mente, entonces, en ese momento, la ciudad me arrojó por la fuerza del país tras tanto tiempo. Y ellos, que eran hijos, no quisieron ayudar a su padre aunque podían haberlo hecho, sino que, a falta de una mínima palabra, sigo vagando gracias a ellos, proscrito, desterrado, mendigo.
~s De estas dos, aunque son sólo unas muchachas, en tanto en cuanto su condición ~ se lo permite, obtengo medios para alimentarme, seguridad de un lugar3’ y el socorro de la familia. Ellos dos en lugar de su padre han preferido el trono, mandar con el cetro y gobernar el
450 país. Pero no me conseguirán como aliado ni les llegará nunca provecho de esa soberanía cadmea. Yo sé tales

cosas por oir los oráculos de esta hija, y por meditar
sobre las antiguas profecías acerca de mí que Febo hizo
cumplir tiempo ha.
455 Después de esto, que envíen a Creonte a buscarme o
a cualquier otro con influencia en la ciudad. Si vosotros,

29 Hay una cierta contradicción en este pasaje.
30 Su condición de mujeres.
31 Frase enigmática, que tal vez se refiera a la seguridad de sus movimientos por los distintos paises.

oh extranjeros, queréis defenderme con la ayuda de es-
tas venerables diosas protectoras del país, ganaréis un 460
salvador para esta ciudad y fatigas para mis enemigos.
CORIFEO. — Merecedor eres de compasión, Edipo, tú
y las hijas que tienes aquí. Ya que te presentas como
salvador con estas palabras, quiero aconsejarte lo más
conveniente.
EDIPO. — ¡Oh muy amigo! Sírveme de guía con la 465
seguridad de que todo lo voy a cumplir.
CORIFEO. — Celebra enseguida un rito de expiación a
estas divinidades, junto a las que llegaste y cuyo suelo
has hollado.
EDIPO. — ¿De qué modo, extranjeros? Enseñadme.
CORIFEO. — En primer lugar, ve a por sagradas liba-
ciones de la fuente que siempre mana, tomándolas con 470
manos purificadas ~.
EDIPO. — ¿Y cuando haya tomado esa libación sin
mezcla?
CORIFEO. — Hay unas vasijas ~ obra de hábil arte-
sano, de las que debes cubrir su parte alta, así como las
asas de los dos lados.
EDIPO. — ¿Con ramas, copos de lana o con qué otra
cosa?
CORIFEO. — Con mechones de lana recién cortada de 475
una oveja joven.
EDIPO. — Sea, y después, ¿cómo debo concluir el
rito?

32 Esta purificación de que habla consistía en lavarse las manos antes de entrar en el recinto sagrado.
33 Unas cráteras que el sacerdote guardaba en el interior de la gruta para uso de los devotos. Eran vasijas de boca ancha y dos asas laterales, aptas para mezclar el vino y el agua. Aquí ya hemos dicho (nota 7) que las libaciones no se hacían con vino.

CORIFEO. — Debes hacer las libaciones de pie frente
a la primera luz ~.
EDIPO. — ¿Con aquellas vasijas a que te refieres debo
hacerlas?
CoRIFEO. — Sí, y en tres chorros cada una y la úl-
tima por completo.
480 EDIPO. — ¿De qué la lleno? ~. Enséñamelo también.
CORIFEO. — De agua y de miel, sin añadir vino.
EDIPO. — ¿Y cuando las haya recibido la tierra de
oscuro follaje?
CoRn~ao— Entonces coloca sobre ella tres veces con
las dos manos nueve ramos de olivo y suplica con estas
plegarias...
485 EDIPo. — Quiero escucharlas. Pues es lo más impor-

tante.
Coiux~o. — «... Ya que las llamamos las Bondado-
sas ~, que con bondadoso corazón acojan al suplicante
que es un medio de salvación.» Haz tú mismo esta sú-
plica, o cualquier otro por ti, hablando quedamente y sin
~a alzar la voz. Después aléj ate sin mirar atrás. Yo te so-
correré confiado si haces esto, pero de otro modo teme-
ría por ti, extranjero.
EDIPO. — ¡Oh hijas! ¿Habéis escuchado a estos luga-
reños que nos acogen?
ANTÍGONA. — Les hemos escuchado. Ordénanos lo que
hemos de hacer.
495 EDIPo. — Para mí no es factible. Me lo impide el no
tener fuerza y el no ver, doble desgracia. Pero que una
de vosotras vaya y lo haga. Pues yo creo que es sufi-
cierne una sola persona que lo cumpla por otras muchas,

34 Por donde sale la primera luz, o sea, mirando al Oriente.
15 Esta última vasija, que va a quedar vacía por completo.
Las dos primeras no se vaciaban.
~ Traduzco aquí <bondadosas», en lugar de transcribir el
nombre griego .Euménides., para apreciar la paronomasia que
presenta el griego.
si con ánimo bien dispuesto se presenta. Haced algo soo
pronto, pero a mí no me dejéis solo, porque mi cuerpo
no tendría fuerza para arrastrarse solo y separado de mi
guia.
IS MENE. — Yo iré a cumplirlo. Quiero saber una cosa:
dónde tendré que encontrar el lugar.
CORIFEO. — Al otro lado de este bosque, extranjera. sos
Y si algo necesitas, un guardián hay que te informará.
IsMENE. — Parto a hacerlo. Antígona, tú vigila aquí a
nuestro padre. Pues aunque uno se tome trabalo por los
padres, no se debe recordar el esfuerzo.
(Se marcha Ismene.)

CoRo.
Estrofa 1.»
CORO. — Es terrible, sin duda, oh extranjero, avivar sio
el mal que desde hace tiempo ya está adormecido. Sin
embargo, ardo en deseos de saber...
Enipo. ¿Qué?
CoRa. — ... acerca de la tremenda angustia que se te
presentó, irremediable, y en la que te viste envuelto.
EDIPO. — En nombre de tu hospitalidad, no descu- 515
bras los hechos vergonzosos que padecí.
CoRo. — Deseo escuchar fide.digno>n.en.Ze el repetido e
incesante rumor, extranjero.
Em~o.. —. ~Ay de mí!
Coiw. — Complóceme, te lo supli.co..
EDrt'o. — ¡Ay, ay?
CoRo. —Consiente. Yo, por mi parte, lo hago en lo 520
que deseas.

Antistrofa 1.a
EDIPO. — Sobrellevé el delito, ciertamente, extranje-
ros, lo sobrellevé contra mi voluntad. Dios Jo sabe. Nin-
guna de aquellas cosas fue voluntaria.
CoRo. — Pero ¿para qué?

525 EDIPo. — A causa de un infortunado tálamo, a mí, que
nada sabía, la ciudad ~ me ligó a una desgracia derivada
de las bodas...
CoRo. — ¿Es que colmaste, según tengo oído, el lecho
de infausto nombre de tu madre?
530 EDIPo. — ¡Ay, muerte es oír esto, oh extranjero! Es-
tas dos nacidas de mí...
CoRo. — ¿Cómo dices?
EDIPO. — ... las dos hijas, dos desgracias...
CoRo. — ¡Oh Zeus!
EDIPO. — ... nacieron del parto de madre común.

Estrofa 2.'
CoRo. — Descendientes de ti son y...
535 EDIPo. — ... hermanas de su padre por parte de ma-
dre.
CoRo. — ¡Oh!
EDIPO. — ¡Ah, renacer de innumerables desgracias!
CORO.—Has sufrido...
EDIPO. — He sufrido cosas insoportables.
CoRo. — Has hecho...
Enípo. — No he hecho.
CoRo. — ¿Qué, pues?
540 Enípo. — Acepté un don38 que nunca, ¡infortunado
de mí!, debía de haber aceptado de la ciudad.

Antistrofa 2.'
CoRo. — ¡Desdichado! Pues, ¿qué? ¿Cometiste el ase-
sinato...
Enípo. — ¿Cuál? ¿Qué quieres saber?
CoRo. — ... de tu padre?
Enípo. — ¡Ay, ay! Me has infligido un segundo golpe,
herida sobre herida.

3~ Tebas.
38 La recompensa que tuvo que aceptar por vencer a la Es-
finge fue la realeza y, con ella, la mano de la joven reina viuda.
CoRo. — Mataste...
545
EDIPO. — Le maté, pero tengo...
CORO. — ¿Qué?

EDIPO. — ... algo que me justifica.
CORO. — ¿Qué es ello?
EDIPO. — Yo te lo explicaré. Sin saber lo que hacía
maté y destruí. Pero estoy libre ante la ley ~ Ignorante
llegué a esto.
CORIFEO. — He aquí presente a nuestro rey Teseo,
hijo de Egeo, que ha venido ante tu recado. 550
(Entra Teseo con su escolta.)
TESEO. — Te he reconocido, oh hijo de Layo, por ha-
ber oído a muchos hablar hace tiempo de la sangrienta
destrucción de tus ojos ~. Ahora, por lo que he escucha-
do en mi camino hacia aquí, tengo ya la certeza. Pues tu 555
aspecto y tu lamentable rostro nos evidencian que eres
quien eres, y tras compadecerte quiero preguntarte, des-
venturado Edipo, con qué ruego para la ciudad y para
mí, tú en persona y tu infeliz acompañante, os habéis
presentado. Indícamelo. Pues un terrible suceso tendrías 560
que comunicarme para que yo me desentendiera, cuando
sé que yo mismo, como tú, fui educado en el destierro"
y que más que cualquier hombre arrostré en tierra ex-
tranjera peligros con riesgo de mi propia persona, de 565

39 Porque lo hizo en legítima defensa.

40 Recuérdese aquí que el que había ido a buscar a Teseo no sabía aún quién era el anciano, y sólo pudo describir su aspecto físico.

41 Etra, madre de Teseo, era hija de Piteo, rey de Trecén. Allí pasó Teseo su juventud, ignorando que su padre era Egeo, el rey de Atenas. Cuando llegó a la adolescencia, su madre le hizo saber quién era su padre y él se puso en camino hacia el Ática. En el camino por tierra —en contra de los consejos de su madre, de hacer la travesía por mar—, arrostró numerosos peligros de los que, al igual que Heracles, héroe dorio, fue saliendo victorioso.

modo que a nadie que sea extranjero, como tú ahora, dejaría de ayudar a salvarse. Sé que soy mortal y que en nada dispongo más que tú del día de mañana.

EDIPO. — Teseo, tu nobleza de sentimientos en tan
570 corto discurso me obliga a no abusar de largos parlamentos. Tú has dicho ya de mi quién soy y de qué padre he nacido y de qué país he venido. De modo que ninguna otra cosa me queda, sino decir lo que deseo y mi relato se termina.

575 TESEO. — Dímelo ahora para que me entere.

EDIPO. — He venido para ofrecerte el don de mi infortunado cuerpo. No es apreciado para la vista, pero los beneficios que de él obtendrás son mejores que un bello aspecto.

TESEO. — ¿Con qué provecho pretendes haber llegado?

580 EDIPo. — Con el tiempo lo podrás saber, no en el momento presente.

TESEO. — ¿Cuándo, pues, se manifestará este beneficio?

EDIPO. — Cuando yo muera y tú seas quien me dé sepultura.

TESEO. — Pides los últimos deberes de la vida; pero, respecto a lo que hay entretanto, o lo tienes en olvido o lo desdeñas.

585 EDIPO. — Es que, entonces, yo obtendré a la vez eso.

TESEo. — Me pides una gracia que poco cuesta.

EDIPO. — Pero presta atención. No es pequeña, no, esta contienda.

TESEO. — ¿Te refieres acaso a la de tus hijos y yo?

EDIPO. — Ellos presionarán para llevarme allí.

590 TESEO. — Pues si tú lo quieres... No es hermoso estar en el destierro.

EDIPO. — Cuando era yo quien lo quería no me lo concedieron.

TESEO. — ¡Oh insensato! La pasión en medio de las desgracias no es oportuna.

EDIPO. — Cuando conozcas mis razones, repréndeme; por ahora déjame.

TESEO. — Explícate, ya que no debo hablar sin conocimiento.

EDIPO. — He sufrido, Teseo, males terribles que se 595 añadían a otros.

TESEO. — ¿Aludes al antiguo hado de tu familia?

E.DIPo. — No, ciertamente, pues de él todos los hele-
005 hablan.

TEsEo. — ¿Qué sufres que esté por encima de lo humano?

EDIPO. — Así están las cosas para mi: fui expulsado de mi tierra por mis propios vástagos. Me es imposib4e 600 regresar de nuevo como lo es a un parricida.

TESEO. — En ese caso, ¿cómo te van a hacer buscar, si debes vivir aparte?

EDIPO. — El mandato divino les obligará.
TESEO. — ¿Qué desgracia temen que les venga de los oráculos?
EDIPO. — Que sea inevitable el ser derrotados por 605 este país.
TESEO. — ¿Y cómo podrían llegar a estar tirantes nuestras relaciones?
EDIPO. — ¡Oh queridísimo hijo de Egeo! La vejez y la muerte a su tiempo sólo a los dioses no alcanza. El tiempo, que todo lo puede, arrasa todas las demás cosas. Se consume el vigor de la tierra, se consume el del cuer- 61o po, perece la confianza, se origina la desconfianza y no permanece el mismo espíritu ni entre los hombres amigos ni entre una ciudad y otra.

615 Para unos, pronto, para otros, más tarde, los placeres se vuelven amargos y, posteriormente, dulces 42~ Asimismo, si a Tebas por ahora le van bien sus relaciones contigo, el tiempo incalculable en su curso engendra días y noches sin cuento durante los cuales se pueden romper 620 por la lanza, con un pequeño motivo, los amistosos acuerdos de hoy. Entonces mi cadáver en reposo, enterrado, beberá, ya frío, la caliente43 sangre de ellos, si es que Zeus es aún Zeus y Febo hijo de Zeus es infalible.
Pero no es lícito hablar de asuntos que deben ser 625 inviolables. Déjame, pues, en el punto en que comence: que guardes sólo tu juramento, y nunca tendrás que decir que recibiste en Edipo a un inútil habitante de estos lugares, si es que los dioses no me engañan.
CORIFEO. — Señor, desde hace tiempo este hombre 630 se manifiesta como quien desea cumplir estas y otras promesas para esta tierra.
TESEO. — ¿Quién es el que, en esta situación, rechazaría el favor de un hombre así con quien, en primer lugar, existe siempre un hogar común entre nosotros por los vínculos de hospitálidad ~ y luego, tras venir 635 como suplicante de los dioses, satisface un tributo no pequeño para esta tierra y para mí? Yo, temeroso ante esto, nunca desdeñaré su ofrecimiento y le instalaré en esta región como ciudadano.

42 Obsérvese que se completa el círculo de la evolución. No sólo cambia, sino que vuelve otra vez al primitivo estado.
43 Contraste de sensaciones por el que se asocia el frío a la idea de muerte y el calor a la de vida. Véase Ant igona 88.
El adjetivo dor~xenos se aplica solamente entre príncipes o jefes que mandan una fuerza armada, cuando hay entre ellos una alianza para la guerra. Aquí los vínculos de hospitalidad a los que se refiere Teseo son una alianza hereditaria entre las dos casas reales de Tebas y de Atenas. También en EuRIPmEs (Suplicantes 930), Teseo dice que Polinices es un huésped.
Si le es grato al extranjero permanecer aquí (dirigiéndose al corifeo), te ordeno que le custodies, o si elige partir conmigo... Lo que prefieras de estas cosas, 640 Edipo, te permito escoger, pues con eso estaré de acuerdo.
EDIPO. — ¡Oh Zeus, concede beneficios a hombres de este talante!
TESEO. — ¿Qué quieres, pues? ¿Acaso ir a mi palacio?

EDIPO. — Si me fuera posible, pero éste es el lugar...
TESEO. — ¿Qué vas a hacer en él? No me opondré. 645
EDIPO. — ... en el que venceré a los que me han ex-
pulsado.
TESEO. — Grande seria el don de que hablas por per-
manecer aquí.
EDIPO. — Si, si por tu parte perseveras en dar cum-
plimiento a lo que me has dicho.
TESEO. — Confía en lo que a mí se refiere. No te trai-
cionare.
Eoípo. — Yo no te voy a obligar a la fidelidad bajo 650
juramento, como si fueras un malvado ~.
TESEO. — En verdad nada obtendrías de él más que
de mi sola palabra.
EDIPO. — ¿Cómo actuarás?
TESEO. — ¿Qué es lo que más temes?
EDIPo. — Llegarán unos hombres...
TESEO. — estos (señalando a los del Coro) se cuida-
rán de eso.
EDIPO. — Mira que abandonándome...
TESEO. — No me enseñes lo que debo hacer.
EDIPO. — Es necesario, porque temo... 653
TESEO. — Mi corazón no teme.
EDIPO. — No sabes las amenazas...
TESEO. — Yo sé que no te sacará de aquí ningún

45 Encontramos esta misma fórmula en Filoctetes 811, diri-
gida al joven Neoptólemo.

L

hombre contra mi voluntad. Muchas amenazas se lan-
zan con frecuencia en momentos de cólera con vanas
~w palabras. Pero cuando uno vuelve a razonar por si mis-
mo, desaparecen las amenazas. Y si aquéllos tal vez se
han envalentonado y han hablado jactanciosamente de
tu marcha, sé que el venir hasta aquí les parecerá un
mar ancho e innavegable.
Por tanto, yo te aconsejo que te muestres animoso,
~s incluso sin mi decisión ~, si Febo te envió por delante.
Y aunque no esté yo presente, sé que mi nombre te
guardará de sufrir daño alguno.
(Sale Teseo seguido de su escolta.)

CoRo ~.
Estrofa 1.8
Has llegado, extranjero, a esta región de excelentes
670 corceles ~, a la mejor residencia de la tierra, a la blanca
Colono ~, donde más que en ningún otro sitio el armo-
nioso ruiseñor trina con frecuencia en los verdes valles,
habitando la hiedra color de vino y el impenetrable fo-
675 llaje poblado de frutos de la divinidad ~, resguardado
del sol y del viento de todas las tempestades. Allí siem-
680 pre penetrn Dioniso, agitado por báquico delirio, aten-

diendo a sus divinas nodrizas.

" Decisión de prestarle ayuda.

~ Cicerón es la autoridad más antigua que conservamos donde aparece la historia <Catán 7) de que Sófocles recitó estos versos ante el tribunal que le condenaba.

~ Bello canto a su pueblo natal, Colono, tierra que, por ser de excelentes caballos, tiene a Posidón como protector (Eual-PIDES, Fenicias 1707). Por este epíteto, asocia la fama de Colono, a la de Atenas, su país. Posidón ofreció como regalo a esta ciudad el caballo (y. 710).

~ El calificativo «blanco. se debe al color que tenían los terrenos cretácicos de esta región.

~ Se refiere a Dioniso, a quien estaban dedicados la hiedra y el ~qno.

Antistrofa 2.8

Aquí, bajo el celeste rocío, florece un día tras otro
el narciso de hermosos racimos, antigua corona de las
dos grandes diosas 51, y el azafrán de resplandores de 685
oro. Y las fuentes que no descansan, Zas que reparten
las aguas del Céfiso, no se consumen, antes bien, cada
día, sin dejar uno, corren fertilizando con rapidez en 690
inmaculada corriente por los llanos de esta espaciosa
tierra.. Y no la detestan los coros de las Musas ni Afro-
dita la de las riendas de oro.

Estrofa 2.8

Existe un árbol cual yo no tengo oído que haya bro-
tado nunca en la tierra de Asia ni en la gran isla dórictz ~s
de Pélope ~, árbol indomable que crece espontáneamen-
te ~, terror de las lanzas enemigas, que abunda en esta 700

regtón por doquier: el glauco olivo que alimenta a nues-
tros hijos. Ni un joven, ni quien se encuentra en la ve-
jez, podría destruirlo aniquilándolo con violencia. Pues
el ojo vigilante de Zeus protector de los olivos, lo ob- 705
serva siempre así como Atenea, la de brillante mirada.

Antistrofa 2.8

Pero aún puedo referirme a otro elogio, al más im-
portante, de esta ciudad madre, regalo de un gran dios
y lo que le da mayor lustre: buenos caballos, buenos 710
potros, el dominio del mar. ¡Oh hijo de Crono, sobe-

~ Después de mencionar a Dioniso, el narciso sirve para nombrar a Deméter y Core. Fue, al agacharse Core para recoger un narciso, cuando se abrió la tierra y Hades, el raptor, se la llevó. Con el nombre de Yaco está Dioniso asociado a ambas diosas, en los misterios de Eleusis, desde los siglos y y Iv.

~ El Peloponeso.

53 Hay aquí una alusión a lo que nos cuenta H.mtónoTo (VItI 55) acerca del olivo del Erecteion en la acrópolis de Atenas, que, prodigiosamente, habla brotado al día siguiente de ser quemado par los persas.

rano Posidón! Tú la asentaste en esta gloría cuando
715 instituiste en este país por primera vez el freno que
doma a los caballos. Y la prodigiosa pala que sirve para
remar, adaptada a nuestras manos, se precipita en el
mar, en seguimiento de las Nereidas de cien pies ~.
720 ANTíGoNA. — <Dirigiéndose al Coro~) ¡Oh región la
más celebrada en alabanzas! Ahora te corresponde de-
mostrar estas brillantes palabras.

EDIPO. — ¿Qué hay de nuevo, oh hija?

ANTÍGONA. — Aquí está Creonte, que se nos acerca,
padre, y no sin escolta.

EDn'o. — ¡Oh muy queridos ancianos! De vosotros
725 depende ya el cumplimiento de mi salvación.

CORIFEO. — Ten confianza, que se cumplirá. Pues aun-
que yo me encuentro viejo, el vigor de este país no ha
envejecido.

(Entra Creonte seguido de hombres armados.)

CREONTE. — ¡Nobles habitantes de esta tierra! Veo en
730 vuestros ojos que un imprevisto temor a mi llegada se
ha apoderado de vosotros. No temáis ante mi ni dejéis
escapar funestas palabras. No he venido con intención
de tramar algo; pues soy anciano y sé que he llegado a
735 una poderosa ciudad cual ninguna en Grecia. Más bien
he sido enviado por mi avanzada edad para convencer a
este hombre a que me siga a la llanura de los cadmeos,
no de parte de uno solo que me haya mandado, sino de
todos los ciudadanos, porque me concernía a mí por mi
linaje más que a ninguno de la ciudad ~ sentir sus aflic-
ciones.

54 Esta antistrofa está dedicada a Posidón, divinidad a la
que estaba consagrada la ciudad en segundo lugar, después de
Atenea. Se le celebra como el dios de los caballos —pues, en
sus origenes, tenía un aspecto equino— y del mar; es inventor
del freno de los caballos y de los remos de los barcos.
~5 Tebas.

Así pues, infortunado Edipo, escúchame y vuelve a 740
tu casa. Todo el pueblo de los cadmeos te llama, con
razón, y yo más que ninguno por cuanto, si no soy el
más malvado con mucho de los hombres, he de sufrir
por tus desgracias, anciano, porque veo que eres un 745
desventurado en tierra extraña, siempre de un lado a
otro, arrastrando una vida sin medios con sólo una
acompañante que nunca hubiera creído yo, ay de mí,
que cayera en tal grado de infortunio cual ha caído
esta infeliz, preocupándose siempre de ti y de tu per- 750
sona en una vida de mendiga, a la edad que tiene, sin
conocer el matrimonio y a riesgo de que el primero que
llegue la rapte ~.

¿ Es que no es un cruel reproche, infortunado de mí,
el que lanzo contra ti, contra mí y contra todo nuestro
linaje? Pero no es posible ocultar lo que está a la vista 755
de todos, así que tú, Edipo, por los dioses de tus padres,
obedéceme y ocúltate, consintiendo en volver a tu ciu-
dad y a tu hogar patrio, saludando cordialmente a esta
ciudad, pues se lo merece. Pero tu propia patria debería 760
ser más honrada en justicia, ya que en otro tiempo fue
tu nodriza.

EDIPO. — ¡Ah, tú, que a todo te atreves y que de
cualquier razonamiento justo sacas un oscuro provecho!
¿Por qué me seduces así y quieres atraparme por se-
gunda vez en aquello en lo que más me dolería sEr co-
gido? ~'. En otro tiempo en que sufría con mis desgra- 765

cias personales, cuando hubiera sido una satisfacción
para mí ser expulsado del país, no me quisiste otorgar
el favor que estaba deseando. Por el contrario, una vez

56 El tema de la joven que no conoce el matrimonio lo encontramos, repetidas veces, a lo largo de Electra y de Antígona.

57 El anciano no está dispuesto a consentir que los beneficios derivados del lugar de su enterramiento los obtengan los tebanos, sino que está decidido a que se los lleven los atenienses.

300 TRAGEUIAS

que ya estaba saciado de mi furor y me era dulce el re-
i~o sidir en el palacio, entonces me echaste y me arrojaste,
sin que el parentesco que sacas ahora a relucir te fuera
en absoluto motivo de consideración.
Ahora, sin embargo, cuando ves que esta ciudad ~ y
todo su pueblo me tratan con benevolencia, intentas lle-
varme escondiendo crueles propósitos con tus suaves
7'is palabras. Pero ¿qué goce es éste de amar a quienes no
quieren? Es como si, cuando imploras alcanzar algo,
no se te concediera ni se te quisiera socorrer; pero,
cuando tuvieras tu alma ahíta de lo que deseas, enton-
ces te fuera concedido, en un momento en que el favor
780 en nada reporta beneficio. ¿Es que no te ibas a encon-
trar con una inútil satisfacción? Esto es lo que tú tain-
bién me ofreces, excelente de palabra pero funesto en
los hechos.
Y hablaré ante éstos para ponerte en evidencia como
a un malvado. Has llegado con el propósito de llevarme,
785 no para conducirme a casa, sino para instalarme en
pleno campo y que tu ciudad se vea libre de los peli-
gros que proceden de esta tierra. No lograrás eso, sino
esto otro: que allí, en esa región habite siempre mi es-
790 píritu vengador y que mis hijos obtengan de mi tierra
tan sólo lo bastante para caer muertos en ellL
¿No ves que conozco mejor que tú los asuntos de
Tebas? Y mucho más en tanto que mis informaciones
proceden de fuentes más fidedignas, de Febo y del pro-
pio Zeus, su padre. ¡Hasta aquí ha llegado tu boca men-
795 tirosa y llena de malicias! Con tus palabras podrías ob-
tener más males que beneficios. Pero sé que no te
convenceré de ello. Vete, déjanos vivir aquí. Pues ni
estando así viviremos desgraciados si así nos compla-
cemos.

58 Piensa en la humanitaria acogida que le ha dispensado Teseo.

CREONTE. — ¿Es que crees que en esta discusión voy 800
a salir yo más perjudicado por tus desgracias que tú
mismo?
EDIPO. — Lo que más me complace es que tú no seas
capaz de persuadirme ni a mí ni a éstos que están a
nuestro lado.
CREONTE. — ¡Oh desventurado! ¿Ni aun en esta edad
vas a mostrar que has adquirido cordura de una vez, 805
sino que das motivos para deshonra de tu vejez?
E~ípo. — Eres hábil con la lengua. Yo no sé que sea
justo ningún hombre porque hable bien de cualquier
tema.

CREONTE. — Distinta cosa es hablar mucho a hacerlo oportunamente.
EDIPO. — Ciertamente, tú crees que hablas poco pero con oportunidad.
CREO NTE. — No es así, desde luego, para quien tenga 810 la misma mentalidad que tú.
EDIPO. — Vete. Te hablo también en nombre de éstos. No me vigiles acechando el lugar donde debo habitar.
CREONTE. — Invoco a éstos como testigos, no a ti, de qué lenguaje usas para replicar a tus parientes. Si alguna vez te cojo...
EDIPO. — ¿Y quién podría prenderme contra la VO- 815 luntad de éstos que son mis aliados?
CR~ONTE. — En verdad que tú, incluso sin esto ~, habrás de sufrir.
EDIPO. — ¿ En qué hechos te basas para lanzarme esta amenaza?
CREONTE. — De tus dos hijas, a la una acabo de devolver a la ciudad tras prenderla y a la otra me la llevaré pronto.

59 Sin ser prendido, ya que la falta de sus hijas le será causa de sufrimiento.

820 EDIPo. — ¡Ay de mi!
CREONTE. — Enseguida tendrás más motivo para quejarte.
EDIPO. — ¿Te has apoderado de mi hija?
CREONTE. — Y de esta otra sin dejar pasar mucho tiempo.
EDIPO. — (Al Coro.) ¡Ay extranjeros! ¿Qué haréis? ¿Es que me vais a traicionar y no arrojaréis al implo de esta tierra? ~.
CORIFEO. — (A Creante.) Sal, extranjero, aprisa. Pues 825 no es justo lo que ahora intentas hacer ni lo que has llevado ya a cabo.
CREONTE. — (A sus soldados.) Es momento de que vosotros la saquéis a la fuerza si no os sigue de buen grado.
ANTÍGONA. — ¡Ay de mí, desdichada! ¿Adónde huyo? ¿Qué ayuda puedo alcanzar de los dioses o de los hombres?
CORIFEO. — ¿Qué haces, extranjero?
830 CREONTE. — No tocaré a este hombre, sino lo que me pertenece.
EDIPO. — ¡Oh soberanos de esta tierra!
CORIFEO. — Extranjero, no obras con justicia.
CREONTE.—COn justicia, si.
CORIFEO. — ¿Cómo puedes decir eso?
CREONTE. — Me llevo a los míos 61

Estrofa.
EDIPO. — ¡Ah, ciudad!
CoRo. — ¿Qué haces, oh extranjero~ ¿No la soltarás? 835 ¡Pronto probarás nuestros brazos!

~O Es impío, porque Edipo está bajo la protección de las Euménides y, sobre todo, porque Ismene, como Edipo se imagina, ha sido raptada dentro del recinto sagrado.

~l No hay que olvidar que Edipo le confía a sus hijas pe-
queñas. (Edipo Rey 1506.)
CREONTE. — ¡Apa rta!
CoRo. — No de ti mientras estés intentando estas
cosas.
CREaNTE. — Tendrás que enfrentarte con mi ciudad
si me haces algún daño.
EDIPO. — ¿No os lo decía yo?
CORIFEO. — (A un servidor de Creon te.) Aparta sin
tardar tus manos de la muchacha.
CREONTE. — No des órdenes en lo que no te incumbe.
CORIFEO. — Suéltala, te digo. 840
CREONTE. — (Al mismo servidor.) Y yo que le pongas
en marcha.
CoRo. — Acudid, venid, venid, habitantes del país. La
ciudad, sí, nuestra ciudad es aniquilada por la violencia.
Líe gaas aquí, junto a mí.
ANTÍGONA. — Soy arrastrada, desdichada de mi, ¡oh
extranjeros, extranjeros!
EDIPo. — ¿Dónde estás, hija mía? 845
ANTÍGONA. — Soy conducida por la fuerza.
EDIPo. — Extiende las manos, hija.
ANTÍGONA. — Pero no puedo.
CREONTE. — (A sus hombres.) ¿No la llevaréis vos-
otros?
EDIPO. — ¡Ah infortunado de mi, infortunado!
(Los soldados de Creante se van llevándose a Antí-
gana.)
CREONTE. — Ya no caminarás nunca más valiéndote
de estos dos báculos. Pero ya que quieres vencer a tu 850
patria y a tus parientes —por orden de los cuales hago
yo esto, aunque sea también príncipe—, vence. Que con
el tiempo, lo sé, te darás cuenta de que ni tú obras bien
para contigo mismo ni antes lo hiciste cuando, en con-
tra de los tuyos, cediste a la cólera que siempre te per. 855
judica62

b2 El personaje de Edipo se nos presenta en las dos trage-

CORIFEO. — (A Creante que habla emprendido la mar-
cha.) No te muevas de aquí, extranjero.
CREONTE. — Digo que no me toques.
CORIFEO. — No te soltaré mientras esté privado de
éstas.
CREONTE. — Pues en ese caso, pronto harás que tu
ciudad pague una liberación mayor, porque no sólo voy
a capturar a estas dos.
s~o CORIFEO. — ¿Qué estás tramando?
CREONTE. — Capturar a éste y llevármelo.
CORIFEO. — Terrible cosa anuncias.
CREONTE. — Ten la certeza de que enseguida estará
hecho.
CORIFEO. — Siempre que no te lo impida el que man-
da en esta tierra.
EDIPo. — ¡Oh voz desvergonzada! ¿ Es que tú tienes
intención de cogerme?
CREONTE. — Te digo que calles.
865 Eoí~o. — ¡Que estas divinidades no me dejen sin voz
para pronunciar esta maldición! Porque tú, malvado, te
vas, tras arrebatarme por la fuerza mi ojo indefenso ~,

a mí que había perdido antes los ojos. ¡Ojalá que He-
lios, dios que todo lo ve, te conceda a ti mismo y a tu
sio familia una vida tal como la que estoy llevando en mi
vejez! 64

CREONTE. — ¿Veis esto, moradores de este país?

EDIPO. — Nos ven a ti y a mí y comprenden que con

dias de Sófocles bajo una misma constante: sujeto a violentos ataques de cólera. Así, contra Tiresias (Edipo Rey 345), contra Layo (ibid. 807), contra Yocasta (1067) y contra si mismo (1268).

63 Le hace reproches con los mismos argumentos que él utilizó antes. El ojo indefenso es Antígona, la muchacha que le sirve de lazarillo. Véase nota 56 de Antígona.

b4 Maldición que se cumplirá con creces, ya que, recordé-
muslo, Creonte pierde a su mujer y a dos hi¡os.
palabras me defiendo de ti por los hechos que he pa-
decido.

CREONTE. — No voy a contener más mi cólera, sino
que lo arrastraré por la fuerza, aunque estoy solo y len- 875
to por la edad.

(Avanza hacia Creon te.)

Antistrofa.

EDIPO. — ¡Ay, desdichado!

CoRo. — ¡Con cuánta arrogancia has llegado, extran-
jero, si crees que vas a llevar a cabo tal cosa!

CREO NTE. — Lo creo.

Coao. — No tendré a ésta ~ por una ciudad, entonces.

CREONTE. — En una causa justa el débil vence al 880
fuerte.

EDIPO. — ¿Escucháis qué cosas dice?

CoRIFEo. — Cosas que no cumplirá. [Lo sé.]

CREONTE. — Zeus es quien podría saberlo, no tú.

CoRIFEo. — ¿Acaso no es esto insolencia?

CREONTE. — Insolencia, si, pero hay que soportar.

CORO. — ¡Oh todos los hombres, ah jefes del país!
Acudid con premura, acudid, porque éstos intentan ya 885
pasar al otro lado.

(Entra Teseo con hombres armados.)

TESEO. — ¿Qué griterío es éste? ¿Qué pasa? ¿A causa
de qué temor me impedís sacrificar la res en torno al
altar del marino dios protector de Colono”? Contadme,
para que de todo me entere; por qué razón he tenido 890
que venir aquí más aprisa de lo que le va bien a mi
paso.

EDIPO. — ¡Oh querido! He reconocido tu voz. Acabo

65 Atenas.

“ Se refiere, naturalmente, a Posidón. Ahora nos entera-
mos de que Teseo no había vuelto a Atenas, sino que se había
quedado en Colono ofreciendo un sacrificio en honor del dios.

de sufrir terribles afrentas de este hombre que está
aquí.

TESEO. — ¿Qué clase de afrentas? ¿Quién es el que
las ha causado? Habla.

895 EDIPo. — Creonte, éste, a quien estás viendo, se va
después de arrebatarme las dos hijas, lo único que
tengo.

TESEO. —- ¿Cómo dices?

EDIPO. — Has escuchado las cosas que he sufrido.

TESEO. — (A sus criados.) ¿No habrá alguno de los servidores que, yendo cuanto antes hacia los altares, obli-
900 gue a que todo el pueblo desde los sacrificios se lance a toda prisa, a pie o a caballo, allí donde confluyen para los viajeros los dos caminos a fin de que no lo sobrepasen las muchachas y yo me convierta, vencido por su violencia, en un objeto de irrisión para este extranjero? Según te ordeno, ve rápido.
905 En cuanto a ése, si yo me dejara llevar por la cólera de la que es merecedor, no saldría ileso de mi mano. Pero ahora a las reglas con las que él mismo se ha presentado, a éstas y no a otras deberá atenerse. (Dirigiéndose directamente a Creonte.) No saldrás de esta tierra
910 hasta que te presentes ante mí con aquéllas sanas y salvas. Has cometido acciones indignas de mí, de aquellos de los que tú mismo has nacido y de tu país, porque, entrando en una ciudad que observa la justicia y que
915 nada realiza que esté fuera de la ley y despreciando las leyes vigentes en esta tierra, irrumpes así en ella, te llevas lo que deseas y por la fuerza lo pones a tu lado. Te has creído que mi ciudad estaba despoblada o que tenía una población esclava y que yo para nada contaba.

Sin embargo, Tebas no te ha educado en la maldad,
920 pues no gusta de criar hombres injustos, ni podría alabarte si se enterara de que has arrebatado lo que pertenece a mi y a los dioses, llevándote por la fuerza a infortunados mortales que están en calidad de suplicantes.

Yo al menos, si entrara en tu país, ni aun cuando 925 tuviera las más justas pretensiones me llevaría a rastras a nadie sin contar con el que mandara allí, quienquiera que fuese. Antes bien, sabría qué normas debe observar un extranjero entre los ciudadanos. Tú, en cambio, ayerguenzas a tu propia ciudad sin que ella lo merezca y, 930 a medida que pasa el tiempo, además de en anciano te estás convirtiendo en alguien sin sentido común.

Pues bien, lo dije ya antes y lo repito ahora: que alguien traiga aquí cuanto antes a las muchachas, si es que no quieres ser, a la fuerza y no por tu grado, un 935 meteco67 en este país. Y esto te lo digo de palabra tanto como con el corazón.

CoRIFEO. — ¿Ves adónde has llegado, oh extranjero? A pesar de que por los de tu linaje pareces justo, has sido sorprendido en actos indignos”.

CREONTE. — No he cometido tal acción porque consí-
dere a esta ciudad carente de hombres ni falta de de- 940
cisión, hijo de Egeo, como tú dices; sino pensando que ningún ferviente deseo por los míos les iba a entrar a éstos”, como para alimentarlos en contra de mi voluntad. Sabia que no recibirían a un hombre parricida, además de impuro, para quien las bodas se revelaron 945 impías por la relación con sus hijos. En efecto, yo sabia que teníais en este país el prudente tribunal del Areé-

~7 Es un empleo del término meteco no exento de ironía. Meteco se le llamaba al residente que se instalaba voluntariamente en la ciudad por el tiempo que quería.

68 Aquí, también, Teseo intenta desagraviar a la ciudad de Tebas con la que le unían lazos de hospitalidad, diferenciando la actitud concreta de Creonte del comportamiento noble de su familia.

69 A los habitantes de Colono.

pago ~ que no permite que tales vagabundos se instalen
~so cerca de esta ciudad. Por tener confianza en él es por lo
que me apoderé de esta presa.
Y no lo hubiera hecho tampoco si no hubiera lanza-
do crueles maldiciones contra mi propia persona y mi
linaje en represalia de las cuales, afectado por ellas,
juzgué conveniente corresponderle con esto. No existe
955 ningún otro envejecimiento para la cólera a no ser la
muerte. Y ningún dolor alcanza a los muertos. Ante esto
obra como gustes, ya que la soledad me hace estar en
desventaja, aunque tenga razón en mis palabras. Con
todo, contra estos hechos y a pesar de lo avanzado de
mi edad, procuraré actuar en respuesta.
960 EDIPo. — ¡Oh desvergonzada arrogancia! ¿A cuál de
los dos ancianos crees que estás injuriando con este len-
guaje, a mí o a ti mismo, cuando lanzas por tu boca
contra mí asesinatos, bodas y desventuras que yo, des-
graciado, padecí en contra de mi voluntad? Así lo que-
965 rían los dioses, tal vez porque estaban resentidos desde
antiguo contra mi linaje; ya que no me podrías descu-
brir en mi propia persona ningún reproche de un pe-
cado por causa del cual yo haya faltado así a mí mismo
y a los míos.
Porque, explicame: si por medio de oráculos le llegó
970 a mi padre un vaticinio enviado por los dioses de que
moriría a manos de su hijo, ¿cómo podrías imputarme a
mi esto con razón, cuando aún no había sido engendra-
do ni concebido por mi padre y mi madre, y aún no
había nacido?

Y si luego mostrándome desdichado, como me mos-
~s tré, me enzarcé en lucha con mi padre y le maté, sin ser

70 Elogio al tribunal del Areópago, frecuente en la tragedia
griega. Este es, en definitiva, el tema de las Euménides de Es-
OUILo. Tenía un importante papel en los juicios de moral deri-
vados de los delitos de sangre.
consciente de nada de lo que hacía y contra quién lo ha-
cía, ¿cómo me podrías reprochar justamente un hecho
involuntario?
Acerca de las bodas con mi madre, que es tu herma-
na, ¿no te avergiienzas de obligarme a hablar? Ense- 980
guida diré cómo fueron. Pues no voy a callarme después
que tú has llegado en tu impío lenguaje a este punto.
Me dio a luz, sí, me dio a luz —jay de mis desgracias!—
sin que yo supiera nada ni ella tampoco, y, tras engen-
drarme a mí, engendró conmigo unos hijos que son su
propia vergúenza.
Pero una sola cosa sé: que tú te complaces en escar- 985
necernos a mi y a ella con esto. Por lo que a mí se
refiere, yo la desposé sin que mediara mi voluntad y
contra mi voluntad estoy hablando ahora de estas cosas.
Pero ni debo ser tenido por culpable por estas bodas ni
por el asesinato de mi padre que tú me echas sin cesar 990
en cara con amargos reproches.
Contéstame sólo a una de las preguntas que te voy
a hacer: si alguien que se hubiera acercado a ti, el justo,
intentara matarte aquí mismo, ¿acaso te informarías si
el asesino es tu padre o te vengarías al punto? Me pa- 995
rece que, si amas la vida, castigarías al culpable y no

tendrías miramientos con lo que es justo. En tales des-
gracias vine a caer, guiado por los dioses, de suerte que,
creo yo, ni siquiera mi padre, de estar vivo 71, hubiera
podido replicarme. Y tú, pues no eres justo al creer que loco
es conveniente decir cualquier cosa, sea algo decible o
no, me lanzas semejantes reproches delante de éstos.
Te parece oportuno halagar el nombre de Teseo y a
Atenas diciendo que está muy bien gobernada. Pero des- icos
pués de hacer tantas alabanzas, olvidas esto: que si hay
algún país que sepa honrar a sus dioses en sus cultos,

71 Una expresión que encontramos también en Electra 548,
refiriéndose a Ifigenia, en boca de Clitemestra.

éste le aventaja en eso. De este país tú has intentado
raptarme a mi, anciano suplicante, reducirme a la impo-
¡oto tencia y marcharte con las muchachas. Por eso hago mi
súplica yo ahora invocando a estas diosas en mi prove-
cho, y las insto con mis ruegos a venir vengadoras y
aliadas, a fin de que aprendas por qué clase de hombres
está defendida la ciudad.
CORIFEO. — El extranjero, señor, es honrado. Sus itt-
1015 fortunios son tremendamente funestos, pero dignos de
que le concedamos ayuda.
TESEO. — ¡Basta de discursos! Porque mientras los
que las han raptado se apresuran, nosotros, que sufri-
mos las consecuencias, estamos aquí quietos.
CREONTE. — ¿Qué le ordenas hacer a este hombre
débil?
TESEO. — Que empieces a caminar hacia allí y que
1020 me guíes a fin de que, si en esos lugares retienes a las
muchachas, me lo puedas indicar tú mismo al llegar.
Pero si los que se han apoderado de ellas han huido, no
hay que apenarse. Otros serán los que se apresuren y,
por escapar de ellos fuera de esta tierra, nunca tendrán
que dar gracias a los dioses.
1025 Así que ve por delante y sé consciente de que el que
dominaba es ahora dominado y que el destino se ha
apoderado de ti mientras tú te apoderabas de otros. Lo
que se obtiene con artes poco honestas no se conserva.
Y no encontrarás la ayuda de otro para este fin. Porque
estoy seguro de que tú no has llegado sin un cómplice
1030 o sin preparativos a tal arrebato de audacia cual ahora
has mostrado, sino que lo has llevado a cabo confiando
en alguien. Es preciso que yo considere tales cosas y no
permita que esta ciudad sea vencida por un solo hom-
1035 bre. ¿Comprendes mis palabras o te parece que han sido
dichas ahora tan en vano como en el momento en que
estabas tramándolo?

CREONTE. — Nada de lo que me digas aquí es para
ser censurado. En nuestra patria también nosotros sa-
bremos lo que debemos hacer.
TESEO. — Amenaza ahora, pero camina. Y tú, Edipo,
permanece aquí con nosotros confiado en que, si no ¡040
muero yo antes, no cesaré hasta hacerte dueño de tus
hijas.
EDIPO. — ¡Que recibas beneficios, Teseo, por tu gene-
rosidad y por los leales cuidados que tienes para nos-
otros!
(Salen Teseo y sus acompañantes con Creante.)

CoRo.
Estrofa 1.~
¡Ojalá estuviera yo donde las acometidas de los 1045
enemigos pronto trabarán un combate de broncíneo es-
trépito, junto a las orillas piticas o en las riberas ilumi-
nadas por antorchas 72, donde las augustas diosas73 pre- ¡oso
siden los venerables misterios para los mortales, sobre
cuya lengua está la dorada llave de sus servidores, los
Eumólpidas ~
Creo que allí Teseo, el promotor de combates, y las 1055
dos hermanas aún doncellas pronto se verán mezclados
en una batalla, en medio de un victorioso clamor, en esos
mismos lugares.

72 El primer camino nombrado se llama así por pasar de-
lante del templo dedicado a Apolo Pítico, a la entrada del paso
de Dafne, a unos nueve kilómetros de Colono, que se unía a las
costas de la bahía de Eleusis. Allí tenía lugar la procesión de las
antorchas en los grandes misterios de Eleusis, durante el mes
de septiembre. Una imagen de Yaco era traída en procesión,
desde Eleusis, a Atenas a lo largo del camino sagrado, lo que
formaba una parte fundamental del ritual.
~ Deméter y Perséfone.
74 Familia descendiente de Eumolpo que tenía a su cargo
la celebración de los Misterios.

Antistrofa 1.
1060 Acaso se estén acercando hacia el prado más occi-
dental de la nevada cumbre del Eta, dándose a la huida
1065 en potros o en carros que porfían con rapidez. Serán
apresados. Terrible es el combate que se les acerca y
terrible la fuerza de los súbditos de Teseo.
Por doquier brilla el freno, y se lanza, con las rien-
1070 das sueltas, toda la cabalgada de los enemigos que hon-
ran a la ecuestre Atenea y al marino protector del país,
hijo dilecto de Rea.

Estrofa 2.8
1075 ¿Han entrado ya en acción o lo van a hacer? En algo
me hace notar mi corazón que pronto liberarán a la que
ha soportado terribles pruebas y ha recibido cruel trata-
miento por parte de los de su misma sangre. Zeus realí-
¡oso zará, sí, realizará algo en el día de hoy. Adivino victo-
riosos combates. ¡Ojalá fuera una paloma de rápido
vuelo que, como un huracán, alcanzara una etérea nube
alzando mi mirada por encima de los combates!

Antistrofa 2.8
íoss ¡Oh Zeus, que todo lo puedes entre los dioses, que
todo lo ves, tú, su augusta hija, Palas Atenea! ¡Conceded
a los habitantes de esta tierra que, con fuerza triun fa-
ío~o dora, realicen una emboscada de feliz presa! Al agreste
Apolo y a su hermana perseguidora de moteados ciervos
de rápidos pies, ruego que lleguen doblemente pro tec-
1095 tores para esta tierra y sus ciudadanos.
CORIFEO. — ¡Ah, extranjero errante! No dirás que tu
vigía es un falso adivino. Pues veo que las muchachas
se dirigen de nuevo hacia aquí con una escolta.
EDIPO. — ¿Dónde, dónde? ¿Qué dices? ¿Qué afirmas?
(Entran Antígona e Ismene con Teseo y su escolta.)

nos ANTÍGONA. — ¡Oh padre, padre! ¿Cuál de los dioses te

J
podría conceder el contemplar al excelente varón que
nos ha conducido aquí junto a ti?
EDIPO. — ¡Oh hija! ¿Estáis las dos presentes?
ANTÍGONA. — Sí, pues los brazos de Teseo y de sus
queridos acompañantes nos pusieron a salvo.
EDIPO. —¡ Acercaos, hija, a vuestro padre y dejadme
abrazar vuestros cuerpos que ya no esperaba que vol- 1105
viesen!
ANTÍGONA. — Pides algo que vas a obtener, pues tu
gusto se une a nuestro deseo.
EDIPO. — ¿Dónde estáis, dónde estáis?
ANTÍGONA. — Estamos a tu lado.
EDIPO. — ¡Oh queridos retoños!
ANTÍGONA. — Todo es querido a un padre.
Enípo. — ¡Oh báculos de mi persona!
ANTÍGONA. — ¡Desdichados báculos de un desdichado!
EDIPO. — Tengo lo que más quiero. Ni aun si muriera iíío
sería ahora enteramente desgraciado, por el hecho de
estar vosotras dos a mi lado. Apoyaos, hijas mías, una
en cada costado abrazando a vuestro padre, y poned fin
a la soledad anterior de este desgraciado vagabundo.
Contadme lo que ha sucedido en pocas palabras, ya que ¡íís
a vuestra edad un breve discurso es suficiente.
ANTÍGONA. — He aquí al que nos salvó. A él debes
escuchar, padre, y para ti y para mí se simplificará la
tarea.
EDIPO. — No te admires ante mi insistencia, si me
alargo en la conversación con mis hijas, aparecidas ¡¡20
cuando ya no las esperaba. Pues sé que la satisfacción,
manifiesta en mi ante su presencia, de ningún otro pro-
cede sino de ti. Tú las has salvado y nadie más. ¡Que
los dioses te procuren lo que yo deseo a ti y a esta tie- 1125
rra! Porque sólo entre vosotros de los hombres he en-
contrado yo piedad, honradez y ausencia de falsedad.

Consciente de ello te correspondo con las siguientes pa-
labras: tengo lo que tengo por ti, que no por otro de
1130 los mortales. Tiéndeme, oh señor, la mano derecha para
que la toque y bese tu rostro, si es licito...
Sin embargo, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo puedo pre-
tender, siendo como soy un desdichado, que toques a
un hombre en quien han hecho su morada todas las
1135 desgracias? Yo por mi parte no te tocaré ni te permi-
tiré que lo hagas tú. A los únicos mortales que les es
posible tomar parte en mi pena es a los que están expe-
rimentados en ellas. Recibe mi saludo desde donde es-
toy ‘~ y preocúpate en el futuro de mi con justa solici-
tud, como lo has hecho hasta hoy.
TESEO. — No me he admirado de que hayas hecho
¡140 algo más extensas tus palabras por la alegría de tener
a tus hijas ni de que hayas preferido hablar con ellas
antes que conmigo. No lo tomamos en consideración,
pues no aspiramos a hacer nuestra vida gloriosa con pa-
1145 labras, sino más bien con hechos. Y te lo demuestro: en
nada de lo que te prometí te he engañado, anciano.
Estoy aquí con éstas sanas y salvas, intactas de los pe-

ligros que las amenazaban. Y de cómo fue ganada la
contienda, ¿por qué voy a jactarme inútilmente de cosas
que tú mismo aprenderás de tus hijas?
liso Pero acerca de una noticia que me acaba de llegar
cuando venia hacia aquí, dame tu parecer; ya que es
breve de decir, pero digna de admirar. El ser humano
no debe menospreciar ningún asunto.
1155 EDIPO. — ¿Qué es, hijo de Egeo? Dímelo, porque no
sé de qué me estás hablando.
TESEO. — Dicen que un hombre que no es conciuda-
dano tuyo, pero sí de tu familia, abalanzándose se ha

Edipo habla dado un paso hacia adelante para abrazar a
Teseo, pero, cuando toma conciencia de su situación, se detiene.
sentado7' en el altar de Posidón —donde yo estaba ha-
ciendo un sacrificio—, tan pronto como yo me vine aquí.
EDIPO. — ¿De qué país es? ¿Qué pretende con esta 1160
actitud de suplicante?
TESEO. — No sé sino una cosa. Pide, según me dicen,
una conversación contigo breve y sin solemnidad.
EDIPO. — ¿De qué clase? Pues esa postura no es pro-
pia de unas palabras sin importancia.
TESEO. — Dicen que pide volverse seguro por este
camino después de hablar contigo. 1165
EDIPO. — ¿Quién podrá ser el que está sentado en
esa actitud?
TESEO. — Recuerda si tenéis algún pariente en Argos
que desee alcanzar de ti esto.
EDIPO. — ¡Oh queridísimo! Deténte en este punto.
TESEO. — ¿Qué te ocurre?
EDIPO. —No me pidas... 1170
TESEO. — ¿Qué? Habla.
EDIPO. — Al oir estas cosas ya sé quién es el supli-
cante.
TESEO. — ¿Y quién es? ¿Podría no censurarle algo?
EDIPO. — Mi hijo, rey, el hijo aborrecido cuyas pala-
bras yo soportaría escuchar más penosamente que las
de cualquier otro hombre.
TESEO. — ¿Por qué? ¿No te es posible escucharle y 1175
no hacer las cosas que no desees? ¿Por qué te es penoso
oírle?
Enípo. — Odiosa llega esa voz a su padre, se~Ofl no
me expongas a la necesidad de ceder en esto.
TESEO. — Pero considera si te obliga su actitud de
súplica, no sea que el propósito del dios deba ser cumn- 1180
pudo por ti.

ANTÍGONA. — Padre, obedéceme aunque sea una joven

76 La postura ritual del suplicante era de rodillas y sentado
sobre las piernas.
L

la que te aconseje. Deja que este hombre ~ ofrezca a su
propio corazón y a la divinidad el agradecimiento que
desea y concédenos a nosotras que venga nuestro her-
1185 mano. Tranquilízate, que no te apartará por la fuerza
de tu propósito con palabras que no sean dichas para tu
provecho. ¿Qué puedes perder por escuchar sus pala-

bras? Las acciones que se han tramado con malos fines
se dan a conocer por la palabra. Tú le has engendrado,
í190 de suerte que ni por haber cometido contra ti las más
impías de las acciones, oh padre, es justo que le devuel-
vas mal por mal.

Déjale. También otros tienen hijos malvados y vio-
lento carácter, pero amonestados por las palabras de
1195 los amigos, apaciguan su natural. Dirige tu mirada no
a los actuales, sino a los padecimientos de otro tiem-
po, a los que por tu padre y por tu madre sufriste, y,
si los observas, te darás cuenta —estoy segura— de que
el resultado de una cólera irracional viene a ser una des-
í200 gracia. Tú tienes serias advertencias de ello privado
como estás de tus ojos sin vista.

¡Ea, cede en favor nuestro! No está bien que los que
tienen justas pretensiones rueguen con tanta insistencia,
ni que tú recibas un beneficio y después de eso no sepas
corresponder.

EDIPO. — Hija, con penoso placer me habéis vencido
1205 por vuestras palabras. Sea, pues, como queréis. Sólo una
cosa, extranjero; si aquél viene aquí, que ninguno fuerce
mi voluntad.

TESEO. — Una vez sólo, y no dos, necesito oírte eso,
1210 anciano. No quiero alardear; pero sábete que estarás
a salvo si un dios me tiene también a mí a salvo.
(Salen Teseo y su séquito.)

“ Teseo.

CORO.

Estrofa.

Quien no haciendo caso del comedimiento desea vi-
vir más de lo que le corresponde, es evidente, en mi
opinión, que tras una locura anda. Porque los días, cuan- 1215
do ya se cuentan por muchos, atraen muchas cosas que
están más cerca del dolor; mientras que no podrías ya
ver dónde están los gozos cuando se ha pasado por en-
cima del tiempo debido, Y quien viene a poner remedio 1220
trae igual fin a todos: cuando se presenta la Moira del
Hades, sin cantos nupciales, sin música de lira, sin coros,
la muerte, para poner fin.

Antistrofa.

El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón.
Pero ya que se ha venido a la luz lo que en segundo lu- 1225
gar es mejor, con mucho, es volver cuanto antes allí de
donde se viene 78~ Porque, cuando se deja atrás la juven-
tud con sus irreflexivas locuras, ¿qué pena se escapa por 1230
entero? ¿Cuál de los sufrimientos no está presente? En-
vidia, querellas, discordia, luchas y muertes, y cae des- 1235
pués en el lote, como última, la despreciable, endeble,
insociable, desagradable vejez, donde vienen a parar to-
dos los males peores ~.

Epodo.

En ella ~ no sólo estoy yo: he aquí a este desdichado.
Como un acantilado que orientado al norte está por 1240

78 Esta idea Sófocles la recoge de TEoGNÍs (425 y ss.), del
que la toman también otros poetas. Tenemos noticias (HERÓDo-
io, 1 31) de que Solón hace decir algo parecido a Creso.

79 En estas estrofas, el poeta expresa, por boca de los an-
cianos coreutas, lo que lleva dentro de sí, del modo más poético
y emocionante imaginable. No olvidemos que Sófocles escribe

esta obra en una avanzada edad, y que la idea de la vejez está presente a lo largo de la obra.
~ En la vejez.
EDIPO EN COLONO 319
318 TRAGEDIAS
todas partes batido por las olas durante el invierno, así también contra éste se abaten violentamente terribles desgracias que, acompañándole siempre, se rompen como
1245 olas, unas desde donde se pone el sol, otras donde se levanta, unas desde el lado del mediodía, otras desde los montes Ripeos8' sumergidos en la noche.
ANTÍGONA. — Aquí está, precisamente, según parece,
1250 nuestro extranjero, padre. Camina hacia aquí, solo, derramando abundantes lágrimas por sus ojos.
EDIPO. — ¿Quién es ése?
ANTÍGONA. — Aquel a quien ya hace rato teníamos en el pensamiento. Está aquí presente Polinices.
(Entra Polinices, poco seguro de sus movimientos.)
1255 PoLINIcEs. — ¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¿Lloraré ante mis propias desgracias, hermanas, o las de éste a quien contemplo, nuestro anciano padre? Me lo encuentro con vosotras dos, en una tierra extranjera, desterrado aquí, con semejante atuendo, cuya repugnante mugre
1260 desde antiguo es inseparable para el anciano, marchitando su cuerpo; en su cabeza sin ojos el viento agita la despeinada cabellera, y parejo a esto, a lo que parece, son los alimentos de su misero vientre.
Demasiado tarde, infame de mi, me doy cuenta de
1265 ello. Reconozco que he llegado como el más malvado de los hombres por lo que a tus cuidados se refiere. Mis faltas no las conocerás por otros. Pero sentada con Zeus en su trono está la Compasión para todas las acciones.
1270 Que se venga a situar también junto a ti, padre. Remedio existe para mis faltas, y eso que no pueden ya ser mayores. ¿Por qué callas? Di algo, padre, no me des la espalda. ¿Nada me respondes? ¿Es que con desprecio me vas a despachar sin una palabra y sin decir qué me reprochas?
1275 ¡Oh hijas de este hombre, hermanas mías!, intentad

SI Mítica cordillera que representa el N. por excelencia.
al menos vosotras mover los implacables e inexorables labios de nuestro padre a fin de que a mí, suplicante del dios, no me haga marchar así deshonrado, sin haberme dirigido ni una palabra.
ANTÍGONA. — Di tú mismo, oh infeliz, con qué motivo í~so te has presentado. Pues muchas veces las palabras, ya porque produzcan placer, enojo o compasión, procuran voz a los que no pueden hablar.
PoLíNícEs. — En ese caso hablaré. Pues bien me aconsejas. Pongo ante todo como protector mío al dios 1285 de donde82 el soberano de esta tierra me hizo levantar para venir hasta aquí, concediéndome el poder hablar y escuchar a la vez que tener un regreso seguro. Eso es lo que querría obtener de vosotros, extranjeros, de estas 1290 dos hermanas mías y de mi padre.
Quiero ya decirte, padre, con qué objeto he llegado. He sido expulsado como un desterrado de mi tierra patria porque me consideraba merecedor de sentarme en tu trono todopoderoso, al ser el de más edad ~. En res- 1295 puesta Eteocles, que es más joven, me arrojó del país sin haberme vencido con una razón ni haber acudido a la prueba de la fuerza o de los hechos, sino por haber persuadido a la ciudad. Yo afirmo que la causa de estas cosas es fundamentalmente tu Erinis ~ y, además, lo he í3oo

escuchado también así de los oráculos.
En efecto, una vez que llegué a la dórica Argos y
tomé a Adrasto por suegro, puse de mi parte, ligados
por un juramento, a cuantos en la tierra de Apis ~ eran

~ “De cuyo altar....
~ Véase nota 23, en esta misma tragedia.
84 La maldición que, de antiguo, persigue al linaje de los Labdácidas; no la maldición que Edipo ha lanzado contra sus hijos.
85 Se refiere al Peloponeso. Apis es un profeta-mago, hijo de Apolo, que llegó de Naupacto para purificar el Peloponeso de monstruos homicidas. (EsQuILo, Suplicantes 260 y ss.)

nos considerados los primeros y honrados por su lanza, a
fin de que, reuniendo con ellos la expedición de los
siete jefes que irá contra Tebas, o muera con la razón
de mi parte o arroje del país a los que han cometido
estos hechos.
Y bien, ¿por qué, pues, me encuentro ahora aquí?
1310 Porque te traigo súplicas de mi parte y de la de mis
aliados que, con sus siete batallones y sus siete lanzas,
han rodeado por completo la llanura de Tebas. Uno es
Anfiarao ~, el de la lanza, que es el primero tanto en el
manejo de la misma como en las trayectorias de las
1315 aves ~. Después está un etolio, Tideo, el hijo de Eneo.
En tercer lugar, Etéoclo, argivo por nacimiento. El cuar-
to es Hipomedonte, a quien envió Tálao, su padre. El
quinto, Capaneo, se jacta de que destruirá por el fuego
wo la ciudad de Tebas hasta sus cimientos. El que aparece
en sexto lugar es Partenopeo el arcadio, así llamado por
la que fue virgen en otro tiempo y en matrimonio más
tarde le dio a luz ~, leal hijo de Atalanta.
Y yo, tu hijo, aunque no tuyo sino de tu funesto des-
1325 tino nacido, al menos llamado hijo tuyo, conduzco al
intrépido ejército de Argos contra Tebas.
Todos nosotros nos presentamos como suplicantes.
ante ti, por estas hijas tuyas, por tu vida, padre, rogán-
dote que depongas tu violenta cólera contra mí, que me
1330 he lanzado a vengarme de mi hermano porque él me
arrojó y despojó de mi patria. Si algo digno de crédito

86 La lista de los siete guerreros argivos que luchan contra Tebas está dada en EsQUILo (Siete contra Tebas 377-652) y en EURÍPIDES (Suplicantes 860 y ss., y Fenicias 1104-1188).
87 En aplicar las reglas de adivinación según el vuelo de los pájaros.
88 Existe en griego un juego de palabras entre el nombre propio Partenopeo y el calificativo dedicado a su madre, par-Ihénos.
hay en los oráculos 89, decían que la victoria estará con
aquellos a los que tú te asocies. Yo te pido por nuestras
fuentes ~ y por los dioses protectores de nuestro linaje
que te dejes persuadir y cedas, ya que mendigos y ex- 1335
tranjeros somos los dos’y vivimos adulando a los demás
tanto tú como yo, ya que el mismo destino hemos ob-
tenido. En cambio en nuestro palacio el rey 91, ¡oh des-
graciado de mí!, está engreído burlándose a la vez de
nosotros. Pero, si tú tomas partido por mis propósitos, 1340
con poca molestia y en breve tiempo le destruiré. De

este modo te conduciré para instalarte en tu palacio y
me instalaré yo mismo tras echar con violencia a aquél.
Podré jactarme de ello sólo si tú consientes; en cambio, 1345
sin ti, ni de salvarme tendré posibilidad.

CORIFEO. — Por consideración a quien le envió, Edipo, despide a tu vez a este hombre después de decirle lo que creas oportuno.

EDIPO. — ¡Habitantes de esta tierra! Si no fuera precisamente Teseo el que me lo ha mandado aquí por 1350
considerar razonable que oyera de mí unas palabras,
en ningún momento habría escuchado mi voz. Ahora se
irá satisfecho tras escucharme cosas tales que nunca alegrarán su vida.

(Volviéndose hacia Polinices.) Porque tú, oh miserable, cuando tenias el cetro y el trono 92 que ahora posee 1355
tu hermano en Tebas, tú mismo a tu propio padre aquí
presente expulsaste y le convertiste en desterrado y le
hiciste llevar estas prendas ante las que ahora, al verlas,
te lamentas una vez que has venido a dar, al igual que

~ Estos oráculos son los que ya anunció Ismene, y que Polinices conoció antes de venir.

~ Juramento solemne que encontramos otras veces. (Antígona 844.)

91 Eteocles.

92 Uno de los frecuentes desajustes con el mito, según el cual Polinices nunca llegó a ocupar el trono.

n~o yo, en el mismo infortunio. No es momento de lamentarse sino de soportar, al menos por mi parte, estas cosas mientras viva, con el recuerdo puesto en ti, mi asesino. Pues tú has hecho que viva en esta miseria, tú me
has arrojado a ella. Por tu culpa soy un vagabundo y
1365 pido a los demás mi sustento de cada día. Y si no hubiera engendrado a estas hijas que me alimentan, ciertamente que, por lo que a ti atañe, ya no existiría. Actualmente a ellas debo mi vida, ellas son mi sustento, ellas
son hombres —no mujeres— para participar en mis fatigas, mientras que vosotros habéis nacido de otro, que
no de mí.
1370 Por tanto, la divinidad te contempla, y no del modo
que lo hará enseguida, si es que esos ejércitos se ponen
en movimiento contra la ciudad de Tebas. Es imposible
que destruyas esa ciudad; antes caeréis manchados con
1375 vuestra propia sangre tú y tu hermano. Tales maldiciones lancé yo antaño contra vosotros dos, y ahora apelo
a ellas de nuevo, para que vengan como aliadas mías a
fin de que os dignéis reverenciar a los que os engendraron y no seáis desconsiderados si habéis nacido de un
1380 padre ciego. Pues éstas no actuaron así. Por ello estas
maldiciones tendrán más poder que tu actitud de suplicante y tus tronos, si la Justicia celebrada desde antiguo
sigue sentada junto a las leyes de Zeus que rigen desde
síemp re.

Tú vete en mala hora, aborrecido y sin contar conmigo como padre, más malvado que nadie, llevándote
1385 contigo estas maldiciones que invoco contra ti; que ni
conquistes por la lanza la tierra de nuestra patria ni regreses nunca a la cóncava Argos, sino que mueras por
mano de quien comparte tu linaje y que mates a aquel
por quien fuiste desterrado. Tales son mis maldiciones,
1390 e invoco a la odiosa oscuridad paterna del Tártaro para
que en ella te preparen morada, e invoco a estas diosas ~ así como a Ares ~, que ha infundido en vosotros
dos el terrible odio.

Después de oír esto, ponte en marcha y, cuando lle-
gues, anuncia a todos los cadmeos, así como a tus fieles 1395
aliados, que tal clase de privilegios reparte Edipo a sus
propios hijos.

CoRIFEo. — No me congratulo contigo por tus pasa-
dos avances, Polinices; y ahora vete cuanto antes.

PoLíNícEs. — ¡Ay de mi viaje y de mi fracaso! ¡Ay de í4oo
mis compañeros! ¡ Qué final del camino, el que empren-
dimos desde Argos, desdichado de mí, tan aciago que ni
puedo hablar acerca de él a ninguno de los camaradas
ni puedo retroceder, sino que en silencio debo encontrar-
me con mi destino! ¡Oh hermanas mías, hijas de éste! 1405
Vosotras, ya que habéis escuchado la crueldad cte nues-
tro padre en su maldición, ¡por los dioses!, si ésta se
cumple y si regresáis a casa, no permitáis, al menos, mi
deshonra, antes bien depositadme en una tumba y tri- 1410
butadme honras fúnebres ~. Y las alabanzas que os ha-
béis ganado por las fatigas que os tomáis con este hom-
bre, se incrementarán con otras no menores por la ayu-
da que me prestéis.

ANTÍGONA. — Polinices, te suplico que te dejes per-
suadir por mi en una cosa.

PoLíNícEs. — ¿En qué, queridisima Antígona, dime? 1415

ANTÍGONA. — Haz volver al ejército a Argos lo más
pronto posible y no te destruyas a ti mismo y a nuestra
ciudad.

PoLíNícEs. — Ya no es posible. ¿Cómo podría hacer

93 Las Erinias, en su papel de diosas vengadoras que casti-
gan las faltas contra los familiares.

94 Repetidas veces sale la figura de este dios de muerte y
destrucción, nada grato ni entre los mortales ni entre los in-
mortales.

‘ Alusión tardía que hace el poeta a su propia Antígona.

volver de nuevo al mismo ejército porque yo haya sen-
tido temor en un momento?

1420 ANTÍGONA. — ¿ Por qué tienes que encolerizarte otra
vez, muchacho? ¿ Qué provecho sacarás de asolar tu pa-
tria?

PoLíNícEs. — Es vergonzoso huir y también que yo,
el mayor, sea así objeto de burla por parte de mi her-
mano.

ANTÍGONA. — ¿No ves que así harás que se cumplan
las predicciones de él, que os anuncian la muerte a los
1425 dos por vuestras mutuas manos?

PoLíNícns. — Es que lo desea. Nosotros no debemos
ceder.

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Quién se atre-
verá a seguirte si escucha lo que este hombre ha profe-
tizado?

PoLíNícEs. — No anunciaremos desastres, porque es
1430 propio de un buen estratego decir lo bueno y no lo malo.

ANTÍGONA. — Así, pues, muchacho, ¿estás decidido a

ello?

PoLíNícEs. — Si, y no me retengas. Es a mí a quien
tiene que importar este camino, si es desdichado o si
1435 funesto a causa de nuestro padre y de sus Erinias. A vos-
otras, en cambio, que Zeus os colme de gracias si me
cumplís esto cuando esté muerto, porque vivo ya no
me volveréis a abrazar. Soltadme ya ~. ¡Adós! Ya no me
veréis más con vida.

ANTÍGONA. — ¡Ah, desgraciada de mi!

PoLINIcES. — No gimas por mí.

í440 ANTÍGONA. — ¿Y quién no te lloraría, hermano, si
claramente te precipitas al Hades?
PoLíNícEs. — Si es preciso moriré.
ANTÍGONA. — No, hermano; antes bien, sigue mi con-
sejo.

94 Esto hace suponer que estaban abrazados.
PoLINIcEs. — No me persuadas a lo que no debo.
ANTÍGONA. — ¡Ah, qué desgraciada soy si de ti me veo
privada!
PoLINIcEs. — De la divinidad depende el que eso sea
así o de otro modo. Yo pido a los dioses para vosotras 1445
dos que nunca os topéis con desgracias, pues, en opinión
de todos, no merecéis ser desgraciadas.
(Polinices sale precipitadamente.)

CORO.
Estrofa 1.8
He aquí males nuevos, recientemente llegados a nos-
otros, penosos males que provienen del ciego extranjero,
a no ser que la Moira no disponga otra cosa. Pues no 1450
puedo decir que ninguna resolución de los dioses sea
yana. Lo ve, lo ve siempre el Tiempo, precipitando y en- 1455
grandeciendo las mismas cosas de nuevo en un día. (Se
oye un trueno.) El cielo ha retumbado, ¡oh Zeus!
EDIPO. — ¡Oh hijas, hijas! ¿Cómo podría cualquier lu-
gareño hacer que viniese aquí Teseo, el más noble de
todos?
ANTÍGONA. — Padre, ¿con qué pretensión lo llamas?
EDIPO. — Este trueno alado de Zeus me llevará pron- 1460
to al Hades. Ea, enviad a buscarle cuanto antes.
(Se oye tronar más fuerte.)

Antistrofa l.a
Ved: un enorme, tremendo ruido, helo aquí, enviado
por Zeus se abate sobre la tierra. El espanto me invade í4t5
hasta las puntas de los cabellos de mi cabeza. Se asusta
mi corazón. En el cielo los relámpagos brillan de nuevo.
¿Qué final nos deparará? Me da miedo, nunca se presen- 1470
ta ~‘ en vano sin que algo grave sobrevenga. ¡Oh inmenso
Éter! ¡Oh Zeus!

97 La tormenta, en sí misma, es siempre un peligro para los

EDIPO. — ¡Oh hijas! Llega sobre mí el final de la vida
determinado por los dioses y sin que haya escapatoria.
ANTÍGONA. — ¿Cómo lo sabes? ¿De qué lo has dedu-
cido?
1475 EDIPO. — Lo sé bien. Que lo más pronto posible vaya
alguien y me traiga al soberano de este país.
(Se oyen más truenos.)

CORO.
Estrofa 2.a
¡Ah, ah, mira! De nuevo nos envuelve por todas par-
tes el estridente ruido. Sé propicio, sé propicio, oh dios,
1480 si es que a la tierra nutricia traes algo misterioso. ¡Que
encuentre en ti un feliz destino y que, no por haber visto
a un hombre maldito, obtenga yo un agradecimiento sin
1485 provecho! Zeus soberano, a ti me dirijo.
Enipo. — ¿Está cerca nuestro hombre? ¿Me encon-
trará aún con vida y capaz de controlarme en mis pen-
samientos?
ANTÍGONA. — ¿Cuál es la prueba de confianza que

quieres depositar en su ánimo?
EDIPO. — A cambio de los bienes que me otorgó, que-
1490 ría ofrecerle una recompensa tangible, la que le prometí
al obtenerlos.

CoRo.
Antistrofa 2.a
¡Ah, ah, hijo, ven, ven! Aunque te encuentres of ren-
1495 dando bueyes en lo más hondo de la gruta, en el altar de
sacrificios, al marino dios Poseidón, ven. Pues el extran-
jero os considera, a ti, a la ciudad y a los amigos, mere-
cedores de devolveros el favor por el trato recibido.
¡Apresúrate, ven, oh rey!

griegos. El Coro piensa que algún mal les acecha por culpa del
extranjero.
(Llega apresuradamente Teseo.)
TESEO. — ¿Qué revuelo de voces provocáis, claras las 1500
de los ciudadanos y clara también la del extranjero?
¿No será acaso un rayo de Zeus, o la espesa granizada
que ha descargado? Todo es posible suponer cuando la
divinidad produce una tempestad semejante.
EDIPO. — Señor, te has mostrado ante quien lo es- 1505
taba deseando. Algún dios ha dispuesto para ti la buena
fortuna de este viaje.
TESEO. — ¿Qué hay de nuevo esta vez, hijo de Layo?
EDIPO. — Es el trance decisivo de mi vida y no quie-
ro morir defraudándote a ti y a esta ciudad en lo que
prometí.
TESEO. — ¿En qué señal te basas de que se trata de isio
tu muerte?
EDIPO. — Los propios dioses, como heraldos, me lo
anuncian y en nada me engañan de las señales conveni-
das.
TESEO. — ¿Cómo dices, oh anciano, que te lo hacen
manifiesto?
EDIPO. — Los truenos que incesantes se repiten y los
numerosos dardos que relampaguean procedentes de 1515
una mano invencible.
TESEO. — Me convences. Veo que has profetizado mu-
chas cosas y no falsas. Lo que hay que hacer dimelo.
EDIPO. — Yo te explicaré, hijo de Egeo, las ventajas
que habrá para ti y para esta ciudad sin las penas de la
vejez. Yo mismo, sin guía, voy a conducirte pronto al lu- 1520
gar donde debo morir. Pero tú no digas jamás a hombre
alguno ni dónde está oculto ni en qué pasaje se encuen-
tra, a fin de que te sea siempre una protección mayor
que muchos escudos y que la lanza de los vecinos alia- 1525
dos. Las cosas más sagradas que no se pueden remover
con palabras, tú mismo las aprenderás cuando allí acu-
das solo, porque yo no podría decirlas a ninguno de estos
1

ciudadanos, ni siquiera a mis hijas, amándolas como las
amo.
1530 Y tú guárdatelo siempre para ti mismo y, cuando
llegues al final de la vida, indícaselo sólo al mejor y que
él no deje de revelárselo al siguiente. Es así como habi-
tarás una ciudad que no será devastada por los hombres
1535 «sembrados» ~. Innumerables ciudades, aunque uno las
gobierne bien, caen en la insolencia con facilidad. Pero
los dioses se dan buena cuenta, a pesar de que haya pa-
sado el tiempo, de cuando alguien se vuelve hacia la lo-
cura con desprecio de las normas divinas. Esto no quie-
ras experimentarlo tú, hijo de Egeo.

Sin duda que estamos enseñando algo a quien ya es
1540 conocedor de ello. Partamos ya hacia el paraje, pues la
señal enviada por el dios me apremia, y no dejemos ya
el camino. ¡Oh hijas!, seguidme allí, que ahora soy yo el
que me convierto en un desusado guía para vosotras ~',
como antes lo erais para vuestro padre. (Edipo avanza
con paso firme y decidido, como si un dios le guiara.)
1545 Avanzad y no me toquéis, sino dejad que yo mismo
descubra la sagrada tumba en donde está destinado que
mi persona sea enterrada en esta tierra. Por aquí, por
aquí avanzad.
Por este camino me conducen el mensajero Her-
mes 1W y la diosa de los infiernos 101 ¡Oh luz que no per-
í55o cibo 102, antes eras mía y ahora mi cuerpo por última vez

98 Los tebanos o cadmeos nacidos de los dientes sepultados
del dragón que sembró Cadmo.
~ Un efecto dramático muy conseguido es, según Jebb, el
que aquí encontramos cuando el, hasta ahora, torpe e indeciso
ciego se convierte en guía para los demás.
1W Hermes, invocado aquí como conductor de las almas de
los muertos.
¡01 Perséfone.
102 La despedida habitual de la vida se hace apelando a la
luz del día (véanse Áyax 856, Filoctetes 415, etc.). En el caso del
está en contacto contigo! Pues ya estoy haciendo el úl-
timo trecho de mi vida para ocultarme en el Hades. Tú,
el más querido de los huéspedes, tú mismo, este país y
los que te siguen, sed felices y en el éxito acordaos de 1555
mí, aunque muerto, para vuestra duradera felicidad.
(Salen todos detrás de Edipo: sus hijas, Teseo y los
servidores.)

CoRo.
Estrofa.
Si me es lícito adorar con súplicas a las diosas invi-
sibles y a ti, rey de las tinieblas, Edoneo, Edoneo 103 con- 1560
cededme que sin penas y sin lamentos de muerte des-
cienda el extranjero al llano de los muertos, el que a to-
dos oculta, a la morada estigia. Que, tras haberle llegado 1565
tantas inútiles penas, un dios justo le ensalce de nuevo.

Antistrofa.
¡Oh diosas infernales y fiera invencible 104 de quien
se tiene noticia de que, en las muy visitadas puertas, te 1570
acuestas como guardián indómito junto al Hades y gru-
ñes desde su cueva! Yo te suplico, hijo de la Tierra y del
Tártaro, que éste deje libre el paso para el extranjero 1575
que se dirige hacia las llanuras profundas de los muer-
tos. A ti te invoco, a la que das un sueño eterno '~.
(Llega un mensajero.)
MENSAJERO. — Ciudadanos, en breves palabras podría 1580
decir que Edipo ha muerto. Pero, acerca de lo que ha
ocurrido, ni el relato puedo hacerlo brevemente ni son
breves los hechos que allí tuvieron lugar.

ciego Edipo hay un mayor dramatismo cuando tiene que decir
estas palabras.
103 Edoneo, otro nombre de Hades.
104 Se trata de Cerbero, que vigila la entrada al Hades.
105 Posiblemente la divinidad a que se refiere es Thánatos,
la Muerte.
1
~1

CORIFEO. — ¿Ha muerto entonces, desdichado?

MENSAJERO. — Ten por cierto que él ha abandonado su vida.

1585 CORIFEO. — ¿Cómo? ¿Acaso con un destino divino que se lo ha hecho fácil?

MENSAJERO. — Esto precisamente es lógico que sea digno de admiración. Cuando salió de aquí —y tú que estabas presente lo sabes— no le servía de guía ninguno de los suyos, antes bien, él en persona nos guiaba a to- ís~o dos nosotros. Una vez que llegó al abrupto camino sólidamente arraigado desde la tierra por broncíneos cimientos 106, se detuvo en uno de los senderos que se bifurcan, cerca de la cóncava hondonada de la roca, donde reposan los pactos de lealtad eterna entre Teseo y Pirí- 1595 too 1O7~ A partir de aquí, colocándose en el medio, entre la roca Toricia y el peral silvestre hueco y la tumba de piedra, se sentó.

A continuación se liberó de las mugrientas ropas, y entonces, llamando a sus hijas, les ordena que traigan de algún manantial agua para lavarse y para las libacio- í6oo nes. Ellas, dirigiéndose a la colina que tienen ante si dedicada a Deméter, la que produce verdor en los campos, llevaron con prontitud a su padre este encargo y le arreglaron con los baños y con la ropa con que se acostumbra.

Tan pronto sintió la satisfacción de que todo estaba 1605 realizado y que no quedaba ya por hacer nada de lo que

106 Existía la creencia popular de que la gruta de Colono se comunicaba con el mundo subterráneo. Parece que se habían construido unas gradas artificiales para señalar la bajada.

107 Teseo descendió con Piritoo, rey de los lapitas, a los infiernos para ayudarle a traerse a Perséfone; pero ambos fueron hechos prisioneros por Hades. Más tarde, Teseo fue liberado por Heracles cuando bajó a capturar a Cerbero; pero, al ir a liberar a Pirítoo, la tierra tembló y el héroe entendió que los dioses no querían.

deseaba, tronó Zeus infernal y las muchachas se estremecieron cuando lo oyeron y, caídas a los pies de su padre, lloraban y no dejaban de darse golpes de pecho 108 ni de lamentarse continuamente. Y él, cuando oyó este 1610 repentino y amargo lamento, abrazándolas dijo: «¡Oh hijas, no tenéis ya padre en este día! Está muerto todo lo mío y ya no tendréis que afanaros por mi alimento. Era duro, hijas, lo sé. Pero una sola palabra os redime 1615 de todas estas penalidades: no podéis haber recibido de nadie un amor mayor que de este anciano sin el cual vais a pasar desde ahora el resto de vuestra vida.»

De esta manera, teniéndose abrazados entre sí, to- 1620 dos se lamentaban entre sollozos. Cuando hubieron puesto fin a sus plañidos y ningún grito se emitía, se hizo el silencio. De repente una voz de alguien le llama a gritos de tal modo que a todos se nos erizan súbitamente los 1625 cabellos por el terror. Un dios le llama repetidas veces 109 de distintas maneras: «¡Eh, a ti, a ti, Edipo! ¿A qué esperamos para marchar? Ya hace rato que hay retraso por tu parte.» Y cuando él se da cuenta que la divinidad le llama, manda que se le acerque Teseo, rey 1630 del país, y una vez que lo hizo, le dijo: «¡Oh amigo querido! Da con tu mano a mis hijas la antigua garantía y vosotras, hijas, a él, y promete que nunca las abandonarás por tu voluntad y que cumplirás cuantas cosas de-

bas, creyendo honradamente que les son convenientes 1635
siempre para ellas.» Y él, noble como es, sin lamentacio-
nes, accedió bajo juramento a cumplir tales cosas para
el extranjero.

Tan pronto hubo hecho esto Edipo, poniendo sus cie-
gas manos en sus hijas, dice: «Hijas mías, es preciso que 1640

108 Gestos de dolor entre las mujeres griegas.

¡09 Este dios debe de ser Caronte, genio del mundo infernal.
Su misión era pasar a las almas a través de los pantanos del
Aqueronte hasta la orilla opuesta del río de los muertos.

salgáis de estos lugares soportándolo con nobleza de ání-
mo y que no pretendáis ver lo que no es lícito ni escu-
char lo que hablemos. Ea, marchaos cuanto antes. Sólo
el que está autorizado, Teseo, debe quedarse y conocer
lo que va a suceder.»
í~s Todos le oímos decir estas cosas. Acompañábamos a
las muchachas derramando incesantes lágrimas. Cuando
nos hubimos distanciado, al volvernos al cabo de muy
poco tiempo, vimos desde allí que nuestro hombre ya
1650 no estaba presente en ninguna parte y que el rey, solo, se
ponía la mano delante del rostro tapándose los ojos,
como si se le hubiera mostrado una visión terrible e in-
soportable de ver.

Poco después, no obstante, tras un corto espacio de
tiempo, vemos que él, arrodillándose, adora, a la vez, a la
1655 tierra y al Olimpo de los dioses en la misma plegaria.

Pero de qué muerte pereció aquél no podría decirlo
ni uno solo de los mortales excepto Teseo. No le mató ni
1680 el rayo portador del fuego de una deidad ni un torbe-
llino que del mar se hubiera alzado en aquel momento.
Más bien, o algún mensajero enviado por los dioses o el
sombrío suelo de la tierra de los muertos le dejó paso
benévolo. El hombre se fue no acompañado de gemi-
dos y de los sufrimientos de quienes padecen dolores,
iáós sino de modo admirable, cual ningún otro de los morta-
les. Y si doy la impresión de que no hablo con sensatez,
tampoco suplicaría a los que no les parezco cuerdo ííO~

CoRIFEo. — ¿Y dónde están las hijas y los que las
escoltaban de los nuestros?

MENSAJERO. — No están lejos. Las voces de sus la-
mentos son nítidas y nos indican que se acercan aquí.

110 Es decir que no va a pretender parecer lógico, porque se
da cuenta de lo absurdo del relato que responde a hechos en
sí nada comunes.

<Llegan Antígona e Ismene.)

CORO.
Estrofa 1.a

ANTÍGONA. — ¡Ay, ay!, nos corresponde ahora a las 1670
dos, desdichadas, lamentarnos, no por otra cosa que por
la sangre maldita que de nuestro padre hemos recibido.
Por él muchos e incesantes trabajos soportábamos hasta
ahora, pero por último”1 podremos contar cosas increí- 1675
bies que, sin embargo, hemos visto y pasado.

CORO. — ¿Qué son?

ANTÍGONA. — Es fácil de conjeturar, amigos.

CORO. — ¿Se ha ido?
ANTÍGONA. — De la forma que más podría apetecer.
¿Y cómo no, si a él ni Ares ni el Ponto le salieron al 1680
encuentro, sino que las praderas tenebrosas se lo traga-
ron, llevado por un oscuro destino? ¡Desdichada de mi!
Una noche de muerte nos ha caído sobre nuestros ojos.
¿Cómo, vagando por algún distante país o por las olas ‘685
del mar, podremos obtener los medios de vida tan difí-
ciles de so portar?
ISMENE. — No sé. ¡Que el mortífero Hades se apO- 1690
dere de mí, desventurada, para unirme con la muerte a
nuestro anciano padre! Porque para mi la vida que nos
resta no es soportable.
CORO. — ¡Ah, vosotras, las dos excelentes hijas! ¡Lo
que redunda en un bien y procede de la divinidad hay 1695
que soportarlo! No os consumáis en exceso, pues no os
ha sucedido nada que sea reprobable.

Antistrofa 1.8
ANTÍGONA. — Una cierta añoranza hay incluso de los
males. Pues lo que de ningún modo sería querido, lo era
cuando a él lo tenía entre mis brazos. ¡Oh padre! ¡Oh 1700

Iii Es decir, en su muerte.
1
334 TRAGEDIAS EDIPO EN COLONO 335
querido! ¡Oh tú, envuelto en la eterna oscuridad bajo
tierra, ni aunque te hayas ido te encontrarás sin mi ca-
riño y el de ésta!
CoRo. — Acabó...
ANTÍGONA. — Acabó cual deseaba.
1705 CoRo. — ¿Cómo?

ANTÍGONA. — Ha muerto en la tierra extranjera que
quería, y abajo tiene un lecho bien sombreado para
siempre 112 No dejó un duelo sin lágrimas. Pues estos
1710 ojos míos, ¡oh padre!, se lamentan con lágrimas. Y no
sé, ¡desventurada!, cómo debo hacer para suprimir tanto
dolor por ti. ¡Ay de mí! Sobre tierra extranjera desea-
bas morir, pero lo has hecho así, separado de mí.
1715 ISMENE. — ¡Oh desdichada! ¿Qué destino nos espera
a mí, oh querida, y a ti separadas de nuestro padre?
1720 CoRo. — Pero ya que felizmente cumplió el desenlace
de su vida, haced cesar esta aflicción. Pues ninguno está
al abrigo de los males.

Estrofa 2.a
ANTÍGONA. — Partamos de nuevo, querida.
ISMENE. — ¿Para qué?
1725 ANTÍGONA. — Un deseo me domina...
ISMENE. — ¿Cuál? Dimelo.
ANTÍGONA. — Ver la subterránea morada...
ISMENE. — ¿De quién?
ANTÍGONA. — De nuestro padre, ¡infortunada de mí!
1730 ISMENE. — ¿Y cómo va a ser lícito esto? ¿Es que no
lo ves?
ANTÍGONA. — ¿Por qué me increpas?
ISMENE. — Y, además, que...
ANTÍGONA. — ¿Qué hay más?
ISMENE. — Que murió sin tumba, separado de todo.

112 Una tumba bien oculta, de modo que no podrían llevarse
su cuerpo los que lo desearan.
ANTÍGONA. — Condúceme y inátame a mí también.
ISMENE. — ¡Ah, ah, desventurada! ¿Cómo entonces, de 1735

nuevo sola y sin saber adónde ir, soportaré mi desgracia-
da vida?

Antistrofa 2.a
CoRo. — Amigas, nada temáis.
ANTÍGONA. — Pero ¿adónde voy a huir?
CoRo. — También antes habéis escapado las dos.
ANTÍGONA. — ¿De qué?
CoRo. — De sucumbir míseramente. 1740
ANTÍGONA. — Estoy pensando...
CoRo. — ¿Qué es lo que piensas?
ANTÍGONA. — No sé cómo vamos a volver a casa.
CoRo. — Y tampoco lo busques.
ANTÍGONA. — La fatiga se apodera de mí.
CoRo. — Ya antes te poseía.
ANTÍGONA. — Antes situaciones difíciles y ahora aún 1745
peores.
CoRo. — Una gran cantidad de males os han tocado
en suerte.
ANTÍGONA. — Si, sí.
CoRo. — Yo también lo confirmo.
ANTÍGONA. — ¡Ay, ay, adónde iremos, oh Zeus! ¿A qué 1750
situación por presentarse nos empuja aún el destino?
(Aparece Teseo.)
TESEO. — Cesad vuestros lamentos, hijas. No se debe
estar en duelo cuando el favor de los muertos se nos ha
dado a todos. Provocaría venganza divina.
ANTÍGONA. — ¡Oh hijo de Egeo! Nos echamos a tus
pies.
TESEO. — ¿Qué deseo queréis conseguir, oh hijas?
ANTÍGONA. — Nosotras en persona queremos ver la 1755
tumba de nuestro padre.
TESEO. — Pero no está permitido ir allí.
ANTÍGONA. — ¿Cómo dices, rey soberano de Atenas?

1760 TESEO. — ¡Oh hijas! Él me prohibió que mortal al-
guno se acercara a aquellos lugares y que hablara sobre
la sagrada tumba que posee. Y me dijo que, si cumplía
1765 rectamente estas cosas, tendría un país siempre libre de
penas. Y esta promesa la oyó la divinidad y el que todo
lo conoce, el Juramento, hijo de Zeus.
ANTÍGONA. — Pues bien, si tales cosas estaban en la in-
1770 tención de aquél, nos basta. Envíanos a nosotras a la
muy antigua Tebas, por si podemos impedir la muerte
que avanza sobre nuestros hermanos.
TESEO. — Haré esto y todo cuanto vaya a ser de pro-
1775 vecho para vosotras y del agrado del que está bajo tierra
recién desaparecido. No he de desfallecer en ello.
CORIFEO. — Ea, pues, cesad y no entonéis más vues-
tro treno. Pues estas cosas han llegado a su total cum-
plimiento.

INDICE GENERAL

INTRODUCcIÓN GENERAL

LINAJE Y VIDA DE SÓFOCLES
Págs.

VII

1

ÁYAX

Introducción

Argumento

ANTÍGONA

Introducción

Argumento

EDIPO REY

Introducción

Argumento

ELECTRA

Introducción

Argumento
5

7

9

69

71
73

129

131
135

197

199

201

Págs.
EDIPO EN CoLoNo 259
Introducción 261
Argumento 263
→